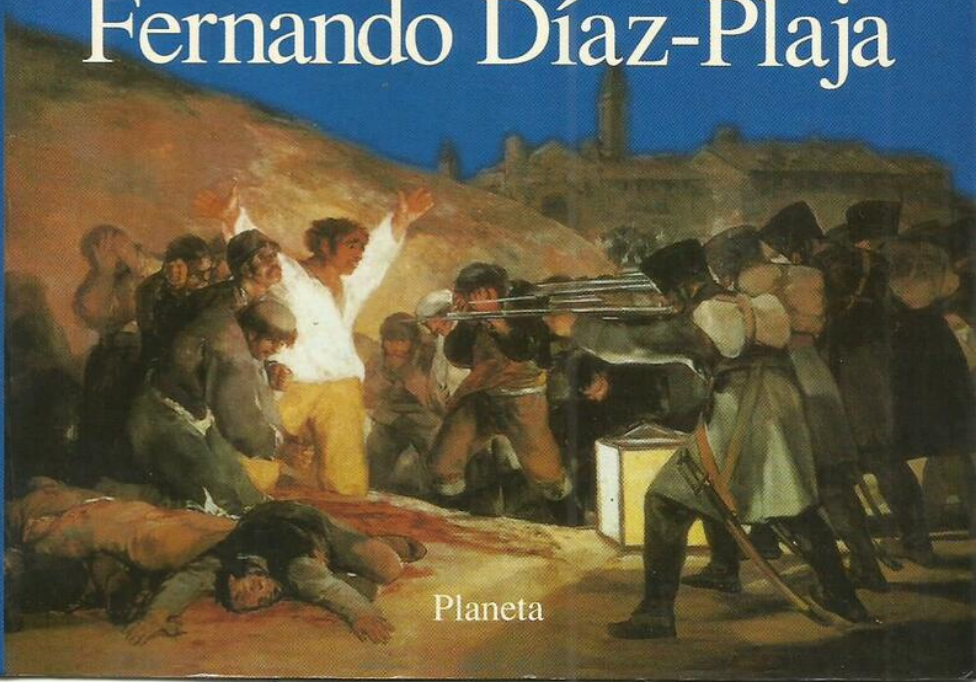
MEMORIA de la HISTORIA

La guerra de la Independencia

Una visión distinta de uno de los episodios más dramáticos y heroicos del siglo XIX español.

Fernando Díaz-Plaja



Planeta

La guerra de la Independencia
Fernando Díaz-Plaja

FERNANDO DÍAZ-PLAJA, nacido en Barcelona en 1918, ha dedicado su vida a enseñar y a escribir. Doctor en Historia por la Universidad de Madrid, ha sido profesor en diversas universidades extranjeras (Estados Unidos, Alemania, Italia, Brasil, Austria) y tiene publicados en España y fuera de ella cerca de noventa libros y centenares de artículos. Sus temas favoritos son los referentes a las costumbres de los españoles de ayer y de hoy, colecciones de documentos de nuestro pasado y ensayos literarios. Su afición viajera (tres vueltas al mundo en barco) se refleja en las obras, en que describe los paisajes de los cien países visitados.

Entre sus obras figuran *Teresa Cabarrús*, *Guzmán «el Malo»*, *El español y los siete pecados capitales*, *Marchena, vida, tiempo y obra*, *A la sombra de la guillotina*, *Las Españas de Goya*, *Catalina la Grande, emperatriz de todas las Rusias*, *Francia 1789-España 1936, dos revoluciones y un paralelo*, *Fernando VII. El más querido y el más odiado de los reyes españoles*, *Eugenia de Montijo, emperatriz de los franceses*, *María Walewska. El gran amor de Napoleón*, *Madame du Barry. Del lecho de un rey a la tabla de la guillotina* y *Mata-Hari*, estas cuatro últimas publicadas en la colección Mujeres Apasionadas.

MEMORIA de la HISTORIA

Episodios

Memoria de la Historia pretende ofrecer a los lectores la Historia contada por quienes la hicieron, por los mismos *personajes* que en vez de figurar en las páginas de los libros como objeto pasivo, adquieren voz y nos cuentan su vida y su peripecia en primera persona. La Historia como una novela personal, autobiográfica, en la que todo lo que aparece en estas páginas es verdad, con hechos ciertos y comprobados, pero que se presentan con la inmediatez y el dramatismo que da al relato la voz del protagonista, supuesto historiador de sí mismo gracias a la pluma de unos escritores que consiguen el difícil y apasionante equilibrio entre los materiales de la crónica, tratados con el máximo respeto, y el enfoque que corresponde a la más amena de las narraciones novelescas. Otra vertiente de estas semblanzas es la evocación de *episodios* del pasado en tercera persona con todo el rigor que exige el trabajo del historiador y la amenidad de la novela.

Éste es el objetivo de una colección que aspira a fundir lo más atractivo que pueden ofrecer la historia y la literatura.

La guerra de la Independencia

Fernando Díaz-Plaja

La guerra de la Independencia

Planeta

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados

© Fernando Díaz-Plaja, 1994
© Editorial Planeta, S. A., 1994
Córcega, 273-279, 08008 Barcelona (España)
Diseño colección de Hans Romberg
Ilustraciones cubierta: «Agustina de Aragón durante la batalla», pintura atribuida a M. Miranda, Museo Lázaro Galdiano, Madrid (foto Aisa), y «El tres de mayo de 1808 en Madrid: fusilamientos en la montaña del Príncipe Pío», por F. Goya, Museo del Prado, Madrid

Procedencia de las ilustraciones: archivo autor y Archivo Editorial Planeta

Primera edición: octubre de 1994
Depósito Legal: B. 33.741-1994
ISBN 84-08-01214-2
Composición: Fotocomp/4, S. A.
Papel: Offset Munken Book, de Munkedals AB
Impresión: Duplex, S. A.
Encuadernación: Auxiliar Gráfica Jiro, S. A.
Printed in Spain - Impreso en España

Índice

11 Prólogo
13 La mecha ardiendo
25 La explosión del 2 de mayo
36 Un reino con dos reyes
47 Las proclamas patrióticas
58 Dos Españas se hacen tres
88 La guerra grande
88 Panorama general
92 Formaciones, armas
97 Un militar español vuelve a casa
99 El mando único
100 ¿Guerra? No. Sólo una rebelión
106 Batallas a campo abierto
106 Cádiz
107 El Bruch (6 de junio de 1808)
108 Bailén (19 de julio de 1808)
115 La Coruña (16 de enero de 1809)
118 Talavera (27 de junio de 1809)
121 Ocaña (19 de noviembre de 1809)
122 Torres Vedras (11 de octubre de 1810)
123 Ciudad Rodrigo (19 de enero de 1812)
124 Arapiles (22 de julio de 1812)
127 Vitoria (21 de junio de 1813)
129 Toulouse
132 La crueldad
141 La guerra chica
165 Tres ciudades sitiadas, Zaragoza, Gerona, Cádiz
165 Zaragoza
174 Gerona
179 Cádiz
186 La guerra de palabras
186 Dios está con nosotros

189 Vírgenes y santos combatientes
191 Y el demonio con ellos
195 La lucha en la prensa
206 Dos ciudades ocupadas: Madrid y Barcelona
235 Mientras tanto en América...
245 Bibliografía
247 Índice onomástico

A Pedro Laín Entralgo,
maestro en Humanidades; y en humanidad

PRÓLOGO

Lo más urgente al elaborar esta historia de nuestra contienda de 1808-1813 ha sido desprenderse de una retórica que, desde hace años, enturbia su recuerdo.

Muchos españoles hemos crecido al son de un tambor patriótico apoyado en versos retumbantes —Oigo patria tu aflicción— *y cantos análogos. Los franceses, por su parte, han visto esos años como insertos en su epopeya napoleónica. Los ingleses la han estudiado como un episodio más (la «guerra peninsular» la llaman asépticamente) de un feudo particular contra* el Corso *que culminaría en Waterloo.*

Para nosotros, y aun despojada de esta hojarasca verbal, la Guerra de la Independencia sigue siendo un momento crucial de nuestro pasado. La casi unanimidad (pocos afrancesados aparte) del esfuerzo fue excepcional en nuestra tradición tribal, pero otras características hispanas como la valentía y la generosidad en lo positivo, la crueldad y la indisciplina en lo negativo, brillaron como nunca. Aristócratas y plebeyos, ricos y pobres, intelectuales y analfabetos, tradicionalistas y «europeos» pelearon con la palabra y el fusil contra los invasores.

Fueron cinco años de pasión desatada con una seguridad en el triunfo final que no menguó ni siquiera cuando más negro aparecía el panorama con casi toda la península sojuzgada por el invasor. Sólo cuan-

do terminó victoriosamente la guerra, la mitad de los españoles se dio cuenta que la había perdido con la vuelta de Fernando VII y la implantación de su absolutismo. Pero aun así ninguno de los liberales —en la cárcel o destierro— lamentó haber participado en la lucha para evitar que un extranjero decidiera nuestros destinos.

LA MECHA ARDIENDO

La situación política de España a principios del siglo XIX dependía, como en todos los países del continente, de un factor determinante en toda Europa llamado Bonaparte, primer cónsul de Francia, que en 1804 pasaría a llamarse Napoleón I, emperador de los franceses. Sus sucesivas victorias le habían garantizado la estima de algunos, el respeto de muchos y el odio de otros, entre los que destacaba Inglaterra.

Madrid vivía también bajo esa sombra, pero a los problemas políticos y estratégicos de otras capitales europeas unía uno doméstico que complicaba la situación. Era la existencia en la corte de dos partidos claramente enfrentados: el del príncipe Fernando y una camarilla dirigida por el canónigo Escóiquiz, y el de sus padres, el rey Carlos IV y su esposa María Luisa, que apoyaban al valido Manuel Godoy, personaje a quien la opinión popular consideraba el amante de la reina, atribuyendo su fulgurante ascenso de guardia de corps a Príncipe de la Paz a esas relaciones ilegítimas que ofendían tanto a la moral como a la respetada institución monárquica.

Dos partidos luchando por el mando tenían que apoyarse en un poder supernacional más importante, el napoleónico antes citado. Por eso ambos procuran conseguir su protección con promesas de

alianza inmediata unos —los que gobiernan— y para el futuro otros —los que piensan gobernar más tarde.

Naturalmente son más positivas las primeras, y Napoleón, bien informado por sus embajadores de la situación de la Casa Real española, las aprovecha uniendo a los dos países con el tratado de San Ildefonso de 1800. Ayudó a esa alianza el comportamiento de Gran Bretaña agrediendo a buques españoles en cualquier mar donde los encontraba, porque el temor de que la península se pasase con armas y bagajes a su enemigo mortal le empujaba a hacerlo. El tratado citado presuponía la entrega a Francia de seis navíos de guerra «aspillerados para setenta y cuatro piezas de cañón».

Poco después se desarrollaba la campaña de Portugal, antigua aliada de Inglaterra, que dejó de serlo transitoriamente al tener que ceder ante la coalición franco-española. Ésta fue la única y fácil victoria («la guerra de las naranjas») que se cosechó, porque en 1805 sobrevino Trafalgar. Los aliados tenían más barcos (40 contra 33) y más cañones (2 520 contra 2 148), pero los británicos, mandados por Nelson, sabían más de estrategia naval. La derrota fue completa y el resentimiento español creció ante un país tan temible como vecino como inútil como aliado. Por su culpa España ya había perdido, por la Paz de Amiens con Inglaterra, la isla de Trinidad en el Caribe y ahora veía deshecha la escuadra.

Sintiendo en el ambiente esa actitud y aprovechando una coalición austro-prusiana contra Francia, Godoy quiso desengancharse del carro napoleónico y procedió a una movilización general hablando de un enemigo sin precisar. Pero Napoleón venció en Ulm y el privado rectificó su actitud volviendo a dar muestras de adhesión al que evidentemente seguía siendo el amo de Europa, capaz de decidir la política exterior de cualquier país del continente.

... Y en el caso de España, incluso la interior.

Por eso se disputaban los bandos encontrados españoles sus favores. En busca de su protección el príncipe Fernando le mandó una carta abyecta asegurándole que él le apreciaba más que Godoy y pidiéndole le concediese la mano de una sobrina suya:

«Si los hombres que le rodean aquí [a su padre, según él secuestrado por Godoy] conocieran a fondo el carácter de Vuestra Majestad Imperial ¡con qué ansia procuraría mi padre estrechar los nudos que deben unir nuestras naciones! ¿Y habría medio más proporcionado que rogar a V. M. I. el honor de que concediera por esposa una princesa de su augusta familia?»

Pero Napoleón no hizo el menor caso a esa invitación familiar y política porque las noticias que recibía de Madrid le habían hecho variar sus planes. Ya no se trataba de tener a España como un aliado más en su lucha contra Inglaterra; ahora la uniría a su política de forma definitiva destronando a los Borbones y colocando en su lugar a un hermano suyo como rey, como había hecho con Nápoles y Holanda...

España le interesaba estratégicamente por su posición marítima y como base contra Portugal, el país anglófilo que, tras el escarmiento anterior, volvía a desafiar su política de bloqueo continental a los productos británicos, clave económica de su lucha contra Inglaterra.

La idea napoleónica era simple. Conseguir el apoyo español a su aventura portuguesa primero, con lo que el ejército francés podría entrar en la península Ibérica como aliado; tras la guerra con Portugal, que sería forzosamente breve, su fuerza armada se apoderaría del Gobierno de Madrid.

Los detalles del plan se precisan en la Convención secreta de Fontainebleau del 27 de octubre de 1807. Veintiocho mil franceses entre caballería e infantería entrarán en España colaborando con dieci-

séis mil soldados españoles en la invasión de Portugal. Esto ya establece una diferencia numérica importante, pero es que, además, otro ejército de 40 000 franceses se concentrará en Bayona por si hiciera falta en la empresa portuguesa... o en la española si así lo decidiera *el Corso*.

La conquistada Portugal sería castigada por su contumaz anglofilia con la división en tres Estados: el norte para el rey de Etruria, el sur para Godoy en agradecimiento por su colaboración con el título de príncipe de los Algarbes, y del centro, con Lisboa, se dispondría más tarde, tras llegar a la paz general.

Pero estos planes tuvieron que variarse sobre la marcha por los acontecimientos internos de la corte. Tres días después de la firma del tratado, la facción fernandina intentó dar un golpe de Estado en palacio. Enterado el rey por una carta anónima, registró el cuarto de su heredero y encontró documentos comprometedores, haciéndole detener y abrir un proceso contra sus cómplices e instigadores. Con gran disgusto de los reyes y Godoy, el tribunal encargado de la investigación declaró que no había pruebas concluyentes contra los conspiradores y los dejó en libertad. Evidentemente esos magistrados más que dictaminar en nombre de la justicia lo hacían en el de la prudencia y ésta les decía que el astro pujante en aquel momento era el de Fernando, adorado por la masa y que además, dada su edad, estaba cerca de alcanzar el solio ocupado por un anciano y achacoso Carlos IV.

Envalentonados por la sentencia absolutoria, los «fernandinos» deciden pasar a la acción, que esta vez no será de pasillos palaciegos y sí en la plaza pública en forma de motín.

Es el que ha pasado a la historia con el nombre del lugar de residencia de la familia real en el mes de marzo de 1808: Aranjuez. Animando al pueblo a atacar no al monarca todavía sagrado, sino al favorito que le engañaba dominando su voluntad, los

rebeldes invadieron su palacio y destrozaron muebles, cuadros y tapices, que quemaron en la plaza pública. Godoy, que al oír el estrépito se había escondido en un desván, tuvo que salir a las pocas horas obligado por la sed y estuvo a punto de perecer a manos de la turba, peligro del que le salvó el príncipe Fernando permitiendo que los guardias de corps llevaran a su antiguo jefe a la cárcel. Para salvar su vida, Carlos IV cedió inmediatamente su corona. «... los achaques que padezco no me permiten soportar más tiempo el gran peso del gobierno de mis reinos... he determinado después de la más seria deliberación, abdicar mi corona en mi heredero y mi caro hijo, Fernando.»

Mayo de 1808. Los acontecimientos de Aranjuez no han retrasado, en todo caso acelerado, la entrada de las tropas francesas en España por los dos pasos naturales fronterizos, es decir, cruzando el Bidasoa al oeste de los Pirineos y por el Perthus en el este. El núcleo principal se dirige directamente a Madrid y va mandado por el más popular de los guerreros napoleónicos, Joaquín Murat, gran duque de Berg, famoso por sus cargas de caballería que habían ayudado a ganar más de una batalla al emperador. Éste le ha confiado sus mejores soldados: su Guardia Imperial.

Por pueblos y aldeas la gente los ve pasar con una mezcla de admiración —es un espectáculo de atavío y marcialidad— y resentimiento. El sentido monárquico de los españoles hacía acoger cortésmente a quienes su rey consideraba amigos y aliados pero, por otro lado, se mantenía vigente en muchos espíritus la desconfianza hacia unos vecinos con quienes habían tenido innumerables pleitos a lo largo de la historia, hasta el punto de que en el siglo XVII se hablase comúnmente de la «natural antipatía entre franceses y españoles». Ese sentimiento hostil se había robustecido con la llegada de la Revolución francesa y su violenta animadversión al

trono y al altar, dos instituciones todavía sagradas a este lado de la frontera. Tan fuerte había sido el impacto causado por la ejecución de Luis XVI y María Antonieta y la erradicación del culto católico en Francia que incluso entre los intelectuales francófilos (dos conceptos muy unidos entonces) una mayoría, con Jovellanos al frente, repudiaron el movimiento cultural de la Razón hasta entonces tan admirado.

Pero quien regía Francia en aquel momento era Napoleón, alguien que, aun procedente de las filas revolucionarias, había devuelto el orden a su país acabando con las persecuciones sociales, autorizando de nuevo el culto católico y estableciendo un concordato con el papa, a quien (un poco autoritariamente, ésta era la verdad) había convocado en París para su coronación como emperador en Notre Dame. Estos hechos eran positivos para muchos obispos y sacerdotes, que por ello se hicieron garantes de estos nuevos aliados. No hay que olvidar además que la poco agradable alternativa internacional a Napoleón era Inglaterra, madre de piratas en el Atlántico, nuestra vencedora en Trafalgar y reciente invasora (1806-1807) del virreinato del Río de la Plata, donde llegaron a conquistar Buenos Aires y Montevideo antes de ser rechazados por españoles y criollos.

La acogida a los franceses era, pues, de un cierto recelo superado por la seguridad real de que se trataba de amigos. Esta actitud fue correspondida por los recién llegados que se comportaban a lo largo del país con corrección absoluta. Muestra de ella es el bando que dictó Murat a punto de entrar en Madrid el 27 de marzo de 1808:

«Soldados: Vais a entrar en la capital de una potencia amiga: os recomiendo la mayor disciplina, el mejor orden y más grande miramiento con todos sus habitantes; es una nación aliada, que debe hallar en el ejército francés a su fiel amigo, y reconocedor

a la buena acogida que ha tenido en las provincias que acaba de atravesar.

»Soldados: Espero sea suficiente la recomendación que os hago; y la buena conducta que hasta ahora habéis observado deberá garantirme... pero si aconteciese que algún individuo olvida que es francés, será castigado y sus excesos se reprimirán severamente. En su consecuencia mando:

»Que todo oficial que olvidando sus deberes cometa algún delito será destituido de su empleo y entregado al juicio de una comisión militar.

»Todo soldado convencido de robo, ocultación o violencia, será pasado por las armas.

»Todo sargento o soldado convencido de haber apaleado o maltratado a algún habitante será pasado por las armas, si pierde la vida [se presupone: el agredido], y cuando no, será juzgado con el rigor de las leyes.»

Los días siguientes fueron de calma para la población madrileña. Los acontecimientos de Aranjuez, sabidos inmediatamente en la capital, produjeron manifestaciones jubilosas aumentadas a la llegada del nuevo rey Fernando, manifestaciones que los franceses respetaron sin unirse a ellos permaneciendo en sus acuartelamientos, o alojados —los oficiales— en distintas casas de la villa. La razón de esa frialdad era que Murat no había recibido todavía instrucciones de su jefe supremo sobre cómo tratar a Fernando, por lo que seguía empleando con él el antiguo título de alteza. Esta actitud se confirmó con la llegada de un despacho de Napoleón en el que le ratificaba su intención de no reconocer al nuevo rey mandándole que protegiera al viejo Carlos IV y a Godoy. Requerido este último por Murat, Fernando se apresuró a entregarle el valido que quedó con los reyes. Otras órdenes del emperador eran enviar lo antes posible a todos los personajes del conflicto a Bayona para resolver allí el problema dinástico de una vez para siempre. De acuerdo con

sus deseos, los reyes padres y Godoy salieron inmediatamente para aquella ciudad con escolta francesa, pero con el nuevo monarca Fernando VII se tuvo que actuar con más diplomacia. Oficialmente el encuentro entre él y el emperador debía realizarse en territorio nacional, lo que debía calmar la lógica desconfianza de un pueblo que ve salir del país a un monarca apenas inaugurado su reinado y sin que el representante de Napoleón le llamara majestad. En la *Gazeta Extraordinaria* de Madrid del 9 de abril, el rey intentó explicar lo inexplicable, pidiendo tranquilidad al pueblo y nombrando al incompetente de su tío Antonio jefe de la junta que tenía que llevar los asuntos del Estado en su ausencia.

«... El Rey nuestro Señor acaba de tener noticias fidedignas de que su íntimo amigo y augusto aliado el Emperador de los franceses y Rey de Italia se halla ya en Bayona con el objeto más grato, apreciable y lisonjero para S. M., como es el de pasar a estos reinos con ideas de la mayor satisfacción de S. M. y de conocida utilidad y ventaja para sus amados vasallos; y siendo, como es, correspondiente a la estrechísima amistad que felizmente reina entre las dos coronas y al muy alto carácter de S. M. I. y R., que S. M. pase a recibirle y cumplimentarle, y darle las pruebas sinceras, seguras y constantes de su ánimo y resolución de mantener, renovar y estrechar la buena armonía, íntima amistad y ventajosa alianza que dichosamente ha habido y conviene que haya entre estos dos Monarcas, ha resuelto S. M. salir prontamente a efectuarlo. Y como esta ausencia ha de ser por pocos días, espera de la fidelidad y amor de sus amados vasallos, y singularmente de los de esta corte, que tan repetidamente se lo han acreditado, que continúen tranquilos viviendo en sus respectivos pueblos. En su consecuencia me pondré en camino para Burgos pasado mañana, 10 del corriente; y aunque mi ausencia ha de ser de corta duración, he resuelto con motivo de las actuales cir-

cunstancias autorizar, como autorizo con las correspondientes facultades, a mi muy caro y amado tío el Infante D. Antonio, en quien tengo toda mi confianza por los vínculos de sangre que le unen a mi persona, y por las calidades distinguidas que le adornan, para que durante mi ausencia despache los negocios graves y urgentes que puedan ocurrir, oyendo antes a mis secretarios de estado y del despacho. Tendráse entendido en mi Consejo para los efectos correspondientes.»

El viaje de Fernando a la frontera está plagado de incidentes sabiamente calculados por los franceses, pero sorpresivos para los españoles del séquito real. Se llega a Burgos y no está Napoleón. «Sus graves preocupaciones le habrán detenido», dice el general Savary, jefe de la escolta francesa cuya presencia, excluyendo tropas españolas, ya indicaba el rumbo que iban a seguir los acontecimientos. Siguieron hasta Vitoria donde «seguramente» está el emperador. Tampoco. Entonces, vamos a Bayona. Ahora los españoles que acompañan al rey empiezan a preocuparse, tanto más cuando las cartas que durante el viaje ha dirigido Fernando a Napoleón, rogándole aclare la situación reconociéndole como rey de España, han quedado sin respuesta: cuando ésta llega a los tres días de estar en Vitoria, dejaba el asunto en el aire: «ya hablaremos de todo en Bayona».

Esta vez el nerviosismo del séquito había trascendido a la población local alavesa y hubo un movimiento, el primero de rebeldía española, para impedir la salida del rey hacia Francia, llegando a desenganchar los caballos del coche real para impedir su marcha. La orden tajante del monarca de proseguir viaje y la presencia de los coraceros de Savary impidieron la acción; Fernando creyó oportuno explicar su posición por un decreto que reproduciría la *Segunda Gazeta Extraordinaria* de Madrid el 22 de abril:

«El Rey está agradecidísimo al extraordinario afecto de su leal pueblo de esta ciudad y provincia de Álava; pero siente que pase de los límites debidos, y pueda degenerar en falta de respeto con pretexto de guardarlo y conservarlo. Conociendo que este tierno amor a su Real Persona y el consiguiente cuidado son los móviles que le animan, no puede menos de desengañar a todos y a cada uno de sus individuos de que no tomaría la resolución importante de su viaje si no estuviese bien cierto de la sincera y cordial amistad de su aliado el Emperador de los franceses, y de que tendrá las más fieles consecuencias; les manda pues que se tranquilicen y esperen, que antes de 4 o 6 días darán gracias a Dios y a la prudencia de S. M. de la ausencia que ahora les inquieta.»

Al día siguiente Fernando estaba en Bayona, donde le esperaban un padre y una madre que le echaron en cara su actitud en Aranjuez y un Napoleón que iba a jugar con todos los componentes de la familia real española en un asombroso cambalache. Mezclando ruegos y amenazas consiguió que Fernando devolviese la corona a su padre; éste hizo donación de ella al emperador y éste, a su vez, la transfirió a su hermano José. En pocos minutos los españoles habían tenido cuatro reyes.

Esto ocurrió el 5 de mayo de 1808 en el momento en que se acababan de recibir noticias del levantamiento y subsiguiente represión del 2 de mayo en Madrid, acontecimiento que Carlos IV y María Luisa achacaron a las intrigas de su hijo. Lo mismo hizo Napoleón amenazando a Fernando con tratarle como a un rebelde si no accedía a devolver el trono a su padre.

Este juego dinástico plantea una cuestión importante. ¿Hasta qué punto podía un rey entregar alegremente la corona a un príncipe extranjero? El mismo Fernando vio clara esa imposibilidad legal al recordar a su padre:

«Ruego a V. M. [le había devuelto el trono] se penetre de vuestra situación actual y de que se trata de excluir por siempre de España nuestra dinastía sustituyéndola en su lugar la imperial de Francia. Que esto no podemos hacerlo sin expreso consentimiento de la nación española reunida en Cortes y en lugar seguro.»

Parece que está previendo ya Cádiz y su Parlamento. Pero ya antes, en el único momento de hombría mostrado durante su estancia en Bayona, había redactado un decreto que envió secretamente a España donde se decía «que en la situación en que se hallaba S. M. [él] privado de libertad para obrar por sí, era su real voluntad que se convocasen las Cortes en el paraje que pareciese más expedito; que por de pronto se ocupasen únicamente de proporcionar los arbitrios y subsidios necesarios para atender a la defensa del Reino y que quedasen permanentes para lo demás que ocurriera».

Era la orden de sublevación contra los franceses más amplia que podía darse en aquel momento. Pero, como todos los gestos viriles de Fernando, duró pocas horas, las que tardó en entrevistarse de nuevo con el amenazador Napoleón. Aterrado ante las posibles consecuencias, quiso recoger los documentos enviados, pero sus portadores, que esperaban ese gesto (Pérez de Castro y Arganza), habían procedido ya a su destrucción.

Algunos sí sospechaban de la razón auténtica de esa presencia, como indica la décima popular contemporánea...

Hemos visto que han entrado
los franceses en España
pero esta gran artimaña
muy pocos la han penetrado.
El enredo está tramado
que hay engaño conocemos
pero aún no nos atrevemos

a decir cuál es la cuenta
y una duda se presenta
por si averiguar podemos.

Qué hacen en la corte ignoro
que estén tranquilos lo dudo
y de dictamen no mudo
sin que falte el Real Decoro,
si han venido por el oro
no ha sido mala manía
pero si su tiranía
intentó ponernos freno
les hará ver lo que es bueno
lo que suceda en el día (...)

Por más bandos que han echado
diciéndonos ser amigos
desde el rico al más mendigo
ninguno los ha escuchado.

Y a los ingenuos admiradores de Napoleón que seguían creyendo que éste quería casar a su sobrina con Fernando, el poeta anónimo los reprende:

Por último ya me irrita
el ver a tantos jumentos
esperando por momentos
que venga la francesita;
muy poco se necesita
para combinar los hechos
y mediante haber dos lechos
tengo yo por justa ley
que otra se una a nuestro rey
con los nudos más estrechos.

LA EXPLOSIÓN DEL 2 DE MAYO

«El dos de mayo el pueblo de Madrid se alzó contra los franceses.»

La frase, repetida hasta convertirse en tópico, refleja una verdad absoluta. Porque la rebelión en la capital de España se concretó, casi exclusivamente, al pueblo y aun al bajo pueblo madrileño. Los demás estamentos militares y sociales quedaron horrorizados ante quienes se atrevían a desobedecer las sagradas órdenes del rey, repetidas por sus representantes de la Junta de Gobierno, que pedían cooperación con el ejército de Napoleón mientras Fernando VII era su huésped en Bayona.

Pero la salida sucesiva de personajes de la familia real hacía sentirse cada vez más huérfanos a los españoles (las proclamas del monarca aludían siempre al «padre benefactor» protector de sus hijos). Bastó que entre la curiosa multitud agolpada junto al Palacio Real se comentara que entre los últimos viajeros, la familia de la reina de Etruria, había resistencia a marcharse, que alguien asegurara oír que el infantito Francisco de Paula lloraba porque no quería partir, que una mujer gritara «¡Que se los llevan!», para que el pasivo público se convirtiera en protagonista.

Unos cuantos de los curiosos cortaron los tiros del coche preparado a la puerta del palacio, la escolta francesa ya preparada los dispersó a sablazos

y los agredidos se dispersaron por la ciudad para dar la voz de alarma y para procurarse toda clase de instrumentos ofensivos, viejos fusiles de caza, chuzos y sobre todo la navaja, compañera fiel del majo del tiempo, que la usaba tanto para cortar la vianda y el tabaco como para resolver a orillas del Manzanares pleitos de amor y de celos.

Viejas armas de fuego, pequeñas armas blancas... unas masas desorganizadas y frente a ellas la crema del mejor ejército de Europa. La literatura y la iconografía han magnificado una jornada que suena muy alta en el recuerdo patrio pero que, desde el punto de vista militar, no tuvo significación alguna. Los oficiales y soldados franceses que se encontraron aislados en las calles fueron atacados y muertos por los grupos sublevados, pero apenas surgía una amenaza numérica mayor, la caballería francesa, entre ellos los famosos «mamelucos», tropas mercenarias de origen egipcio, acababa con cualquier intento de tomar un punto. Goya tuvo que elegir la Puerta del Sol para poder dar cierto marco de importancia a la acción desesperada de unos pocos paisanos contra una perfecta máquina guerrera.

Sólo en el parque de Artillería encontraron las tropas de Murat resistencia al intentar apoderarse de sus cañones, y eso porque dos de los oficiales a su cargo, Daoíz y Velarde, desobedecieron las órdenes superiores de colaborar estrechamente con el aliado y defendieron el puesto hasta su muerte. Sus compañeros de milicia, aparte del teniente Ruiz, en cambio, salieron a la calle, pero fue en compañía de oficiales de la Guardia Imperial napoleónica para recomendar tranquilidad a los vecinos que, según un testigo presencial, se hablaban tranquilamente de balcón a balcón encerrándose sólo cuando pasaban pandillas de revoltosos.

Porque así eran considerados por la mayoría de ciudadanos obedientes al orden establecido los que corrían de un lado a otro pidiendo armas y muni-

ciones para combatir a los odiados franceses. Espronceda, años después, al evocar aquel día, atacará a la nobleza, a los funcionarios de la corte y a la incipiente burguesía del tiempo, por la forma clasista con que habían juzgado los hechos:

... ¿vosotros qué hicisteis entretanto,
los de espíritu flaco y alta cuna?
Derramar como hembras débil llanto
o adular bajamente a la fortuna.
Buscar tras extranjera bayoneta
seguro a vuestras vidas y muralla,
y siervos viles, a la plebe inquieta
con baja lengua apellidar canalla.

... y les aplica a ellos el epíteto:

Canalla, sí, vosotros, los traidores,
los que negáis al entusiasmo ardiente
su gloria, y nunca visteis los fulgores
con que ilumina la inspirada gente.
Canalla, sí, los que en la lid, alarde
hicieron de su infame villanía,
disfrazando su espíritu cobarde
con la sana razón segura y fría.

Lo sensato, lo práctico, evidentemente, era rendirse a la evidencia de quien tenía el poder militar y político. Pero no lo creía así la «canalla», ahora reivindicada como tal:

Oh la canalla, la canalla en tanto
arrojó el grito de venganza y guerra
y arrebatada en su entusiasmo santo
quebrantó las cadenas de la tierra.

Su fuerza en esta primera jornada no llegó a tanto ante el mando francés que había ocupado militarmente todo Madrid y muerto o hecho prisioneros

a la mayoría de los sublevados. El bando de Murat, pegado a las paredes, del mismo día insistía en el carácter social para quitarle matiz patriótico a la revuelta:

«Soldados: La población de Madrid se ha sublevado y ha llegado hasta el asesinato; sé que los buenos españoles han gemido de esos desórdenes; estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean más que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada y clama por la venganza; en su consecuencia mando lo siguiente:

»Artículo 1.° El general Grouchy convocará esta noche la comisión militar.

»Artículo 2.° Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano serán arcabuceados.

»Artículo 3.° La Junta de Estado va a hacer desarmar a los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, quienes después de la ejecución de esta orden se hallaren armados o conservasen armas sin permisión especial, serán arcabuceados.

»Artículo 4.° Toda reunión de más de ocho personas será considerada como una junta sediciosa, y deshecha por la fusilería.

»Artículo 5.° Todo lugar en donde sea asesinado un francés será quemado.

»Artículo 6.° Los amos quedarán responsables de sus criados; los jefes de talleres, de obradores y demás oficiales; los padres y madres de sus hijos, y los ministros de los conventos de sus religiosos.

»Artículo 7.° Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos o manuscritos, provocando a la sedición, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.

»Dado en nuestro Cuartel general de Madrid a 2 de mayo de 1808. Firmado: Joachim (Murat).

»Por mandato de S. A. I. y R., el Jefe del Estado mayor, general Belliard.» (*Diario de Madrid*, miércoles 4 de mayo de 1808.)

El informe enviado a Napoleón por Murat minimiza el problema y da énfasis a las disposiciones formales:

«Madrid, dos de mayo de 1808, seis de la tarde.

»Sire: La tranquilidad pública ha sido turbada esta mañana. Desde hace varios días la gente del campo se reunía en la ciudad, circulaban panfletos excitando a la rebelión, la cabeza de los generales y oficiales franceses hospedados en la ciudad se ponía a precio, en fin, todo anunciaba la crisis. Esta mañana desde las ocho, la canalla de Madrid y de los alrededores obstruía los accesos al palacio y llenaba los patios. Uno de mis ayudantes de campo, que había enviado para cumplimentar a la reina de Etruria que iba a subir en el coche, ha sido detenido a la puerta y hubiera sido asesinado por el populacho desenfrenado a no ser por diez o doce granaderos de la guardia de V. M. que envié para liberarle. Momentos después un segundo ayuda de campo que yo enviaba con órdenes para el general Grouchy ha sido asaltado a pedradas resultando herido. Inmediatamente se ha dado el toque de llamada, la guardia de Vuestra Majestad ha tomado las armas y todos los campamentos puestos en movimiento han recibido la orden de marchar sobre Madrid para ocupar los puestos que les habían sido designados en caso de alarma.

»Mientras tanto, un batallón de la guardia alojado en mi palacio, protegido por dos cañones y un pelotón de cazadores polacos, ha marchado hacia el palacio atacando a la masa allí reunida y dispersándola a tiros de fusil. Por su lado, el general Grouchy reunía sus tropas en el Prado y recibía la orden de dirigirse por la calle de Alcalá a la Puerta del Sol y Plaza Mayor donde se habían reunido más de veinte mil rebeldes. Se asesinaba ya en las calles a los soldados aislados que intentaban incorporarse al puesto sin perdonar los que se ocupaban de distribuciones.

»Se mandaron piquetes al hospital mientras otros iban al Arsenal. Después de tomadas estas disposiciones ordené al general Grouchy que se dirigiese a la Puerta del Sol y a un coronel que se marchase sobre el mismo lugar por la calle de la Platería y que disolviesen a cañonazos al populacho; esas dos columnas se pusieron en movimiento y consiguieron limpiar las calles, no sin dificultades porque esos miserables expulsados de las calles se refugiaban en las casas y disparaban contra nuestras tropas desde los cruces, mientras que la mayoría se dirigía al Arsenal para apoderarse de los cañones y de los fusiles. Pero el general Lefranc que se encontraba en la Puerta de Fuencarral se dirigió allí con la bayoneta calada y ha conseguido apoderarse del Arsenal y recuperar los cañones de los que se habían apoderado los rebeldes. Después las columnas se han dirigido a la Puerta del Sol, las Puertas de Toledo, Segovia y Fuencarral. El general Grouchy ha dado orden de entrar en las casas desde donde se hacía fuego, haciendo pasar a cuchillo a todos los que allí se encontraban en ellas. Todas las calles han sido despejadas. Los campesinos que habían conseguido escapar de la ciudad han topado con la caballería y atacados a sablazos.»

La sangrienta represión empezó inmediatamente. Los registros de viandantes en las casas seguidos por detenciones en masa se iniciaron apenas terminar los combates con gran severidad. Un testigo tan afrancesado como José Marchena reconocía días después que «gente del pueblo bajo fueron fusilados tras el dos de mayo por llevar un cortaplumas»; el concepto de arma, como se ve, era muy amplio para los soldados franceses.

Fusilados... lo fueron en varios sitios de las afueras del Madrid de entonces. Goya eligió para inmortalizar el hecho la montaña del Príncipe Pío en las cercanías de la plaza de España actual. Ante el pelotón, sólido y anónimo, se alinean humildes frailes,

hombres desharrapados, «canalla», en fin, todos representantes del primer movimiento insurreccional de un pueblo europeo contra el amo del continente.

Por otra parte Murat intenta convencer a los sublevados de su error:

«Valerosos españoles, yo os voy a hablar con claridad sobre un acontecimiento, que no puede ser más sensible para vuestros pechos que lo ha sido para el mío, y al mismo tiempo quiero explicaros vuestra situación.

»Carlos IV y su hijo están ahora reunidos en Bayona con el Emperador Napoleón para arreglar la suerte de España.

»El Emperador no ha querido esperar al último resultado de tamaña decisión para haceros saber los afectos que le animan en beneficio de una magnánima nación, que quiere preservar de crisis revolucionarias, y llamarla para que ella propia elija las instituciones políticas que mejor a su índole se adapten.

»Os asegura desde luego, y me encarga que os repita yo, que quiere mantener y afianzar la integridad de la monarquía española; que ésta no será desmembrada ni de la más corta porción de su territorio; que no perderá ni siquiera una aldea, ni sufrirá ninguna de las contribuciones que autorizan las leyes de la guerra a cobrar en país conquistado, pero que sólo los mal intencionados pueden suponer aplicables a uno aliado.

»¿Y no os reuniréis, valerosos españoles, conmigo para estorbar que los malévolos turben tan feliz perspectiva?

»No quiero suponer que seáis capaces de ceguera tal, que os dejéis alucinar con las sugestiones de villanos agitadores que os conducen a vuestra ruina.»

Y se dirige a los estamentos conservadores para que influyan en los humildes para evitar una revolución que no conviene a sus intereses...

«Caballeros, propietarios, comerciantes, fabricantes, emplead el influjo que tenéis para evitar toda es-

pecie de sedición. Esta magistratura es un derecho y una obligación de vuestra jerarquía en el orden social.»

La Junta da una nueva prueba de su entrega a la autoridad francesa, no sólo ratificando todas las disposiciones militares y políticas tomadas por ella; además deciden nombrar presidente de ese organismo a su alteza real e imperial, el gran duque de Berg; es decir, a Murat, mientras esperaban las soluciones que debían llegar desde Bayona. La Junta la componían un duque (Granada de Egea), dos marqueses (de las Amarillas y Caballero), dos condes (Montarco y Casa-Valencia), un fraile (Francisco Gil) y tres conocidas personalidades (Azanza, Piñuelo y O'Farril).

Establecida así claramente la disposición colaboracionista de las autoridades y clase alta españolas, quedaba en manos de los mandos menores, locales y provinciales, la única posibilidad de llamar a la insurrección nacional contra los invasores. Como es sabido fue el alcalde de un pequeño pueblo cercano a Madrid el primero en lanzar esa convocatoria. La historia da comúnmente una versión abreviada, casi telegráfica, del bando:

«La patria está en peligro. Madrid perece víctima de la perfidia francesa. Españoles, acudid a salvarla. Mayo, 2 de 1808. El alcalde de Móstoles.»

La auténtica, descubierta a principios de este siglo, corresponde más al carácter enfático y prolijo de las proclamas del tiempo:

«Señores de justicia de los pueblos a quienes se presentase este oficio, de mí, el Alcalde de Móstoles:

»Es notorio que los franceses apostados en las cercanías de Madrid y dentro de la Corte han tomado la defensa sobre este pueblo capital y las tropas españolas; de manera que en Madrid está corriendo a esta hora mucha sangre; como españoles es necesario que muramos por el Rey y por la Patria, armándonos contra unos pérfidos que so color de

amistad y alianza nos quieren imponer un pesado yugo, después de haberse apoderado de la augusta persona del Rey; procedamos, pues, a tomar las activas providencias para escarmentar tanta perfidia, acudiendo al socorro de Madrid y demás pueblos y alentándonos, pues no hay fuerzas que prevalezcan contra quien es leal y valiente, como los españoles lo son. Dios guarde a usted muchos años.

»Móstoles, dos de Mayo de mil ochocientos ocho. Andrés Torrejón. Simón Hernández.»

Esa proclama fue hallada en un pequeño pueblo llamado Cumbres de San Bartolomé en la provincia de Huelva, y con ella las disposiciones que se tomaron de inmediato por parte de su alcalde para levantar al paisanaje e incorporarlo a la rebelión que ya iba adquiriendo carácter nacional. La ira por la sangre española derramada en Madrid se unía a la indignación por el engaño a que se había sometido al pueblo hispano y al secuestro del rey. Estas dos razones se repetían en todas las proclamas que surgían en aquellos días por toda la península.

El 5 de mayo se intentó dar una sensación de normalidad jurídica a la vida de Madrid. El ejército francés mantendría su autoridad sobre quienes hubieran hecho armas contra él, pero los demás detenidos durante los disturbios quedaban en manos de «sus jueces naturales». La orden admite los excesos que se habían cometido hasta entonces por las tropas de Murat en cuanto a registros y requisiciones y promete su fin.

«La junta suprema de gobierno a los habitantes de Madrid.

»Habitantes de Madrid: Vuestra tranquilidad será ya inalterable, debido en lo sucesivo a la lealtad de vuestro carácter, va a aliarse con la seguridad que inspiran las leyes, y los prudentes y celosos magistrados encargados de su ejecución.

»Con este convencimiento previene la junta suprema de gobierno, que suprimida, luego que lo pi-

dió la humanidad, en el ejército aliado la comisión militar, a cuyo severo necesario expediente, reservado para la milicia en los casos extremos, obligó el error de pocos individuos y de un solo día, todo habitante, sea de la clase que fuere, que diese motivo para ser arrestado por las tropas francesas, con tal que no haya hecho armas contra ellas, será entregado inmediatamente a sus jueces naturales, y juzgado por ellos.

»En el solo caso exceptuado de esta ley de haber hecho armas contra la tropa francesa, asistirá también a la formación de la causa del reo, y hasta su estado de sentencia, el juez que designe el tribunal competente de la nación.

»Ningún vecino domiciliado o de paso por esta villa será molestado en llevar la capa puesta o con embozo, y mucho menos los eclesiásticos.

»Los trajinantes que se emplean en el abasto diario de esta corte no experimentarán en lo venidero la menor vejación ni detención de sus carros o acémilas. Cualquiera que tuviese justa queja, acudirá a darla al juez de policía, seguro que en el discurso del día obtendrá justicia, y aun resarcimiento del daño que haya sufrido.

»A los arrieron que también se empleen en traer víveres o provisiones a esta corte, y que suelen permanecer en ella algunos días, no se les embargará, ni aun en la más urgente necesidad, arriba de la mitad de su ganado; y en ningún caso por más tiempo que el de 3 o 4 días, que le serán puntualmente pagados a los precios ya señalados.

»En las puertas de la villa en que los trajinantes han experimentado detenciones arbitrarias para reconocerlos, y despojarlos de sus armas, estarán dadas las órdenes convenientes para precaver este abuso. Pero se reitera el encargo de que nadie se introduzca en el pueblo con armas de fuego u otras prohibidas, o que las deje depositadas en la misma puerta.

»Palacio, 5 de mayo de 1808.

»Por acuerdo de la junta suprema de gobierno del Conde de Casa-Valencia, secretario.»

El 7 de mayo se daba un paso más en el intento de conciliación con los madrileños. Joaquín Murat instaba a sus soldados a «renovar vuestras relaciones amistosas con el pueblo» y con el ejército: «Es acreedora a muchos elogios la conducta de las tropas españolas que se hallan en esta Corte y debe, por lo mismo, cimentarse cada día más la buena inteligencia que ha reinado entre los dos ejércitos.»

También se intentaba respetar la costumbre del madrileño en ropa y utensilios corrientes. En las primeras horas del alzamiento, los franceses habían visto en la típica capa amplia y en el sombrero gacho un intento de ocultar armas o expresiones y muchos viandantes fueron obligados a desprenderse de su ropa habitual, así como de la acostumbrada navaja. Murat quiere cortar esta impolítica persecución:

«Ciudadanos de todas clases pueden usar la capa, monteras, sombreros o cualquier traje acostumbrado, espacines, navajas que se cierren y sirvan para picar tabaco, cortar pan, cuerdas, cuchillos de cocina, tijeras, navajas de afeitar, y demás instrumentos de oficios según su costumbre; nadie deberá detenerlos, ni incomodarlos por este motivo. Firmado: Joaquín.

»Por orden de S. A. I. y R., el general de división, jefe del estado mayor Agustín Belliard.» (*Gazeta de Madrid* del 10 de mayo de 1808.)

UN REINO CON DOS REYES

Fernando tenía razón al recordar a su padre que no tenía derecho a entregar el trono a una nueva dinastía, además extranjera, sin permiso de las Cortes españolas reunidas solemnemente para decidir este trascendental paso. (Que luego, en su propio reinado, hiciera caso omiso de esa representación popular, es otro tema.)

Napoleón, que tenía el mismo concepto de monarquía absoluta de Carlos IV, sí considera válida esa cesión como la siguiente que realizó él mismo pasando el trono a su hermano José.

A. García Gallo, que estudió jurídicamente ese asombroso proceso (*Estudios de la Guerra de la Independencia*, II, Zaragoza, 1965), recuerda que esa concepción de propiedad total del reino estaba reñida con la tradición española reflejada en los cuadernos de Cortes Medievales y en las obras de nuestros juristas. Según ella, el rey ejerce su poder, eso sí hereditario, por un pacto o contrato expresado por el juramento real de procurar el bien común y observar las leyes, lo que se complementa con el juramento de los súbditos de guardarle fidelidad y de servirle en la guerra y en la paz. Si el rey incumple su promesa deja de ser el padre recto pero amoroso que se espera, para convertirse en un «tirano» contra el cual, según dijo el padre Maria-

na en el siglo XVI, puede llegarse incluso al magnicidio.

Dadas estas premisas, si un rey no puede disponer de su corona para dársela a un extranjero, la renuncia de Fernando VII es totalmente ilegítima, y mucho más cuando ha sido fruto de una coacción. Por eso en las proclamas de todas las juntas revolucionarias no se plantea siquiera quién es el rey de España. Sigue siéndolo Fernando VII tras la abdicación de su padre en Aranjuez (que ésta también hubiera sido forzada por un motín no tenía la menor importancia a los ojos de los fernandistas que constituían la gran mayoría de los españoles). Por ello las varias juntas, surgidas como hongos en todo el país, lo primero que declaran es que reconocen en Fernando a su rey y que, mientras permanezca fuera de territorio nacional, gobernarían en su nombre.

Pero en su nombre, ¿no gobernaba ya la Junta Suprema de Gobierno que él había designado? Y esta Junta al obedecer a Carlos IV, rey de nuevo, ¿no había aceptado a Murat como a su jefe? Daba igual. Los insurrectos «sabían» que ésa no era la intención de Fernando y sí la de su carcelero Napoleón, de forma que, al sublevarse, le obedecían mejor que si hubieran seguido al pie de la letra sus instrucciones filofrancesas.

Esa interpretación fue unánimemente popular como lo había sido el levantamiento madrileño. Con la excepción de Mallorca y algún otro lugar donde la autoridad militar y civil tomó la iniciativa, la creación de juntas rebeldes fue siempre obra del pueblo bajo al que se unieron, con mayor o menor celeridad (a algunos esa duda les costó la vida), los altos cargos civiles y militares.

En cierta manera esas juntas, nacidas espontáneamente, representan la vuelta a los reinos peninsulares anteriores a la unidad creada por los Reyes Católicos tanto en la España cristiana como en los reinos musulmanes de Taifas. En ambos casos, ante

la quiebra del Estado unitario en el que habían acordado fundirse, faltos de una autoridad central que les dirija desde Madrid como había ocurrido en los últimos cien años, volvían a sus tradiciones locales tomando el poder en sus zonas respectivas ya que no podían hacerlo los reyes por ellos.

En cierto modo parecía un regreso a la división de la Edad Media, pero era sólo en apariencia. Porque la unidad de destino común había calado ya en todos los españoles durante los últimos siglos y eso se demostró en el apelativo que varias de las juntas se aplicaron: el de Suprema, es decir, sobre todas las demás constituidas en distintos parajes de España. A ninguna se le ocurrió denominarse Junta Independiente de Andalucía o de Baleares. No. Lo que quería cada una, muy a la española, era dirigir a las demás, a las que se sentía estrechamente unida, pero superior porque se había alzado antes contra Napoleón o sencillamente, porque se consideraba más capacitada para dirigir la lucha común.

Poco a poco, como es lógico, se impone la sensatez y esa actitud individualista va cediendo en aras de la razón; el 25 de setiembre de 1808 se formará la Junta Central Suprema y Gobernativa (ha habido que añadir otro adjetivo para reforzar la expresión primera desgastada por el excesivo uso).

Y esa Junta será el único gobierno de la España independiente aunque las circunstancias la obliguen a cambiar de sede y de nombre. Refugiada en Cádiz tras la ofensiva militar francesa de 1809, el 29 de enero de 1810 cederá sus derechos a un Consejo de Regencia (siempre en nombre del rey ausente). Durante toda la Guerra de la Independencia, será la única ciudad importante del país (en el campo y aldeas las posiciones son muy variables) donde seguirá manteniéndose el pabellón de la vieja España. Y será también donde se convoquen Cortes para crear un nuevo país apoyado en la Constitución.

Pero esa Constitución, esa Carta Magna, ya existía; había querido dársela al país su autotitulado protector, Napoleón Bonaparte. Era la que iban a redactar los diputados que, como sus reyes, habían sido convocados *manu militari* en Bayona.

En total fueron noventa y uno los representantes españoles allí reunidos, de los cuales sólo veinte habían sido elegidos legalmente por las provincias respectivas y los demás nombrados a dedo entre los españoles residentes en Bayona y cercanías. En total se celebraron doce sesiones que empezaron el 17 de junio para cumplimentar al nuevo rey José I. El 10 del mismo mes iniciaron las tareas de examen del texto presentado y el 30 se aprobó con las enmiendas aceptadas. El 7 de julio José I la juraba solemnemente y la hacía promulgar en todo el territorio español donde mandaban sus tropas.

La reacción de los resistentes españoles ante el texto que trataban de imponerles se tradujo inmediatamente en la sátira en verso de cada uno de los artículos aprobados.

Yo que soy Napoleón,
emperador de Francia,
quiero y es mi voluntad,
que haya jaleo en España.
¡Al jaleo, jaleo, soldados!
Mis planes están ya hechos,
su buen éxito depende
sólo de vuestros esfuerzos.

Se establecía en el texto que la religión sería la católica, apostólica y romana, sin permitir ninguna otra, maniobra política de Napoleón para halagar el sentido religioso del país. Pero no convence al poeta, que dice (en fandango):

Sólo habrá una religión,
la católica será;

quien guste la seguirá,
sobre esto no habrá cuestión.

José I era reconocido como rey de España y de sus Indias, aseguraba la Constitución. Y el poeta —quizá Eugenio de Tapia— contestaba:

Es mi voluntad y quiero,
ha dicho Napoleón,
que sea rey de esta nación
mi hermano José Primero.
Es mi voluntad y quiero,
responde la España ufana,
que se vaya a cardar lana
ese rey José postrero.

La corona se debía transmitir de varón a varón con exclusión de la hembra, lo que estaba en desacuerdo con la tradición española:

La sucesión del trono
de las Españas,
irá de macho en macho,
dice la Carta.
Si macho falta,
Napoleón Primero
lleva la carga.

Debía existir un consejo de Estado con más de treinta individuos y menos de sesenta, presididos por el rey...

Habrá un consejo de ministros
de probidad à ma façon,
que no podrá ni bostezar
si no según Constitución.
Serán, pues, todos presididos
cuando se forma gran sesión
por el rey Pepe, y obrar deben
siempre según Constitución.

Luego que Pepe diga «quiero»,
nadie podrá decir sir, non,
a fin de que todo se despache
siempre según Constitución.

El artículo 82 afirmaba: «Las colonias españolas de América y Asia gozarán de los mismos derechos que la metrópoli.»

Las colonias españolas
y posesiones del Asia
gozarán los mismos derechos
que gozará toda España.
Olé charandel, podrá cada uno;
olé charandel, libre comerciar;
olé charandel, al fin que el rey Pepe,
charandel y olé, pueda atesorar.

Por fin, la nación amenaza:

Olé charandel, Napoleoncito;
olé charandel, eso lo veremos;
olé charandel, pues algunas cuentas,
charandel y olé, que ajustar tenemos.

Obsérvese que algunos de estos capítulos tienen sentido; todos intentan modernizar el país dando al pueblo una mayor intervención en el gobierno pero el tono de la crítica es negativo desde el principio. Todo lo que procedía de Napoleón era, por principio, malo y pernicioso para España; lo que parecía oportuno y ventajoso era sólo hipocresía y maldad encubierta. Esta actitud cerrada se mantendrá en la inmensa mayoría de los españoles haciéndose extensiva a los actos del rey José I; curiosamente la minoría que sí cree necesaria una reforma liberal en el país tendrá en sus manos el poder legislativo en la fortaleza de Cádiz, único reducto nacional durante la guerra, y allá dictará una serie de medidas que se

parecerán, mucho más de lo que pensaba, a las ordenanzas rechazadas sarcásticamente y votadas en la Asamblea de Bayona.

Pero esto ocurrirá mucho más tarde. Ahora se está constituyendo una nueva dinastía y el rey José I al entrar en España, desde Vitoria, da una proclama en la que se presenta como «D. Josef Napoleón por la Gracia de Dios y la Constitución del Estado, rey de España y de las Indias».

Era la primera vez desde 1700 que un monarca español aceptaba la existencia de una ley que servía de posible freno a sus deseos personales. En el tercer párrafo advertía que esa «Constitución... asegura el ejercicio de nuestra santa religión, la libertad civil y política, establece una representación nacional; hace revivir vuestras antiguas cortes, mejor establecidas ahora, y siendo el garante de toda libertad individual será también el asilo honroso con cuyas plazas se verán recompensados los más eminentes servicios que se hagan al Estado».

Esta arcadia prometida es amenazada por un enemigo que no nombra aunque todos saben que se trata de Inglaterra:

«Pasiones ciegas, voces engañadas e intrigas del enemigo común del Continente, que sólo trata de separar las Indias de la España, han precipitado a algunos de vosotros a la más espantosa anarquía; mi corazón se halla despedazado al considerarlo pero mal tamaño puede cesar en un momento.»

Y la invocación final a la unidad y al trabajo para crear un nuevo país:

«Españoles: Reuníos todos; ceñíos a mi trono; haced que discusiones intestinas no me roben el tiempo ni distraigan los medios que únicamente quisiera emplear en vuestra felicidad. Yo el Rey.» (*Gazeta de Madrid*, 16 de julio de 1808.)

Éstas eran las expresiones oficiales del nuevo monarca, pero las íntimas, comunicadas en cartas personales a su hermano y señor, eran mucho más

realistas porque correspondían al espíritu de observación y sentido común que nunca faltó a José I. El optimismo de la proclama inicial (que era el de Napoleón) pasa ahora a un pesimismo premonitorio de los desastres que se avecinaban. Por una vez el oscuro hermano vio más claro el futuro que el genio de la guerra.

«Vitoria, 12 de julio.

»Señor, he llegado a esta villa adonde fui proclamado ayer; el espíritu de la ciudad es contrario a todo esto. Las personas en posición temen las amenazas del pueblo y de los insurrectos de Zaragoza, cuyas cartas y gacetas les intimidan mucho; las noticias que ellos reciben de Asturias, de Galicia, de Valencia y de Andalucía no les tranquilizan. Nadie ha dicho hasta aquí toda la verdad a V. M. El hecho es que no hay un solo español que me sea afecto, excepto el corto número de personas que han asistido a la junta, y que viajan conmigo. Los otros llegados aquí y en las poblaciones antes que yo, se han ocultado acobardados por la opinión unánime de sus compatriotas.»

... «Madrid, 20 de julio.

»Señor, hoy he hecho mi entrada en Madrid. No he sido recibido por los habitantes de esta villa como lo fui por los de Nápoles, ni como lo he sido por las tropas francesas; menos mal, sin embargo, de lo que se podía esperar de los habitantes de una villa cuyas disposiciones son muy malas.»

... «Madrid, 24 de julio.

»(...) El estado de Madrid es aún el mismo; la emigración continúa en todas las clases; es el mismo caso que en el 89; hasta los criados del duque del Parque le han abandonado escribiéndole que se dirigen al ejército español.

»(...) Nosotros no tendremos pronto ni un maravedí; todas las provincias se hallan ocupadas por el enemigo, que se halla en todas partes. Enrique IV tuvo un partido; Felipe V no tenía que combatir más

que un competidor; y yo tengo por enemigo una nación de doce millones de habitantes, valientes y exasperados hasta el último punto. Se habla públicamente de mi asesinato pero no es éste mi temor. Todo lo que se ha hecho aquí el dos de mayo es odioso; no se ha tenido ninguna de las consideraciones que se debieron haber tenido por este pueblo. Su pasión era el odio al Príncipe de la Paz; aquellos que él ha acusado de ser sus protectores han heredado y me han transmitido su odio. La conducta de las tropas no puede menos que entretenerlo.»

Con este remate lapidario:

«Las gentes honradas no están por mí más que los bribones. No señor, estáis en un error; vuestra gloria se estrellará en España.»

A pesar de esas dudas, José cumplió con las órdenes recibidas del emperador y se sometió dócilmente a los deberes del cargo que le habían confiado. Para empezar el de ser proclamado solemnemente rey de España en Madrid. A pesar de las deserciones anotadas y alguna enfermedad «política» como la del marqués de Astorga, siempre quedan nobles lo bastante cortesanos para olvidarse de la forma en que llegó al trono y realizar la protocolaria ceremonia de proclamación, que, según la *Gazeta* del 27 de julio, siguió todos los trámites de la tradición secular pero esta vez con caballería francesa «haciendo calle».

«Relación de lo ocurrido en la tarde del 25 de julio, con motivo de la proclamación del Rey nuestro Sr. Josef Napoleón I, Rey de las Españas y de las Indias.

»A las 4 y media vino a caballo el señor corregidor desde su casa a las consistoriales, acompañado del alguacil mayor, 24 alguaciles también a caballo, y 6 porteros de vara a pie; subió a las salas capitulares, esperando para recibir al Excmo. Sr. conde de Campo Alange, regidor perpetuo de esta villa de Madrid, nombrado por S. M. para ejercer el acto de la

real proclamación por indisposición del Excmo. Sr. marqués de Astorga, a quien corresponde la propiedad de la dignidad de alférez mayor. Verificada que fue la llegada de S. E., que fue con un numeroso acompañamiento de los señores generales y oficiales del ejército francés, el Excmo. Sr. duque de Frías, y el capitán general de esta provincia, llevando en seguida caballos de mano ricamente enjaezados, una magnífica carroza de la real casa, tirada de 6 caballos ricamente adornados, y otros coches de respeto, bajaron 4 caballeros regidores a recibirle; habiendo ocupado el ayuntamiento los asientos según su antigüedad, y el Sr. conde de Campo Alange el que le correspondía, recibió de mano del Sr. corregidor el real estandarte. En seguida salieron todos del ayuntamiento, y puestos a caballo se formaron en el orden siguiente; iban delante una partida de caballería francesa haciendo calle, en seguida los timbales y clarines de las reales caballerizas a caballo con armas reales y uniformes de ellas, seguía una escuadra de alabarderos, luego 24 alguaciles del juzgado de Madrid a caballo en traje de golilla con varas levantadas, y el alguacil mayor, también con vara alta, a la cabeza de ellos. Sucesivamente los maceros de Madrid, los Srs. individuos de dicho cuerpo; seguían los 4 reyes de armas, con sus uniformes de la real casa, con cota, y en ellas bordadas de oro y plata las armas reales de Castilla y León, cerrando la comitiva el Sr. corregidor con bastón, y a su derecha el Excmo. Sr. conde de Campo Alange con el pendón real en la mano; en cuya forma se dirigió la comitiva por la calle de la Almudena, arco de palacio, al tablado que allí se hallaba establecido y por el rey de armas más antiguo se dijo: "Silencio, silencio, silencio; oíd, oíd"; y por el Sr. conde de Campo Alange se pronunció: "Castilla, Castilla, Castilla por el Rey nuestro Señor, que Dios guarde, D. Josef Napoleón I"; y concluido este acto, por los 4 reyes de armas se esparció gran cantidad de moneda al pueblo

que presenciaba dicha proclamación. Concluido el acto y subiéndose a la sala consistorial todos los expresados señores, corregidor, alférez mayor y demás caballeros capitulares, devolvió el Sr. conde de Campo Alange el real pendón al Sr. corregidor, el que se colocó en el balcón dorado que hay en las casas consistoriales, según práctica. Concluida esta función, que fue muy solemne y lucida, así por el adorno de su carrera, crecida concurrencia, músicas dispuestas en dichos tablados y otros puntos, y bebidas, que por generosidad de dicho Sr. conde de Campo Alange se dieron al público gratuitamente, convidó al Concejo de Madrid para que le acompañase a su mesa, que tenía dispuesta en celebridad de la expresada proclamación, y demás señores convidados, que les acompañaron a caballo hasta su casa, en donde había un magnífico banquete distribuido en cinco mesas de la mayor abundancia y delicado gusto.»

Lo que no especifica el cronista en ningún momento es la cantidad de público que se acerca a ver la ceremonia en palacio o en la plaza Mayor, plaza de las Descalzas Reales y plaza de la Villa donde se repitió, lo que hace pensar que no fue excesiva a pesar de los regalos que se esperaban según la costumbre.

LAS PROCLAMAS PATRIÓTICAS

El 24 de mayo de 1808 Asturias lanza la primera proclama contra los franceses firmada en primer lugar por un economista famoso: Álvaro Flórez Estrada. A continuación, como en una gran traca patriótica, todas las regiones españolas redactan y hacen pública la suya. Aunque los términos básicos son los mismos en todas, hay matices diversos en cada una de ellas. La del principado, por ejemplo, pone el énfasis en dos puntos. Una conducta traidora, la de los franceses en Madrid, que obliga a temer que se extendería de forma «africana» si llegasen al dominio total de España...

«Si en el mismo momento en que esas tropas de bandidos estaban recibiendo los mayores obsequios y favores de los habitantes de Madrid, han asesinado fríamente a más de dos mil personas sin otro motivo que haber defendido a sus hermanos insultados, ¿qué pudiéramos esperar de ellos después que nos hubiesen dominado? Su perfidia con nuestro Rey y toda su Familia, engañándole para hacerle pasar a Francia bajo la palabra de un eterno armisticio, para encadenarlos a todos, no tiene igual en la historia. Su conducta con toda la Nación es más inicua que la que debíamos de esperar de una horda de hotentotes.»

Sigue el recuerdo de la sublevación asturiana

contra la invasión musulmana, curiosamente llamada «menos injusta» que la actual, y la invocación al patrono de la región.

«No nos olvidemos que Asturias, en otra irrupción, sin duda menos injusta, ha restaurado la Monarquía. Aspiremos a igual gloria en la presente época, sepamos que jamás nos pudo dominar nación alguna extranjera por más esfuerzos que ha hecho, invoquemos al Dios de los Ejércitos; pongamos por intercesora a Nuestra Señora de las Batallas, cuya imagen se venera en el antiquísimo templo de Covadonga, y seguros de que no puede abandonarnos en causa tan justa corramos a aniquilar y arrojar de nuestra Península nación tan pérfida y tan execrable. Así os lo pide en nombre de vuestros Representantes el Procurador General del Principado. Álvaro Flórez Estrada.»

El manifiesto de Galicia empieza con la misma referencia a la traición napoleónica, pero es quizá la única que admite la posibilidad de que haya franceses «malos» y franceses «buenos», víctimas también de las ambiciones de *el Corso*.

«No, no son los ilustrados y generosos Franceses los que nos hacen o auxilian estas viles y abominables perfidias de su tirano. Sus soldados son extraídos de lo más infame de las Naciones subyugadas; las reglas príncipes de su conductor, son la conquista y exterminio de los mismos que con su sangre se la proporcionan.

»No ignoráis que igual conducta ha querido observar con nuestros hermanos y compañeros, queriendo confundirlos con sus irreligiosos y viles esclavos que ha traído a España aprisionados entre duras esposas.»

La invocación religiosa es ahora lógicamente al patrón de Galicia y de España entera: Santiago.

«Vosotros sois los primeros y más obligados a sacudir el yugo de tan vil canalla; vosotros depositarios del cuerpo del Apóstol Patrón de las Españas,

Santiago; honrados con los Sagrados trofeos del Santísimo Sacramento, que adornan nuestros Estandartes, no os asustéis, no temáis los bandidos que asolan nuestra Corte y tierras comarcanas hasta el límite de la Francia; volad a las armas, uníos a las demás Provincias, bajo los auspicios de nuestra Fe constante y del Patrón Santiago; tomad vuestros invencibles estandartes, y corred seguros de la victoria a los campos de la gloria, único medio de conseguir la libertad y no arrastrar las cadenas de la infame esclavitud.»

La proclama de Murcia tiene una característica especial. Mientras las demás regiones se autoproclaman autónomas y aspiran a ser supremas, las autoridades murcianas piden urgentemente la constitución de una Junta Central que armonice los esfuerzos particulares en aras de una mayor eficacia. Lo contrario sería tan contraproducente como peligroso.

«Carta Circular de la Junta de Murcia a las demás del Reyno.

»¡Provincias y Ciudades de España! Nuestros pensamientos son uniformes; nuestra voluntad se ha explicado de un modo maravilloso y nada equívoco; nos apresuramos a la defensa de la Patria, y a la conservación de los augustos derechos de nuestro amable y deseado Fernando VII. Temamos una desorganización, si tiene lugar la desunión; no se oiga otra voz en toda la península, que no sea unión, confraternidad y mutua defensa. Hagámonos grandes, y dominemos las pequeñeces que ocupan los ánimos débiles "sobre Superioridades". Formemos un Gobierno sólido y central adonde todas las Provincias y Reinos recurran por medio de Representantes, y de donde salgan las órdenes y pragmáticas bajo el nombre de Fernando VII.

»¡Ciudades de voto en Cortes! reunámonos, formemos un Cuerpo, elijamos un Consejo que a nombre de Fernando VII organice todas las disposicio-

nes civiles, y evitemos el mal que nos amenaza que es la "división". La voz, terrible en realidad, de que en cada Capital la Junta de Gobierno se suponga Suprema sin subordinación a otra, atraería la anarquía, la desolación y la pérdida de todo; y nosotros que reunidos seremos invencibles, por la "división" daremos al enemigo común el placer de vernos desolados.

»Esta Ciudad se lisonjea, que este último remedio es el único y el solo que puede salvarnos. Gobierno Central, Gobierno supremo son indispensables. Fernando VII lo manda; Fernando VII no puede ser restituido a su Trono sin esta unión y soberanía; unidas todas las Provincias por sus Representantes no hay celos de superioridad, y se le cortan al enemigo las armas terribles de la desunión y de la intriga; las Potencias extranjeras sabrán con quién han de entenderse para la Paz y para la Guerra; y reconociendo un Gobierno universal de España, la Monarquía se conservará ilesa para su legítimo y amado Soberano.»

Los mallorquines confiaban, como los asturianos y gallegos, en su historia.

«¡Mallorquines! Llegó ya el término de desplegar el estandarte del famoso Rey Don Jaime; el León brama, las cenizas de los Pelayos, de los Cides y Gonzalos se reaniman, y Bonaparte debe habérselas con un Reino cuyo enojo jamás fue provocado impunemente. Tiemblen, pues, las viles legiones del César raptor; y sepa éste con espanto, que los vasallos de Fernando han resuelto desmenuzar en sus manos el cetro de la fortuna.»

Y desde luego, en Dios y los santos...

«Sin embargo conviene ¡oh mallorquines!, conciliar nuestra confianza con la religión y las virtudes; a sólo Dios pertenece adjudicar la corona a los defensores de una causa justa. Sola la virtud puede dar una dirección noble y segura a los esfuerzos del patriotismo. El Obispo con sus Sacerdotes dirijan al

Cielo, a ejemplo de los de Betulia, fervorosos votos al Dios de las batallas.

»Al arma, Mallorquines, cruja el parche, Santiago nos precede, la justicia nos acompaña, Fernando nos invoca, y el cielo coronará nuestras empresas.»

La convocatoria a las armas de Aragón tuvo otra característica distinta: por vez primera se plantea la posibilidad de que, por la prisión y posible asesinato de Fernando VII, el reino quede acéfalo, y en ese caso se propone la exaltación del trono de un príncipe de la realeza austríaca, con lo que esa casa, vencida en 1714 por los partidarios de Felipe V, accedería a la corona española.

Así lo solicita el general Palafox el 31 de mayo de 1808:

«Que el Emperador, todos los individuos de su familia y finalmente todo General u Oficial Francés son personalmente responsables de la seguridad del Rey, y de su Hermano y Tío.

»Que en caso de un atentado contra vidas tan preciosas, para que la España no carezca de su Monarca, usará la Nación de su derecho electivo a favor del Archiduque Carlos, como Nieto de Carlos III, siempre que el Príncipe de Sicilia y el Infante Don Pedro, y demás herederos no puedan concurrir.»

Los sevillanos, por su parte, hicieron en su proclama del 29 de mayo, historia detallada de las razones jurídicas que los impelían a tomar las armas ante la debilidad culpable de la Junta de Gobierno y el Consejo de Castilla y las continuas agresiones, físicas y verbales, contra la familia real española. Sevilla admite la inferioridad militar en que los españoles se encuentran, pero confía en el apoyo de las naciones europeas que también sufren el yugo napoleónico, incluida Francia, primera víctima del ambicioso emperador.

«¿Y qué teméis?, no hay en España el número de tropas enemigas que para intimidarnos publican; las que hay se componen de diversas Naciones, traídas

violentamente, y que desean con ansia romper las cadenas que les han impuesto. Las situaciones que han tomado son las más oportunas para deshacerlas y vencerlas. Están además débiles y desmayadas porque la conciencia de la propia maldad hace al hombre más valeroso, cobarde.

»La Europa entera aplaudirá con sumo gozo nuestros esfuerzos y correrá a ayudarnos. Italia, Alemania, todo el Norte que sufre bajo el Imperio duro de esta Nación, aprovechará ansiosamente la ocasión felicísima que España le presenta de romperlo y recobrar su libertad, sus leyes, sus Monarcas, y cuanto les ha arrebatado. La Francia misma se apresurará a quitarse de sí la infamia que le cubriría si se le forzase a ser el instrumento de perfidias tan horribles que la amenazarían a ella misma la suerte miserable que la esperaba. No, no derramará su sangre bajo el pretexto de una paz, de una felicidad que nunca llegan ni pueden llegar sino bajo el Imperio de la razón, de la Religión, de las leyes, y de los derechos de los otros Pueblos respetados y guardados recíprocamente.»

La proclama de Sevilla es también diferente porque en ella se admite, por primera vez, las pocas posibilidades que tiene España en una guerra abierta contra el poder napoleónico y se insta a olvidar el choque frontal, donde tenemos todas las de perder, sustituyéndolo por la guerra de partidas, es decir, las guerrillas que tanta importancia tenían que tener después, aprovechando las características orográficas del país.

«Sea lo primero evitar toda acción general y convencerse de los peligros gravísimos sin fruto alguno, y aun sin esperanza de él, a que nos exponíamos en ella, y las razones de esta resolución son muchas, y que las penetrará cualquiera que tenga uso del entendimiento.

»Nos conviene, pues, una guerra de partidas, de embarazos, de consumir los Ejércitos enemigos por

falta de víveres, de cortar Puentes, hacer cortaduras y demás en los puntos que convenga, y otros medios semejantes. Convida a ello la situación de España, sus muchos montes y desfiladeros, que ofrecen éstos, sus Ríos y Arroyos, la colocación misma de todas las provincias para hacer esta guerra con felicidad.»

Los sevillanos se adelantan también en el aprecio de la propaganda escrita para animar a los patriotas y contrarrestar las publicaciones francesas.

«Por lo mismo será muy conveniente que los Generalísimos y Generales publiquen y esparzan frecuentes Proclamas en los Pueblos, y exciten su valor y lealtad, mostrándoles que todo deben temerlo de la perfidia horrible con que los Franceses han obrado con toda España y hasta con su Rey Fernando Séptimo, y que si nos dominan, hemos perdido todo: Reyes, Monarquía, bienes, libertad, independencia y Religión; y que por lo tanto es preciso sacrificar bienes y vidas en defensa del Rey y de la Patria, y ya que la suerte, lo que no se espera suceda, nos haya destinado a ser esclavos, que lo seamos peleando y muriendo como hombres generosos, y no entregándonos vilmente nosotros mismos como ovejas al yugo, según que ha pretendido hacerlo el infame Gobierno pasado, añadiendo a la España, y a su esclavitud eterna ignominia y oprobio.

»Se excitará a todas las personas instruidas de las Provincias a que trabajen, impriman y publiquen continuos discursos breves para conservar la opinión pública y el ardor de la Nación, con los cuales refuten esos infames diarios de Madrid, que la vileza del Gobierno pasado ha permitido y permite dar a luz en Madrid mismo, y que ha hecho circular, manifiesten sus falsedades y perpetuas contradicciones, cubran de oprobio a los miserables autores de esos diarios, y alguna vez extiendan sus reflexiones a estos charlatanes gaceteros franceses hasta su "Monitor", y descubran y hagan públicas a España y

a toda la Europa sus mentiras horribles, y sus elogios venales, que sobrada materia dan a ello.»

También habrá que prometer a los españoles que su situación política cambiará después de la victoria, con mayor libertad individual y colectiva.

«Se cuidará de hacer entender y persuadir a la Nación que libres, como esperamos, de esta cruel guerra, a que nos han forzado los Franceses, y puestos en tranquilidad, y restituido al Trono nuestro Rey y Señor Fernando Séptimo, bajo él y por él se convocarán las Cortes, se reformarán los abusos, y se establecerán las leyes que el tiempo y la experiencia dicten para el público bien y felicidad; cosas que sabemos hacer los Españoles, que las hemos hecho con otros Pueblos sin necesidad de que vengan los viles Franceses a enseñárnoslo, y que según su costumbre, bajo el pretexto de amistad, y de deseos de nuestra felicidad, nos traten como nos tratan, si no de robarnos, violar a nuestras mujeres, asesinarnos, privarnos de nuestra libertad, de nuestras leyes y de nuestro Rey, y mofarse y destruir nuestra Santa Religión, como lo han hecho hasta ahora, y lo harán siempre mientras dure en ellos el espíritu de perfidia y ambición que los oprime y tiraniza.»

Por su parte la proclama de los gaditanos olvidó la llamada al patriotismo para centrarse en el odio al responsable único de todo el desastre, Napoleón. Para ello invoca al mundo entero...

«¡Españoles! ¿Habrá alguno de nosotros que, al considerar la pérfida conducta del hombre más malvado y ambicioso que sostiene la tierra, pueda mirar con indiferencia su proceder tan abominable y escandaloso? Habitantes del mundo todo, reunidos en sociedad, ¿podréis acaso desentenderos de un monstruo, el más horrendo que presentan todos los siglos, y que con una general ruina de toda la humanidad quiere entronizarse él y su familia para tiranizar al género humano? No, no creo que nin-

gún racional Español, Portugués o Francés, Inglés o Alemán, Italiano o Tudesco, Prusiano o Ruso, Polaco o Dinamarqués, Turco o Africano, Americano o Chino pueda dormir con reposo, cuando ve que la tranquilidad pública es trastornada por un desbastador del universo y un usurpador del género humano; por un hombre tan vil, infame y soez que, queriéndose elevar sobre los demás, intenta con sus palabras y expresiones, igualarse con el gran Dios de los ejércitos, apropiándose los atributos de omnipotente e irresistible; la naturaleza al oírlo se conmueve y trastorna; los elementos se embravecen, considerando a su criador insultado por un Ateo, que afectando religión, trastorna y echa por tierra cuanto ésta manda.»

Los bandos de Extremadura, promulgados el 9 de julio de 1808, parten de una triste comprobación. En aquella tierra había nacido el hombre responsable, con Napoleón y Murat, de la invasión francesa y que, como ellos, era totalmente odiado. Se trata de Manuel Godoy.

«Valientes Extremeños: de vuestra patria brotó el monstruo horrible que ha causado los acerbos males que afligen a toda la nación. A vosotros, más que a nadie, corresponde lavar con sangre francesa tan infame maldad. ¡Con cuál placer veo retratado en vuestros semblantes el ardiente deseo de hacer ver a la faz del universo que no cedéis a ninguna provincia de España en religión, en valor y en sacrificar vuestras vidas por la causa de nuestro Soberano!»

Y si la historia local inspira estos párrafos, la geografía hace que se ponga especial atención al país vecino, Portugal, de donde tiene que salir el contraataque victorioso a cargo de nativos e ingleses.

«Los enemigos se reúnen aceleradamente en Lisboa. Los ingleses son un obstáculo incontrastable para su salida por mar. Portugal ya está sublevado. Los vándalos, que han saqueado a este reino precioso, son muy escasos y débiles para sujetar un país

enemigo de tres millones de habitantes; ponen todo su conato en salir prontamente; y sin duda se dirigirán a Extremadura para reunirse con los que están en España.»

Además que, contra la memoria infausta de Godoy, los extremeños pueden invocar siempre la gloriosa del conquistador de México...

«Ya se cumplen vuestros deseos. Esos viles ministros del despotismo van sin duda a lidiar con los extremeños, con los bravos descendientes del grande Hernán Cortés. Este héroe, patriota vuestro, debe infundiros un animoso aliento. ¿Mancharéis Extremeños, los ínclitos blasones, los gloriosos timbres que compró para vosotros a precio de sangre? No; no os juzgo tan cobardes; no cabe en nuestros pechos tanta mengua. Con mi vida salgo garante de vuestro denuedo invencible. Si los Zaragozanos arrojaron los fusiles, y pasaron por el filo de sus espadas a los Franceses en la famosa batalla de las Eras, vosotros que habéis jurado oponer a la perversidad de Godoy todo vuestro acrisolado y sublime patriotismo, vais a igualarlos.»

Los catalanes también explicaron públicamente su decisión de tomar las armas. Resulta interesante que en el momento de rotura del Estado español, cuando más lógico sería buscar la propia salvación en una identidad separada, Cataluña se proclamase desde el primer día totalmente solidaria de las demás regiones de España. Los descendientes de los *segadors* de 1640 se identifican con la causa nacional rechazando con ira a quienes los ayudaron contra Castilla en el siglo XVII... Es posible que en esa actitud pesara más el recuerdo de una invasión reciente, la de 1796, que había señalado a sus vecinos más como revolucionarios y enemigos de la Iglesia que como liberadores del yugo castellano. El manifiesto de la Junta de Lérida, cabeza en aquel momento de la lucha al estar Barcelona ya ocupada por los franceses, da énfasis a los sentimientos que

supone en los catalanes «de amor a la Religión, al Rey y a la Patria», en este orden.

La proclama describe la ambición de Napoleón que ha conseguido irritar al mismo Dios; Éste tomará amplia venganza del corso.

«El Señor va a romper y hacer pedazos aquella espada homicida que ha esparcido el terror y la desolación por tantos Reinos y Provincias; y Napoleón que la ha manejado, va a sufrir el terrible juicio de aquel gran Dios, que con el rayo de su indignación aniquila en un momento los temerarios proyectos de los impíos, y que nada puede permitir impunemente contra la justicia y el orden.»

A favor de esa esperanza está la primera derrota sufrida por Napoleón en España, mucho más valiosa por haberla conseguido unos campesinos sin instrucción militar.

«Una Columna Francesa de más de dos mil hombres entre Infantería y Caballería con algunas piezas de Artillería ha sido detenida por cincuenta Catalanes, y batida y derrotada completamente con pérdida de su Artillería por algunos centenares de paisanos, que sin prevención, sin Jefe, sin oficiales se arrojaron bizarramente sobre los enemigos, siendo lo mismo verlos que vencerlos. Esta acción cubrirá de gloria nuestro Principado; infundirá vigoroso aliento a los esforzados Ausetanos y Ampurdaneses para contener y rechazar el ímpetu de los enemigos, que nuevamente quieran penetrar nuestros confines; animará a las demás Provincias del hemisferio Español, haciéndoles ver, que los vencedores de Austerlitz y de Jena han sido arrollados por los paisanos de Cataluña.» (Cit. Sabino Delgado.)

DOS ESPAÑAS SE HACEN TRES

Desde mediados del siglo XVIII existen en este país dos Españas. Una es la enraizada con el pensamiento monolítico tradicional, enemiga de cambios en el respeto total a la monarquía absoluta y a la religión en toda su pureza. La otra es amiga de una reforma de ideas y costumbres que coloquen al país a la altura intelectual de Europa representada en ese momento por Francia. La Iglesia católica, dicen estos «ilustrados», seguirá siendo la única en España, pero debería ser examinada a la luz de la Razón para evitar caer en formas supersticiosas como el excesivo culto de las reliquias o la cerrazón de los procesos inquisitoriales.

La unidad del español del XVII, cuando el señor y el portero de su casa comulgaban en los mismos principios políticos y religiosos, se rompe. El petimetre se entenderá mejor —en ropa, ideología y costumbres— con sus colegas franceses, alemanes o italianos que con la gente baja de su propio país.

Hasta primeros del siglo XIX la polémica se mantendrá en los libros, en la política y en la misma calle. El motín de Esquilache, iniciado por el intento gubernamental de hacer más europeo y «civilizado» el traje de los madrileños (capa corta en vez de larga, tricornio en lugar de sombrero de ala grande y gacha), es un símbolo de ese desencuentro entre dos

clases de españoles antes unidos en una certidumbre total sobre los valores básicos del Rey, la Patria y la Iglesia. La mayoría era partidaria de la tradición; la minoría, de la renovación, pero esa diferencia numérica se contrapesaba por la influencia que los reformadores tenían en las altas esferas del Estado. Con Carlos III se modernizó el país, física y espiritualmente, se quitan las basuras de las calles y las telarañas de los espíritus. La Iglesia sigue respetada pero se ponen barreras legales a unas decisiones que ahora tendrán que ser sometidas al Estado. Y un rey que jura el dogma de la Inmaculada Concepción y no acepta la presencia de ateos en sus cercanías, no vacilará en expulsar a una orden tan enraizada en el país como la Compañía de Jesús.

Era la tendencia a una España nueva y europea que se interrumpirá de pronto con la llegada de la Revolución francesa, algo que producirá en muchos el dolor de sentirse traicionados en su adoración hacia el país vecino y sus pensadores. El más conocido y respetado de los intelectuales españoles, Melchor de Jovellanos, será quien más duramente reaccione en verso contra unos hombres que llevaron su insurrección a destrozar las iglesias, perseguir a muerte a los sacerdotes y ejecutar a sus reyes.

Coincidió la Corona —ahora llevada por un Carlos IV mucho menos ilustrado que su padre— en poner un freno a las corrientes ultrapirenaicas, aunque la conveniencia política obligue a aceptar la alianza con los regicidas contra Inglaterra, pero la llegada de Napoleón al poder fue un bálsamo para los renovadores. Aquí estaba un gobernante que, como Carlos III, situaba al Estado por encima de la Iglesia aun declarándose hijo devoto de ella, que mantenía el orden, algo importante para los «ilustrados» que desconfiaban de las masas movidas sólo por el instinto y no por el cerebro. Napoleón era un elemento estimable y la admiración a Francia y a su cultura podía seguir manteniéndose tanto en la nobleza y la

burguesía incipiente de la época como para las jerarquías de la Iglesia, mucho más adelantadas que el bajo clero. El obispo español de la época podía entenderse fácilmente con un conde de Aranda, un Jovellanos, un Fernández de Moratín. El fraile se llevaba mejor con el arriero, el labrador o el carpintero, como él de ideas pocas pero precisas, entre las que estaban el odio teñido de recelo hacia los que vivían más allá de los Pirineos.

En esas circunstancias las noticias de Bayona de la invasión francesa fueron un revulsivo que planteó a la minoría un problema arduo de resolver. ¿Cuál era la postura que había que adoptar ante la guerra y la revolución española? ¿Mantenerse fieles a un monarca preso en Francia con todo lo que significaba de estancamiento y aun de reacción en ideas y formas vitales, aliarse con el brutal pueblo bajo y los frailes de sermones incendiarios o aceptar, con José I, la incorporación de España a una Europa liberal, comprensiva y respetuosa con cualquier religión o política que no pusiera en peligro la seguridad del Estado?

Ante ese dilema los intelectuales de más nombre se decidieron por el nuevo rey. Se llamaban nada menos que Nicolás Fernández de Moratín, el autor dramático más famoso; el conde de Cabarrús, el mejor financiero; el gran poeta y profesor Meléndez Valdés; el genio de la pintura Francisco de Goya, y José Marchena, polígrafo, historiador y crítico literario cuya francofilia le había llevado a unirse en la Revolución francesa a la facción moderada de los Girondinos, lo que le había valido la condena a muerte por parte de Robespierre.

Ahora, habiendo encontrado en Napoleón la mezcla de orden y revolución que consideraba perfecta, había llegado a Madrid acompañando a José I en calidad de consejero cultural dado su conocimiento del país que iba a regir. Prontamente fue nombrado director de la *Gazeta de Madrid* para que contribuyera a explicar a los españoles que debían, por con-

vencimiento o por conveniencia, aceptar al nuevo rey y ayudarle en su transformación de la vieja España.

Las posiciones parecen pues muy claras. De una parte los que pasarán a la historia con el nombre de «afrancesados». Por el otro, la masa que seguirá fiel a su antiguo monarca y a las ideas que representa... El corte parece nítido y preciso.

Pero no lo es. Porque entre esas dos posiciones extremas hay otro grupo al que podríamos llamar la tercera España. Es el de quienes sostenían que no hace falta sentirse reaccionario y anticuado para ser antifrancés; por el contrario, creen que ese momento en que España está acéfala es el oportuno para reconstruirla con unos parámetros modernos pero «a la española», sin necesidad de aceptar el dominio de un extranjero.

A la cabeza de ese grupo está el ya citado Melchor de Jovellanos, que, con gran asombro de sus compañeros de la «elite» y de los mismos franceses, decide poner su prestigio al lado de los «patriotas». Su actitud resulta tan anómala que un general francés, Sebastiani, cree su deber preguntarle las causas. Las cartas que ambos se cruzan en este sentido son de gran claridad para exponer dos actitudes opuestas. Dice el militar:

«Señor, la reputación de que gozáis en Europa, vuestras ideas liberales, vuestro amor por la patria, el deseo que manifestáis de verla feliz, deben haceros abandonar un partido que sólo combate por la inquisición, por mantener las preocupaciones, por el interés de algunos grandes de España y por los de la Inglaterra. Prolongar esta lucha es querer aumentar las desgracias de España. Un hombre cual vos sois, conocido por su carácter y sus talentos, debe conocer que la España pueda esperar el resultado más feliz de la sumisión a un rey justo e ilustrado, cuyo genio y generosidad deben atraerle a todos los españoles que desean la tranquilidad y prosperidad de su patria...

Despedazados con facciones, abandonados por los ingleses que jamás tuvieron otros proyectos que el de debilitaros, el robaros vuestras flotas y destruir vuestro comercio, haciendo de Cádiz un nuevo Gibraltar, no podéis ser sordos a la voz de la patria que os pide la paz y la tranquilidad. Trabajad en ella de acuerdo con vosotros y que la energía de España sólo se emplee desde hoy en cimentar su verdadera felicidad. Os presento una gloriosa carrera; no dudo que acojáis con gusto la ocasión de ser útil al rey José y a vuestros conciudadanos... Horacio Sebastiani.» (*Gaceta del Gobierno*, 12 de mayo de 1809.)

Contesta Jovellanos:

«Señor general: Yo no sigo un partido, sigo la santa y justa causa que sigue mi patria, que unánimemente adoptamos los que recibimos de su mano el augusto encargo de defenderla y regirla, y que todos habemos jurado seguir y sostener a costa de nuestras vidas. No lidiamos, como pretendéis, por la inquisición ni soñadas preocupaciones, ni por el interés de los grandes de España; lidiamos por los preciosos derechos de nuestro rey, nuestra religión, nuestra constitución y nuestra independencia. Ni creáis que el deseo de conservarlos esté distante del de destruir los obstáculos que puedan oponerse a este fin; antes por el contrario y para usar de vuestra frase, el deseo y el propósito de regenerar la España y levantarla al grado de esplendor que ha tenido algún día es mirado por nosotros como una de nuestras principales obligaciones.»

En cuanto a los ingleses que Sebastiani ataca...

«Hablar de nuestros aliados fuera impertinente, si vuestra carta no me obligase a decir en honor suyo que los propósitos que les atribuís son tan injuriosos como ajenos de la generosidad con que la nación inglesa ofreció su amistad y auxilio a nuestras provincias, cuando desarmadas y empobrecidas, los imploraron desde los primeros pasos de la opresión con que la amenazaban sus amigos.»

El escritor español rebate luego, irónica y tristemente, los conceptos usados por el general francés.

«Por fin, señor general, yo estaré muy dispuesto a respetar los humanos y filosóficos principios que, según nos decís, profesa vuestro rey José cuando vea que ausentándose de nuestro territorio, reconozca que una nación, cuya desolación se hace actualmente a su nombre por vuestros soldados, no es el teatro más propio para desplegarlos. Éste sería ciertamente un triunfo digno de su filosofía y vos, señor general, si estáis penetrado de los sentimientos que ella inspira, deberéis gloriaros también de concurrir a este triunfo para que os toque alguna parte de nuestra admiración y nuestro reconocimiento.» (Suplemento de la *Gaceta del Gobierno*, 12 de mayo de 1809.)

Esa España que Jovellanos soñaba avanzada en ideas pero libre de extranjeros empieza a cuajar en la convocatoria a Cortes que realiza la Junta Suprema; decreta que se restablezca la representación legal de la monarquía en sus antiguas Cortes, convocándose las primeras en todo el año próximo o antes si las circunstancias lo permiten (22 de mayo de 1809). Y un día de setiembre de 1810, con un énfasis un poco exagerado teniendo en cuenta el escaso territorio gaditano en que podían gobernar y la pobreza de sus medios militares, las Cortes Generales y Extraordinarias inauguraron sus sesiones dándose a sí mismas el título de Majestad, ya que actúan en nombre del rey ausente. La fórmula que emplearán para publicar las nuevas leyes será la siguiente:

«Don Fernando VII por la Gracia de Dios, Rey de España y de las Indias, y en su ausencia y cautividad el Consejo de Regencia autorizado interinamente, a todos los que los presentasen y entendiesen, sabed: que en las Cortes Generales y Extraordinarias congregadas en la Real Isla de León se resolvió y decretó lo siguiente.»

Y ya iniciadas las sesiones regulares se procederá en aquel rincón de España a un asombroso cam-

bio de las instituciones vigentes, una auténtica revolución de las leyes y aun de las costumbres de los españoles. Y lo curioso del caso es que, como decía, muchas de esas nuevas disposiciones están más cerca en espíritu de las que sostienen los enemigos franceses que de las que defienden otros españoles en los campos de batalla y en los riscos de las emboscadas; los partidarios de un rey con todos los poderes y de una Iglesia con todas las prerrogativas...

Por ejemplo: las Cortes proclaman la libertad de imprenta que incluso un rey tan moderno como Carlos III hubiera encontrado tan absurda como peligrosa. ¿Cómo puede exponerse al pueblo ignorante, y por tanto fácil de seducir, a las palabras ampulosas y falsas de los demagogos? Muñoz Torrero, uno de los más destacados reformadores, cree, en cambio, que hay más peligro para el pueblo en ocultarle el pensamiento ajeno. «Porque si nosotros —dice Torrero— somos los representantes de la nación, tenemos que estar expuestos a que esta misma nación censure, si hace falta, nuestros actos y eso sólo es posible a través de la libertad de imprenta.» Y así el 10 de noviembre de 1810 quedan abolidos los juzgados de imprenta y la censura previa. Tocará a los jueces ordinarios decidir luego si algunos libros o folletos publicados atacan a la decencia de las leyes fundamentales de la monarquía para proceder contra sus autores.

(El antiguo respeto a la Iglesia obliga a dejar la censura de los textos a los ordinarios eclesiásticos pero con la facultad del autor de apelar ante la Junta Suprema si le pareciere injusta la prohibición.)

Vayamos ahora a otra institución que no puede mantenerse en los tiempos modernos, «los señoríos». De ahora en adelante nadie podrá llamarse señor de vasallos, ejercer jurisdicción, nombrar jueces ni usar de los privilegios (caza, pesca, etc.) que eran normales hasta entonces en la clase alta.

Naturalmente no todos los diputados estaban de

acuerdo con la revolución que se estaba fraguando. Los artículos segundo y tercero del proyecto de Constitución, afirmando que la nación española es libre e independiente y no es, ni puede ser, patrimonio de ninguna familia ni persona para evitar escenas denigratorias como las de Bayona, provoca la indignada reacción del obispo de Calahorra que afirma que a Fernando VII le corresponde ser monarca soberano de las Españas y que «el sólo imaginar la menor novedad en este punto esencial de nuestra Constitución me hace estremecer».

Un verbo el usado por el prelado que corresponde a la reacción de gran parte de España cuando supo el contenido total de la Constitución que, por vez primera en la historia, se daba al país. Por una declaración dogmática a favor de la religión...

«La religión de la nación española es y será perpetuamente la Católica, Apostólica, Romana, única verdadera. La Nación la proteje por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra.» (Título II, capítulo II.)

... que suscribirían casi todos los españoles, los demás artículos daban al traste con la mayoría de conceptos hasta entonces tenidos por sacrosantos. Así la potestad de hacer las leyes residirá «en las Cortes con el rey», que será el encargado de ejecutarlas... y, por si fuera poco, se prohibía al monarca interferir la celebración de Cortes, ausentarse del país sin permiso de ellas, enajenar parte del territorio español, hacer alianzas, pignorar bienes nacionales, casarse sin un permiso de las Cortes o privar a nadie de su libertad. Todas estas condiciones las aceptará solemnemente cuando llegue al trono y al jurar la Constitución; sin ello no será reconocido por la nación como su rey.

No terminaba aquí la ofensiva contra los valores tradicionales. El 22 de febrero de 1813 las Cortes interpretaban el artículo 12 de la Constitución decretando que el tribunal de la Inquisición es in-

compatible con la Constitución y por tanto quedaba suprimido, dejando a los obispos y a los jueces seculares decidir sobre los posibles delitos de herejía y castigarlos si hubiera lugar. También se procedía a la incautación de sus bienes.

Los enemigos del liberalismo hicieron notar que la fórmula de cesar al Santo Oficio era casi idéntica a la empleada por Napoleón en setiembre de 1808 apenas llegado a España. En ambos casos no se discutía la capacidad de aquel tribunal para dictaminar sobre delitos contra la fe. Sencillamente se lo suprimía porque su autoridad era incompatible con la superior del Estado.

Pero el parecido de la ley de Cádiz con las francesas era mucho más profundo como hicieron notar caracterizados representantes de la derecha española. En rigor, la Constitución española de 1812 está inspirada en la francesa de 1791, fruto de su Revolución, y en algunos casos prácticamente traducida. Por ejemplo:

En su artículo segundo, decía la Constitución de Cádiz: «La Nación española es libre e independiente, y no es, ni puede ser, patrimonio de ninguna familia ni persona», que en el fondo era traducción de la Constitución francesa: «No hay en Francia autoridad superior a la de la ley; el Rey no reina si no por ella, y sólo en nombre de la ley puede exigir la obediencia.»

El artículo tercero de la Constitución de Cádiz decía: «La soberanía reside esencialmente en la Nación, y por lo mismo le pertenece exclusivamente el derecho de establecer sus leyes fundamentales y de adoptar la forma de gobierno que más le convenga.» Y los revolucionarios franceses: «El principio de toda soberanía reside esencialmente en la Nación. La soberanía es una, indivisible, inajenable, imprescriptible. El poder legislativo está delegado en la Asamblea Nacional.»

Artículo cuarto... «la Nación está obligada a con-

servar y proteger por leyes sabias y justas la libertad civil, la propiedad y los demás derechos legítimos de todos los individuos que la componen». El texto francés que le corresponde es el siguiente: «El objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre. Éstos son la libertad, la propiedad, la seguridad y la resistencia a la opresión.»

Artículo séptimo... «Todo español está obligado a ser fiel a la Constitución, obedecer las leyes y respetar las autoridades establecidas.» Por la Constitución francesa se exigía el juramento, a todos, de la siguiente forma: «Juro ser fiel a la Nación, a la ley y al Rey, y mantener, con todo mi poder, la Constitución del reino.»

Artículo dieciséis... «La potestad de hacer ejecutar las leyes reside en el Rey»; los franceses lo habían dicho de otra forma: «El poder ejecutivo está delegado al Rey.» Y, en fin, en el artículo diecisiete se separaba de la potestad real el símbolo de la justicia cuando se decía: «La potestad de aplicar las leyes en las causas civiles y criminales reside en los tribunales establecidos por la ley», siendo así que los franceses habían escrito: «El poder judicial está delegado a jueces temporales, y los elegidos por el pueblo.» Como las leyes lo eran por la nación, y los diputados por el pueblo, indirectamente se llegaba a lo mismo por los legisladores de Cádiz y los legisladores franceses de 1789. El rey quedaba convertido en un mero funcionario para ejecutar las leyes.

En cuanto al título cuarto y en el capítulo de la inviolabilidad del rey y de su autoridad, las coincidencias se encuentran en los artículos 168, 169, 170, 171, 172 y 173. Así, es una simple inversión de términos lo que separa la Constitución francesa de la española. «La persona del Rey es sagrada e inviolable»; «inviolable y sagrada», escribieron los franceses. En el artículo 170 se fija que «la potestad de hacer ejecutar las leyes reside exclusivamente en el

Rey», y esta palabra de «exclusivamente» tampoco falta en la Constitución de 1791. (Recogido por Melchor Ferrer, *Cristiandad*, marzo de 1942.)

Dije que entre los prelados de la Iglesia había varios partidarios del liberalismo, pero no lo eran todos. Al citado obispo de Calahorra seguía el de Orense, que no se limitó a hablar contra un artículo de la Constitución usando de su derecho como diputado. El religioso gallego se dedicó, desde el púlpito de su iglesia, a criticar la ley fundamental aprobada y cuando la juró, porque era obligatorio, puso tales distingos y peros al hacerlo, que la Regencia consideró necesario destituirle fulminantemente de su cargo.

Los obispos pueden pertenecer a dos y aun a cualquiera de las tres Españas, pero en lo que se refiere a los frailes, tan odiados eran por el Estado josefino por ser los que más habían contribuido al levantamiento del pueblo, como por los liberales de Cádiz al notar la inquina con que se oponían a las nuevas ideas, como demostrarán al proclamarse la Constitución y tronar desde los púlpitos para que no se aceptase *a*) por copiada del Código francés y *b*) por enemiga de la religión católica, aunque a su favor estuviese nada menos que el cardenal Luis María Borbón, primado de las Españas. Sus soflamas inquietaban a los fieles acostumbrados a oírlos como la voz de la verdad, siempre de acuerdo con las ordenanzas reales y que ahora veían que contradecían lo dispuesto por el nuevo Estado. Para convencerlos de que no tenían razón, los liberales contaron con la prensa que, en esos momentos, representaba un papel didáctico; más que artículos dogmáticos los redactores de los nuevos diarios surgidos con la libertad de prensa, procuraban informar como lo haría un maestro del porqué de las disposiciones estatales. Un ejemplo:

«*Duende*. — Examina este silogismo y responde si puedes. Los españoles debemos hacer y pensar

todo lo contrario de lo que hace y piensa Bonaparte; es así que él persigue la Inquisición; luego nosotros debemos amarla. ¿Qué tal?

»*Literato*. — Bravísimo y según esta lógica diré: Nosotros debemos hacer lo contrario que Bonaparte; él estima mucho la buena caballería y procura perfeccionar la táctica de sus tropas; ergo, nosotros debemos aborrecer la caballería y procurar que nuestras tropas no tengan táctica alguna.

»*Duende*. — ¡Qué consecuencia tan disparatada!

»*Literato*. — Pero muy conforme a la escuela de su apología.» (*El Duende*, Cádiz, 1811, núm. 4.)

Lo que irritaba más a la extrema derecha del tiempo (y desde su punto de vista con toda la razón) es que los argumentos que los liberales de Cádiz empleaban contra la Inquisición o el voto de Santiago (un impuesto a los labradores destinado al obispado respectivo) eran muy similares a los que esgrimían los ministros de José I. «¿Cómo se puede estar de acuerdo con las ideas del enemigo?», clamaban.

En el caso primero se recordaba que el Santo Oficio no mejoró la acción de la Iglesia católica, ya muy fuerte antes de adoptarlo, y que persiguió a lo largo de su historia a tan buenos católicos como importantes en el campo de la filosofía, de las artes y de las letras.

La teoría principal de los defensores de la Inquisición es que era consustancial con la Iglesia católica, con lo que atacarla significaba ofender a nuestra venerada religión. Sabiéndolo, los liberales, que querían su abolición, intentaron disociar ambas instituciones, recordando la relativa modernidad del Santo Oficio en la historia milenaria de la Iglesia. Entre ellos destacó la figura de José Antonio Ruiz Padrón, un clérigo canario al que una tempestad desvió el barco en que se dirigía a La Habana obligándole a atracar en Filadelfia, donde conoció a personalidades americanas, entre ellos, al respetado político y

hombre de ciencias, Benjamín Franklin, que le impulsaron en el camino de la tolerancia.

Elegido diputado en las Cortes de Cádiz, Ruiz Padrón pronunció el 18 de enero de 1812 un discurso en el que intentaba probar con datos históricos su razonamiento antiinquisitorial. Ante la tesis de considerar al Santo Oficio «baluarte de la fe», el sacerdote se asombra:

«Yo preguntaría a sus autores: ¿Cómo es que la España guardó intacta su fe desde la abjuración del arrianismo en tiempo del católico Recaredo hasta el del establecimiento de la Inquisición? ¿Cómo es que nuestros padres, mezclados por muchos siglos con judíos y sarracenos, conservaron inmaculada su religión sin el puntal de la Inquisición?

»Folleto hay, Señor, que afirma descaradamente que la Inquisición es necesaria en la Iglesia de Dios vivo. ¡Qué error! ¡Qué consecuencias tan absurdas no se siguen de este falso principio! Luego, los primeros padres de la Iglesia no conocieron esta falta, que pudieron remediar en tantos venerables concilios que se congregaron de intento para extirpar el error y la herejía. Luego, los apóstoles propagadores del evangelio descuidaron la elección de este Tribunal, queriéndolo oportuno, o es que ignoraron su conveniencia y utilidad. Luego, Jesucristo, fundador y legislador de su Iglesia, no la proveyó de todo lo necesario para conservar y perpetrar su fe y su doctrina hasta la consumación de los siglos. ¿Tenía más que crear inquisidores en lugar de obispos y párrocos? A estas consecuencias se exponen los autores de esos escritos. ¡Y no cae una anatema sobre tan despreciables folletos!»

Que un papa haya declarado sacrosanto al tribunal no es garantía de que esté en lo cierto de acuerdo con la tradición católica. El papa, al fin y al cabo, no es más que un *primum inter pares*, es decir, los obispos que no pueden acabar sujetos a los inquisidores.

«El Obispo de Roma es, sin disputa, el legítimo sucesor de San Pedro, pero no es el sucesor de Constantino ni de Teodoro; es el primer Vicario de Jesucristo, pero no es absoluto sino que debe gobernar arreglado a la constitución de la Iglesia compuesta de los sagrados cánones. Tiene jurisdicción episcopal. Cada obispo, en su diócesis, tiene la misma que el Pontífice ejerce en su obispado en Roma.»

Pero lo que es más importante: el Santo Oficio es totalmente incompatible con la Constitución que ha sido adoptada por unos españoles libres que, sin embargo, siguen siendo fervorosos católicos.

«El pueblo español ha jurado solemnemente su Constitución a la faz de toda la tierra para no ser en adelante el juguete y oprobio de las naciones; está pronto y dispuesto a defender y sellar con su sangre esta Carta sagrada de sus derechos y libertad política. En ella se establece como ley fundamental que la religión católica, apostólica, romana, que es exclusivamente la verdadera, es la religión del Estado y la que la nación protege por leyes sabias y justas...

»Pero el pueblo español no ha jurado ni jurará jamás sostener la Inquisición; antes, al contrario, en el mismo acto de jurar la Constitución, ha jurado virtualmente la abolición perpetua de este odioso y sanguinario Tribunal como incompatible con la Constitución, como diametralmente opuesto a sus derechos y libertad civil. Mas yo dije también que la Inquisición es no solamente perjudicial a la prosperidad del Estado, sino contraria al espíritu del evangelio que intenta defender.»

La postura liberal de Ruiz Padrón fue severamente criticada, tras el triunfo del absolutismo en 1815, por un tribunal eclesiástico que le condenó, a pesar de su hábil defensa, a reclusión perpetua en un convento de Cabeza de Alba. Amigos influyentes consiguieron que esa pena fuese sólo de pocos años y pasó el resto de su vida apaciblemente en su aba-

día de Valdeorras. (F. Díaz-Plaja, «El proceso de Ruiz Padrón», en *Historia 16*, núm. 102.)

En estas circunstancias, si cuando sobreviene la invasión francesa a los frailes les es fácil unir la defensa de la tradición católica con la de la española, viendo en los extranjeros y sus cómplices nacionales como un monstruo de dos cabezas igualmente horribles, el anticristo y la anti-España, a los obispos y cardenales ilustrados, en cambio, se les plantea la misma alternativa que a los nobles. ¿Con la patria junto a la masa ignorante, inculta, fanática o con la cultura, el refinamiento y las regalías que van unidas a un rey extranjero? Los que acepten el mal menor de ese rey foráneo si con ello llega el fin de la Inquisición y de la opresión papal, recibirán, como es natural, entusiasta divulgación en la *Gazeta* que dirige Marchena: «Ése sí que es un pastor de almas dedicado sólo a cuidar a sus ovejas», dirá jubilosamente el editorialista al conocer homilías del obispo de Zaragoza o del de Córdoba. Pero los jerarcas serán los únicos que en la Iglesia española tomen partido contra la causa patriótica. A medida que se baja la escala eclesiástica aumenta el odio a las nuevas ideas y los nuevos dueños del país, y el fraile será, durante toda la guerra, el símbolo de una actitud clara y comprometida con la trilogía de Fernando VII, Inquisición y España.

Esta situación conflictiva se destaca en una noticia publicada en el Madrid afrancesado en diciembre de 1808:

«La ciudad de Palencia dirigida por un obispo virtuoso ha hecho buena acogida a nuestras tropas... un obispo santo practicando los principios del Evangelio, poseído de la caridad cristiana y cuyos labios sólo destilan miel, es el mayor beneficio que concede el cielo a las naciones. Un obispo furibundo que se deja arrebatar del odio y de las pasiones, que está predicando la inobediencia y la rebelión, el desor-

den y la guerra, es un azote enviado por la ira de Dios para castigo de los pueblos.»

El redactor distingue así a dos clases de obispos, el colaboracionista y el independentista, admitiendo tácitamente que existen ambos en el mapa eclesiástico español. Entre los primeros está el que asevera que la venida de José I obedece a una serie de acontecimientos tales que sólo pueden explicarse por la voluntad de Dios. Y si Dios ha querido que así fuera, ¿cómo vamos nosotros a discutir su oportunidad? Como escribe el gobernador eclesiástico de Lérida en un folleto contra las declaraciones de un párroco de su diócesis que se echó al monte con los patriotas...

«Así como una deliberada serie de sucesos... privó a la familia de Borbón del trono de Francia y colocó el Omnipotente en su lugar al Grande Napoleón, asimismo un rápido encadenamiento de acontecimientos, todos extraordinarios, hizo desaparecer de España en un instante a todas las personas de su familia sin la más remota esperanza de volver jamás a pisar su suelo.»

El teólogo catalán se olvida naturalmente de recordar la influencia que tuvo Napoleón en esa súbita desaparición.

«... y la corona y cetro de los Reyes se vieron confiados al Emperador Napoleón; a la verdad sólo el resultado tan extraordinario de estos sucesos y la crítica circunstancia política en que se hallaba entonces la monarquía española, hicieron comprender y confesar a todos los hombres juiciosos y reflexivos e ilustrados del Reino que el dedo de Dios estaba en esta obra; que la suerte de la casa de Borbón había sido decidida y que el bien de la Patria, de la Religión exigían imperativamente que se admitiese a la familia Bonaparte para reinar en España porque estaba claro que la Divina Providencia lo había así decretado.» (Escrito que dirige a la Iglesia de Cataluña el doctor José Vidal, v. Bib.)

Si los obispos pueden ser de ideología distinta, los frailes, en cambio, sólo son de una clase, advierten los afrancesados.

«En la cárcel de Burgos se hallaban algunos frailes. Fueron acometidos por los paisanos. "Miserables que sois —decían éstos—, vosotros habéis acarreado tantas desgracias... La justicia de Dios os castigará en el infierno de los males que habéis ocasionado a nuestra familia y a la patria."»

... y unas líneas más abajo, al comentar el estado de los prisioneros tomados en la batalla contra los patriotas españoles, el periodista resume así la situación:

«No se pueden hallar tropas menos capaces de resistencia, ya sea en las montañas, ya sea en las llanuras. Ignorancia, presunción, crueldad hacia los débiles, manejo y cobardía hacia los fuertes, éste es el espectáculo que harto frecuente se produce a nuestros ojos. Los frailes y la Inquisición tienen oscurecido el lustre de las calidades de esta nación.» (Suplemento a la *Gazeta de Madrid*, 13-XII-1808.)

En este empeño de separar la paja del grano, de distinguir entre la verdadera fe y la superstición y el fanatismo, baja a la lid incluso el cardenal Luis María de Borbón, primado de las Españas y la figura más importante de la Iglesia alineada junto a los constitucionalistas de Cádiz. Su teoría es simple: la obediencia a la autoridad es natural y lógica. No hacerlo bajo el pretexto de que esa autoridad desobedece a su vez la ley de Dios es mentiroso e injusto con las autoridades eclesiásticas que han jurado la Constitución, porque no la consideran anticatólica. «No es fácil que la autoridad temporal de una Nación católica llegue al extremo de dictar leyes contrarias a las de Dios... mas ¿qué decretos ha dado nuestro legítimo gobierno que pueden excitar dudas sobre su observación?... por el contrario ha corroborado en el modo más solemne y con la mayor fir-

meza la existencia y lustre de la religión católica en España.»

Y saliendo al paso del rumor según el cual la ley fundamental es laica y libertina:

«En la Constitución que están jurando los pueblos con universal contento y aplauso, está sancionado que la religión católica, apostólica, romana es la única con exclusión de cualquier otra, que ha de profesarse por todos y cada uno de los españoles... no puede haber un solo español que no sea católico.»

La propaganda frailuna de que el país se vería invadido por los malvados impíos es, pues, falsa. En caso de que alguien intentase hacer algo como escribir contra la fe «no tardará en ser denunciado a la autoridad competente ni en ser juzgado por ella». (*El Conciso*, Cádiz, 17 y 18 de enero de 1813.)

Convenció sólo a los ya convencidos, como ocurre a menudo en épocas apasionadas. Los frailes siguieron acusando a los liberales de anticristianismo y no les importó nada situar entre ellos al eminentísimo señor cardenal Luis de Borbón.

Las Cortes pueden legislar a la moderna pero los espíritus tradicionales no estarán callados. El más reaccionario de los españoles del tiempo es probablemente fray Francisco Alvarado, que desde luego no fue hipócrita al utilizar su seudónimo. Las *Cartas del Filósofo Rancio* indican a las claras su intención de mantener la tradición española aun a trueque de que se le considere anticuado, «demodé» como diría cualquiera de sus enemigos mortales, los españoles afrancesados. Para fray Francisco la guerra de la independencia contra Napoleón tiene una vertiente guerrera y otra, mucho más importante, ideológica y como todos los derechistas del tiempo, advierte que sería inútil ganar la batalla militar mientras por detrás se nos cuele la doctrina del enemigo. Y para ello hay que pedir que el general que mande esté tan limpio de novedades extrañas como eficaz sea en su estrategia.

«En primer lugar desearía yo que no se empleara en la guerra ningún jefe que se haya dado a conocer por su libertinaje»: hay que recordar que esa palabra tenía un significado más amplio entonces que ahora; no se trataba sólo de vivir entregado a la sensualidad sino de justificar filosóficamente esa conducta inmoral; *libertin de l'esprit* era una expresión que se usaba mucho en Europa para designar a los enciclopedistas y sus seguidores. Si la pureza es imposible, fray Alvarado pide al menos que si alguien tuviese «alguna flaqueza trate al menos de cubrirlas con la capa de la vergüenza»; con ello se daría la posibilidad al Sumo Hacedor de distinguir entre los enemigos y nosotros para dar la victoria a quien por su conducta se lo merece: «Encuentre el Dios de las batallas, siquiera esta diferencia entre las tropas francesas y las españolas para poder determinar por nosotros.»

Francia naturalmente ha sido el enemigo de España y no sólo ahora, sostiene *el Filósofo Rancio*. «Un siglo entero llevamos de esta guerra... Francia nos ha corrompido en el espíritu por sus errores y en el corazón por sus vicios.» (Ob. cit. Carta I, del 5-VIII-1810.)

¿Cuál ha sido el daño principal?, la supresión del Santo Tribunal de la Fe. «Hizo el diablo que nuestro gobierno se preparase contra la Inquisición en el momento mismo en que más la necesitaba, quiero decir en el tiempo en que la llamada Filosofía y el inquieto y pérfido jansenismo hacían los mayores y mejor combinados esfuerzos para dar una vez de través con la religión y con la iglesia.»

El autor recuerda que la Inquisición era popular —lo cual era cierto entre el bajo pueblo, que se sentía protegido espiritualmente— y pasa después a rechazar las acusaciones típicas contra ella: ¿escenas de terror? «Mas los hombres se morían de viejos sin haber presenciado en toda su larga edad el suplicio de algún hereje o judío condenado por él.» Fray Francisco está usando aquí algo tan asociado

a una mente religiosa como la casuística. Es cierto que la Inquisición llevaba muchos años sin hacer autos de fe; el último importante fue en 1724, y en él sufrieron garrote y fueron quemados después dos judaizantes, y ardió vivo, por no arrepentirse, un granadino llamado De Soto, pero si no hubo más después fue porque el gobierno lo impidió... En cuanto al secreto, ¿qué tiene de malo? «El secreto facilitaba los medios de curar al culpado, librar al inocente y reducir al obstinado.» La causa de la enemiga a empresa tan útil se debe naturalmente al enemigo de siempre, Francia: «La filosofía francesa de que se impresionaron muchos de nuestros golillas y ministros [hay aquí un resentimiento muy típico hacia el jurista, casi siempre de clase burguesa, que en el XVIII desplazó a la aristocracia en el gobierno] y la conciencia de estos que veían que esta filosofía iba a conducirlos al mismo Tribunal.» Es decir, primero delinquieron y luego quisieron evitar su castigo suprimiendo al juez.

Más abajo, fray Francisco une a la manera tradicional los conceptos de España y de la religión. Nunca podrá ser partidario de la primera quien no comulgue con la segunda, doctrina ésta que subscribirá Menéndez y Pelayo casi un siglo después.

Asegura *el Filósofo Rancio*: «No hay casi enemigo de la patria que no comience o no acabe por enemigo de la Religión.» Contra ellos, fray Francisco pide la vuelta a la sana costumbre de delatar a quienes no vayan a la iglesia o acudan a bailes impúdicamente vestidas las mujeres, o los perjuros... «y antes de seis meses no quedará rastro de filosofismo.» (Ob. cit. Carta II, del 6-VIII-1810.)

En otra relación, fray Alvarado arremete contra un espectáculo mimado de los «ilustrados», es decir, el teatro, partiendo de estos tres puntos: «El primero... el teatro es, como existe hoy y como anteriormente ha existido, una peste de la república; el segundo que no es posible, hablando moralmente,

que deje de ser peste como es, y el tercero que no hay razón alguna que convenza de la necesidad de que toleremos esta peste.» Luego niega la posible eficacia de una obra teatral para corregir vicios, afirmando que el remedio resulta peor que la enfermedad. Ejemplo al canto: «Molière o no sé quién otro [sic] escribió el *Tartufo*, comedia en que se ponía en ridículo las supersticiones de la falsa devoción y el resultado fue que quien perdió fue la devoción verdadera, de modo que en Francia la palabra más sensible [por ofensiva] que se decía a un hombre de bien era "devoto".»

En su política liberal de limitar las prerrogativas eclesiásticas, el gobierno de la Regencia no vaciló en enfrentarse nada menos que con el representante del Papa en España. Así ocurrió cuando, abolida la Inquisición, se mandó quitar de la vista del público las listas de los acusados «sanbenitados» por el Santo Oficio y se declararon propiedad de la nación los bienes del extinguido instituto.

«Art. I. Hallándose suprimidos los Tribunales de la Inquisición en toda la Monarquía española desde el 26 de enero último, en que las Cortes generales y extraordinarias decretaron el restablecimiento de la ley, n.º II, título XXVI de la Partida VII, en cuanto deja expeditas las facultades de los obispos y sus Vicarios para conocer en las causas de fe, con arreglo a los sagrados Cánones y Derecho común, quedaron vacantes los bienes, así muebles como raíces o semovientes, los derechos y acciones, los patronatos, censos y otras cualesquiera prestaciones pertenecientes a la Inquisición, ora estén poseídas y solamente demandadas.

»II. Desde dicho día en adelante pertenecen a la Nación estos bienes, en los mismos términos e igual derecho que la Inquisición los poseía, disfrutaba y demandaba.

»III. Así como el Estado se subroga a la Inquisición en el dominio y posesión de todos estos bienes, derechos y acciones, del mismo modo recono-

cerá como propias las obligaciones a que estuvieren afectos y las cumplirá o hará cumplir puntualmente, aun cuando su valor no alcance a cubrirlas todas.

»Dado en Cádiz a 22 de febrero de 1813.» (*Col. de los decretos...*, pp. 191 y 192.)

Farías cuenta cómo reaccionó ante el decreto el nuncio de Su Santidad:

«Desempeñaba entonces la Nunciatura Monseñor Gravina, el cual, tan pronto como tuvo noticia de que la Regencia se proponía publicar el Decreto de las Cortes, se dirigió al Gobierno pidiendo la suspensión de ese acuerdo hasta que fuese posible obtener el consentimiento del Santo Padre, o en su defecto, del Concilio nacional, fundándose para ello en que, según él, dicho Tribunal había sido establecido por el Sumo Pontífice en uso de su primacía y suprema autoridad en la Iglesia. También escribió al obispo de Jaén y a los Cabildos de Granada y Málaga, manifestándoles que esperaba se conformasen con el dictamen de los demás Prelados que se hallaban en Cádiz y con el del Cabildo en Sede vacante de esta última capital, los cuales pensaban contestar a la Regencia que en asunto tan grave e interesante no podían proceder a ejecutar sus órdenes sin consultar a sus Cabildos.

»Era una excitación a la rebeldía o cuando menos una actitud de resistencia pasiva al Gobierno, comprendiéndolo éste así, se dirigió al Nuncio, por el Ministerio de Gracia y Justicia, una comunicación haciéndole presente que la Regencia no podía tolerar su conducta, que estimaba contraria al derecho de gentes, y que aunque se consideraba autorizado por ello a extrañarle del Reino y ocuparle las temporalidades, el deseo de no aumentar la aflicción del Papa le movía a limitarse a desaprobar su actitud, bajo la seguridad —decía— de que en lo sucesivo se contendrá dentro de los límites de su Legación y no se valdrá de la ocasión que le proporciona el carácter público con que se halla revestido para practicar,

como Prelado extranjero, gestiones iguales o semejantes a las que quedan indicadas, sino únicamente para hacerlas al Gobierno por el conducto de su Secretario de Estado; y añadía que si el Nuncio olvidaba sus deberes, la Regencia se vería en la sensible, pero inexcusable, precisión de usar de toda su autoridad. La Regencia previa consulta al Consejo de Estado, dispuso se le enviasen los pasaportes y se le ocupasen las temporalidades. Al día siguiente el Presidente de la Regencia, Cardenal Borbón —otro príncipe de la Iglesia, no lo olvidemos—, publicó un largo manifiesto explicando lo ocurrido y justificando el extrañamiento del Nuncio.»

Igualmente se congratularán los afrancesados de que en Cádiz se promulgue lo mismo que promulgó Napoleón al llegar a España: la supresión de conventos:

«... II. Que no se restablezcan ni subsistan restablecidos conventos que no tengan doce individuos profesos, a excepción del que fuere único en un pueblo, en el cual deberá completar este número el Prelado superior con religiosos de la misma orden.

»III. Que en los pueblos donde hubiese muchos conventos de un mismo instituto se restablezca uno solo donde deban reunirse todos los del aquel pueblo.

»... V. La Regencia se abstendrá de expedir nuevas órdenes sobre restablecimiento de conventos, y los Prelados de dar hábitos hasta la resolución del expediente general.

»Dado en Cádiz a 18 de febrero de 1813.» (*Col. de los decretos...*, p. 189.)

En la España ocupada la mayoría de conventos de frailes fueron suprimidos y sus ocupantes obligados a salir de ellos para concentrarse en unos pocos, las religiosas tuvieron la elección de volver a sus ho-

gares respectivos o permanecer en las residencias aunque con la prohibición de admitir nuevas novicias, con lo que se esperaba liquidar el problema en algunos años. Las monjas que se dedicaban a la instrucción pública o a cuidar de enfermos pudieron seguir con esas actividades sin ser molestadas.

(Goya refleja en uno de sus *Desastres de la guerra* esos tonsurados huyendo de sus enemigos mortales, *También esto*, núm. 43.)

Hay ocasiones, en cambio, en que la *Gazeta de Madrid*, el periódico que dirigía Marchena, está en desacuerdo total con los gaditanos, pero su irritación obedece al hecho de que las Cortes dan como novedades liberales las que ya se habían promulgado en la Carta de Bayona jurada por José I. Lógicamente al español afrancesado le molestaba que sus enemigos le quitasen una baza importante en el conflicto ideológico que le oponían los patriotas. Si éstos, además de defender al país y a la vieja dinastía, daban al pueblo una serie de libertades cívicas, ¿qué les quedaba por ofrecer a los josefinos?

En esa polémica, sin embargo, ocurría a veces un desfase curioso. La libertad de imprenta promulgada por las Cortes de Cádiz le parecía a Marchena inaceptable. ¿Por tímida? No. Por excesiva; porque Marchena, que había sufrido en sus cárceles la Revolución francesa con sus desmanes, consideraba suicida dar a gente poco preparada la facultad de agitar a las masas. Admite que «todo hombre debe contribuir cuanto pueda a perfeccionar las facultades intelectuales de sus semejantes y a ilustrar la opinión pública. Pero si de este principio infiriese un legislador que en un pueblo corrompido o agitado por pasiones violentas debía concederse a todos la facultad ilimitada de decir y publicar lo que quisiesen, ¿no sería esto sacrificar las luces a la ignorancia, la virtud al vicio y la probidad a la intriga?». (*Gazeta de Madrid*, 2-X-1812.)

Esa diferencia de criterio se debía a que los liberales de Cádiz mantenían todavía intactas las ilu-

siones del siglo XVIII que daban al ser humano primitivo un gran margen de confianza, «los españoles serán justos y benéficos», preconizaba el artículo 6 de la Constitución mientras que Marchena había ya experimentado lo que la prensa demagógica de un Hèbert o de un Marat podía hacer con los instintos crueles de unas masas ignorantes.

No. Hay que vigilar y aun sujetar al pueblo bajo, dice el ex revolucionario Marchena. «Los delitos que hasta ahora se han cometido en los reinos de Córdoba y Jaén se han debido a la exaltación de un vil populacho que los hombres ilustrados y hacendados no han sabido reprimir; la prepotencia de la ínfima plebe puede mirarse como el vicio capital y la fuente de todos los males de que adolece nuestra España.» (*Gazeta de Madrid*, 6-IV-1810.)

Hay una gente más odiada aún que los franceses y son los afrancesados. Su tesis será expuesta por vez primera por Miguel Josef de Azanza, presidente de la Asamblea de Notables españoles reunidos en Bayona, y partía de un concepto político: España, perdida y vendida por sus ineptos gobernantes, precisaba un regenerador que se presentaba en la figura de Napoleón y en el rey que él había elegido para nosotros.

«Siglos hacía que estábamos del todo separados de su gobierno; y éste confiado a veces a hombres astutos, que no pensaban sino en encadenar con artería a su pueblo y a veces a débiles y sin carácter, para quienes reinar no era más que vivir entregados a sus pasatiempos, y abandonar el mando a sus validos. Por éstos ha venido la nación española a caer del altísimo puesto a que fue elevada en los siglos XV y XVI, hasta el abismo en que se hallaba sumida cuando el último de nuestros Reyes ha cedido el derecho de gobernarla a un Príncipe que, por nuestra fortuna, reúne en sí todos los talentos y los grandes

recursos que son necesarios para darle vida en el estado que la recibe.»

Además, seamos prácticos, parece decir después Azanza: contra Napoleón no puede triunfar ningún grupo sublevado...

«Quizá la mala unión antigua de provincias que rivalizaban entre sí, en vez de querer estar ligadas con unos mismos vínculos, causa hoy la división que tanto nos aflige. Nosotros, señores, congregados en esta asociación e individualmente cada uno, podemos hacer mucho para calmar la agitación e inquietud en que están algunos pueblos: nuestras advertencias pueden hacerles conocer el error en que los han inducido hombres ilusos o interesados; y nuestras exhortaciones arrancarles de la mano unas armas que no han de servir para dañar a otro que a sí mismos.

»¿Qué es lo que se proponen estas gentes mal aconsejadas? ¿Hacer a viva fuerza que los Príncipes de la última dinastía vuelvan a dominarlas? Y, ¿qué medios tienen para conseguirlo, habiendo de lidiar con un poder al que no han resistido los mayores imperios? Llega, según parece, la obcecación hasta el punto de haber puesto algunas miras y su esperanza en la casa de Austria, nombrando por Rey de España al Archiduque Carlos; y, ¿qué puede la casa de Austria hacer por nosotros? ¡Qué miras tan lejanas, y qué socorro tan tardío!» (Suplemento de la *Gazeta de Madrid*, del 21 de junio de 1808.)

La tesis de Azanza sobre esa posible candidatura sólo la he visto coincidir con la proclama citada de Palafox. Los españoles eran unánimes al considerar a Fernando único rey del país.

Naturalmente, como hemos visto por las disposiciones de las Cortes de Cádiz, afrancesados lo eran muchos diputados porque del vecino país habían sacado la mayoría de las disposiciones legales votadas por ellos. Pero ahora nos referimos al que había ayudado con la pluma, la palabra o simplemente con su

trabajo habitual a mantener el régimen de José I. No hacía falta que hubiera hecho manifestaciones verbales o escritas a favor del Intruso. Bastaba haber permanecido en su puesto de funcionario, en cualquier categoría, mientras mandaban los franceses en su lugar de residencia.

Se era culpable, pues, tanto por acción (luchar o significarse en favor de José I) como de omisión (no hacerlo a favor de Fernando VII). Contra ellos el odio de los patriotas se manifestó en un decreto del 8 de agosto de 1812, que establecía que, a medida que fueran liberándose ciudades y pueblos (la guerra se decantaba ya claramente contra los invasores), cesarían automáticamente los empleados públicos que en ellos trabajaban, tanto los nombrados por el gobierno josefino como los de mayor antigüedad que habían seguido en sus puestos.

También se tomaban medidas contra los poseedores de cargos eclesiásticos, quienes, probablemente porque su apostasía era doble (a favor de los franceses como nación y a favor de los enemigos de la Iglesia católica), debían reintegrar al Estado todos los beneficios económicos obtenidos durante la ocupación.

Había que acabar con toda esa ralea de traidores, no sólo a Dios y a su patria sino también a las costumbres de nuestros abuelos, ahora transformadas por la imitación gálica. Así lo afirma Antonio de Capmany, fanático defensor de lo nuestro contra lo importado:

«Mudémonos la piel vieja que en cierta gente muy leída aún huele a francés; mas ésta ha de ser obra de nuestras manos.»

Y desde luego hay que volver a las viejas costumbres españolas perdidas por intentar imitar a los vecinos del otro lado de los Pirineos, empezando por las barbas:

«¿No vimos, pocos años hace, convertidos en monos de los franceses, raparse de repente nuestra ju-

ventud como motilones hospicianos por no tener ni un pelo español?»

Igualmente las mujeres vestían de forma extranjera:

«Hasta la mantilla se había perdido, pues ya no era toca ni velo... e incluso en la forma de caminar los imitábamos... hasta el andar nacional había perdido aquel paso firme y airoso, por imitar el de las francesas que parece se van pisando las tripas.»

En la familia desapareció el respeto al copiar modas de París:

«Los padres y los hijos se llamaban... amigos y se trataban como tales... y lo más fino... era aquéllos dejarse tutear por hijos de diez o quince años y un poquito más arriba... al padre se le había de llamar *papá* y a la madre *mamá*.»

También expresa Capmany una queja que se repetirá a lo largo del XIX. La influencia nociva de las novelas francesas que despiertan sentimientos nefastos en la gente, aun fingiendo combatir el mal.

«Las malditas novelas francesas... que corrompen el corazón con capa de fortalecerlos en peligrosas luchas y queman por donde pasan sin verse una chispa.»

Los decretos contra los afrancesados provocan la turbación en muchos de ellos. Meléndez Valdés, Goya, Fernández de Moratín, pero al más destacado y activo, el ya citado Marchena, le llevaron a redactar una indignada réplica contra las acusaciones vertidas que se publicará en su periódico la *Gazeta de Madrid* en tres números. Los correspondientes al 26, 27 y 28 de julio de 1812. En esos artículos el escritor de Utrera, precisa las razones que movieron a tantos españoles a apoyar el gobierno de José I. En resumen son éstas:

La vergüenza del estado anterior a la llegada de los franceses con un Carlos IV acusando a su hijo

Fernando de conspiración y la «hez del pueblo» colocando a ese mismo hijo en el trono prácticamente a la fuerza. Necesidad imperativa de Napoleón de intervenir en un estado de cosas que podía convertir a su vecina del sur en una anarquía aprovechada como base por los enemigos de Francia. Los reyes y su hijo le facilitan las cosas con sus renuncias. ¿Que ésas fueron forzadas? Marchena recuerda que también lo es la capitulación de una plaza y sin embargo su gobernador tiene que ajustarse a lo pactado. ¿Que no podían los monarcas entregar lo que no era suyo sin consentimiento de la nación? ¿Cómo cedió entonces Carlos II el Franco-Condado y Felipe V, Nápoles? Y anteriormente, ¿fue consultado el pueblo para que aceptara al bastardo Enrique cuando éste mató a Pedro el Cruel? España tenía que haber seguido la voz de la razón uniéndose a quien era señor de Europa, pero, según Marchena, la Iglesia, o mejor «los adalides de la superstición» y defensores del Santo Oficio levantaron una bandera para «defender una religión que nadie combatía» y lo que más asombra e irrita a Marchena (como asombró al general Sebastiani en su correspondencia con Jovellanos) es que «muchos literatos, que habían dado prueba de anhelar con ansia una reforma de raíz en el orden social, se unieron al partido de los enemigos de todo bien». Esta *trahison des clercs* no le cabe en la cabeza al ilustrado Marchena y menos que aún no hayan suprimido —por temor al populacho— el Tribunal de la Inquisición aunque comprendan sus males. (Lo hicieron más tarde.)

Pasa luego Marchena a denunciar la forma «salvaje» con que llevan la guerra los «revolucionarios». Mientras los crímenes de setiembre en París provocaron protestas de los franceses civilizados, en España se aplaude por parte de Cádiz los excesos del pueblo. Para el ex cautivo de Robespierre sólo el hecho de que exista un periódico que lleve ese nombre (*El Robespierre* salía efectivamente en Cádiz) da una

pobre idea de la situación gaditana: «Donde un infame tiene la osadía de salir al público con esta denominación y no le ahoga inmediatamente la indignación universal, no es posible fundar la libertad. El pueblo es incapaz de ella.»

LA GUERRA GRANDE

Panorama general

Analizando la trayectoria de la guerra de la Independencia resulta claro que Napoleón hizo tanto por perder la guerra como los aliados por ganarla... Empezó por colocar a un rey al frente de los españoles para regatearle después autoridad sobre los generales franceses que, oficialmente, combatían por él, pero que, en realidad, estaban más pendientes de París que de Madrid cuando tenían que efectuar una maniobra en el campo de batalla. ¿Cómo iban a considerar los españoles a un monarca que no era obedecido por su propio ejército? Y menos sería respetado al ver que tampoco era capaz de mantener el Estado que, de forma tan ampulosa, se le había entregado al «Rey de España y de las Indias». Sin consultarle siquiera, Napoleón decidió amputar de un país que había ofrecido respetar en su integridad toda Cataluña en 1812.

Y además de no aceptar el mando de José I tampoco lo reconocería en un ejército que, con la excepción de su estancia en España en otoño de 1808, se empeñaba en mandar de lejos. Porque, si no se fiaba de la capacidad militar de su hermano, podía al menos haber nombrado un generalísimo de las fuerzas francesas en España, que coordinara todas

las acciones bélicas haciéndose responsable de ellas ante el emperador. No quiso quizá por soberbia (él era el único con capacidad de mando) o por desconfianza ante la posible ambición del así exaltado, y prefirió designar varias regiones militares poniendo a su frente a distintos jefes, que actuaban cada uno por su cuenta sin consultar al colega vecino, con lo que la inconexión en muchos casos fue total. En el otro lado, sin embargo, pese a la fama a veces merecida del individualismo español, el gobierno de Cádiz dio el mando supremo a Wellington, obedecido desde entonces por españoles, ingleses y portugueses.

Para acabar de rematar su equivocada política, Napoleón inició la guerra de Rusia cuando todavía estaba abierta y sangrante la guerra de España, es decir, decidió abrir un segundo frente europeo cuando no había liquidado el primero, aunque sus tropas ocuparan las ciudades más importantes de la península. Así entabló dos guerras simultáneamente y las perdió las dos porque tuvo que sacar urgentemente fuerzas de España para contener la hemorragia que los rusos le producían en hombres y material, aparte de que su lejanía durante unos meses impidió que sus órdenes estratégicas para la contienda peninsular llegasen a tiempo de ser eficaces habiendo variado en el intervalo las circunstancias locales.

Si desde París esas disposiciones corrían el riesgo de resultar desfasadas, desde Moscú lo eran siempre; que, aun en esas circunstancias, con gran rivalidad entre los mandos, el jefe supremo ausente, dificultad extrema de comunicarse entre los mandos franceses por la constante acción de las guerrillas contra los correos, lograsen las tropas napoleónicas mantenerse con ventaja durante seis largos años, muestra la calidad impresionante que el antiguo general Bonaparte había logrado inculcar a sus tropas.

Hasta su gran enemigo Wellington reconocía en carta a lord Liverpool el 21-XII-1810 esa capacidad de improvisar incluso cuando le faltaban los abaste-

cimientos por la acción u omisión de los campesinos españoles:

«Es sorprendente que el enemigo haya podido mantenerse en este país durante tanto tiempo; este hecho demuestra la extraordinaria capacidad de los ejércitos franceses. No hay ninguna duda de que no llevaban provisiones consigo y no recibieron ni siquiera una carga desde que entraron en Portugal. Le aseguro que, aun con todos nuestros recursos económicos y el apoyo de la población, yo no hubiera podido mantener ni una sola división en esta región, donde ellos han permanecido más de dos meses con no menos de 60 000 hombres y 20 000 animales.»

La otra equivocación fundamental napoleónica fue infravalorar la importancia naval de su enemigo mortal: Gran Bretaña. Los repetidos triunfos en el continente donde había destrozado a las potencias que se le enfrentaban sucesivamente, tanto uno a uno como cuando formaban coalición, habían dado a *el Corso* la seguridad de dominar Europa sin darse cuenta de que extensas costas del continente permitían a su rival atacarle cuando menos lo esperase y, en caso de derrota, retirar fácilmente sus fuerzas para depositarlas en el lugar menos vigilado por los franceses.

Así sucedería en la península con el reembarque británico de La Coruña y la entrada posterior de Portugal. Dominando el mar los ingleses podían proteger a Cádiz de un ataque francés, además de proveer a la ciudad sitiada de víveres, municiones y de los voluntarios que acudían a reforzar la guarnición. Igualmente estaban al alcance de los cañones de la flota británica las ciudades costeras ocupadas por los franceses y aun podían disparar contra las columnas que avanzasen bordeando el mar.

Esta ventaja de los aliados disminuyó cuando Gran Bretaña cayó en el mismo error de su enemigo: combatir en dos frentes, aunque las circunstancias fueran menos dramáticas. En 1812 un incidente marítimo en los Estados Unidos movió a este país

a declarar la guerra a su antigua metrópoli, con lo que Gran Bretaña tuvo que destinar la mitad de su escuadra a patrullar la costa norteamericana, lo que aprovecharon los franceses para ayudar a los Estados Unidos contra el común enemigo y hundir muchos barcos ingleses. Afortunadamente para la causa española, en ese año de 1812 la guerra estaba ya tan encaminada hacia el triunfo aliado que la inoportuna contienda no llegó a tiempo de retrasarlo.

La guerra de la Independencia se considera en nuestro país en general como una lucha a muerte entre dos naciones, la francesa y la española; y sin embargo tuvo un carácter internacional parangonable a la contienda civil de 1936. Aparte de los ingleses y portugueses, la presencia de extranjeros fue numerosa en ambos lados. En el ejército napoleónico combatían italianos, polacos y alemanes de los distintos estados en que se dividía entonces aquel país. En unos casos se trataba de súbditos directos de Napoleón, que era rey de Italia; en otros acudían por convenios más o menos voluntarios, firmados por los jefes de pequeños estados como Hannover, Baden, Westfalia, aparte de aventureros dispuestos a embarcarse en cualquier guerra.

A veces esos extranjeros tenían que luchar contra compatriotas sirviendo en el bando contrario. Pasó con los suizos en Bailén y con los teutones que también formaban en las tropas británicas con el nombre de «Legión alemana del Rey».

(Combatían también dos tácticas.

El contraste entre el ataque desmelenado de los franceses que gritaban «*Vive l'Empereur! En avant*» y la quietud y silencio que mantenían las fuerzas británicas está admirablemente descrito por un testigo presencial, el general Bugeaud:

«Los hombres estaban muy excitados, se llamaban unos a otros y comenzaron a marchar más de prisa; la columna era un poco confusa. Los ingleses permanecían silenciosos y en posición de descanso; parecían un largo muro rojo... En seguida estuvimos más cerca de ellos y gritamos: *"Vive l'Empereur! En avant! A la baionnette!"* Se quitaron los chacós de la boca de los mosquetes, la marcha se convirtió en una carrera, las filas perdieron totalmente el orden y la agitación llegó a ser un tumulto; entonces comenzamos a disparar a medida que avanzábamos. La línea inglesa seguía en silencio, tranquila e inmóvil, y en posición de descanso; incluso cuando nos encontrábamos a menos de 300 metros, parecían ignorar la tormenta que estaba a punto de estallar. El momento era inquietante, todos pensábamos que el enemigo tardaba mucho en disparar y que, cuando lo hiciese, por haber esperado tanto, el fuego sería terrible. Nuestro ardor se enfrió. La fuerza desmoralizante de su imperturbable quietud era superior a nosotros. En este momento de angustiosa expectación, el muro de ingleses apuntó sus armas; una sensación indescriptible mantenía inmovilizados a muchos de nuestros hombres. Comenzaron a disparar a ciegas, mientras las descargas firmes y certeras del enemigo barrían nuestras filas; cuando, diezmados, retrocedimos para tratar de recobrar el equilibrio, tres formidables hurras rompieron el silencio de nuestros adversarios; al tercero, ya estaban sobre nosotros precipitando nuestra desorganizada desbandada.»)

Formaciones, armas

El famoso «cuadro» era un rectángulo formado por soldados colocados en dos filas. La primera se arrodillaba con las bayonetas dirigidas arriba para herir a los atacantes que sobrevivían al encuentro, mien-

tras el fuego de la segunda línea pasaba por encima de sus cabezas. Su eficacia era casi total entre la caballería ya que los animales se resistían a cargar contra la doble barrera del fuego y el acero. Los oficiales, en el interior del cuadro, corrían de lado a lado acudiendo a los puntos donde sus órdenes fueran más necesarias.

Gates describe la artillería usada por los franceses en la guerra española; la orografía accidentada de la península impedía el transporte de los grandes calibres usados en las campañas de centro Europa de forma que se emplearon las de calibre mediano.

«Era de dos tipos: montada y de a pie. En la primera, los soldados iban a caballo junto a las piezas, mientras que las baterías de a pie avanzaban andando. La montada tenía, por tanto, mayor movilidad que la otra y su función principal consistía en apoyar de cerca a la caballería.

»Una batería típica constaba de seis piezas; por lo general, varios cañones con uno o dos obuses. La trayectoria del proyectil de los primeros era casi horizontal, mientras que en el caso de los segundos llegaba a describir un arco bastante alto. Los obuses se clasificaban por el calibre, y los cañones, por el peso de la bala que disparaban.

»Las piezas de artillería napoleónicas eran prácticamente una versión a gran escala de los mosquetes de ánima lisa y se cargaban de forma muy similar. No tenían ningún mecanismo para amortiguar el retroceso y, después del disparo, los soldados debían volver a situarlas en la posición inicial. Los proyectiles consistían en balas metálicas redondas y en botes de metralla. Esos dos últimos se empleaban fundamentalmente para disparar contra individuos y contenían diminutas bolas de metal o, cuando faltaban éstas, clavos de herraduras, cristales, piedrecillas, etc. Los obuses podían arrojar también balas metálicas huecas, de forma esférica, cargadas con explosivo y de las que sobresalía una espoleta.

Ésta era encendida por la explosión de la carga propulsora depositada en el cañón del obús y estaba colocada de manera que ardiese durante todo el tiempo que el proyectil tardara en situarse sobre el objetivo. En ese momento detonaba el explosivo, que se dispersaba en todas las direcciones. Para obtener buenos resultados, los artilleros tenían que ser muy hábiles y calcular perfectamente todos los detalles; en numerosas ocasiones, el proyectil caía a tierra antes de hacer explosión. Ese tipo de balas tenían también gran capacidad incendiaria que se utilizó con mucha frecuencia.»

La artillería y la caballería tenían gran importancia en la guerra, pero quien decidía las acciones, como siempre, era la infantería dotada de unos fusiles cuyo aspecto y funcionamiento describe Iribarren:

«Los fusiles que usaban las tropas imperiales eran los de chispas y cañón liso, modelo 1777, ligeramente modificado en el año 1801. Disparaban fulminando el cebo de su cazoleta con la chispa de una piedra sílex y su culatazo era muy fuerte.

»Eran unos fusiles pesados de más de cuatro kilos y muy largos (1,53 metros) en comparación con los actuales. Colocados verticalmente, el extremo del cañón llega al hombro. Y si se les ajusta la bayoneta —de dos palmos de largo— la punta de ésta sobrepasa la altura de un soldado de estatura normal.

»Su calibre es muy grande (17,4 milímetros). No disponían de alza y su alcance era muy reducido. Comparados con el máuser español (modelo 1893), cuyo alcance eficaz es de dos kilómetros, utilizando el alza, y de cuatro kilómetros como máximo, los fusiles del tiempo de la Francesada —lo mismo los franceses que los ingleses o los españoles— tenían un alcance máximo de 600 metros y un alcance directo de 120. Pasada esta distancia, había que apuntar por encima del pulgar izquierdo (colocado verticalmente, a manera de alza).

»Con aquellos fusiles, el tiro era bueno hasta 100 o 150 metros, pasable hasta 200 o 250, y sin ninguna precisión a mayor distancia.

»Por eso solían decir los viejos *greognards* de Napoleón que "si uno estuviera seguro de que el enemigo le apuntaba a él y no a ninguno de sus vecinos de fila, se mantendría sin el menor temor durante el combate".

»Es cierto. Cuando los soldados trataban de apuntar a un determinado combatiente (por ser oficial, por ejemplo) solían caer los que estaban a su alrededor, mientras la víctima elegida permanecía indemne.

»Las balas de aquel tiempo eran esféricas (las ojivales no aparecieron hasta 1830). Los que por primera vez entraban en fuego daban un valor mítico y supersticioso a la primera bala que disparaban y solían santiguarse con el cartucho. Esto daba buena suerte.

»El cartucho era un cilindro de papel, cerrado por ambos extremos. En su parte inferior se alojaba la bala (la píldora de plomo, que diríamos hoy) y en el resto, la pólvora.

»La carga del fusil se hacía a pie, es decir, ofreciendo fácil blanco al contrario y resultaba muy complicada. Los fusiles de chispa tenían, como las viejas escopetas de caza y como los revólveres antiguos, una llave, llamada *pie de gato*, que se alzaba con el pulgar derecho antes de disparar y a la que iba sujeto, a tornillo, y entre dos dientes, el trocito de pedernal. Y tenían, junto a esta llave, lo que llamaban *la cazoleta*, un pequeño depósito que hacía las veces de fulminante que se comunicaba, mediante un orificio, con el fondo del cañón, y que podía cubrirse y descubrirse por medio de la pieza de muelle, llamada *rastrillo*.

»Los fusiles había que cargarlos por la boca. Pero antes había que cebar con un poco de pólvora la cazoleta.

»Total, que los soldados tenían que realizar las siguientes operaciones: colocar el fusil horizontalmente y pegado al cuerpo; abrir la cazoleta levantando el rastrillo; sacar de la cartuchera el cartucho y romper con los dientes su parte superior (los sin dientes o con dientes mellados eran inútiles para el servicio); cebar la cazoleta; colocar el fusil verticalmente y derramar el resto de la pólvora por la boca del arma; introducir en ésta el cartucho (es decir, la bala y la envoltura de papel que hacía veces de taco); extraer la baqueta; meterla en el cañón del fusil y atacar el cartucho, golpeándolo dos o tres veces. Y finalmente, introducir la baqueta en el baquetero.

»Como la carga resultaba tan complicada, la velocidad normal de tiro era la de *cuatro disparos cada tres minutos*. Velocidad que disminuía en un fuego prolongado, por ser necesario limpiar el cañón con la baqueta.

»Con soldados medianamente instruidos, esta velocidad podía ser aumentada a *dos disparos por minuto*. Y a más, si no se introducía la baqueta en el baquetero después de cada tiro.»

En cuanto a los cañones...

«Los cañones de aquel tiempo se cargaban por la boca. La carga se realizaba introduciendo primero el cartucho o *saquete*, de papel, lienzo o pergamino, lleno de pólvora, después la bala y finalmente un taco de heno o de esparto, fuertemente atacado.

»Las *balas* —de hierro fundido o forjado— eran de forma esférica y de dos clases: macizas, y huecas o de *metralla*.

»Había cañones de 12, 8, 6 y 4, que lanzaban proyectiles de estos pesos en libras. Alcanzaban hasta un kilómetro, pero su mayor eficacia y precisión se conseguía a los 400 metros. El fuego artillero no se iniciaba hasta los 600 u 800 metros.

»La cadencia de tiro solía ser la de uno o dos disparos por minuto en lo que se llamaba *fuego vivo*.

En el fuego *a todo tirar* se llegaba a seis y ocho disparos por minuto, frecuencia que aumentaba considerablemente en los cañones ligeros denominados *violentos*.

»El tiro curvo se hacía mediante *morteros*. Los morteros de entonces eran como calderos recios, con la boca muy chata. Se cargaban a mano, vertiendo la pólvora en la recámara y a continuación se metía la bomba, con la boquilla hacia afuera. El alcance lo variaban aumentando o disminuyendo la carga. Los morteros llegaban a alcanzar hasta 2 300 metros.

»Las *bombas* eran la munición propia del mortero. Y las *granadas* la munición típica del *obús*.

»El *obús* era un cañón pequeño que se cargaba con proyectiles huecos y a veces con balas de metralla, para tirar horizontalmente o a rebote.

»Además de las balas, las bombas y las granadas, se empleaban los *botes de metralla*, esto es, cilindros de hojalata llenos de balas (de 41 a 112), y *carcasas* (proyectiles incendiarios), que eran disparadas con mortero.»

En la parte humana los combatientes del tiempo eran más bien bajos, hasta el punto que la estatura mínima exigida para ingresar en filas era de 1,49 metros. Muchos eran analfabetos pero su incultura no les impedía conocer gran variedad de interjecciones y de insultos con que cubrían a sus enemigos antes de entrar en combate. Los franceses a su vez los llamaban «carajos», aludiendo a la interjección típica entonces entre los españoles.

Un militar español vuelve a casa

En la guerra contra Napoleón los militares que al principio —con excepciones como las de Ruiz, Daoíz y Velarde— se mostraron reluctantes a desobedecer las órdenes superiores que les obligaban a ayudar a los «aliados» franceses, fueron incorporándose des-

pués a las fuerzas patriotas. A muchos resultó fácil cambiar de campo por la proximidad de los combatientes, pero el caso del marqués de la Romana resultó más complicado. Este general mandaba una división destacada en Dinamarca donde, de acuerdo con el pacto hispano-francés, ayudaba a la estrategia napoleónica europea.

Un oficial a sus órdenes describe a su hermano lo que ocurrió al enterarse las fuerzas de la situación de España y de la obligación de jurar al nuevo rey José I...

«Nuestra división en Dinamarca fue dividida en julio, parte en el continente de Dinamarca, parte en las islas hasta la Zelandia, con el objeto de obligarnos al tiránico juramento de este pretendido rey José. Exaltados los ánimos de todos los españoles hubo mil sucesos particulares en cada cuerpo; dos regimientos de Zelandia, Asturias y Guadalajara se sublevaron atacando el palacio donde se hallaba el general francés, mataron dos edecanes, otros heridos y el general escapó disfrazado de dinamarqués... en Almansa y Princesa hubo también alborotos, diciendo en la misma formación a voces "Viva España y Muera Francia", atropellando a algunos oficiales franceses y pisándoles las cocardas de Napoleón. Otros regimientos juraron pero con la condición de ser cierto que la España le hubiese aceptado por rey, con otros acontecimientos a este tenor. En este estado de confusiones y opresión, sin dejarnos recibir cartas de España, sólo hacernos ver que todo estaba tranquilo, nuestra situación era la más dolorosa y crítica y sólo el mar Báltico podía ser abrigo nuestro, pero sin nave alguna a nuestra disposición, sus costas al cuidado y mando de los franceses y en un país enemigo de los ingleses, ninguno se atrevía más que a contemplar sus orillas con tristeza, mirando con envidia los buques ingleses y deseando comunicar con ellos.»

La proximidad de esos navíos les dieron la opor-

tunidad esperada de reintegrarse a su patria en peligro. El firmante se trasladó al buque insignia...

«Cuál sería mi sorpresa cuando habiendo sido trasbordado el navío del comandante me enseñan varias cartas para nuestros generales, jefes y oficiales venidas de España. La Romana recibe las cartas; todos se quedan admirados y yo mismo no sé lo que me acontece. Los pliegos se dirigían a que el general procurase con la mayor brevedad salvar la división pasando a España pues así lo exigían las circunstancias; en vista de lo cual se expidieron órdenes para reunir la tropa igualmente que los ingleses sus buques. Ésta ha sido una empresa arriesgada y dificilísima, por fin se reunieron diez mil hombres en la isla de Langeland, de la cual se había apoderado ya nuestro batallón y por último vamos a desembarcar en Suecia, desde allí pasaremos a Inglaterra y luego a nuestra amada patria...» (Canga Argüelles, cit.. F. Díaz-Plaja, «El siglo XIX», en *Historia de España en sus documentos*, Madrid, 1983.)

Ya en la península el ejército del marqués de la Romana, recibido con entusiasmo, combatió con desigual fortuna contra los franceses hasta el final de la guerra.

El mando único

Las fuerzas españolas e inglesas que luchaban contra Napoleón adolecían de la falta de mando único, lo que ocasionaba dificultades de cooperación estratégica. Por ello las Cortes, como ya dije, llegaron a la conclusión de que era imprescindible nombrar un general en jefe, alguien que debido a la gran aportación británica de hombres, barcos y dinero, no podía ser más que Wellington, quien, además, tenía ya una brillante carrera militar que no poseían sus colegas españoles. Aun así el decreto, para calmar los posibles resquemores nacionales, utiliza para el nombramiento el título español que le habían concedido tras su victoria

en la raya portuguesa: el de duque de Ciudad Rodrigo.

«Decreto de las Cortes, propuesto por don Francisco Ciscar, diputado por Valencia y otros parlamentarios:

»Siendo indispensable, para la más pronta y segura destrucción del enemigo, que haya unidad en los planes y operaciones de los ejércitos aliados en la Península y no pudiendo conseguirse tan importante objeto sin que un solo general mande en jefe todas las tropas españolas de la misma, las Cortes generales y extraordinarias, atendiendo a la urgente necesidad de aprovechar los gloriosos triunfos de las armas aliadas, y las favorables circunstancias que van acelerando el deseado momento de poner fin a los males que han afligido a la nación, y apreciando en gran manera los distinguidos talentos y relevantes servicios del duque de Ciudad Rodrigo, capitán general de los ejércitos nacionales, han venido a decretar y decretan: Que durante la cooperación de las fuerzas aliadas en defensa de la misma Península, se le confiera el mando en jefe de todas ellas, ejerciéndole conforme a las ordenanzas generales, sin más diferencia que hacerse, como respecto al mencionado duque se hace por el presente decreto, extensivo a todas las provincias de la Península cuanto previene el artículo 6.°, título 1.°, tratado 7.°, de ellas: debiendo aquel ilustre caudillo entenderse con el gobierno español por la secretaría del despacho universal de la guerra. Tendrálo entendido la Regencia del reino..., etc.

»Dado en Cádiz a 22 de setiembre de 1812.» (Toreno, Conde de, ob. cit., t. V, p. 144.)

¿Guerra? No. Sólo una rebelión

Durante algún tiempo los franceses se niegan a aceptar la posibilidad de estar ante una guerra. Los hombres que se les enfrentan con las armas en la

mano no son más que una pandilla de descontentos y rebeldes que no representan, en ningún momento, enemigo digno de este nombre. Así los define el cronista del Madrid ocupado al tratar de la primera seria advertencia bélica. La sublevación de Zaragoza conlleva la pérdida de un punto estratégico de importancia en el camino de Francia a Madrid y el general Lefebvre se dirigió a sofocar lo que imaginaba sólo revuelta sin importancia. Tras el victorioso parte donde se menciona la superioridad militar francesa con alusión a los famosos lanceros polacos que combatían en las filas napoleónicas...

«Después del combate del 8 de junio delante de Tudela, el general Lefebvre dio de descanso a sus tropas los días 9, 10 y 11, y empleó este tiempo en hacer componer el puente del Ebro, igualmente que en desarmar el país circunvecino. El 12 se puso en marcha, el 13 al amanecer descubrió sobre alturas la cuadrilla de rebeldes de Zaragoza, mandados por su jefe Palafox; y teniendo en posición dos baterías, cada una de seis cañones, el general Lefebvre formó las columnas, las puso en marcha, se dirigió con parte de la caballería y algunas compañías de tiradores sobre el flanco de los rebeldes, quienes, después de haber hecho una descarga fuera de alcance, tomaron la fuga, y fueron perseguidos por espacio de más de seis leguas, perdiendo los cañones y todas las armas. Los lanceros polacos se han conducido con gran valor; cruzaron el Ebro a nado para cortar una columna de los rebeldes; 2 000 de estos últimos, estrechados contra el río, han perecido. Las tropas francesas han tenido cuatro hombres muertos y nueve heridos. El día 13 el general Lefebvre ha dormido más allá de Gallur.

»Esta relación no es la de un combate, ni es posible que lo haya entre dos naciones amigas. Un suceso de esta especie no ofrece nada que pueda aumentar la gloria de las tropas francesas, o humillar a los españoles. No se trata sino de una lección para un

populacho sedicioso, y para las personas de tan corto entendimiento que den el nombre de ejército a una muchedumbre que ha pedido armas en un momento de delirio.»

... Y destaca la parte política del acontecimiento. ¿Cómo va a haber guerra entre dos aliados? El intento de disociar a las personas sensatas partidarias del orden y por lo tanto del estado recientemente constituido bajo la jefatura de José I de los grupos rebeldes antisociales y mal aconsejados, se mantendrá durante algunos meses. Se trata de presentar a las tropas francesas como mantenedoras del orden conculcado por los rebeldes. Así ocurrirá con la entrada en Valladolid.

«Las tropas francesas entraron en Valladolid el 12 de este mes persiguiendo a los rebeldes que se habían atrevido a esperarlas en Cabezón. Antes de que llegasen, el obispo y varios individuos de las autoridades se habían presentado a los generales franceses para protestar su inocencia y el horror que les habían causado los excesos a que se había propasado el populacho contra la autoridad legítima. Estos atentados han sido demasiado graves para que las leyes y la majestad del trono queden sin venganza; pero al mismo tiempo que se cede a la necesidad de castigar, se procura no hacerlo sino con los más culpables, y no extender el brazo de la justicia más allá de lo que exige el sagrado deber de instituir a los pueblos con ejemplos saludables.

»Sería menester multiplicarlos, si hubiese pocas fuerzas que oponer a la rebelión; pero cuando hay todos los medios necesarios para aniquilarla, se puede escuchar la clemencia.»

El cronista afrancesado apela a las clases altas para que no permitan un movimiento de subversión social que no les conviene; y si lo hacen, que se atengan a las consecuencias.

«Todos aquellos para quienes la religión, el amor, la patria y la probidad no son nombres vanos, cono-

cen las obligaciones que tienen que desempeñar respecto de la autoridad legítima para impedir que la anarquía atropelle las propiedades y las vidas de los habitantes de este hermoso reino, que está tan próximo a ver suceder días serenos a tantos años de tinieblas. Cuando los malos y los impíos se declaren contra estas dulces esperanzas, contra el restablecimiento de las antiguas instituciones que tanto elevaron la gloria de nuestra nación, ¿cómo es posible que los españoles que pertenecen a las clases superiores de la sociedad puedan titubear en defender el orden social contra la sedición? Los preceptos de nuestra santa religión les obligan a ello, igualmente que sus propios intereses. ¿Dejarán de hacerlo por el miedo? Pero a lo menos tendrán la sensatez de calcular bien el peligro y los diversos accidentes que les amenazan. Sin hablar de todas las escenas de pillaje y de sangre que se repiten en los días tempestuosos de sedición, todos los empleados públicos, todos los poseedores de algún destino eclesiástico, civil o militar que se dejen arrastrar de ella en lugar de resistirla, deben reflexionar que pronto llegará el día en que tendrán que dar cuenta de su conducta a los pies del trono, sea para sufrir el castigo merecido por la cobardía o la traición, sea para recibir las recompensas debidas al valor y a la fidelidad.» (*Gazeta*, 18-VI-1808.)

Ese intento de meter una cuña en la sociedad española ricos contra pobres se realiza continuamente. En 1810 los franceses parecen sólidamente asentados en España y José I hace un viaje oficial a Andalucía. José Marchena va con él; su misión es la de «enviado especial» del periódico que dirige y como tal podemos imaginar que las referencias que publique la *Gazeta* en esos días se deban a su pluma aunque en realidad podrían ser de cualquier periodista comprometido de aquel tiempo (o del nuestro). Las entradas del rey en cualquier ciudad son siempre «triunfales», los habitantes salen a recibir-

le «mostrando en su rostro y expresiones la alegría que sentían al ver cara a cara a su amado soberano». El monarca es benigno y afable, escucha a todos, recibe a todos, promete reparar todas las injusticias y arreglar todos los problemas. Es la pura bondad acompañada de la sabiduría...

La expedición real llega a la patria chica del redactor de la *Gazeta*, Utrera. Sería curioso el impacto que produciría a los lugareños ver en el séquito del Rey Intruso al antiguo vecino y paisano José Marchena. Probablemente éste quiso congraciarse con la gente del pueblo que le había visto nacer y obtiene del rey un decreto mandando que pasasen a la iglesia de Santiago el Mayor las imágenes de la Virgen del Rosario y de la Consolación y los ornamentos de los conventos de Santo Domingo, de la Concepción y de los Mínimos, suprimidos recientemente por la reforma eclesiástica. (*Gazeta*, 22-II-1810.) Algo de poca importancia para los asuntos que en aquel momento preocupaban al hermano de Napoleón, pero que evidentemente logró su fiel Marchena porque interesaban al pueblo donde nació.

El viaje sigue, siguen las crónicas de Marchena y con ellas una muestra de lo que ocurría, porque contra lo que suele pensarse, el elogio desmesurado muestra la realidad tan claramente como la acusación contraria. Por ejemplo, el rey se pasea por Córdoba y el corresponsal se asombra de «ver a los habitantes de todas clases correr en tropel al paso de S. M. y sobre los muros para gozar de su presencia, recibiéndole con gritos mil veces repetidos de ¡viva nuestro rey!».

¿Y por qué extraña este entusiasmo al cronista? Por las referencias contrarias —igualmente ciertas, igualmente falsas— recibidas anteriormente:

«Cuando se considera que hace pocos días que el gobierno insurgente contaba con que los ánimos de esa ciudad eran de los más opuestos contra el rey y

que hay aquí gran número de eclesiásticos...» (*Gazeta de Madrid*, 22-II-1810.)

Como buen periodista, Marchena sabe dónde está la noticia, como buen propagandista aprovecha lo que ella tiene de valor para su causa. En este caso los elementos que tienen valor emocional están todos allí: un padre perseguido por la «tiranía insurreccional», es decir, por los patriotas, un niño que anhela un futuro pero que a su vez quiere proteger a su hermano más pequeño, un rey generoso y bueno que tiende su mano protectora sobre la familia.

«El fácil acceso que S. M. permite a todo género de personas proporcionó a su corazón generoso una escena muy tierna. Un niño de edad al parecer de ocho o nueve años, aseado y de gracioso aspecto, se acerca al Monarca, y le suplica le proporcione una carrera, pues sabía leer y escribir, y no quería ser mendigo. Este niño era hijo de un corregidor que fue de Talavera de la Reina, y que ha sido una de las infinitas víctimas de la tiranía insurreccional. Calumniado de traidor, que era la acusación que recibe todo hombre de bien y amante del buen orden, fue conducido preso a esta ciudad con su esposa y dos hijos, de los cuales éste era el mayor. Como en aquellos tribunales sanguinarios la menor sospecha era un delito capital, fue el padre condenado a muerte, la cual no se ejecutó por la feliz entrada de las tropas francesas; pero el infeliz no pudo resistir a tantas angustias y vejaciones, y murió; su esposa no pudo sobrevivir esta desgracia, y dejaron a estos infelices huérfanos en el más triste abandono. El mayor, no teniendo otro recurso, se empleaba en mendigar para mantener a su hermanito. Informado S. M. de estas circunstancias, mandó que se diese a ese niño una plaza en un colegio de esta ciudad; "Pero, Señor —exclamó el niño—, ¿quién mantendrá a mi pobre hermanito?" S. M. vivamente enternecido ha dado orden para que se provea a la manutención y educación de estos dos huerfanitos.»

BATALLAS A CAMPO ABIERTO

Cádiz

Aun sin llegar a la lucha, la primera victoria española se producía en Cádiz. El almirante francés Rosilly rendía su flota a sus aliados de ayer.

«Señor Capitán General: me veo obligado por todos los medios que V. E. ha reunido contra mí a entregar los navíos, y no oponer más resistencia, porque veo es el interés de las dos naciones no destruirlos.

»Aunque V. E. no me hubiese anunciado seguridad para las personas y propiedades de mis tripulaciones, cuento demasiado sobre la lealtad española y la generosidad particular de vuestro carácter para tener la menor inquietud por lo que a esto mira.

»Deseo que V. E. no envíe en el primer momento si no poca gente para hacer evacuar las tripulaciones, navío por navío, para evitar el desorden, que a menudo sucede en estas ocasiones.

»Según las costumbres de la guerra, le suplico me conceda o haga concederme la facultad de enviar un oficial cerca de S. M. el Emperador para darle cuenta de este acontecimiento.

»Soy, señor Capitán General, con la más alta consideración de V. E. el más humilde servidor. Rosilly.

A bordo del navío almirante *El héroe* en la bahía de Cádiz a 14 de junio de 1808.» (*Demostración de lealtad...*, p. 92.)

EL BRUCH (6 de junio de 1808)

En Cataluña se vivía también plenamente la identidad de la defensa del país y de la fe católica. El verso popular recordaba en su lengua vernácula la inspiración religiosa de la lucha.

De tota la Catalunya
Igualada fou primer
la que perseguí als francesos
que van contra de la fe.
Ja baisava el somatent
de la vila de Igualada
ab lo sant Crist arbolat
que's general de la armada.
Fores l'unica bandera
que'l somatent catalá
allá en lo Bruch desplegá
quan per vegada primera
vencé a la tropa altanera
del francés emperador.

El Somatén derivado, dicen, del «Som atents», «Estamos preparados», era la reunión armada de la comunidad de vecinos cuando había que tomar decisiones graves. En este caso la invasión del país por los enemigos de la patria y de la Iglesia. Por eso llevaban enarbolada la imagen de Cristo, jefe Supremo del pueblo que les ayudó a vencer en el desfiladero de Bruch, cerca de Igualada. El redoblar de un tambor que se hizo legendario, agrandado por los ecos de las montañas hicieron pensar a los franceses que les acosaban fuerzas muy superiores a las reales, obligándoles a emprender una precipitada retirada.

Bailén (19 de julio de 1808)

La batalla de Bailén ha pasado a la historia con una serie de equívocos curiosos. Por de pronto su vencedor oficial, el general Castaños, no estaba allí en el momento de producirse. Las tropas españolas estaban dirigidas por un militar suizo, Reding, al servicio de España. Fue contra sus tropas bien situadas y con alta moral contra las que se estrellaron los desesperados ataques de los hombres de Dupont.

Atormentados por la sed, rodeados del enemigo bien armado y seguros en el disparo, las tropas de Dupont lanzan carga tras carga contra las posiciones españolas sin conseguir romperlas y sí perder centenares de hombres por el tiro de la infantería enemiga. Tras una de las retiradas el general pasa revista a las extenuadas tropas mostrándoles dos banderas españolas tomadas anteriormente y asegurándoles que Vedel está a punto de llegar con importantes refuerzos.

Animadas por las mentiras de su jefe, las últimas fuerzas francesas se lanzan al combate con el propio general a caballo a su cabeza. Una bala derriba a Dupont hiriéndole en la cadera; se levanta de nuevo e inicia el ataque que vuelve a ser rechazado. La tropa desmoralizada se dispersa en busca de agua y allí, en el único riachuelo cercano, es víctima del fuego de francotiradores que lo dominan desde una altura. Con el general quedan sólo dos mil hombres disciplinados. Dupont comprende que ya no hay nada que hacer y envía a un oficial a solicitar el alto el fuego.

Pero Vedel está lejos y además no se apresura a reunirse con él a pesar de que oye claramente el cañoneo de la batalla. También lo oyen sus capitanes que le insisten una y otra vez que mande acelerar la marcha para intervenir en ella. Vedel no sólo va des-

pacio; concede varias horas de reposo a sus hombres y cuando aparecen en el camino unos rebaños de corderos, permite que soldados se dispersen para capturarlos, matarlos y comerlos después de asados y mientras tanto sus oficiales siguen oyendo el cañoneo y no comprenden esa inacción que alguien intentará después explicar por una malevolencia de Vedel hacia Dupont, surgida en días anteriores a propósito del saqueo de las iglesias de Jaén y Córdoba por las tropas del primero y el reparto del botín. (Goya interpreta esos asaltos a instituciones religiosas en su grabado *Así sucedió*, donde los soldados franceses huyen cargados de objetos sacros mientras un fraile, en primer plano, yace herido de muerte.)

Sea cual fuese la razón es evidente que Vedel no cumplió con su deber y llegó al lugar señalado demasiado tarde para influir en el resultado.

¿Hasta qué punto fue Vedel culpable de rendir una tropa que no había perdido batalla porque el jefe superior perdiera la suya? La mayoría de historiadores franceses, empezando por Thiers, condenan su actuación pero investigadores modernos, como Geisendorf des Goutles, dudan que Vedel hubiera podido cambiar la suerte de las tropas francesas atacando en lugar de aceptar los términos de la capitulación. Él mismo había advertido desde Guarromán que sus fuerzas estaban exhaustas alimentándose sólo de higos, de calabazas y pepinos, y tenía enfrente, no sólo los 20 000 españoles de Reding sino los 15 000 de La Peña que llegaban en su auxilio. Geisendorf recuerda, además, que las capitulaciones de un armisticio deben respetarse como había hecho el mismo La Peña, quien se topó con los restos de las divisiones francesas de Barbou y Fresia y no les había molestado por la misma razón.

Fue en este momento cuando Reding propuso una rendición que Dupont no tuvo más remedio que aceptar. Lo que él no sabía, pero el general español

sí, era que las divisiones de Vedel y de Dufour acudían en socorro de los franceses; en realidad estaban tan cerca que a las pocas horas de firmar el armisticio, Vedel apareció con su fuerza, desbarató al regimiento de Jaén y le quitó dos cañones. Entonces aparecieron en su puesto de mando emisarios de Reding y de Dupont advirtiendo que las tropas francesas habían depuesto las armas y las de Vedel entraban en la rendición teniendo que entregar los prisioneros hechos y las piezas tomadas.

Poco después llegaba otro refuerzo francés, la división de Dufour, que también tuvo que inmovilizarse ante las noticias recibidas.

Sólo entonces apareció Castaños quien, como jefe de categoría superior, tomó el mando del ejército español. No había intervenido en la victoria pero supo explotarla a fondo. Utilizando al ejército de Dupont como rehén, advirtió a Vedel y Dufour, que intentaban escaparse hacia la Carolina, que sus divisiones estaban comprendidas en la capitulación, y sus compañeros prisioneros pagarían con su vida cualquier intento de eludirla. Hubo varios jefes y oficiales que se resistían a entregar una tropa que no había perdido ningún combate, pero al fin se impuso la disciplina y se firmó otra capitulación. Uno de los artículos de ella se refería a la obligación de Vedel de devolver los cálices de oro y plata robados en las iglesias de Jaén y Córdoba. Como apunta el boticario Blaze, ése fue un error por parte de los franceses.

«Aceptar devolver unos cálices es admitir que los habían robado; hubiera sido mejor entregarlos a los españoles sin dejar constancia escrita.»

Este testigo, Blaze, es también honesto al explicar por qué los españoles vencedores no mantuvieron la promesa de devolver los rendidos a Francia sin armas...

«Después de la forma que Napoleón había empleado hacia su patria y su rey, ¿podía razonable-

mente creerse que nuestros enemigos guardarían la fe jurada?»

Es verdad que los generales y comisarios jefes fueron devueltos a Francia (a sus expensas), pero sus tropas, divididas primero y desarmadas después, acabaron prisioneras en Cádiz y en la isla de Cabrera durante toda la guerra.

Blaze añade a su versión de la batalla un detalle interesante. La capitulación francesa permitía a Dupont enviar a un oficial con la noticia al Cuartel General de Madrid. Sólo después de su partida, se dieron cuenta los españoles del error de avisar al enemigo del peligro que corría e intentaron vanamente alcanzarle. De haberlo conseguido, el ejército de Castaños hubiera podido sorprender al rey José y a sus escasas fuerzas en la capital de España. Así, cuando llegaron, ya habían huido *el Intruso* y la guarnición.

Entre otras peripecias ocurrió una circunstancia asombrosa en la batalla de Bailén. En un momento determinado quinientos suizos al servicio de España mandados por Nazarie Reding, hermano del general del mismo nombre, se encuentra frente a frente con otros batallones de la misma nacionalidad al servicio de Francia. Era una posibilidad que podía presentarse en cualquier campo de batalla europeo dada la tradición helvética de enrolarse como mercenarios en distintos países. Por ello, y para evitar un choque fratricida, cada vez que se alistaban hacían constar en el contrato que no se verían obligados a luchar contra otros suizos. Así, en esta ocasión, al ver los suizos «azules», a favor de los españoles, los uniformes de suizos «encarnados» que les marcaban como compatriotas gritaron: «¡No queremos combatir contra vosotros! ¡Todos somos suizos!» y, por unos instantes, pareció que esos combatientes dejarían de serlo para quedarse de meros espectadores de la contienda. Pero de pronto, quizá porque les costaba olvidar el bando en que estaban luchando, quizá por-

que el rumor del combate que seguía les excitaba, hubo una discusión violenta entre los mandos de los dos grupos, surgieron las armas y se reanudó la pelea con muertos por ambos lados. La triste experiencia hizo anotar al capitán suizo Gaspard Sxhumacher años después: «Comprendimos entonces hasta qué punto era indigno de nuestra patria que los hijos de un mismo país sirviesen a naciones diferentes, se expusieran a combatirse entre ellos y se dejasen matar por dinero.»

Hubo todavía un intento galo de evitar las duras condiciones del armisticio pero los españoles conocían la débil situación de los soldados franceses. Así, el capitán general de Granada, Escalante, pudo decir: «¿Cómo podéis hablar de reanudar el combate cuando os quedan apenas dos mil hombres?»

Villeutrois le contesta que estaba mal informado y el español le responde: «Muy bien; si hoy conocemos mal ese número mañana lo sabremos exactamente... ¡cuando os contemos!»

Las noticias de Bailén provocaron la ira de Napoleón que juzgaba así a Dupont:

«Desde que el mundo existe ¿ha habido alguien tan imbécil, tan inepto, tan cobarde? Dupont ha deshonrado nuestras banderas; ¡qué vileza!»

(Esto ocurrió en 1808 y fue la primera batalla perdida por las tropas de Napoleón a campo abierto. La última sucedió en Waterloo en 1814 y allí también, como en una burla del destino, la decisión final dependía de la llegada de un general que ahora se llamaba Grouchy. Como Vedel había perdido el camino; como Vedel oía el cañoneo de la contienda pero se negaba a las urgencias de sus oficiales para incorporarse al combate. Aunque en este caso no se trataba de mala fe ni de negligencia sino del equivocado sentido del deber. Grouchy tenía órdenes de perseguir a Blücher y no se atrevió a desobedecerlas

regresando al punto de partida, pero la coincidencia es dramática. Dos socorros que no llegaron a tiempo decidieron la suerte de las armas francesas en dos ocasiones cruciales separadas por seis años.)

La escena de la capitulación, relatada por Castaños, muestra el asombro del general ante su propia gesta. Parece claro que no podía imaginar que unas tropas bisoñas y unos caballistas andaluces, pudiesen haber vencido al ejército más temido del tiempo...

«Serenísimo Señor: La suerte nos ha sido más favorable que lo que puede imaginarse. El día de ayer llegamos a las inmediaciones del ejército del general Dupont, formadas en batallas las divisiones tercera y reserva del nuestro, empezaron a pasar las tropas francesas, causándonos la mayor sorpresa ver la primera columna compuesta de más de 2 000 hombres, que todos ellos podían ser granaderos. Siguieron las demás tropas, que eran también excelentes, y a la distancia señalada rindieron las armas y las águilas. Espectáculo hermoso para nosotros; pero el más negro que jamás sufrieron las armas de Napoleón; yo no sé qué sensación haría en los demás espectadores; por lo que a mí toca, me pareció todo un sueño y mi corazón se elevaba a dar gracias al gran Dios de los ejércitos.

»Continuamos después nuestra marcha hasta este pueblo, pasando por el campo en que se había dado batalla. A las 7 de este día se presentó el general Vedel con toda su plana mayor, las tropas desfilaron, y depositaron las armas según se había capitulado. Esta operación se concluyó con el mayor orden, siendo su resultado el quedar libres de 1 700 enemigos, sin los desertores, muertos y enfermos; número muy capaz de imponer a cualquier otro pueblo que fuese el español.

»Esta noche salió un oficial nuestro llevando una escolta de 20 soldados de caballería para acompañar al primer edecán del general Dupont y gentilhombre

del Emperador, el único a quien se ha permitido volver a Castilla para dar parte a su amo de nuestra victoria y la derrota de su ejército.» (*Gazeta de Madrid*, 9-VIII-1808.)

La victoria de Bailén produjo el consiguiente alborozo en toda la España libre y aun en la sometida. Salió inmediatamente la copla

Dupont, terror del norte,
fue vencido en Bailén
y todos sus secuaces
perecieron con él.

Toda la Francia entera
llevará este baldón
al son de la carmañola
¡Muera Napoleón!
¡Muera Napoleón!

La *carmagnole* era un canto de la Revolución francesa entonado a menudo por los soldados napoleónicos y que los patriotas querían ahora que sirviese de música a sus derrotas. Otro poeta anónimo comentará la victoria con la alusión a algo que sabía había dolido a los vencidos. Que sus verdugos hubieran sido paisanos caballistas, poco entrenados para la guerra.

Si con fleco en la montera
y capote de alamares,
pensáis que no hay militares
de arrogancia verdadera,
esta victoria primera
os hará acordar mil veces
que los que saben corteses
cortejar y gustar oro,
mentir y matar un toro
vencen también a los franceses.

La gesta de Bailén tuvo dos efectos interesantes en la psicología española del momento. El positivo fue ver que el enemigo no era tan fuerte como se temía, lo que movió a muchos dudosos y acobardados a apostar por la causa de la independencia. El negativo consistió en pensar que aquello iba a ser la norma y no la excepción, lo que motivó un optimismo a veces suicida frente a las aguerridas tropas francesas. El adjetivo ordinal de «primera» aplicado por el poeta popular a aquella hazaña realizada contra toda lógica militar, tuvo que esperar años a pasar a «segunda»... cuando se trataba de ejércitos regulares desplegados frente a frente. Y aun esta oportunidad llegó sólo cuando junto a los españoles lucharon los nuevos aliados ingleses.

La Coruña (16 de enero de 1809)

A fines de julio de 1808, lo único que contaba era que *el Intruso*, como se empezaba a llamar ya a José I, ante las noticias recibidas de Andalucía y el consiguiente avance hacia la capital del ejército del general Castaños, había dado orden de hacer el equipaje y el 29 de julio empezó la salida de la Corte. El pesimismo con que había dado cuenta del espíritu que encontraba a su alrededor se confirmó cuando, invitada la servidumbre de palacio a seguirle en su viaje: ninguno quiso hacerlo.

La capital de España se alegró de la marcha y a pesar de quedarse sin otro gobierno que el municipal, no hubo desórdenes callejeros. El 23 de agosto desfilaron las tropas de Castaños entre las ovaciones de los madrileños y el 24 fue proclamado Fernando VII (de nuevo) como rey de España.

Naturalmente los políticos afrancesados que habían colaborado a la proclama anterior se habían apresurado a escapar. Los nuevos gobernantes requisaron sus casas y sus propiedades. Ya se había

abierto una brecha entre «patriotas» y «afrancesados» que pronto se convertiría en abismo.

La euforia española de aquellas semanas fue aumentada por el primer fracaso del general Lefebvre ante los muros de Zaragoza y la noticia de la victoria de Bruch. Pero a mediados de noviembre se supo que Napoleón en persona recogía el guante de Bailén y había entrado en España al frente de un numeroso ejército. Se le intentó cerrar el paso en Somosierra, pero con tan mala organización y táctica que al emperador le bastó echar una ojeada a la pobre fortificación para dar una orden a sus lanceros polacos: «*Enlèvez moi ça!*» y efectivamente un batallón de caballería tomó al galope, cuesta arriba y aprovechando la pausa entre dos descargas de artillería, una posición con todos los requisitos previos para ser inexpugnable y unos defensores que se dispersaron a la llegada de jinetes y caballos.

Madrid ya estaba a la merced del emperador. Hubo un intento desesperado y tardío de defenderlo pero Napoleón, desde Chamartín, intimó a la rendición amenazando con volar los principales edificios de la ciudad. No hubo más remedio que aceptarla mediante un pliego de condiciones que empezaban por la de que se conservase la religión católica, muestra clara de la asociación de franceses y ateísmo o al menos agnosticismo que estaba en la mente de muchos españoles. Napoleón, oficialmente ortodoxo, no tuvo reparo en aceptarla con otras de respeto a vida y propiedades.

El éxodo anterior de algunos vecinos se repitió en familias distintas. Los que se apresuraron a huir ahora eran los que se habían destacado en proclamar su odio al invasor de España.

Napoleón no era su rey pero actuó (y no era la primera vez) como si lo fuera, dando disposiciones que correspondían lógicamente a su hermano José. Una fue la disolución del Consejo de Castilla que había creído sobrevivir alabándole a él como antes

lo habían hecho con Fernando VII, y la ya citada supresión del Tribunal de la Inquisición.

Protestó su hermano de unas disposiciones con las que podía estar de acuerdo ideológicamente pero no legalmente y renunció a la corona. Napoleón se la devolvió el 10 de diciembre (ahora «era suya» por derecho de conquista) y le acompañó al Palacio Real de Madrid donde le instaló mientras le decía admirado: «La verdad, querido hermano, es que estáis mejor alojado que yo», lo cual era cierto. Ninguna de las residencias parisinas del emperador tenía el tamaño y la categoría del palacio madrileño.

La estancia de *el Corso* en Madrid fue breve; no le gustó la frialdad con que el pueblo reaccionó ante sus brillantes desfiles, pero además recibió allí la noticia de que los ingleses al mando de Moore, tras desembarcar en Portugal, habían cruzado la frontera española por Ciudad Rodrigo e intentaban cortarle el paso hacia Francia. Su genio militar se despertó.

El ejército británico contaba con 23 000 infantes y 2 300 caballos, y Napoleón, con 60 000 hombres. Ante fuerzas tan superiores Moore emprendió la retirada hacia Galicia donde contaba con un pueblo adicto y con puertos capacitados para reembarcar sus tropas en caso de necesidad para lo que advirtió a Londres.

Su primera etapa fue Benavente y luego Astorga. Allí Napoleón decidió que ya no era necesaria su presencia, reclamada en Francia por importantes asuntos de Estado, y dejó la misión de acabar con los ingleses a su mariscal Soult. Moore quiso detenerle vanamente en Lugo para dar tiempo a que la escuadra británica llegase a La Coruña para recoger sus tropas. Ahora la proporción de fuerzas era de 16 000 ingleses por 20 000 franceses con más armamento y mejor moral de victoria.

El 16 de enero de 1809 empezó la última batalla cerca de La Coruña, donde fue muerto por una bala

de cañón sir John Moore. Tomó el mando el general John Hope quien se defendió briosamente pero creyó su deber reembarcar las tropas como había dispuesto su fallecido jefe. Como informó al alto mando después:

«En consecuencia las tropas dejaron sus posiciones con un orden que les hace honor y después de retirar toda la artillería que dejó de embarcarse, marcharon con el mismo orden y se dirigieron a los diferentes puntos de embarque en la ciudad de La Coruña y sus alrededores; las avanzadas que habían permanecido en sus puestos hasta las cinco de la mañana del día 17 se retiraron después del mismo modo sin que el enemigo se apercibiese de su movimiento.»

En cuanto a sir John Moore reposa desde entonces en un mausoleo situado en el antiguo baluarte de San Carlos, frente al mar que no pudo surcar en su última y desesperada tentativa.

Talavera (27 de junio de 1809)

Participaron las tropas del británico Wellington, entonces todavía llamado Wellesley, y el español Cuesta por un lado con 52 000 hombres; el rey José I, con el general Víctor en el otro con 46 000. Se trataba, por parte francesa, de cerrar el paso de los aliados hacia Madrid acabando con la amenaza que volvía a surgir desde Portugal.

Los británicos-españoles ocupaban una posición elevada y protegida además por un arroyo; se inició el intercambio de artillería al avistarse los dos ejércitos y al llegar la noche se interrumpió el combate, con la tácita idea de reanudarlo por la mañana. Pero Víctor decidió realizar un ataque nocturno para asegurarse una posición mejor al amanecer, proyecto del que no dio cuenta al rey José, mostrando, una vez más, el carácter honorífico que tenía el monar-

ca en una guerra donde los mariscales del Imperio sólo rendían cuenta a Napoleón; éste dirigía la campaña entera desde París o desde el lugar de Europa donde se encontrase en cada momento, lo que, como dije, ocasionaba un peligroso desfase entre los datos que tenía y los reales al tomar una decisión.

La división de Ruffin inició el ataque, pero dos de sus tres columnas se encontraron con obstáculos naturales que afrontar con lo que el avance no fue sincrónico. Aun así ocasionaron grandes bajas al sorprendido enemigo británico hasta que la brigada de Stewart acudió en auxilio de sus compañeros y Ruffin tuvo que ordenar la retirada.

En el día 28 de julio los imperiales, tras una fuerte preparación artillera, iniciaron otro asalto al cerro ocupado por Wellington. Era una situación que favorecía al temperamento militar británico. Columnas francesas avanzando a pecho descubierto y los ingleses disparando sobre ellos sin prisa ni pausa desde su atrincheramiento. Es cierto que los franceses hacían fuego también al avanzar pero, al ir formados en columnas, sólo podían ser eficaces los disparos de su vanguardia mientras sus enemigos lo hacían todos a la vez desde su privilegiada posición en línea.

Nueva retirada y un alto al fuego agradecido por los dos adversarios para curar heridas y planear el paso siguiente. En el campo imperial volvió a plantearse el dilema de quién mandaba, José I se inclinaba por la retirada mientras Víctor insistía en que Napoleón no aprobaría la acción sin, al menos, intentar un nuevo ataque a la altura. El rey, que había recibido entretanto noticias de la aproximación a Madrid del ejército del español Venegas, accedió a intentar una victoria rápida en Talavera para acudir luego a defender la capital.

A las dos de la tarde del 28 de julio ochenta cañones lanzaron sus metrallas simultáneamente para preparar el ataque. La fuerza británica siempre inferiores en ese arma, favorita de Napoleón, sólo po-

día responder con 36 piezas. Cuando se creyó madura la posición se inició el avance por el frente y por el flanco para rodear la altura enemiga. Leval, que mandaba fuerzas alemanas integradas en el ejército francés, consiguió adelantarse hasta que fue detenido por el fuego preciso de los fusileros británicos, que le causó muchas bajas. Una carga de la caballería inglesa les obligó a retirarse.

En el sector del norte, Sebastiani y Lapisse tenían más suerte. Los ingleses también les causaron muchas víctimas con su fusilería pero cometieron el error de salir tras ellos al verles retroceder, justamente la situación preferida por los infantes franceses, más avezados al combate de cerca. Su contraataque les llevó al centro de las posiciones de Wellington y éste tuvo que apelar a todas sus reservas para contenerlos. La caballería de Cotton atacó a Sebastiani por su flanco y el francés tuvo que retroceder al mismo tiempo que lo hacía la división de Lapisse tras perder a su general, muerto en combate. Otro intento de Leval contra Campbell fracasó ante el fuego de sus hombres y la subsiguiente retirada fue precipitada por una carga de la caballería española de Cuesta surgida de improviso.

Ahora la iniciativa correspondía a los ingleses. En un cambio total de la táctica de los dos ejércitos, que culminaría en Waterloo, la caballería de Wellington atacó briosamente y los franceses formaron el cuadro para detenerlos, lo que consiguieron ayudados por un obstáculo natural, un riachuelo oculto por la hierba donde cayeron jinetes y caballos enemigos. Otro regimiento de dragones ligeros mandado por Anson, en vez de detener la ofensiva al ver lo ocurrido, siguió solo para estrellarse contra el fuego de la infantería francesa.

Las posibilidades parecían mejorar para los franceses pero sus bajas eran muchas; el cerro principal, baluarte de Wellington, seguía inaccesible y las divisiones de Cuesta, frescas porque no habían apenas

entrado en combate, amenazaban con lanzar un contraataque devastador contra las fatigadas tropas francesas. Ante estas perspectivas, el rey José I decidió abandonar el campo para intentar cortar el avance de Venegas sobre Madrid y la victoria queda para los aliados aunque éstos también habían sufrido tanto quebranto que no podían pensar en explotarla como se justificaba, en el informe a su primer ministro Castlereagh, su jefe:

«El cansancio de los soldados, la falta de provisiones y la necesidad de atender a los numerosos heridos me han impedido abandonar esta posición.»

Coincidirá en su parte el general Cuesta.

«A las siete de ayer participé a V. E. desde el campo de batalla que seguían con obstinación los ataques del enemigo y nuestra defensa. Luego que entró la noche calmaron las hostilidades, pero sin abandonar el enemigo sus posiciones hasta poco antes de amanecer que empezaron su retirada y han repasado el Alberche en dirección a Casalejas y Santa Olalla, desperanzados ya de poder arrojarnos ni aun conmovernos de nuestra posición... han sufrido una pérdida horrorosa, que hubiera sido mayor si el cansancio y la falta de alimentos de nuestras tropas nos permitiese el perseguirlos. Talavera, 29 de julio de 1809. Gregorio de la Cuesta. Excmo. Sr. D. Antonio Cornel.» (Canga Argüelles, cit. F. Díaz-Plaja, «El siglo XIX», en *Historia de España en sus documentos*, Madrid, 1983.)

Ocaña (19 de noviembre de 1809)

La acción de Talavera llenó de entusiasmo a los españoles que veían repetirse lo que, hasta entonces, había parecido triunfo aislado de Bailén, optimismo que debía sufrir un desengaño en Ocaña donde combatieron sin sus aliados.

Esta vez no hay apenas accidentes de terreno

desde donde disparar bien protegidos. El 19 de noviembre de 1809, 34 000 imperiales apoyados en 40 cañones se enfrentan con 51 000 españoles. Al frente de los franceses estaba ahora el hábil general Soult aunque el jefe oficial seguía siendo el rey José I. Los españoles estaban dirigidos por Areizaga. Polacos y alemanes al servicio de Francia iniciaron un avance frontal y una retirada, ataques y contrataaques se sucedieron entre las dos infanterías, sin ventaja por ningún lado. En ese momento apareció la caballería francesa de Milhaud sobre el flanco y la retaguardia española, cuyos componentes no pudieron o no supieron formar el cuadro necesario en esas circunstancias. Deshechas sus líneas, Milhaud se abalanza con sus jinetes contra la segunda línea española que no tuvo tiempo siquiera de desplegarse en formación de combate, entorpecida además por la llegada en masa de los fugitivos de la primera línea... El mismo Areizaga inició la desbandada y aunque Zayas, Vigodet y Copons intentaron poner un poco de orden con sus divisiones, la caballería de Víctor acabó con sus esperanzas. Los franceses mataron o hirieron a 12 000 españoles e hicieron prisioneros a 14 000 más, sufriendo sólo dos mil bajas.

Torres Vedras (11 de octubre de 1810)

Fue una larga y difícil marcha la de las tropas francesas de Massena cruzando Portugal en busca de Wellington y sus británicos. Sin conocer bien el terreno y con un paisanaje hostil que abandonaba los pueblos ante su proximidad, llevándose o quemando las posibles provisiones, el general francés se encontró de improviso con las líneas bien protegidas de Torres Vedras. Convocó consejo de generales y todos estuvieron de acuerdo con él en que el ataque a unas fortificaciones defendidas por 30 000 ingleses y

30 000 portugueses era suicida, lo que se hizo saber al emperador en noviembre. Su respuesta llegó a principios de febrero asegurando que mandaría refuerzos desde Castilla y Andalucía. Las tropas prometidas no llegaron y Massena inició la retirada perseguido por Wellington que, ahora sí, se sentía capaz de enfrentarse en campo abierto con el desanimado y famélico ejército francés. En Sabugal lo alcanzó y, tras una lucha encarnizada, obligó a los franceses a retirarse. El intento de arrojar a los ingleses al mar por donde habían venido le costó a Francia perder ocho mil prisioneros y lamentar dos mil muertos en combate, además de las pérdidas causadas por las enfermedades y el hambre... Y lo que era peor: desde entonces la lucha contra las tropas británicas se desarrollaría en España, lejos de la base que Massena había querido destruir antes de que pudiera dañar a los franceses en la península.

Ciudad Rodrigo (19 de enero de 1812)

Todo ataque procedente de Portugal tenía que dominar la plaza fuerte de Ciudad Rodrigo y a ello se preparó Wellington en enero de 1812 cuando supo que el ejército francés estaba siendo mermado por el envío de tropas exigido por la campaña de Rusia. Ante las fuertes defensas de la ciudad, el general inglés se atrincheró a su vez, haciendo trabajar a sus hombres día y noche en trincheras paralelas que servían para apoyar golpes de mano adelantando cada vez más las líneas. Esta continua ofensiva se completaba con el constante bombardeo de la ciudad con cañones de sitio. Por fin decidió lanzar a sus tropas al asalto. Los franceses, que hasta entonces en la guerra de España habían jugado el papel de sitiadores, se encontraban intentando emular a los héroes de Zaragoza o Gerona. No lo consiguieron ante el asalto lanzado simultáneamente por varias colum-

nas; pudieron detener a la de Picton pero no a las que entraron por otras brechas y que acudieron en auxilio de sus compañeros tras superar la resistencia encontrada...

La guarnición se rindió y la plaza fue objeto de pillaje y saqueo por parte de los vencedores. Los ingleses tenían ya abierto el camino a España.

Arapiles (22 de julio de 1812)

Situado cerca de Salamanca, Arapiles fue el escenario del punto de inflexión en la guerra por la independencia. Ahora, a la cabeza de los franceses estaba Marmont persiguiendo a un Wellington en inferioridad de fuerzas. El 22 de julio de 1812 —el mes de Bailén— el general napoleónico detecta la presencia del enemigo y trata de envolverle con Foy por un lado y Bonnet por el otro, para acabar con él antes de que siga rehuyendo el combate. Wellington observa que, en el transcurso de esa maniobra, se extendía demasiado el ala izquierda dejando un hueco de nueve kilómetros entre las formaciones francesas de Macune y Thomières y decidió formar la ofensiva, aunque, como buen británico, no dio la orden de ataque de forma retórica y grandilocuente. Después de estudiar la situación de las fuerzas enemigas se limitó a comentar: «Creo que ha llegado el momento», y sus ayudantes partieron al galope para dar la señal a los distintos jefes que iban a protagonizar la acción. Primero lanzó a la caballería portuguesa contra los hombres de Thomières cogiéndole desprevenido y explotando la sorpresa con los ingleses de Pakenham, que acabaron deshaciendo a toda la formación francesa con muerte de su general y huida de los que no cayeron muertos y prisioneros. Para mayor desgracia de las tropas napoleónicas, en esos momentos también cayó muerto por una bomba artillera el general en jefe Marmont y, poco des-

pués, moría también su segundo Bonnet. Tomó el mando Clausel que tuvo que enfrentarse con las divisiones cuarta y quinta británicas, que, con moral de victoria, le atacaron a él y a Macune; éste tuvo que formar el cuadro, pero esa táctica que puede retrasar una derrota es difícil que por sí sola alcance un triunfo. Su fuego graneado hizo caer a muchos de los británicos que avanzaban, pero también murieron muchos de los suyos, rodeados como estaban, y mil jinetes británicos de Le Marchant acabaron de destrozar esa resistencia.

Siguieron varios valientes intentos de reagrupar fuerzas por parte de los franceses. Clausel, que no había sido vencido en su sector, consiguió iniciar un contraataque que desbarató tanto a los portugueses como a los británicos que tenían enfrente... Ese éxito le impulsó a cambiar su plan que, al principio, era sólo el de asegurar la ordenada retirada de las maltrechas tropas imperiales y decidió lanzarse contra el centro de las líneas enemigas donde le esperaba Wellington. Su primera acción hundió la formación británica, pero el inglés apeló a sus tropas de reserva que cayeron sobre el enemigo por ambos lados obligándole a detenerse primero y a empezar la retirada después; en ese momento la disciplina y entrenamiento que había hecho famoso al ejército imperial brilló como nunca. Ferrey organizó nueve batallones en líneas de tres en fondo que, apoyadas en cuadros que protegían sus flancos, se defendieron con coraje frente a las oleadas de la infantería enemiga. Un combatiente describió así esta parte de la lucha:

«Formados al mismo borde de la arboleda y sin artillería que nos apoyara, vimos avanzar al enemigo contra nosotros desplegado en dos líneas, la primera de las cuales estaba formada por portugueses...; comenzamos a disparar en cuanto estuvieron a tiro y las descargas que hicieron nuestras dos primeras filas fueron tan intensas, que, aunque

trataron de hacernos retroceder disparándonos a su vez, cayeron casi todos. La segunda línea venía detrás; era de británicos. Tratamos de recibirles de la misma forma, manteniendo nuestra posición a pesar de la artillería que nos batía por los flancos, pero la izquierda de nuestra línea cesó de disparar de repente y se retiró al bosque en completo desorden.»

Aun con todos los hados en contra, los franceses supervivientes lograron retirarse en buen orden. Como había ocurrido varias veces a lo largo de la campaña, los vencedores estaban tan exhaustos y habían perdido tantos hombres que no podían perseguir con éxito a quienes habían roto el contacto. En el intento de justificarse ante sus superiores, Wellington aseguró creer que en Alba de Tormes, adonde se dirigían los franceses en su retirada, estaba parte de una división española pero que ésta había abandonado la localidad el día anterior sin advertírselo. Era una prueba más de la escasa comunicación que durante toda la guerra hubo entre los aliados con acusaciones mutuas de falta de colaboración. Pero el historiador británico, Gates, cree que Wellington, al fracasar en la persecución, intentó echar la culpa a los españoles.

Aun sin rematar la faena, la victoria de Arapiles resultó estrepitosa. Los franceses tuvieron 13 000 bajas y perdieron 20 piezas de artillería. Foy, el general que logró salvar los restos del ejército francés con suma habilidad, aplaudió en sus memorias la táctica empleada por su rival en una batalla que «sitúa la reputación de Lord Wellington casi a la altura de la de Marlborough», el mítico general inglés del XVIII que los niños de España cantaban como «Mambrú» el «que se fue a la guerra».

Vitoria (21 de junio de 1813)

El rey José I veía deshacerse rápidamente lo que había sido su reino durante cinco años; sólo en una franja de la región levantina, desde Valencia a la frontera, seguían mandando generales franceses como Suchet y Decaen. El resto de la península estaba ya liberada por las tropas hispano-británicas y las guerrillas, y el gobierno de Cádiz se preparaba para instalarse en su sede natural de Madrid.

Quizá la angustia de ver empequeñecerse así su feudo le hizo aceptar la batalla contra los aliados en las llanuras de Vitoria, último rincón de una España que estaba a punto de abandonar para siempre. Sus generales quisieron disuadirle de esperar a un enemigo superior en número en una llanura abierta donde sólo le protegía el río Zadorra por un flanco, pero el rey impuso su voluntad. Su hermano y señor, Napoleón, había perdido su autoridad anterior al compás de los descalabros con los rusos primero y con austríacos y prusianos después y ahora José I por primera (y última) vez iba a decidir como rey su suerte en el campo de batalla.

La verdad es que como monarca había sido mejor que en calidad de estratega. Seguro de que llegarían refuerzos con el general Clausel (seguía la obsesión militar francesa de esperar auxilios que no llegaban nunca), desperdició el día anterior a la batalla ocupándose de enviar a Francia largos convoyes del botín obtenido por él y sus generales durante la ocupación. Mientras, Wellington, situado más cerca de lo que él pensaba, preparaba el plan de ataque que empezó el 28 de junio. Sus ochenta mil hombres le daban, en un campo tan extenso, ventaja suficiente contra los sesenta mil del rey José. El 18 de junio empezó la batalla con fuerzas británicas convergiendo desde todos lados sobre las francesas.

Ante el ataque de Hill, Graham y Kempt por los ingleses y Morillo por los españoles, ayudados por las tropas portuguesas, José I intentó reajustar sus líneas hacia la retaguardia, maniobra que dejó al descubierto el único sector donde los franceses de Villate habían conseguido ventajas y que también tuvieron que replegarse ante la orden del alto mando.

Siguieron más ataques concéntricos de los aliados que ocuparon sucesivamente los pueblos de Arinez y Lermanda. Los españoles de Longa se apoderaron del de Durana, que dominaba la carretera de Bayona, lo que significaba cortar las comunicaciones de José I con Francia. Ante las buenas noticias Wellington ordenó el ataque al ala izquierda francesa dispersándola; el temor de ser envuelto obligó al Ejército del Centro a hacer lo mismo y los restos de las fuerzas se precipitaron por la carretera de Sabatierra en un desorden total, mezclados soldados, vehículos y piezas de artillería. La derrota fue total subrayada por el número de bajas sufridas: 5 000 entre muertos y heridos y 3 000 prisioneros. En cuanto a la artillería abandonaron 1 150 cañones, lo que prueba la importancia que a esa arma daban las fuerzas napoleónicas.

Como en batallas anteriores la retirada apenas fue molestada por los vencedores pero, en esta ocasión, ello no se debió a la debilidad física de los ingleses y sí a su ansia de botín. «El equipaje del rey José», como tituló Pérez Galdós uno de sus *Episodios Nacionales*, aun después de los envíos a Francia, había quedado disperso por el campo de batalla y los británicos prefirieron apoderarse de una fortuna ingente en monedas de oro y plata, aparte de toda clase de objetos artísticos, muchos procedentes de la Casa Real de José I. (Entre ellos un bacín de plata de Su Majestad que hasta hoy figura como trofeo en un club de oficiales ingleses en Londres.)

Con el cruce de la frontera por José I la ocupación francesa había terminado en todo el sur, centro

y el oeste de España, pero Cataluña siguió siendo napoleónica unos meses más. Los aliados prefirieron proseguir la presión contra las tropas ya derrotadas en Vitoria, y Suchet pudo retirar sus fuerzas lentamente y sin ser molestado hasta cruzar los Pirineos en marzo de 1814 y dejar España limpia de águilas imperiales... también a punto de caer en París con la abdicación de Napoleón.

Toulouse

Las historias de la guerra de la Independencia terminan normalmente con la batalla de Vitoria pero, en realidad, la contienda sólo acabó en Toulouse cuando, por fin, británicos y españoles pudieron saborear el placer de combatir en territorio enemigo.

Wellington había cruzado la frontera en persecución de Soult que libraba constantes escaramuzas con la vanguardia aliada para cubrir su retirada. Su destino era Toulouse, ciudad donde el ejército francés encontró provisiones, material y equipo militar que substituyera a lo perdido en Vitoria. Además, la ciudad estaba rodeada de murallas lo que hacía difícil su conquista.

Wellington intentó cruzar el río Garona el 3 de abril de 1814, pero las fuerzas que pasaron por pontones improvisados quedaron aisladas cuando una crecida arrastró esas pasarelas. Ante este contratiempo, el general británico cambió de idea y procedió a sitiar regularmente la ciudad. Confiaba en sus fuerzas militares y también en que, según supo por huidos de Toulouse, la mayoría de sus habitantes eran partidarios de los Borbones con lo que Soult no obtendría el apoyo civil que tan importante fue en los sitios de Zaragoza o Gerona.

Los aliados ingleses contaban con cerca de cincuenta mil hombres contra cuarenta mil soldados

franceses que tenían a su favor el espesor de las murallas. Ingleses y españoles al mando de Beresford se lanzaron a conquistar el monte Rave que dominaba una parte de Toulouse. Sobrevino entonces una trágica equivocación; al oír el fuerte cañoneo procedente de la zona central y a pesar de la orden de esperar, los españoles creyeron que el ataque principal se había iniciado y se lanzaron monte arriba justamente cuando la artillería británica abrió fuego alcanzando a varios de sus aliados. Se extendió el ataque y, una vez más, la táctica inglesa de disparar en línea hizo estragos entre los franceses que marchaban al combate en columnas cerradas.

Mientras tanto Freire, tras reorganizar a sus españoles, víctimas del fuego amigo, volvió al ataque de las murallas, pero se encontró con tal descarga de fusilería que vio caer en poco tiempo a cuatro generales y más de 1 000 soldados antes de ceder en su empeño y retirarse.

En todo el frente se había reproducido el intento frustrado de los asaltantes que perdieron 4 600 hombres entre muertos y heridos y Wellington no tuvo más remedio que detener las hostilidades y buscar la forma de reemprender el asalto con menos peligro. Pero no le hizo falta un nuevo plan. Si él había tenido graves pérdidas, Soult contaba con 3 200 soldados menos; las perspectivas de seguir sitiado por un ejército importante en el seno de una población que no disimulaba su aversión, le decidió a retirarse, lo que logró sin que su marcha nocturna fuera advertida por los sitiadores. Al día siguiente, el 12 de abril, las autoridades de Toulouse abrieron sus puertas al ejército aliado. Gates señala la trágica coincidencia de que, en esos días, la paz se había firmado ya en París y Napoleón ya no era emperador, con lo que la batalla de Toulouse, con todos sus muertos y heridos, se hubiera evitado de haber llegado la noticia a tiempo.

Para los aliados en general, sin embargo, fue una espléndida forma de terminar la guerra, y para los españoles en particular un placer someter a los franceses del «midi» a los desastres bélicos que ellos habían sufrido durante largos años.

LA CRUELDAD

Es una característica que se manifestará por ambos bandos en toda la guerra española. Los franceses mataban a cualquier paisano de quien recelasen ser amigo o cómplice de los guerrilleros y los españoles a todo sospechoso de ayudar la causa francesa. Los prisioneros españoles hechos en batallas sufrieron del hambre y del castigo máximo cuando intentaban huir como testimonian los mismos generales franceses:

«Vivaqueamos junto al puente de Cherta, con un frío vivísimo; los prisioneros, al aire libre, sin fuego, sufrían horriblemente. No podíamos impedir que los soldados estuvieran descontentos de la misión que tenían y pagasen su mal humor con los prisioneros que conducían. Los primeros días, sobre todo, pegaban sin consideración a los que trataban de escaparse o parecían tener deseo de hacerlo, y más de uno guardaba de ello señales.» (Brandt.)

«Por una incuria culpable de las autoridades de Valencia los prisioneros habían salido sin víveres; en aquella etapa sólo se encontraron 150 gramos de pan para cada francés y un poco de vino para los españoles... Al siguiente día hicimos doble etapa, nevaba, soplaba el viento con tal violencia que los hombres, un tanto débiles, caían al suelo. Marchábamos de uno en fondo a causa de la nieve que, fue-

ra del sendero conservado por nuestros pasos, tenía más de sesenta centímetros de altura. Una línea de cadáveres marcaba nuestro camino, eran los prisioneros que el rigor del temporal y la falta de alimento hacían caer agotados y los que nosotros *fusilábamos*, tanto para abreviar su agonía como para evitar que otros simulasen desfallecimientos... Llegó la noche, los prisioneros marchaban unos en pos de otros sin fuerzas para abrirse camino. Vi a una mujer, joven y hermosa, convulsa sobre la nieve, la levanté, la ayudé a andar, y hubiera querido salvarla, pero estaba demasiado débil y la tuve que abandonar...

»Entre los muertos que se hallaban a cada paso, vi a otras dos mujeres. Todos los prisioneros que vi morir de hambre y frío caían de igual manera. Al primer malestar sucedía una debilidad que iba aumentando y parecía embriaguez. Aquellos desgraciados hacían eses marchando con la cabeza y los brazos colgantes; lejos de dar gritos veíase que ni para hablar tenían fuerzas. Eso no obstante, seguían andando, a poco que se les ayudase, hasta lanzar el último suspiro.

»Al fin, hacia media noche, la nieve cesó de caer y entramos en Sarrión... El suelo estaba cubierto de cadáveres y moribundos que pedían por señas terminasen con su existencia, cogían a nuestros soldados por el capote pidiéndoles este triste servicio. Los prisioneros iban, en su mayoría, descalzos, y, para cubrirles los pies, quitábamos alpargatas y zapatos a los vecinos de los pueblos que cruzábamos. A la mañana siguiente supe que la jornada de la víspera había costado la vida a más de trescientos prisioneros españoles y que, durante la noche, también habían muerto muchos.» (Desboefs.)

«Encontramos a los prisioneros de la batalla de Uclés —refiere Rocca—, muchos de ellos caían agotados por el cansancio, otros morían de inanición, cuando no podían andar eran implacablemente "fusilados".»

La duquesa de Abrantes cuenta el episodio que vivió...

«Era después de la rendición de Astorga e invitada por un amigo fui a ver desfilar la primera columna de prisioneros.

»Hacía un tiempo delicioso, el principio de nuestro paseo fue muy agradable pero al fin tornóse lúgubre. Hacía algunos momentos que oía yo disparos a corta distancia.

»—¿Qué es eso? —pregunté.

»El que me acompañaba no lo sabía, y lo preguntó al jefe del batallón que custodiaba los prisioneros.

»—No es nada —respondió con la mayor indiferencia—; algunos de esos bribones españoles que finge tener algo en los pies para no andar. He dado la orden de que remediaran eso. ¡Malos de los pies! Si les hiciesen caso todos estarían cojos y no recobrarían las piernas más que para reunirse con don Julián Sánchez, el guerrillero, a la vuelta del camino.

»Al principio creía haber entendido mal, pero el Comandante me dijo claramente que fusilaba a todos los que no podían andar para que no se reunieran a las guerrillas. En aquel momento volvía yo un recodo de la carretera y vi caer dos hombres. El golpe me llegó al corazón, sentíame morir.

»—Volvamos, volvamos —dije a Magnien—. Dios mío, ¡qué horror!»

Por su parte los prisioneros franceses también sufrieron lo suyo, especialmente los que fueron enviados al árido islote de Cabrera junto a Mallorca. Prácticamente abandonados a su suerte durante años, mal vestidos y peor alimentados llegaron a practicar el canibalismo para sobrevivir.

Parecido maltrato tuvieron los recluidos en Cádiz.

La flota que tenía que servir de cárcel a los prisioneros de Bailén se componía de once barcos que albergaron de ocho a doce mil personas según los

cronistas de la época. Uno de los que allí vivieron los define como «inmensos ataúdes en los cuales nos entregaban aún vivos a una muerte lenta». Otro menciona que eran «1 800 hombres en uno de los pontones, amasados como cerdos, unos sobre otros». Esta estrechez obligaba a que todos se acostaran «a la misma hora y sobre el mismo lado; cuando queríamos cambiar de postura y echarnos sobre el otro flanco, debíamos ejecutar ese movimiento simultáneo con la precisión de un ejercicio militar».

A estas incomodidades se añadía la falta de alimentos. En una ciudad sitiada como Cádiz éstos escaseaban y naturalmente no iban a tener los odiados franceses lo que faltaba a los gaditanos. Un sargento mayor describió en su diario las faltas más repetidas en su dieta de preso:

«Enero 1809, 2, sin víveres; 4, sin legumbres; 5, sin pan; 6, pan por la tarde; 7, sin agua; 8, sin legumbres;... el 16 sin leña; etc.» y cuando había pan era de pésima calidad; al quejarse uno de los presos fue contestado por el guarda español: «Aún es demasiado bueno para los perros franceses.»

Como ocurre siempre en situaciones extremas, peor que la falta de pan era la del agua, mucho más en un clima caluroso como el gaditano. Otras veces las raciones llegaban juntas tras larga espera, lo que provocaba el asalto a ellas de los famélicos prisioneros con funestas consecuencias para su salud.

Los dramas causados por la falta de alimentos estuvieron a punto de hacerles llegar a la antropofagia cuando una tempestad que duró ocho días, impidió a los guardianes llevarles la ración habitual. Tras comerse los perros que encontraron, intentaron matar y devorar a unos negros también prisioneros. Uno de ellos pidió que le dejaran pedir socorro al almirante de la flota inglesa que, como aliada de España, protegía a Cádiz de los franceses. Conseguido el permiso nadó hasta el buque insignia y el jefe británico ordenó que los prisioneros fueran abasteci-

dos. (Geisendorf des Gouttes: *Geôles et pôntons d'Espagne*, París, 1932.)

Y si había crueldad con los hombres mayor sería con las cosas. Los símbolos de la cultura como los libros podían ser utilizados como parapetos o utilizados para calentarse.

«En el sitio de Zaragoza —cuenta Lejeune— los soldados franceses hacían trincheras y defensas con los libros de las bibliotecas conventuales. Aquellos enormes volúmenes en los que se refieren las vidas de los mártires, los infolios en pergamino, nos eran muy útiles. Apilábanse como ladrillos y, ya estuviéramos en pie, o ya tumbados, nos defendían perfectamente de las balas. Este saqueo de las bibliotecas aún no era lo peor. Por las noches los soldados, no encontrando madera, quemaban esos libros para calentarse o bien arrancaban hojas para hacer antorchas que alumbraran aquellos laberintos. Nuestros oficiales dolíanse de tal vandalismo, pero la madera escasea mucho en las construcciones de Zaragoza y era difícil hallar otros combustibles. Cuando les queríamos hacer comprender el valor de los volúmenes griegos, latinos o árabes que destruían, decíannos: "Esos libracos sólo sirven para ser quemados, no se entiende una palabra." Así se perdió una valiosísima colección de manuscritos y documentos antiguos, de los cuales sólo aparecieron después hojas sueltas.» (Lejeune.)

También podían arder ornamentos de altares, imágenes de santos y vírgenes. Los grandes lienzos de las iglesias «pintadas y barnizadas, abrigaban perfectamente del sol, de la lluvia, del frío y de la humedad», asegura el mismo general.

El fuego podía ser práctico o de castigo. Quemar un pueblo entero tras haberlo conquistado quería significar a los enemigos en potencia lo que podía ocurrir en otros lugares si no se aceptaba al nuevo rey José I y la presencia francesa.

Saint Chamans, en un viaje, ve a lo lejos unas ca-

sas ardiendo. «Confieso —dice— que esa vista me causó gran placer, porque comprendí que estábamos cerca de un campamento de nuestras tropas; efectivamente, era la División Delaborde.» En una expedición por Aragón se apoderan los franceses, sin resistencia, de un monasterio, una vez tomado, lo incendian, para demostrar a los paisanos que lo habían conquistado.

«Hubo que volver a descansar a Orihuela —dice Brandt— y allí, a falta de otro combustible, se hizo fuego con los muebles y la madera de las casas.» «La madera era poco común en el valle del Tajo —cuenta Nayles— y como los que nos precedieron habían quemado los muebles, las puertas y las ventanas, no nos quedaba otro remedio que el de demoler las casas, y todos los días se designaba cierto número a cada compañía. Más valía esto que quemar las viñas y los olivos, que son la riqueza del país.» «Tamames estaba abandonado —refiere Marcel—, nuestros hombres, que recibían harina y no podían hacer pan por falta de hornos, destruyeron el pueblo, y así, con los despojos tenían leña y hacían hornos.»

En Plasencia alójase Marcel en un convento, donde se almacenaban más de mil balas de algodón. «Los soldados deshacen los bultos, y forman, para descansar, magníficos lechos. De pronto, óyese la voz de ¡fuego!; era el algodón que ardía, y hubo que saltar por las ventanas. Dejamos tranquilamente que ardiera el convento y pasamos la noche en la intemperie».

En los conventos de Salamanca, donde se acuartelaron las tropas francesas, quemaron cuanto había al salir de la ciudad, por última vez, los invasores. Aquellos edificios donde antes reinaba el lujo y la opulencia estaban casi quemados, o destruidos por completo, confiesa Marcel.

Por su parte Girardín relata la noche que pasó en Lerna, en compañía del general Delorges, yendo camino de Madrid en busca del emperador:

«Estaba el general haciendo calurosos elogios de sus dragones, cuando llegaron a avisarle que aquellos soldados modelo estaban echando abajo las puertas de todas las casas.

»—¿Para qué? —preguntó Delorges.

»—Debe ser para buscar víveres.

»—¿No se los han dado?

»—No.

»—Entonces es natural que los busquen. —Y el general se acostó tranquilamente.

»A poco llegó noticia de que los dragones bebían cuanto vino encontraban.

»—Nada más lógico —explicó el general—, han comido y quieren beber.

»Más tarde llega otro aviso; los dragones habían puesto fuego a la villa por una porción de sitios.

»—Deben estar borrachos.

»—Sí, mi general, lo están.

»—La gente que está borracha no sabe lo que hace. Dad órdenes para que no incendien esta casa.

»—Ya están dadas, mi general.

»—Entonces, buenas noches. —Y el general Delorges, satisfecho de la conducta de sus soldados quedóse dormido como un bendito.»

Girardín resume sus observaciones con estas palabras: «Quemar es un placer del que no se hastiaban nuestros soldados. Prendían fuego hasta a los campos de trigo a punto de segarse; las espigas, doradas por el sol, ardían con facilidad suma, y no bien se había puesto fuego a un campo cuando las llamas se extendían a enorme distancia. La pasión de quemar era tan grande entre estas tropas, que apenas salíamos de las chozas en que habíamos pasado la noche ya ardían.»

Blaze, un boticario francés del 2.º Cuerpo de Observación de la Gironde procede a contar los actos de crueldad que cometían los guerrilleros. Unos

franceses capturados fueron colgados de los árboles por el cuello, los brazos o las piernas. Tras la escaramuza de Tamames, los franceses, que dominaban desde una altura el que había sido campo de batalla, fueron testigos de cómo sus compañeros hechos prisioneros eran arrojados vivos a una hoguera. El boticario francés admite que, después, 1 500 españoles que se rindieron en Alba fueron degollados sin piedad en venganza a la matanza anterior.

«Y esas represalias —sigue el cronista— eran continuas. Si un regimiento francés veía colgados de los árboles al borde del camino los cuerpos desfigurados por las torturas de camaradas y sus ensangrentadas cabezas clavadas en postes... ¿qué ocurría? Que ese horrible espectáculo inflamaba su cólera; furiosos, juraban venganza y la ejercían sobre todo el que cogían.»

Goya ilustra estas frases con dos *Desastres* estremecedores. En *Lo mismo* la víctima es francesa. En *Esto es peor,* española.

Para Blaze los incendios de los pueblos que prodigaban sus compatriotas también eran culpa de los españoles...

«Sólo a la barbarie de los guerrilleros debe achacarse el pillaje de muchas villas y el incendio de algunos pueblos. ¿Cómo podía refrenarse el furor de unos soldados que llegaban al lugar tras haber caminado sobre los miembros esparcidos de sus hermanos de armas? Algunos jefes de regimiento que luchaban contra las guerrillas quisieron acabar con sus crueldades advirtiendo que ejecutarían a diez españoles por cada francés muerto y cumplieron la amenaza.»

(Al parecer ese injusto sistema de represalias es típico de las fuerzas de ocupación en un país hostil. Siglo y medio después, los alemanes lo emplearon en las naciones europeas que invadían, desde Francia a Rusia.)

Nuestro boticario sostiene que esa amenaza causó efecto en las autoridades españolas que ofrecieron tres «duros», buena suma entonces, por cada francés que las guerrillas entregasen vivo a las autoridades, con lo que fueron menos los muertos sobre el terreno.

LA GUERRA CHICA

Si en una guerra grande regular se tienen las de perder, si los ejércitos propios resultan poco preparados para enfrentarse con los enemigos, el español acudirá a la guerra chica, es decir, en diminutivo, la guerrilla, esos grupos de combatientes que atacan sólo cuando el contrario es menor en número o está desventajosamente situado, matan y hacen prisioneros, los que pueden y, al saber que acuden refuerzos del contrario, se retiran en buen orden o se dispersan para reunirse días después en un lugar fijado de antemano para emprender una nueva acción; algo más parecido al aguijón de una avispa que el zarpazo de un león pero efectiva siempre por la movilidad de las fuerzas y una orografía que permite la continua sorpresa.

La guerrilla es vieja en nuestra historia. La habían usado ya los celtíberos contra la potencia de su tiempo, Roma, que, al igual que la Francia napoleónica era demasiado fuerte para ser atacada frontalmente y sólo podía ser herida en pequeñas y repetidas escaramuzas. Los caudillos legendarios se llamaron Indivil, Mandonio y, sobre todo, el lusitano Viriato.

Táctica guerrera que con la invasión francesa resucita con mucha más fuerza. Estaba a su favor el carácter individualista de los españoles, poco ami-

gos de adaptarse a la disciplina de grandes formaciones y de obedecer a mandos lejanos y pomposos. La partida de guerrilleros se compone de pocos hombres, con un jefe elegido por ellos por valiente y capacitado y que a menudo conocían de antes por ser del mismo pueblo; su atavío es fantasioso, lo más lejano del uniforme de las tropas de línea.

Todas las condiciones favorables se daban en la España de 1808 para que renacieran las guerrillas y éstas tomaron pronto carta de naturaleza en todo el territorio. Su necesidad se hizo tan aparente que la Junta Suprema de Gobierno, en lugar de intentar prohibir una actividad que escapaba de su mando y no se coordinaba con las demás fuerzas militares, le dio su bendición oficial con un Reglamento de Guerrilleros a los que denominaba «milicia de nueva especie». Se fijaba el número aproximado de 100 hombres por «partida» o «cuadrilla». De ellos, 50 irían a caballo y los otros 50 montarían a la grupa en caso de necesidad; también dependía de las posibilidades la elección de armas y de arreos de los caballos. «En cuanto al traje cada cual llevará el que tenga, al menos por ahora.»

La Junta conoce a su gente para ese trabajo y no vacila en indultar a los contrabandistas, muy útiles para un trabajo de audacia y disimulo; sabe que hay que darles compensación económica a sus esfuerzos y por ello, aparte de un sueldo regular, que, dada su movilidad y la desorganización económica del país, no les llegaba casi nunca, les autorizan a repartirse el botín de alhajas, ropa y dinero que encuentren del enemigo vencido. Si se trata de bienes de españoles podían quedarse con la cuarta parte de su valor como recompensa de haberlo recuperado. Luego se les dice lo que se espera de ellos: interceptar los grupos de enemigos e incomodarlos en sus marchas con tiroteos desde los pasajes aptos para ello. También es importante atacar los convoyes y alarmarlos con ataques falsos «con especiali-

dad por las noches, con el fin de no dejarles sosegados».

Esta última consigna, con la de asaltar convoyes, fue la que, según todos los testimonios franceses, llevaron a cabo con mayor éxito los guerrilleros. Los soldados franceses sólo eran dueños del terreno físico que ocupaban. El horizonte ya estaba preñado de peligros.

«Los que han servido en la Guerra de España —comenta la duquesa de Abrantes en sus *Memorias*— saben que bastaba que dos personas se alejasen dos leguas una de otra, para que se encontraran tan separadas como si una estuviese en París y la otra en la población más lejana.»

El riesgo mayor lo tenían los correos que, por su obligada velocidad, no podían viajar en grandes grupos haciéndolos presa fácil de las guerrillas. Así muchas noticias llegaban antes a manos de los españoles que de sus destinatarios franceses. El Boletín de la «Grande Armée», describiendo el desastre napoleónico ante los rusos, fue leído por los españoles ¡diecinueve días! antes que por el rey José I.

Pronto los mandos franceses se preocuparán por una situación que se hace cada vez más grave: el problema de las comunicaciones entre el mando en Madrid con Francia y con las distintas agrupaciones de tropas que se extienden ya por toda la península. Noticias repetidas (o la falta de ellas) informaban que los mensajes se perdían en el camino por acciones enemigas. Por eso el 13 de junio de 1808 se conmina a las autoridades locales españolas que aseguren la línea vital para la estrategia y abastecimiento de las tropas.

«Ahora que las tropas francesas ocupan puntos más remotos de esta corte, y que otras se hallan en movimiento para proteger esta comunicación, quiere S. A. I. que las justicias de los pueblos situados en las diversas rutas que conducen a dichos puntos, o en las cercanías de las mismas rutas, tengan en-

tendido que hallarán en los jefes que manden las tropas el apoyo que necesite su autoridad para mantener el buen orden, hacer respetar los corsos y oficiales comisionados, y auxiliarlos con gente armada en los casos que juzguen necesario; debiendo dar parte todas las semanas de los oficiales comisionados y correos extraordinarios que pasen a sus corregidores respectivos.

»Hace S. A. I. responsables a las mismas justicias de la puntual observancia de esta orden y de toda violación de ella que haya podido precaver celo, cuidado y energía. A no probar que sólo han cedido a la violencia y señalar los autores y reos de este grave delito; como también de haber dado parte inmediatamente de todo al jefe militar más inmediato.» (*Gazeta de Madrid*, 24-VI-1808.)

El daño que esas tropas irregulares hacían al ejército francés provocó tal irritación en sus mandos que, a primeros de mayo de 1810, el mariscal Soult abandona la ficción de engañados, ilusos, con que hasta entonces se consideraba a los grupos enemigos. Desde ese momento los guerrilleros serán considerados bandidos y tratado como tales...

«No hay ningún ejército español fuera de S. M. C. Don José Napoleón; así todas las partidas que existan en las provincias cualquiera que sea su número y sea quien fuere su comandante serán tratadas como reuniones de bandidos (...) Todos los individuos de estas compañías que se cogieran con las armas en la mano, serán al punto juzgados por el preboste y fusilados; sus cadáveres serán expuestos en los caminos públicos.»

La Regencia, el 15 de agosto y como réplica, amenaza con ahorcar a tres franceses por cada español, y que...

«... mientras el duque de la Dalmacia no reformase su sanguinario decreto (...) sería considerado

personalmente como indigno de la protección del derecho de gentes y tratado como un bandido si cayese en poder de las tropas españolas.» (Toreno, Conde de, t. III, p. 265.)

Por otra parte esas fuerzas eran las únicas que, dentro de sus límites —no podían ganar una batalla ni ocupar una ciudad importante—, cumplían con su cometido mientras las tropas regulares no conseguían la disciplina ni la organización necesarias para lograr el suyo; como admite un cronista:

«(...) El frenesí de dar batallas ha sido general hasta ahora entre nosotros; pero es forzoso que confesemos que para una operación de esta clase sabemos todavía muy poco del oficio, y nuestras tropas no tienen aún toda la organización y disciplina que son necesarias. A mí me parece que ya no profanarían el suelo español los viles satélites del déspota francés, si les hubiéramos hecho la misma guerra que los *chouans* hicieron a los republicanos. Toda su táctica consistía en fatigar las tropas de la Convención con marchas continuas, a las que precisaban con insurrecciones repentinas y multiplicadas; en atacar inopinadamente un puesto, sorprender un destacamento, interceptar un convoy..., etc. Éste es el sistema constante de nuestras partidas de guerrillas; y a pesar de que no tienen toda la perfección de que son susceptibles, sabemos el daño que causan a los franceses y lo que éstos las temen.»

En cuanto a las tropas regulares:

«(...) La ignorancia, pues, la mala organización y la falta de disciplina son el Duende que el público supone en nuestros ejércitos. Destiérrense de ellos los vicios, introdúzcase la más severa y exacta disciplina, foméntese el espíritu militar con grandes premios y grandes castigos, excítese el valor de la tropa, buscando medios de entusiasmarla, sacrifíquese todo a su abundante manutención, abrigo y decencia, y entonces hallaremos héroes en nuestras filas, no habrá dispersiones y los esclavos franceses arro-

llados por los soldados de España, buscarán precipitadamente un asilo al otro lado de los Pirineos.» (El Duende de nuestros ejércitos descubierto por un Buen Patriota. Impreso en Cádiz y reimpreso en la ciudad de Alicante, s. f., pp. 5, 6, 17 y 18.)

La lucha de los guerrilleros basada en la audacia, la rapidez y la sorpresa les dio una gran popularidad entre la población civil que exaltaba al cuerpo en general...

Guerrillero valeroso
que combates a la Francia,
cuenta siempre con mi amor
si libertas a mi España.

...o a sus jefes más destacados. Como el cura Merino que en su personalidad religioso-militar simboliza la doble misión de un país, luchando por la Iglesia y la Patria.

Desde que el cura Merino
se ha metido a general,
los asuntos de España
van marchando menos mal.

O Julián Sánchez en el papel contrario:

Cuando don Julián Sánchez
monta a caballo
se dicen los franceses:
¡ya viene el diablo!

De la admiración general se pasa fácilmente al romance personal:

Ea, la, la
la, la, eh...

es un lancerito
que me viene a ver;
él me quiere mucho
yo le quiero a él.

La dificultad para los franceses de encontrar guías o confidentes se multiplicaba cuando se trataba de informar sobre unos guerrilleros que, muchas veces, eran si no amigos, conocidos. Recuerda la duquesa de Abrantes...

«En toda la guerra de España era una particularidad notable la dificultad que teníamos para encontrar espías que, a la postre, resultaban siempre desleales.»

Porque si les obligaban, amenazándoles, les engañaban después...

«Cuando a un pobre diablo se le aprisionaba a su mujer e hijos y se les decía anda, vete, pero mañana tienes que volver y decirme lo que hacen Mina, Longa, *el Pastor* o cualquier otro, cuántos hombres tienen, dónde están, etcétera, etc., y si me engañas, ahorco a tu familia, ¿qué ocurría? Que si el paisano volvía, era después de habérselo ido a contar a los guerrilleros y que éstos le enseñaban la lección o se arreglaban de manera que la verdad de hoy no lo fuera mañana.»

Otras veces les equivocaban adrede el camino aunque lo pagaran luego con la vida:

«Tomamos a los dos paisanos por guías —refiere D'Espinchal— con promesa de una buena recompensa si nos dirigían bien, mas, después de muchos rodeos, vimos que nos habían perdido. Dos pistoletazos fueron el pago a su infidelidad.»

Aunque si hubieran sido fieles a los invasores, es decir, de haberlos ayudado en su empresa, habrían sufrido idéntico castigo de los propios guerrilleros que pagaban la traición con la muerte en la horca en caso de ayuda grande, o cortándoles las orejas, si el servicio prestado era de poca monta.

Aislamiento, ruptura de comunicaciones, riesgo continuo. Las balas llegaban de donde menos se esperaban y las patrullas de reconocimiento no encontraban a nadie. Bastaba que alguno de la vanguardia se adelantara o que el de la retaguardia se quedara atrás para que sus compañeros les encontraran muertos al buscarles. Las sabias tácticas napoleónicas tan útiles para otro tipo de campaña, aquí no servían para nada.

«Todo lo que él (Napoleón) decía a Foy de que los ejércitos deben tener tres jornadas de fondo para poder combatir a vanguardia o a retaguardia, y que las comunicaciones deben establecerse por destacamentos que vayan y vengan cada ocho días llevando enfermos y heridos, refuerzos, dinero, municiones, correos, etc., etc., estaba pensado recordando las campañas clásicas de Alemania o Austria, pero aquí ni los ejércitos maniobraban con libertad ni los destacamentos garantizaban nada.»

Las tropas llegaban a un pueblo donde al parecer todo estaba en orden y la gente parecía amable, pero por la noche, de pronto, eran agredidos cuando descansaban seguros del entorno. Otras veces esperaban a que salieran del poblado para atacar su retaguardia. Un campesino trabajando en el campo era una visión tranquilizadora pero apenas había pasado la columna, el inocuo labrador de antes recogía el fusil que tenía escondido a pocos pasos y disparaba contra los últimos soldados desapareciendo luego en el bosque más próximo.

En toda la guerra española resultó imposible que estuvieran seguros los soldados franceses. Hasta tal punto llegaba la tensión de no saber dónde estaba el enemigo, que cuando éste aparecía formado en batallones dispuestos a la batalla, por las filas corría un suspiro de alivio. Ésta, al menos, era la guerra franca y tradicional con el contrario enfrente en lugar de a los lados y detrás. Si les vencían esos soldados españoles se retiraban en buen orden pero

con los guerrilleros nunca podía decirse que había terminado la batalla. Como cuenta el general Jourdan de un momento en la campaña gallega:

«... durante su marcha el General Heudelet no cesó de combatir, las alturas y los desfiladeros estaban cubiertos de insurgentes y el toque de rebato se oía por todas partes. El puente que hay entre Franqueyra y Canitra estaba defendido por barricadas y 1 500 a 1 800 hombres. Derrotólos al día siguiente y los persiguió hasta las alturas de Ribadavia, donde hicieron frente unidos a otra banda más numerosa. Reunida la división, de nuevo les atacó y puso en fuga matándoles mucha gente. Durante los días sucesivos columnas enviadas en todos los sentidos para limpiar la comarca, libraron infinidad de combates y mataron un sinnúmero de paisanos. Las tropas que llevaron los Generales Francesqui y Heudelet sobre Allariz y Gincio encontraron otro grupo numeroso de españoles.»

Otros generales franceses dan en sus *Memorias* detalles de cómo actuaban aquellos temidos guerrilleros:

«... podíamos calificarlos de bandidos —dice Blaze—, de canalla vil y abyecta, puesto que así lo habíamos convenido, pero eso no impedía que cumpliesen muy bien con su deber.

»El Arte magno de las guerrillas es atacar siempre y no verse jamás forzados a aceptar combate. En el momento que las buscábamos desaparecían y caían sobre nosotros como buitres cuando las esperábamos menos; esto lo hicieron a la perfección. De antemano sabían que si se veían atacados y dispersos debían reunirse en tal otro punto donde nadie los esperaba.» «Como las guerrillas no se baten sino cuando ellas quieren —escribe Reiset— tienen frecuentemente pequeños éxitos y hay que estar siempre en guardia cuando se va de marcha.» «Durante un mes —refiere Nayles— perseguimos al Empecinado sin poderle obligar a combatir, si se veía estre-

chado muy de cerca indicaba un punto de reunión a su gente y se dispersaban por las montañas. De pronto caían sobre un puesto a quince leguas del sitio en que habían desaparecido. Cuando un jefe de guerrillas había hecho una expedición, toda su tropa se diseminaba, ocultaban las armas, y se daban cita tal o cual día a 20 o 30 leguas de distancia.»

En 1895 E. Rodríguez Solís publica en Barcelona *Los guerrilleros de 1808*, una obra excesivamente escorada hacia los valores positivos de esos combatientes españoles, pero que contenía datos interesantes sobre su quehacer diario, extraídos de testigos sobrevivientes o de sus hijos. Daba por ejemplo el origen de algunas partidas que nacieron con poquísimos hombres y fueron ampliando su fuerza a medida que se unían voluntariamente atraídos por sus primeras acciones.

«La de *el Empecinado*, al salir al campo, se componía de él y de un joven de 16 años natural de Cuevas.

»La de Merino, de él y su criado tan sólo.

»La de Javier Mina, de un grupo de jóvenes.

»Y la de Jáuregui de él y cinco compañeros.»

... o la azarosa forma en que se desplazaban o se armaban, dado que su movimiento continuo hacía difícil el aprovisionamiento...

«Unas veces caminando por polvorienta carretera y otras por húmedas y peligrosas sendas; ahora por llanuras abrasadas y luego por altos picos cubiertos de nieve; una hora por entre espesos matorrales e impenetrables bosques, y otra por lugares descubiertos y expuestísimos para ellos.

»Si un día lograban dormir en poblado y bajo techo amigo, la mayoría de las noches las pasaban a la intemperie.

»Escasos de municiones, se veían forzados a emplear para la carga de sus armas el hierro de las va-

rillas de las cortinas y hasta el plomo de las pesas de los relojes.

»Para un día en que comían regularmente, porque la suerte les proporcionaba raciones para ellos y pienso para sus caballos, una gran parte del tiempo lo pasaban llenos de hambre y de privaciones.

»Si caían heridos no contaban con otra cama que una vieja piel en una oscura cueva, ni con otro médico que algún pobre pastor que creía entender algo de medicina para los ganados.»

... o de la solidaridad que encontraban entre la población civil convertida casi siempre (las excepciones eran duramente castigadas) en su cómplice.

«Si una guerrilla entraba en un poblado, al parecer abandonado, no tardaban en llegar sus moradores, avisados por algún vecino que hacía de vigía en alguna elevada altura o en la torre de la iglesia, los cuales compartían con ellos lo poco que los franceses en sus continuas excursiones, ataques y robos, les habían dejado.

»No era difícil encontrar una población gobernada por una mujer que hacía las veces de alcalde, en tanto que su marido o su padre capitaneaba una guerrilla no lejos de allí, guerrilla que, de improviso, avisada por la alcaldesa, caía sobre los franceses y los aprisionaba.

»En algunos pueblos quedaban los ancianos y los impedidos y ocurría algunas veces que no eran tan ancianos como parecían los unos, ni tan inútiles como aparentaban los otros, y que tan ligeros como patriotas, abandonaban el pueblo disimuladamente y corrían a participar a los guerrilleros la llegada de los imperiales al pueblo, su número y sus medios de combate.

»Toda posada y toda venta eran un ojo abierto para los guerrilleros, pues desde la posadera al mozo de la venta, desde el pasajero al ordinario, desde el mesonero al niño que sacaba las caballerías

a beber agua al pilón del patio o al cercano arroyuelo, todos eran espías, amigos y valedores de nuestros partidarios; y en muchas ocasiones la moza de la venta aderezaba al propio tiempo la cena del jefe de la guerrilla y la del oficial francés, que pernoctaba con su destacamento en el mesón y el ama arreglaba a la par la cama del jefe de los imperiales y la del que hacía cabeza de nuestros partidarios; el mozo de la cuadra echaba pienso al caballo del servidor de Napoleón y al del patriota español, y el dueño de la posada entonaba a la guitarra canciones que eran un aviso y una seña.

»Por los caminos solían encontrar los franceses arrieros que, al parecer, sólo se cuidaban de su tráfico y hasta maldecían a los guerrilleros porque les impedían vivir en paz con los señores franceses y hacer su negocio, y que luego resultaban amigos de los partidarios de España y sus mejores valedores.

»También solían ver los imperiales, leñadores que en el monte sólo se ocupaban de cortar leña, trabajadores en el llano muy embebidos en su tarea, mendigos que recorrían los caminos pidiendo una limosna con lastimera voz, hortelanos que entraban en los pueblos a vender sus mercancías, santeros que recorrían las casas pidiendo para la imagen de su santuario, lo cual no impedía que leñadores, labriegos, mendigos, hortelanos y santeros no fueran lo que parecían sino espías de nuestros guerrilleros y muchos de ellos guerrilleros también.»

El grado de la eficacia de las guerrillas para concluir victoriosamente la lucha contra Napoleón ha sido muy discutido. Historiadores británicos como lord Napier en general reducen su aportación a un triunfo que, según ellos, fue fruto casi exclusivo de las tropas que mandaba Wellington.

«Los españoles han asegurado con audacia, y el mundo lo ha creído, que la salvación de la Península fue obra de sus manos; yo combato este aserto

tan contrario a la verdad como injusto para la fama del general inglés e injurioso para la gloria de las armas británicas...

»Desde el momento en que una fuerza inglesa ocupó el campo, los españoles cesaron de obrar como principales en la lucha.

»Manifiestos, decretos, altivas bravatas, ocultando como un amplio velamen un barco carcomido, hicieron que se exhibieran como valientes cuando la fuerza y la firmeza verdadera no se encontraban en parte alguna.»

Esas afirmaciones son discutidas por Rodríguez Solís quien afirma que las bajas enemigas oficiales en los combates regulares, en que se enfrentaron ingleses, portugueses y españoles contra franceses, no llegaron a 300 000. Hasta el medio millón, dado generalmente por investigadores sobre las pérdidas napoleónicas en España, quedan trescientos mil que pueden ponerse en la cuenta de las fuerzas irregulares españolas, es decir, de los guerrilleros. Y para confirmarlo cita a dos franceses: Lemière de Corvey y Proudhon, que aseguran...

«Había en la Península de 150 a 200 partidas de guerrilleros (cerca de 4 000, corrige R. S.), diseminadas por todas las provincias, que habían jurado dar muerte cada uno de 30 a 40 franceses por mes, lo cual da una cifra de 6 a 8 000 hombres mensualmente entre todas las partidas, y como el año consta de doce meses, perdíamos unos 80 000 hombres por año, sin haber reñido batallas regulares; la guerra de España duró siete años, resultando, pues, una pérdida de 500 000 hombres.»

Como se ve la exageración francesa puede competir con la española; resulta poco científico dar como resultado numérico preciso el juramento de matar «tantos franceses al mes» porque de la intención al hecho media bastante. Luego Rodríguez Solís intenta proporcionar datos más concretos de la aportación guerrillera en el transcurso de la lucha:

«Guerrillas que tuvieron a su frente a un jefe conocido:

Andalucía	81
Cataluña (Somatén excluido)	61
Antiguo reino de Castilla (Burgos, Santander, Logroño, Soria, Ávila y Segovia)	42
Antiguo reino de Toledo (Madrid, Toledo, Cuenca y Guadalajara)	35
La Mancha	30
Navarra	29
Galicia	23
Aragón	21
Antiguo reino de León (León, Zamora, Valladolid, Palencia y Salamanca)	20
Alicante, Murcia y Valencia	13
Provincias Vascongadas	12
Asturias	8
Extremadura	7
TOTAL	382

»Guerrillas por años:

»En 1808, 58. En 1809, 107. En 1810, 156. En 1811, 104. En 1812, 61. En 1813, 35. En 1814, 7.

»Sin ellas —recuerda— no hubiera fatigado a Massena en Portugal y España; ni vencido a Marmont en los Arapiles; ni a Soult en Talavera; ni a José y Jourdan en Vitoria.

»Don Julián Sánchez ayudó al general inglés eficazmente para la reconquista de Ciudad Rodrigo.

»Los guerrilleros catalanes tuvieron bloqueado al ejército francés en Barcelona, en Tarragona, en Gerona, en Figueras, en Tortosa, en Hostalrich, en todo el Ampurdán y la Marina.

»Los de Asturias, al general Bonnet.

»Los de Burgos y Salamanca, a Dorsenne.

»Los de Valladolid, a Kellermann.

»Los de Soria, a Duverne.

»Los de las Vascongadas, a Caffarelli.

»Sin las guerrillas —coincide el coronel alemán Schépeler—, el mariscal Massena habría contado con 18 000 hombres más que, si no antes, habrían decidido después en Fuente Guinaldo el éxito de la campaña en favor de Napoleón.

»Merino y Saornil completaron el triunfo de los Arapiles.

»Mina impidió que Claussel y Foy se unieran a José en Vitoria, donde quizá sus 30 000 hombres decidieran la batalla a favor de las armas imperiales.

»Las guerrillas tuvieron en perpetua alarma a Suchet en Valencia; a Soult en Sevilla; a Belliard en Madrid; a Paris en Zaragoza; a Abbé en Pamplona; a Retgnier en Bilbao y a Decaen en Barcelona.»

Los jefes de guerrilla comunicaban a sus superiores el resultado de las distintas acciones realizadas, igual que hacían los mandos de tropas regulares, pero el carácter aventurero y móvil de sus empresas hacía a menudo esporádicos esos informes. Como aficionados que eran dentro del estamento militar, sus partes adolecían a menudo de falta de precisión pero sobrados de ingenuo triunfalismo. Tienen interés, sobre todo, al explicar sus métodos de lucha.

Éste es de Julián Sánchez dirigido a un amigo:

«Me hallo comandante en jefe de las partidas entre Tajo y Duero, y tengo un regimiento de caballería y batallón de infantería, que ha formado en disposición de no temer a los franceses. Los ingleses me mandaron dos pedreros pequeños con algunos auxilios para ellos, para la caballería y para la infantería. Aseguro que mi brigada o pequeña división dará bastante que hacer a los enemigos. Mis lanceros hacen presas todos los días. En la calzada de Ledesma mataron 32 franceses e hicieron 17 prisioneros.

»Con fecha del 11 del corriente me escribe mi teniente coronel Martín que los lanceros hicieron 20 prisioneros y mataron 1 coronel, 1 teniente co-

ronel y 36 soldados en dicha calzada, y que un capitán mío hizo 80 prisioneros, cogió una brigada de mulas con sus arreos, y que cuando matan 5 o 6 no me lo participan por escrito.

»Mi cuñado el capitán Cilleiros mató al jefe de la calzada de S. Muñoz para Ciudad Rodrigo con más de 200 gabachos; de modo que por miedo de la peste no se puede transitar por dicha calzada.

»Hoy me han traído 34 dragones con 2 oficiales, uno de ellos ayudante de Massena.

»Sepa usted que nuestro Mangas hizo prisioneros 2 oficiales después de haber degollado a 34 soldados.»

Además los jefes guerrilleros eran objeto de admiración popular por un estilo de vida independiente y valeroso que resultaba simpático al carácter individualista español. Así entraban fácilmente en la leyenda y corrían de boca en boca hazañas más o menos exageradas de su valor personal. Una de ellas, atribuida a Julián Sánchez, produjo gran alegría en los hogares de la retaguardia y en los descansos militares, porque unía el coraje del guerrillero con el engaño al endiosado enemigo francés. La cuenta Rodríguez Solís asegurando que la ratificaban familiares de Julián Sánchez todavía vivos a últimos del siglo XIX...

«Tenía D. Julián Sánchez un hermoso caballo al que profesaba gran cariño, y en una sorpresa hecha a su partida hubo de robárselo el jefe de una columna francesa ofreciéndolo como trofeo de guerra al general Dorsenne, que mandaba en Salamanca, el cual lo montaba con gran orgullo.

»Saberlo nuestro guerrillero y jurar que había de entrar en la ciudad y quitárselo, todo fue uno.

»Nadie dudaba del valor, tantas veces probado, de D. Julián; pero tan temeraria les parecía la empresa que trataron de persuadirle.

»Había transcurrido muchos días, y una tarde cruzaba el general Dorsenne por el puente para ir

a revisar las tropas de su mando, formadas en el "Teso" de la feria, llevando al frente a algunos batidores, y detrás a sus ayudantes y oficiales de órdenes.

»Como acontece siempre, los curiosos, vecinos y forasteros y gentes del "Arrabal", que ocupaban el puente, se detuvieron para mirar al general y su lujosa escolta.

»De repente, y cuando los batidores habían pasado, un hombre, luciendo el característico traje de los *charros* de Salamanca, y que hasta entonces había permanecido indiferente recostado sobre la baranda del puente, saltó a la grupa del caballo del general y abrazando estrechamente a Dorsenne en sus robustos brazos y alegrando con la voz al noble bruto, que bien pronto reconoció a su antiguo dueño, pues no era otro el supuesto *charro* que D. Julián Sánchez, salió al escape, camino de Ciudad Rodrigo.

»Sorprendidos y paralizados quedaron los ayudantes del general Dorsenne, sin saber qué partido tomar.

»Algunos batidores quisieron hacer fuego sobre D. Julián, pero como éste tenía ceñido al general con sus brazos y llevaba la cabeza baja, dejando que el cuerpo de Dorsenne presentara el mayor blanco, los ayudantes lo impidieron temerosos de que matasen a su general por matar a Sánchez, limitándose a salir en persecución del valeroso guerrillero.

»Don Julián, que les llevaba ya una gran ventaja, soltó de pronto al general, arrojándolo cerca de la "Pescanta". Y prosiguió su vertiginosa carrera, sin que los ayudantes ni los batidores, una vez recobrado a su jefe, se atrevieran a seguirlo, juzgando, y con razón, que iba a reunirse con los suyos.

»Cuando los lanceros le vieron llegar montado sobre su antiguo caballo y conocieron el suceso, le aclamaron con el mayor entusiasmo, reputándole como al primero de los guerrilleros castellanos y

al rey de los valientes, y a la verdad que no sin motivo.»

Otra relación, ésta de Feliciano de la Cuesta al general Castaños, da en pocas palabras un resumen de la actividad guerrillera: golpe rápido sólo cuando puede asestarse, huida ante fuerzas superiores, incautación de reses para poder vivir sobre el terreno, imposibilidad de explotar acciones por falta de animales de tiro.

«Excmo. Sr.: Habiendo pasado el Tajo el día 11 en la tarde, con el designio de sorprender a 60 franceses que se hallaban en la villa de Cerradiosa, acordé no hacerlo por no comprometer el pueblo.

»Luego me aposté en el camino de Malpartida el 12, en el que logré hacer prisioneros a 12 soldados y al ayudante mayor de su regimiento.

»El 13 pasé al camino de la barca de Bazagona, en el que logré hacer prisioneros a un sargento y 4 soldados. En el mismo día pasé a Malpartida de Plasencia y los ataqué furiosamente hasta quedarme con dos cañones, que por falta de acémilas no me traje; pero haciendo fuego y dando golpes seguí hasta la entrada de Plasencia, logrando matar 6, entre ellos a un sargento primero que no quiso entregarse.

»Después de esta acción me vi precisado a retirarme precipitadamente y pasar el Tajo, a causa de salir a acometerme muchos enemigos, a los que no podía resistir.

»A los 12 prisioneros y al ayudante les quité 5 reses vacunas y varias cargas de patatas, que distribuí a mi tropa.

»Pongo a disposición de V. E. los 12 prisioneros y el ayudante. Dios guarde a V. E. muchos años.

»Torrejón del Rubio, 15 de Octubre de 1811. Por indisposición del comandante lo firma como subteniente del mismo escuadrón Félix Cuesta.»

Entre los guerrilleros más conocidos está Juan Martín, *el Empecinado*, apodo que nace del carbón

vegetal en que trabajaba antes de la guerra y que daba ese nombre a todos los de Castrillo del Duero, pero que, al significar también persona tenaz en su tarea, pasó a ser un nombre más de los que se aplicaban a los guerrilleros. Este combatiente consiguió, en una de sus numerosas acciones, volver las tornas normales de aquella guerra y ser él quien sitiara y tomara, después, una fortaleza ocupada por franceses. La empresa se había iniciado al recibir órdenes de distraer —verbo típico de la misión guerrillera— a las fuerzas enemigas que se dirigían a Valencia.

«Apenas llegado *el Empecinado* a las cercanías de Calatayud, hizo un reconocimiento sobre esta ciudad, en la que había 1 000 franceses de guarnición, y el día 26, puesto a la cabeza de los "Voluntarios de Madrid", los desalojó de un elevado cerro que ocupaban, cubierto de castillejos antiguos, consiguiendo encerrarlos en el convento de la Merced, convertido en cuartel y fortaleza. Formalizado el sitio del castillo llamado Plaza de Armas, y faltándole artillería para batirlo, dispuso D. Juan Martín minar la fortaleza, en cuyos trabajos tomó parte, ya como director, ya como obrero, ejecutando prodigios de valor, lo propio que sus guerrilleros, y que el bizarro coronel D. Jerónimo Luzón, que hacía de mayor general.

»Con una avanzada que había colocado para observar las avenidas de Zaragoza sitió y rindió el destacamento de El Fresno (29 de setiembre), haciendo prisioneros a los 50 infantes que lo componían, y al siguiente día salió en busca de una columna de 1 500 soldados que venía en auxilio de los imperiales sitiados en Calatayud, batiéndola por completo y cogiendo al jefe de ella, coronel Guillot, y a muchos infantes y coraceros.

»El día 4 de octubre, en unión de Durán, logró que capitulasen los franceses que se habían resguardado en el convento de la Merced, porque las

primeras minas construidas por *el Empecinado* y mandadas volar, causaron en ellos un pánico indescriptible.»

Las guerrillas podían ser duras, crueles, indisciplinadas, poco ajustadas a las reglas de juego de la guerra internacional... pero eran necesarias ante la injustificada agresión del extranjero.

«Las partidas, guerrillas y corsarios —dice la *Gaceta del Gobierno* el 31 de octubre de 1809— expresan el verdadero carácter de esta guerra nacional, guerra interminable, guerra sagrada que durará tanto como el pundonor, la memoria de las más horribles injusticias y la santa venganza en el corazón de los españoles. Llámenlas, en buena hora, las "Gacetas" del rey intruso "cuadrillas de brigantes"; nosotros, para quienes es muy poderosa la voz lastimera de tantos inocentes muertos a sangre fría, y a la vista de tantas casas robadas, tantos pueblos incendiados, tantos templos entregados al saqueo y a la profanación, y en fin, tantos y tan inauditos horrores como señalan en la historia de estos días la atroz conducta de las tropas de Napoleón, miraremos como beneméritos en alto grado para la patria y para la libertad del género humano a esos altivos patriotas.»

Lo subrayaba la poesía popular...

Los grandes «Empecinados»
Con sus tajos y reveses,
Son el terror de franceses
En mil triunfos confirmados;
Son los mejores soldados
En incesante campaña,
Pues con su táctica extraña,
Y destreza nunca vista,
Son en tan rara conquista
La restauración de España.
Son los mejores soldados
En incesante campaña.

Don Juan Martín es primero
El fundador de esta tropa,
Que admira toda la Europa
Y venera el mundo entero;
De este modelo guerrero
Imitaron las acciones
Intrépidos campeones
Con heroica competencia;
Pues en valor y prudencia
Son Viriatos y Escipiones.
(*Diarios de Avisos.*)

Esta generalización de nombres, que en principio debía gustar a Juan Martín, que lo hizo famoso, le daba a veces algún disgusto como cuando rechazaba la atribución de un artículo periodístico en que se tomaba partido en la pugna entre absolutistas y liberales, algo que se agudizaba al ver cercano el fin de la guerra contra los franceses. Ésta fue su protesta:

«Señor Redactor: En el periódico titulado *Procurador General de la Nación y del Rey*, el 5 de Febrero de 1814, he visto por acaso un artículo firmado por *el Empecinado*, en que se ataca la conducta de algunos señores diputados de las Cortes extraordinarias y de las actuales con ocasión de tratar sobre las excelencias de la Constitución y de la responsabilidad que impone a los infractores de ella. El nombre de "Empecinado" se ha hecho extensivo, no sólo a todos los guerrilleros, sino a todos los que son o quieren decirse verdaderos patriotas, y podrá suceder que el autor del artículo, cualquiera que sea, haya tomado el nombre de "Empecinado" en uno de los sentidos indicados. Sin embargo, para deshacer cualquier equivocación, acaso perjudicial, he creído conveniente manifestar al público que no he sido el autor del expresado artículo; no conozco a ninguna de las personas que en él se expresan, y me son absolutamente extraños los hechos que se refieren.

Desde que empuñé la espada, dediqué todas mis atenciones y cuidados a combatir contra nuestros enemigos los franceses, y los españoles sus sectarios.»

Juan Martín daba después una muestra de su sensatez al temer el peligro de escisión política que preveía iba a producirse entre los españoles tras la victoria:

«Jamás se me ha ocurrido la manía de distinguirme por la imprenta, y mucho menos decidiéndome por uno de los partidos exaltados que afligen a la nación, y que atizados por el genio de la discordia, de la ambición y de la hipocresía, de tal manera pueden aumentarse y encenderse, que sobre empañar el lustre que nos distingue de todas las naciones del mundo, nos precipite en el abismo en que no han podido confundirnos las sanguinarias legiones de *el Corso*. Yo soy un español, y nada más; mi partido es la "independencia y libertad de mi patria, y su mayor prosperidad", afianzadas en la Constitución. Por mi instituto sólo me toca obedecer a mis superiores; pero si (lo que Dios no permita) llegare un día en que se quebrantare el orden... ¡me estremece el imaginarlo!... Si llegare ese desventurado día tiemblen los que bajo cualquier cubierta se desvíen maliciosamente de los verdaderos intereses de la heroica, de la indomable España, y que traten de mancillar los laureles recogidos a costa de tanta sangre derramada; mi saña y mi coraje y el de todos los buenos los perseguirán hasta exterminarlos y lavar con su sangre las ofensas que irrogaren a la nación más justa, más valiente y más generosa de la tierra.

»Sírvase V., señor Redactor, insertar en su periódico estas manifestaciones, que tal vez sea útil que lleguen a noticia de todos, y en ello recibirá especial favor, su atento y seguro servidor Q. B. S. M., Juan Martín Díez, *el Empecinado*.»

En el entusiasmo por «sus» guerrilleros Rodríguez Solís pasa de puntillas sobre algunas de las

muchas fechorías que aquellos voluntarios hicieron aprovechando su armamento e independencia. Fueron bastantes los malhechores que se escudaron en la causa de la patria para robar a mansalva en los pueblos que ocupaban. José María Iribarren en su interesante y completa obra *Espoz y Mina el guerrillero* (Madrid, 1965) cuenta el pánico que se sentía en los pueblos vascos, aragoneses y navarros cuando entraban en ellos unos «patriotas» que saqueaban casas particulares e incluso se llevaban la plata de las iglesias como sus enemigos franceses. A los mozos en edad militar les obligaban a seguirlos. Iribarren describe con pormenores la actuación de Francisco Espoz y Mina quien heredó el mando de la partida de su sobrino Javier Mina (el mozo), caído en manos de los franceses, y la llevó a la fama en empresas que se hicieron legendarias; con el cura Merino y Julián Sánchez fue el más conocido de entre los guerrilleros.

Aparte de exageraciones de uno y otro lado la actuación de las guerrillas en la Guerra de la Independencia puede considerarse importante pero no definitiva.

Molestaron y hostigaron al invasor pero no fueron capaces de mantenerse en una sola ciudad ni pueblo importante desde 1808 a 1813. Con ellas solas no se hubiera podido liberar al país del enemigo como no lo consiguieron muchos años más tarde los yugoslavos contra Alemania en la segunda guerra mundial, ni pudieron los comunistas griegos imponer su credo después. Son las tropas regulares —en nuestro caso unidas a los ingleses— quienes deciden las contiendas en batallas definitivas.

Pero lo que les faltó a aquellos hombres de triunfo material lo compensó la moral que dieron al país con acciones repetidas y sin descanso. Gracias a ellas los ciudadanos de las villas ocupadas, como los

que vivían en pueblos amenazados, no tuvieron nunca el temor de que la perfecta máquina de guerra francesa les dominara para siempre. Las tropas napoleónicas desfilaban orgullosas por calles y caminos pero quienes les veían pasar sabían que a pocos kilómetros, quizá a pocos metros, estaban agazapados los suyos. Nunca ha sido más cierta la expresión de «un pueblo en armas».

TRES CIUDADES SITIADAS, ZARAGOZA, GERONA, CÁDIZ

Zaragoza

En la sitiada Zaragoza la lucha fue de absoluta colaboración de todos los estamentos ciudadanos. Siendo la contienda tan patriótica como religiosa, el clero estuvo presente en todas partes; los sacerdotes mayores se encargaron de que prosiguiera el culto normal para consuelo de niños, mujeres y ancianos. Otros sacerdotes ejercieron su labor castrense en primera línea y en hospitales de sangre y, en fin, los más jóvenes lucharon directamente con las armas en la mano contra los franceses.

Y si el clero se levantaba para apoyar la causa, el ejército no vacilaba en su misión. El culto al héroe, típico en cualquier contienda para robustecer la moral y ofrecer ejemplos, encuentra en el general Palafox, jefe de la ciudad sitiada, el paradigma perfecto. Se comenta el sentido del deber que inculcaba a sus tropas que no podían retroceder ante el enemigo porque según les advirtió en una orden del día: «Las tropas de segunda línea tienen orden de disparar contra quienes corrieren hacia ellos, sean amigos o enemigos.»

También circulaba la dura consigna dada a un oficial, que, al serle encomendada una misión nada

fácil, preguntaba: «Y si fracaso, ¿dónde me refugio?» «En el cementerio», contestó Palafox.

Y sobre todo se repetían ejemplos de su digna actitud ante las presiones francesas que van desde el desafío abierto, a respuestas llenas de ironía, como cuando el general Lefebvre en el primer sitio (junio de 1808) intenta aplicar la tesis empleada por los franceses en aquellos momentos, es decir, dado que no hay más que un rey —José I— y un estado, los que nieguen la obediencia a ambos, sólo son facciosos que perturban el buen orden.

Contesta Palafox: «Excelentísimo Señor: Si S. M. el Emperador envió a Vuestra Merced a restablecer la tranquilidad que nunca ha perdido este país es bien inútil se tome V. M. estos cuidados.»

Y ante las amenazas veladas del francés en caso de no rendir la villa: «V. E. hará lo que quiera; yo lo que deba.»

Lefebvre sigue utilizando la propaganda clasista que, desde un principio, intentaba abrir una brecha entre el pueblo bajo y los burgueses y propietarios, a los que asustaba con la imagen de una masa armada en la calle. Era el temor que había obligado a las clases altas a encerrarse en sus casas cuando el dos de mayo en Madrid, pero que ya no se mantenía en pie ante la invasión general y los atropellos hechos por los franceses en hogares y templos. A esa propaganda contesta Palafox:

«General: El Intendente de este ejército me ha transmitido las proposiciones que V. M. le ha hecho, reducidas a que yo permita la entrada en esta capital a las tropas francesas que están bajo su mando y que vienen con la idea de desarmar al pueblo, restablecer la quietud, respetar las propiedades y hacernos felices conduciéndose como amigos según lo han hecho en los demás pueblos de España que han ocupado. O bien, si no me conformo a eso, que rinda la ciudad a discreción.»

...y tras recordar el triste ejemplo de las ciuda-

des europeas que confiaron en las amables palabras francesas para ser esclavizadas luego, lanza su desafío en nombre de Zaragoza y del país entero:

«Esta ciudad, y las valerosas tropas que la guardan, ha jurado morir antes de sujetarse al yugo de la Francia, y la España toda, donde sólo quedan ya reliquias del ejército francés, está resuelta a lo mismo. 26 de junio de 1808.»

La verdad es que el general hablaba en nombre de toda Zaragoza al mencionar su defensa. Si el pueblo bajo está simbolizado por Agustina de Aragón, la aristocracia se retrata en la Condesa de Bureta, que atiende a las muchachas víctimas de la guerra y de la destrucción de sus hogares por el fuego enemigo.

Por su parte la madre María Ráfols, al frente de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana, cura a los heridos, ayuda a los pobres y desvalidos en una misión tan generosa que el propio general francés, Lannes, le concedió un salvoconducto para cruzar cuando quisiera sus líneas en busca de medicinas y alimentos para sus asilados. Era una completa unión en la resistencia pero no sirvió de nada cuando el francés en el tercer sitio de Zaragoza acabó con la ciudad físicamente. Sin ser un historiador profesional, Benito Pérez Galdós consiguió, indagando en archivos y hablando con supervivientes, componer una estampa verídica de lo que fueron los últimos momentos de la ciudad del Ebro cuando los hornillos (minas) iban acabando con los últimos reductos físicos y las postreras esperanzas:

«Llegó el momento de la suprema desesperación. Francia ya no combatía, minaba. Era preciso desbaratar el suelo nacional para conquistarlo. Medio Coso era suyo, y España, destrozada, se retiró a la acera de enfrente. Por las Tenerías, por el arrabal de la izquierda, habían alcanzado también ventajas y sus hornillos no descansaban un instante.

»Al fin, ¡parece mentira!, nos acostumbramos a

las voladuras, como antes nos habíamos hecho al bombardeo. A lo mejor se oía un ruido como el de mil truenos retumbando a la vez. ¿Qué ha sido? Nada: la Universidad, la capilla de la Sangre, la casa de Aranda, tal convento o iglesia que ya no existe. Aquello no era vivir en nuestro pacífico y callado planeta; era tener por morada las regiones del rayo, mundos desordenados donde todo es fragor y desquiciamiento. No había sitio alguno donde estar, porque el suelo ya no era suelo, y bajo cada planta se abría un cráter. Y sin embargo, aquellos hombres seguían defendiéndose contra la inmensidad abrumadora de un volcán continuo y de una tempestad incesante. A falta de fortaleza, habían servido los conventos; a falta de conventos, los palacios; a falta de palacios, las casas humildes. Todavía había algunas paredes.

»Y no se comía. ¿Para qué, si se esperaba la muerte de un momento a otro? Centenares, miles de hombres perecían en las voladuras, y la epidemia había tomado carácter fulminante. Tenía uno la suerte de salir ileso de entre la lluvia de balas, y luego, al volver una esquina, el horroroso frío y la fiebre, apoderándose súbitamente de la naturaleza, le conducían en poco tiempo a la muerte. Ya no había parientes ni amigos; menos aún, ya los hombres no se conocían unos a otros; y ennegrecidos los rostros, desencajados y cadavéricos, al juntarse después del combate se preguntaban: "¿Quién eres tú?" "¿Quién es usted?"

»Ya las campanas no tocaban a alarma porque no había campaneros; ya no se oían pregones porque no se publicaban proclamas; ya no se decía misa porque faltaban sacerdotes; ya no se cantaba la jota, y las voces iban expirando en las gargantas a medida que iba muriendo la gente. De hora en hora el fúnebre silencio conquistaba la ciudad. Sólo hablaba el cañón, y las avanzadas de las dos naciones no se entretenían diciéndose insultos. Más que de rabia, las almas empezaban a llenarse de tristeza, y la ciudad

moribunda se batía en silencio para que ni un átomo de fuerza se le perdiera en voces importunas.

»La necesidad de la rendición era una idea general; pero nadie la manifestaba, guardándola en el fondo de su conciencia como se guarda la idea de la culpa que se va a cometer. ¡Rendirse! esto parecía una imposibilidad, una obra difícil, y perecer era más fácil.»

La descripción del asedio de Zaragoza por parte de los sitiados podía complementarse con las notas que nos han dejado los sitiadores como el general L. F. Lejeune; este militar comunica las mismas ansias de victoria y ejemplos de coraje que en el otro lado. En sus recuerdos de uno de los períodos decisivos del asalto (últimos de enero y primeros de febrero de 1809) cuenta que el emperador, harto de ver fracasar a sus mejores soldados frente a unos paisanos encerrados en la ciudad, dio orden al mariscal Lannes de utilizar más minas para despojar al enemigo de su protección natural. De acuerdo con esas instrucciones los ingenieros pasaron el río mientras la artillería protegía su avance, abriendo brechas en el muro que se quería minar. Lejeune describe la encarnizada resistencia que ofrecían los españoles; los que no caían víctimas del disparo aprovechaban el agujero abierto por la bala para utilizarlo inmediatamente como tronera para disparar contra los asaltantes, aun sabiendo que, en aquel momento, estaban más expuestos al cañonazo siguiente dirigido al mismo objetivo. Desde su posición, Lejeune y los suyos les veían levantar animosamente nuevas barricadas destruidas por su fuego y oían los insultos que hombres y mujeres proferían en su dirección. Esa actitud desafiante —dice Lejeune— se veía animada por las noticias que Palafox hacía circular por la ciudad y que referían mentidas victorias sobre los franceses en toda España.

Exageradas o no las informaciones que llegaban

a Zaragoza constituían una sorpresa para un ejército que bloqueaba totalmente —o al menos así lo creía— la ciudad aragonesa. Lejeune descubrió sólo después del asedio, uno de los sistemas empleados por los correos. Se trataba del perro de un contrabandista pirenaico residente en Zaragoza y llamado Julián Pérez. Al animal, que atendía por el nombre de *Mira*, se le ataba al cuello un trozo de cuero del mismo color que su pelaje con la inscripción disimulada de «Mandad noticias». A la orden de su amo, *Mira* salía de la ciudad, cruzaba sin ser notado las líneas francesas y se dirigía a Barbastro donde vivía la mujer de Pérez. Ésta colocaba los mensajes pertinentes en el mismo escondite y le animaba a que volviera junto a su amo, lo que hacía diligente el perro, hasta que, en el tercer viaje, llegó a Zaragoza con una pata herida por una bala, probablemente dirigida a otro blanco, y tuvo que cesar en sus misiones de enlace.

Los zapadores trabajaban rápidamente y en varias de sus explosiones consiguieron destruir la mitad de los muros del convento de Santa Engracia, edificio como tantos otros religiosos zaragozanos, provisto de fuertes muros que los hacían idóneos para la defensa del perímetro ciudadano; por esa brecha entraron regimientos polacos enfrentándose a los supervivientes de la explosión. «Un terrible combate se inició en todo el convento. Monjes, soldados, paisanos, mujeres y hasta los niños se animaban mutuamente a mantenerse en el terreno; se defendía desde el pie a lo alto de las escaleras, de pasillo en pasillo, de celda en celda, atrincherándose tras de balas de lana y hasta detrás de montones de libros, haciendo un fuego mortífero desde todas partes», y remata la descripción de la escena con una nota que, aunque parece sacada de la literatura tópica sobre el español, es probablemente cierta:

«Uno de nuestros polacos fue derribado en la escalera por un monje a golpes de crucifijo.»

El coraje de los que resistían no pudo con el fuego y número de quienes atacaban a ese convento, se perdió como cayó poco después el de las Trinitarias.

En ese episodio, Lejeune tuvo ocasión de ver frente a él a la famosa Agustina de Aragón de quien recordaba su hazaña cañonera del primer asedio y que ahora divisó dirigiendo una compañía de «mujeres intrépidas». Cuando cayó Santa Engracia, su campanario sirvió de refugio y punto de agresión a varios españoles que, provistos de víveres y municiones, utilizaban esa ventajosa altura para disparar contra todos los franceses a la vista. Los agredidos intentaron asaltar la torre pero ellos habían retirado las escalas que sólo utilizaron protegidos por otros paisanos al verse obligados a abandonar su posición.

Lejeune nos informa también de una característica española. A un coraje sin límites añadían la incapacidad de actuar disciplinadamente y en conjunto frente al enemigo, algo que el mismo Palafox les recriminaba en las órdenes del día que caían en manos francesas.

El esfuerzo hispano era cada vez más desesperado porque las tropas enemigas, superadas las casas de la periferia, combatían ya en las calles de la ciudad, eso sí, casa por casa. Cada vez que se ocupaba una, los zapadores franceses abrían un túnel que les llevara debajo de la mansión vecina. Se colocaba la mina y apenas estallaba ésta, los asaltantes entraban fusil en mano para apoderarse de las ruinas en las que se fortificaban con sacos de tierra o balas de lana esperando el próximo asalto. Eso sí, con el oído pegado al suelo porque los zapadores españoles utilizaban el mismo sistema y era urgente entonces preparar una contramina que impidiese el efecto destructivo imaginado por el adversario.

Por cierto que la explosión de las minas debía ser lo bastante destructiva para matar a los defensores y deshacer los muros protectores del objetivo, permitiendo la entrada, pero no tanto que arrasara to-

talmente la edificación ya que, en este caso, sus nuevos ocupantes se encontrarían en un solar descubierto y a merced de los disparos de los enemigos alojados en las mansiones vecinas.

En una de esas acciones el general nos describe una escena simbólica de la ira colectiva zaragozana que no distinguía sexo ni edad. Un español aislado muere en un patio bajo el fuego francés; su mujer llega entre imprecaciones e intenta utilizar el fusil abandonado contra los que mataron a su marido. Cae a su vez. Aparece entonces una chica de quince o dieciséis años que se desespera al ver el cuerpo exánime de sus padres y rompe a insultar a los franceses mientras intenta llevar a cubierto los dos cadáveres. Esta vez nadie se decidió a disparar contra ella.

Los franceses avanzaban día a día pero las tremendas bajas sufridas ante un enemigo que no parecía cercano a rendirse produjeron, también entre ellos, cansancio y pesimismo. ¿Cuándo iba a terminar aquella batalla? Igual que haría Palafox con los suyos, Lannes intentó reanimar su espíritu recordándoles que habían logrado ya lo más difícil, penetrar en la ciudad; que los sitiados sufrían de epidemias y hambre, que los franceses no conocían su preocupación por los familiares vecinos. Su proclama terminaba con una evocación que luego sería lugar común entre los historiadores españoles del asedio pero que entonces era nueva: «Si a pesar de todo, esos obsesos quieren enterrarse bajo las ruinas de su ciudad como los habitantes de Numancia, nos bastarán ocho días de perseverancia para destruirlos hasta el último.»

Otra estampa macabra nos presenta Lejeune. Eran las víctimas españolas de la peste, que mataba más sitiados que las balas enemigas desparramadas por las calles; el frígido aire del invierno zaragozano secaba tan rápidamente esos cadáveres «que no tenían nada de repugnante ni para el olfato ni para la vista. Parecían figuras de cartón cubiertas de polvo».

Para los franceses todos los medios eran buenos

si conseguían el fin de ocupar la ciudad. Así, sabiendo que los fieles zaragozanos se agolpaban en el interior de la catedral y aledaños para estar más cerca de su protectora, la Virgen del Pilar, «nuestros artilleros recibieron orden de dirigir durante un breve período todos sus proyectiles hacia el barrio del templo, a fin de asustar con terribles descargas a todos lo que se creían seguros bajo el manto protector de la Sanda Madona y para obligar a los fanáticos a someterse finalmente a la potencia infernal de nuestros morteros, nuestras minas y nuestros cañones». (Lejeune, L. H. *Memoires*, París, 1895.)

Como se ve, Lejeune es un hombre de su tiempo, circunstancia y nacionalidad. Por un lado es lo bastante imparcial para admitir el coraje con que se defendían los españoles de Zaragoza pero, por el otro, achaca esa valentía al «fanatismo» inspirado por curas y frailes. Mientras encuentra natural que los suyos mueran al grito de ¡Viva el emperador!, un ser humano divinizado a pesar de contar con mayores defectos —soberbia, crueldad, indiferencia ante el dolor ajeno— que la mayoría de los mortales como demuestra su biografía, le parece absurdo que los zaragozanos combatan apoyados en una tradición religiosa de siglos.

Por fin se rindió la plaza, exhausta la guarnición, sin municiones, víveres ni piedras ya donde parapetarse; los artículos de la capitulación dan, como siempre, énfasis a la religión católica tras la entrada de las tropas francesas pero con la curiosa nota del artículo VII asegurando que se pondrían guardias en las puertas de los principales edificios (se sobreentiende religiosos), algo inusual hasta entonces en las iglesias y conventos venerados por todos los españoles. También se hace hincapié en la apelación «católica» de Su Majestad José Napoleón I.

«La guarnición de Zaragoza saldrá mañana al mediodía con sus armas por la puerta del Portillo y las dejará a cien pasos de la puerta mencionada.

»2.° Todos los oficiales y soldados de las tropas españolas prestarán juramento de fidelidad a S. M. católica el rey José Napoleón I.

»3.° Todos los oficiales y soldados españoles que hayan prestado juramento de fidelidad podrán, si quieren, entrar al servicio para la defensa de S. M. católica.

»4.° Los que no quieran tomar servicio irán prisioneros de guerra a Francia.

»5.° Todos los habitantes de Zaragoza y los extranjeros si los hubiere serán desarmados por los alcaldes y las armas se entregarán en la puerta del Portillo al mediodía del 21.

»6.° Las personas y las propiedades serán respetadas por las tropas de S. M. el Emperador y rey.

»7.° La religión y sus ministros serán respetados; se pondrán guardias en las puertas de los principales edificios.

»8.° Mañana al mediodía las tropas francesas ocuparán todas las puertas de la ciudad y el palacio del Coso.

»9.° Mañana al mediodía se entregarán a las tropas de S. M. el Emperador y rey toda la artillería y las municiones de toda especie.

»10.° Todas las administraciones civiles y toda clase de empleados prestarán juramento de fidelidad a S. M. católica.

»11.° La justicia se ejercerá como hasta aquí y se hará en nombre de S. M. católica José Napoleón I.

»Cuartel general delante de Zaragoza, 20 de febrero de 1809. Lannes.» (Toreno, ob. cit., t. II, Apéndice, p. 26.)

Gerona

Su caída fue en el tercer intento, cifra que ha quedado en el escudo de la villa; las «tres veces inmortal ciudad de Gerona». Tras las murallas un general

llamado Álvarez de Castro; fuera, otro general denominado Verdier. Éste, que había fracasado ya en el primer sitio de Zaragoza, deseaba ahora quitarse la espina ocupando un punto estratégico porque dominaba las comunicaciones entre Francia y el Levante español a través de Cataluña.

Verdier contaba con más de diez mil soldados; Álvarez de Castro tenía seis mil, aparte de los campesinos armados que habían acudido a defender una ciudad bien fortificada. Los sitiadores concentraron su potente artillería contra el castillo de Montjuïc que, como el de Barcelona del mismo nombre, domina la ciudad.

Abierta una brecha en la muralla, 4 000 hombres se lanzaron al asalto encabezados por soldados italianos que luchaban igual que hacían los polacos con las fuerzas del emperador, pero fueron recibidos con tal descarga de mosquetería que la columna tuvo que retroceder. Estaba claro que había que «madurar» a los defensores con más fuego artillero apretando al mismo tiempo el cerco. La destrucción del castillo prosiguió a buen ritmo y Montjuïc tuvo que ser evacuado el 10 de agosto. Quedaba así la ciudad protegida sólo por sus fortificaciones y a merced de una posición superior. La escasez de alimentos y municiones empezó a dejarse sentir y las demandas de socorro a las tropas españolas de la zona sólo lograron una rápida expedición de García Conde, quien logró meter en la asediada ciudad dos mil hombres y algunos víveres el 1 de setiembre. Gerona había aprovechado también la ausencia de Verdier persiguiendo a los posibles refuerzos, para reparar parte del daño causado por la artillería a sus defensas.

19 de setiembre. Tras varias escaramuzas, Verdier lanza al ataque cuatro columnas por otras tantas brechas pero en tierra de nadie, entre los muros y la ciudad propiamente dicha, recibieron fuerte castigo de fusil y tuvieron que retirarse perdiendo

muchos hombres. La derrota desmoralizó a Verdier que entregó el mando a St. Cyr, y se volvió a Francia. El nuevo jefe decidió cambiar totalmente de táctica; se acabaron los ataques y se cerró más estrechamente el cerco: igual que había hecho Escipión con Numancia ante la resistencia desesperada, pensaba hacer pasar hambre a los sitiados hasta que decidieran rendirse, lo que, dada la situación de la ciudad tras cuatro meses de asedio con 15 000 personas encerradas, era más que probable. Álvarez de Castro envía mensajes desesperados a Sevilla pidiendo auxilio y la Junta Suprema ordenó a Blake que intentara aprovisionar la ciudad. La tentativa fracasa; St. Cyr maniobró con tal habilidad que cortó en dos la expedición española obligando a Blake a refugiarse con algunas de sus tropas en Gerona, es decir, más bocas que alimentar mientras los franceses se apoderaban de las provisiones.

He aquí las cifras de algunos de los alimentos:

«Precio de los comestibles en la plaza de Gerona durante el sitio de 1809.

	pr. módicos	pr. subidos
Tocino fresco, la onza	2 cuartos	10 cuartos
Un gorrión	2 cuartos	4 reales vellón
Una perdiz	12 reales	80 reales vellón
Un pichón	6 reales	40 reales vellón
Un ratón	1 real	5 reales vellón
Un gato	8 reales	30 reales vellón
Aceite, la medida	20 cuartos	24 reales
Huevos, la docena	24 cuartos	96 reales
Por moler una cuartela de trigo	3 reales	80 reales

»Los precios de las carnes no fueron alterados por disposición del gobierno mientras duraron.

»Los demás artículos seguían el precio que ocasionaba la escasez... habiéndose visto el gobierno precisado a permitir el precio que querían fijar a los

víveres los que los introducían a lomo y en cortas cantidades, pasando las líneas del enemigo, atendidos los riesgos que probaban en la entrada y salida de la plaza y la pena de muerte que sufrían en caso de ser habidos.

»Mataró, 22 de diciembre de 1809. Epifanio Ignacio de Ruiz (comisario de guerra de los reales ejércitos). (Toreno, Conde de, ob. cit., t. III, Apéndice, p. 8.)

El alto espíritu de lucha de los habitantes de la ciudad sitiada les animó a formar un cuerpo voluntario llamado cruzada gerundense, en el que se inscribieron rápidamente más de novecientos hombres entre estudiantes, religiosos, artesanos y demás civiles. Por su parte hasta trescientas de sus esposas, hermanas e hijas organizaron la Compañía de Mujeres de Santa Bárbara, entregadas al cuidado y traslado de heridos y a aprovisionar de alimentos y municiones a los defensores de las murallas. Quisieron actuar también en los fuertes que defendían el perímetro de la ciudad incluido el de Montjuïc pero el general Álvarez de Castro no se lo permitió por el peligro extremo a que se exponían.

Esta moral se mantuvo durante varios meses a pesar de las bajas sufridas, los ciudadanos que insinuaban la necesidad de acabar con una resistencia, que se complicaba ya inútil, eran llamados con desprecio, «agonizantes» que hablaban movidos por el miedo.

Ahora es St. Cyr quien recibe orden de incorporarse a un nuevo destino y en el vacío de poder, Blake logra salir de la ciudad. Cuando Augerau toma el mando, mantiene la estrategia de su predecesor. Ningún ataque y fuerte vigilancia alrededor de una población no sólo hambrienta sino enferma con tifus y pulmonías que se agravan con la llegada del frío. Sabiendo que la resistencia gerundense de-

pendía sobre todo de las provisiones esperadas, el general francés en vez de impedir su llegada, ataca Hostalrich donde sabía se encontraba la necesaria intendencia y le pega fuego.

Desmoralización en Gerona que aprovecha Augerau para lanzar un fuerte asalto el 2 de diciembre; otra vez los italianos van por delante y esta vez toman el reducto de la Marina, de donde no consiguieron desalojarlos los españoles; el pesimismo se extendió por la ciudad.

Y el desánimo cundió cuando se perdieron los reductos de la ciudad del Cabildo y el fuerte del Calvario y el núcleo urbano quedó incomunicado con las posiciones de Las Pedreras, pero la noticia peor fue la grave enfermedad del jefe e inspirador de la resistencia, Álvarez de Castro, que cayó tan gravemente enfermo que el 8 de diciembre recibió el Viático, siendo sustituido por el brigadier Julián de Bolívar.

Fue éste quien, tras consultar a la Junta Militar y comprobar que los socorros del general Blake no llegaban, envió al Brigadier Turnas a parlamentar con Augerau los términos de la rendición.

El 11 de diciembre se firmó la rendición con 3 000 soldados, la mayoría heridos o enfermos, saliendo tambaleantes para deponer sus armas fuera de los muros y constituirse en prisioneros. Habían muerto 5 000 combatientes y más de seis mil ciudadanos. Los franceses, por su parte, habían perdido catorce mil hombres en siete meses de su tercera tentativa. Es lógico que como en el caso de Zaragoza el final del drama fuese una victoria moral que les daba nueva fuerza para luchar contra Napoleón y que el asedio pasaría a ser parte de una leyenda que se teñía además de indignación al narrar el fin de Mariano Álvarez de Castro, quien, según decían, murió en prisión víctima de las torturas de sus carceleros franceses.

Éstos fueron los términos de la capitulación:

«Artículo 1.° La guarnición saldrá con los ho-

nores de la guerra y entrarán en Francia como prisioneros de guerra.

»Artículo 2.° Todos los habitantes serán respetados.

»Artículo 3.° La religión católica continuará siendo observada por los habitantes y será protegida.»

Como se ve seguía el recelo ante unos ocupantes enemigos de nuestra fe. Siguen las precauciones habituales para la entrega de una plaza fuerte.

«Artículo 4.° Mañana a las ocho la puerta del Socorro y la del Areny serán entregadas a las tropas francesas así como las de los fuertes.

»Artículo 5.° Mañana a las ocho y media la Guarnición saldrá de la plaza y desfilará por la puerta del Areny. Los soldados pondrán sus armas sobre el glacis.

»Artículo 6.° Un oficial de Artillería, otro de Ingenieros y un Comisario de Guerra entrarán en el momento en que se tomará posesión de las puertas de la ciudad para recibir la entrega de almacenes, mapas, planos.

»Hecho en Gerona a las 7 de la noche, a 10 de diciembre de 1809. Aprobado por nos el Mariscal del Imperio, Comandante en jefe del 7.° cuerpo de ejército de España, Augerau, duque de Castiglione.» (Toreno, ob. cit., t. III, Apéndice, p. 10.)

Cádiz

La principal ventaja de Cádiz en su desigual lucha contra el potente ejército francés era su posición estratégica. Al formar una península, la estrecha entrada terrestre podía ser defendida más fácilmente por fuerzas inferiores a las atacantes, pero, además, ese obligado paso contaba con otra defensa natural: las salinas y canales de la isla del León con zonas acuíferas que los gaditanos podían activar a su antojo entorpeciendo el paso de los enemigos.

Por los demás lados estaba mejor protegida; la aliada Inglaterra la provee de abastecimientos sin que la escuadra francesa, escarmentada después de Trafalgar, se atreva a impedírselo; por el mar llega también la guarnición de los patriotas españoles, que, atrapados en la costa desde Tarifa a San Fernando por tropas francesas superiores, encuentran en el océano camino de escapatoria y de reunión con sus hermanos gaditanos para seguir manteniendo erguido el pendón de España.

Por el mar vienen también los navíos de las Américas trayendo fondos y provisiones. El hecho de que todavía pueda llegarse a la Madre Patria por algún lado, dará esperanzas a los españoles de allá de que se puedan mantener los lazos con Ultramar, aunque pronto la realidad los desengañe.

Cádiz contaba al empezar el primer sitio, octubre de 1810, con un ejército de 15 000 soldados más 8 000 paisanos encuadrados en milicias. En marzo de 1810 llegaban 5000 más entre ingleses y portugueses a reforzar la guarnición. Las tropas francesas eran menores en número y aun en bocas de artillería pero estaban mejor armadas y con una preparación militar muy superior.

Tras unas semanas de reconocimiento del terreno y fortificación de ambos contendientes, se inició la operación de forma poco usual. El 5 de febrero se presentaron ante los centinelas del puente de Zuazo doscientos jinetes con un jefe que se supuso era el mariscal Víctor y un trompeta se adelantó para informar que el duque de Bellune venía a cumplimentar al gobierno, cortesía que no fue apreciada. El oficial encargado del puesto contestó que no tenía órdenes de dejarle pasar, con lo que se retiraron; pocas horas después se inició el que había de ser un largo bombardeo artillero contra Cádiz.

El siete de febrero, se pide formalmente la rendición de la plaza y la Junta Suprema responde: «La ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha ju-

rado, no reconoce otro rey que al señor don Fernando VII.» Había empezado el sitio y batalla de Cádiz, con bombardeos, enfrentamientos masivos y, sobre todo, pequeños golpes de mano que los españoles realizaban utilizando pequeñas lanchas que se acercaban por sorpresa a las playas ocupadas por los franceses.

Lo curioso del caso era que la Regencia situada en una pequeña ciudad, sujeta a un asedio riguroso, con la posibilidad continua de ser vencida, seguía actuando como si se encontrara libremente en Madrid, dirigiendo las operaciones de toda España con total seguridad en su razón y en el futuro. En marzo de 1809 ese atenazado gobierno da órdenes para organizar tres cuerpos de ejército a escala nacional. Uno en Andalucía con 80 000 hombres, otro de la misma importancia reuniendo a tropas de Cataluña, Aragón y Valencia, y el tercero en Castilla con parecido número de combatientes. Como es natural esos proyectos eran más fáciles de resolver en el papel que en el terreno, dada la ocupación militar francesa en la mayor parte de la península, pero el mero hecho de que nacieran esas disposiciones, proporcionaba a los españoles la certeza de que el Estado seguía funcionando aunque fuera desde un rincón del suelo patrio; obedecer sus órdenes significaba mantener su continuidad. También en su frente particular el mando gaditano tomaba a veces la iniciativa. En marzo de 1811 al tener noticias de que el mariscal Soult había dejado el sitio para reforzar a Massena ante Torres Vadras (Portugal) y aprovechando la protección naval británica, se decide embarcar en una expedición hasta Tarifa, que al volver hacia Cádiz, coja a los sitiadores franceses entre dos fuegos. La fuerza tomó tierra sin problemas en Tarifa y tras recuperar algunos pueblos ocupados por el enemigo se enfrentan con las tropas de Víctor en el cerro del Puerto llevando la iniciativa los ingleses y portugueses contra los franceses. No se

consiguió la victoria, faltó compenetración entre esas fuerzas y las españolas, con acusaciones mutuas de poca ayuda que llegaron a un desafío personal entre el inglés Graham y el español Lacy, desafío que no llegó al duelo por la mediación de compañeros de ambos. Era un símbolo de las muchas diferencias que ocurrieron a menudo durante la campaña entre británicos y españoles aunque, afortunadamente para el resultado final, no llegaron a alcanzar caracteres de ruptura.

Precisamente en Cádiz había sobrevenido un incidente que despertó el recelo de los españoles sobre las verdaderas intenciones de sus aliados. ¿Venían sólo a ayudar contra Napoleón o a apoderarse, además, de un puesto en el Atlántico, que, con el de Gibraltar, convirtiera el estrecho en un lago inglés? La duda se manifiesta en la protesta enviada por la Regencia al primer ministro inglés. Tras quejarse sobre el embarque británico en La Coruña que dejaba al descubierto el flanco español y francés del puerto y arsenal del Ferrol, lamenta otra maniobra:

«No le es menos dolorosa a la Suprema Junta, la que han observado en Cádiz el coronel Smith y el general que manda las tropas que desde Lisboa han pasado a aquel puerto con el ánimo y la orden de desembarcar y ocupar aquella plaza bajo el pretexto de que estaba expuesta a una invasión de los enemigos. La Suprema Junta se ha hallado sorprendida de semejante solicitud; pues con el ministro de S. M. B. en aquella corte y el coronel Stuart trató del paso de las tropas inglesas al Puerto de Santa María, para dirigirse a los puntos que se le habían indicado (...)»

¿Qué pensaría la América española si eso sucediese?

«La América española distante tantas leguas se persuadiría que están concluidas las fuerzas y recursos de su metrópoli si viera en otras manos la plaza; podría esto inducirla a algún error contrario

a la razón, a su bien y al de España; y en perjuicio de la causa que se defiende y que la misma Inglaterra tiene y ha manifestado tanto interés en sostener, como en mantener la unión de aquellas colonias con la Península. Pero nada de esto parece tuvo presente el general de Lisboa, y se le ocultó otro inconveniente, cual es el uso que haría Bonaparte de tal ocurrencia con respecto a los demás estados de Europa. Las potencias (...) ¿qué juicio formarían al considerar (a España) (...) tan débil y aniquilada como la pintarían los franceses, si otras que las tropas españolas ocupasen Cádiz?

»No hay cosa alguna que en manos del Emperador de los franceses no sea un instrumento de sus maquinaciones; y si sus tropas lo sostienen en sus más notorias usurpaciones, no le son menos útiles para el mismo fin los manejos, las imposturas y toda clase de maliciosas invenciones de que usará por si puede desunir a los españoles entre sí, como a éstos con sus aliados.

»Firmado: Juan Ruiz de Apodaca. Febrero 27 de 1809. Al excmo. señor Canning. Manifiesto de la Junta Central.» (Canga Argüelles, v. F. Díaz-Plaja, ob. cit.)

Volviendo al asedio, el caso es que la incursión anglo-española fracasó y las líneas volvieron a quedar como antes de iniciarse. Quedó, eso sí, constancia grata en el país de que los sitiados no se resignaban a serlo y aún se permitían atacar a sus enemigos.

El sitio prosiguió con golpes de mano alternativos y la intensificación de los bombarderos artilleros de Cádiz. Los franceses alcanzaban bien la ciudad desde el recién bautizado fuerte Napoleón, pero para conseguirlo —cinco kilómetros y medio con los cañones del tiempo— tuvieron que limitar la carga explosiva de las granadas como explica Carlos Martínez Valverde para dar mayor peso al proyectil con lo que quedaban sólo de 11 a 12 onzas de pólvora. Esta deficiencia, añadida a la mala calidad de las es-

poletas, hizo que de las numerosas bombas disparadas muchas no hiciesen explosión, lo que provocó la burla de los gaditanos, expresada en la famosa copla por alegrías:

Con las bombas que tiran
los fanfarrones
se hacen las gaditanas
tirabuzones.

Cantar que nació cuando una muchacha aprovechó uno de los hierros retorcidos del proyectil para hacerse un bigudí. Pero otras bombas sí estallaron causando víctimas y el abandono de algunos barrios enfilados; el continuo ataque, sin embargo, no logró detener la vida corriente de la ciudad, incluidas procesiones como la del Corpus, las representaciones teatrales y, lo que era más importante, las sesiones de las Cortes en donde, día a día, se intentaba forjar el porvenir de España.

No hace falta recordar que esos actos, unidos a la resistencia militar, enfurecían a un Napoleón que, dueño prácticamente de toda España donde había implantado el régimen josefino, veía mantenerse en el sudoeste del país no sólo la última ciudad importante sino también el símbolo de la soberanía de una España independiente; sus instituciones, órdenes y contraórdenes para conseguir que sus ejércitos la tomasen fueron incesantes.

...E inútiles. Los triunfos militares españoles más al norte tenían que influir en la estrategia del ejército francés, que, tras la victoria anglo-española de Arapiles (22 de julio de 1812), tuvo que retirarse para no ver cortada su línea de comunicación con Francia. El 14 de agosto los gaditanos notaron una desusada calma en el campamento de los sitiadores. Una patrulla de reconocimiento volvió al poco rato con la noticia más esperada. ¡Los franceses habían levantado el campo!

Antonio Alcalá Galiano, político y escritor que había estado entre aquellos muros, describe la sensación de libertad que experimentó entonces la población de Cádiz:

«Apresurábanse las gentes a embarcarse en botes para ir a visitar al abandonado campamento francés. Había ansia de pisar la tierra del continente, de respirar el aire del campo, allí en verdad poco ameno. También excitaban la curiosidad las baterías donde estaban los obuses cuyos efectos habíamos por largo tiempo sentido.»

Del número de piezas de artillería empleados en el asedio da idea el hecho de que, aun llevándose los franceses muchas y arrojado al mar varias, quedaron en poder de los españoles 160 cañones y 57 morteros.

LA GUERRA DE PALABRAS

DIOS ESTÁ CON NOSOTROS

La religión sigue siendo parte del ideario nacional a la misma altura que la patria. Por ello no es raro que cuando quieran darse unas consignas a los patriotas se haga en la forma del libro tradicional que todos conocen: el catecismo. Ésta es la versión adaptada a los acontecimientos contemporáneos:

«—Dime, hijo: ¿qué eres tú?

»—Soy español, por la gracia de Dios.

»—¿Qué quiere decir español?

»—Hombre de bien.

»—¿Cuántas obligaciones tiene un español?

»—Tres: ser cristiano y defender la patria y el rey.

»—¿Quién es nuestro rey?

»—Fernando VII.

»—¿Con qué ardor debe ser amado?

»—Con el más vivo y cual merecen sus virtudes y sus desgracias.

»—¿Quién es el enemigo de nuestra felicidad?

»—El emperador de los franceses.

»—¿Quién es este hombre?

»—Un malvado, un ambicioso, principio de todos los males, fin de todos los bienes y compuesto y depósito de todos los vicios.

»—¿Cuántas naturalezas tiene?

»—Dos: una diabólica y otra humana.

»—¿Cuántos emperadores hay?

»—Uno verdadero en tres personas engañosas.

»—¿Cuáles son?

»—Napoleón, Murat y Godoy.

»(...) Capítulo II.

»—¿Qué son los franceses?

»—Antiguos cristianos y herejes modernos.

»—¿Quién los ha conducido a semejante esclavitud?

»—La falsa filosofía y la corrupción de costumbres.

»—¿Cuándo se acabará su atroz despotismo?

»—Ya se halla cercano su fin.

»—¿De dónde nos puede provenir esta esperanza?

»—De los esfuerzos que haga nuestra amada patria.

»—¿Qué es patria?

»—La reunión de muchos gobernados por un rey, según nuestras leyes.

»—¿Qué castigo merece un español que falte a sus justos deberes?

»—La infamia, la muerte material reservada al traidor y la muerte civil para sus descendientes.

»(...) Capítulo III.

»—¿Es pecado asesinar a un francés?

»—No, padre; se hace una obra meritoria librando a la patria de estos violentos opresores.

»(...) Capítulo VI.

»—¿Qué felicidad debemos esperar?

»—Las que los tiranos no nos puedan dar.

»—¿Cuáles son?

»—La seguridad en nuestros derechos, el libre uso de nuestro santo culto, el restablecimiento monárquico con arreglo a las Constituciones españolas y las relaciones con la Europa.

»—Pero, ¿no las teníamos?

»—Sí, padre; más degradadas por la adulación de las autoridades que nos han gobernado.

»—¿Quién debe restablecerlas y asegurarlas?

»—La España reunida en Cortes, a quien sólo compete este derecho, tan luego como tenga sacudido el yugo extranjero.

»—¿Quién nos autoriza a esta grande empresa?

»—Fernando VII, que deseamos con todo nuestro corazón ver entre nosotros por los siglos de los siglos. Amén.»

Como se ve, el autor de esas máximas no ambicionaba volver al estatus político de antes de la guerra. A pesar de la dureza dogmática era más bien liberal, buscando la intervención del pueblo español en las decisiones gubernamentales. Más lineal es el autor de un «Credo» también religioso-político donde la familiaridad española con la teología desemboca en una increíble falta de respeto a Jesucristo, asociado a Fernando VII:

«Creo en un solo Consejo de Regencia, sabio y poderoso, nombrado por la unión y la energía española; en Fernando VII, su único hijo, nuestro Señor y Rey muy amado, que fue concebido de una madre sin amor, de María Luisa; que padeció bajo el poder del infante Godoy; que fue infamado, oprimido y tiranizado; que bajó del Trono, y que fue al 3.º día conducido a Francia; que su inocencia subió a los Cielos y que él está sentado a la diestra del corazón de sus Vasallos, que desde allí ha de venir a juzgar a los Rebeldes y a los traidores. Creo en el espíritu y unión de los Españoles, de los Portugueses, y de los Ingleses, así como el perdón de los que se arrepientan, y que serán juzgados. Creo en la resurrección del antiguo valor español, la ruina de Napoleón, el triunfo de Fernando, el castigo de los malvados, la vida y la felicidad eterna de Nuestra Península. Amén.» *(Estudios de la Guerra de la Independencia.)*

Toda la propaganda patriótica está de acuerdo en una cosa: España vencerá a Francia porque tiene razón, pero, además, porque están a su lado las potencias celestiales que, como es natural, tienen que ayudar a un país católico por excelencia contra otro ateo y enemigo de los santos.

«Todos los demonios subalternos que teníamos destinados a pervertir a los franceses se han retirado a esta lóbrega corte cubiertos de vergüenza y confusión al ver que todas sus diabólicas sugestiones son absolutamente inútiles con unas gentes que son peores que los Demonios», dice un impreso del tiempo.

Sin embargo, la evocación de la madre de Dios en términos generales, que hemos visto antes, no es corriente en la religiosidad española que se fía más de su Virgen de adoración local, cuando se trata de solicitar algo. Así ocurrió cuando cada región pedía favor y protección a la imagen que estaba acostumbrada a venerar. Por ejemplo, Madrid había apelado a Nuestra Señora de Atocha para recobrar al rey preso:

Virgen de Atocha
la Capitana
que traes del Rey Fernando
puesta la banda;
haz que pronto Fernando
vuelva de Francia.

La incorporación de la madre de Dios al ejército para que su apoyo en la batalla sea más concreto y preciso, se repetirá en el sitio de Zaragoza:

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa

que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

Naturalmente las fechas dedicadas a esas adoraciones son particularmente apropiadas para conseguir victorias:

El día de la Virgen
de las Dolores
vencieron los brigantes
a los dragones.

Aquí el poeta popular toma prestados dos vocablos del enemigo. Los dragones formaban un cuerpo selecto de la caballería francesa mientras la expresión «brigante» es la traducción de *brigand* o bandido con que las tropas de Napoleón designaban a los guerrilleros al no formar un ejército regular.

En éste, como en otros casos, la Protectora, además de dirigir a las tropas nacionales protege a la población civil de las bombas enemigas en Zaragoza:

Desde el monte de Torrero
tiran bombas y granadas
y la Virgen del Pilar
con su manto las apaga.

En su ingenuidad el poeta popular explica la razón de que a pesar de esa ayuda entraran los franceses en la plaza sitiada:

Virgencita del Pilar
¿qué nos has hecho que te has dormido?
que han entrado los franceses
por la puerta del Portillo.

Otras vírgenes tomaban idéntico puesto de vanguardia en otras localidades amenazadas. Si...

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa;
la de los Desamparados
lo mismo dice en Valencia.

...Y en Sevilla da incluso el nombre a sus fieles...

Viva la Macarena,
vivan los guapos,
que quitaron de en medio
tantos gabachos;
viva el salero,
viva el valor que tienen
los macarenos.

Y EL DEMONIO CON ELLOS

Para la derecha española del tiempo, la invasión francesa tenía un carácter ideológico aún más peligroso que el militar. La siniestra fuerza detrás de Napoleón era la «filosofía», germen de todo mal al negar la verdad revelada e intentar explicar el mundo de acuerdo con la Razón. Punta de lanza de esta filosofía eran los masones o francomasones, cuya historia y móviles intenta explicar en su *Despertador Cristiano-político* don Simón López, un presbítero que explica así su proyecto:

«Se manifiesta que los autores del trastorno universal de la Iglesia y de la Monarquía, son los Filósofos Franc-Masones. Se descubren las artes diabólicas de que se valen y se apuntan los medios de atajar sus progresos.»

Para ello utiliza el sistema pedagógico, muy propio del tiempo, de alternar preguntas y respuestas.

«P.—¿Quién es la causa del trastorno de cosas que vemos?

»R.—Una sociedad, o Cofradía de hombres per-

versos, escogidos de los peor de todas las clases, naciones y sectas.

»P.—¿Cómo se llama esta sociedad, hermandad o cofradía?

»R.—En Bretaña y América, "Scoceses", o "Quákaros"; en Italia, "Liberi-muratori"; en Baviera, "Iluminados"; en Francia, "Jacobinos", o Patriotas; en todas partes, "Franc-masones", Filósofos, o Sofistas.

«P.—¿Quién ha sido el fundador de esta maldita secta?

»R.—Oliverio Cronwell, astuto político, que puso a su Rey Carlos I en un cadalso en Londres, año 1649. Después la han refinado y malignado en Francia, llamándola "Egypciana-Cagliostro", o Asiatica y Weishauto, en Baviera, llamándola "Iluminada".

»P.—¿Cuáles son las bases fundamentales de la Secta?

»R.—Dos: "Libertad e Igualdad".»

Para don Simón, cualquier intento de separarse de la obediencia dogmática devuelve al hombre al estado salvaje sin jerarquías ni clases. El discípulo imaginario sigue preguntando y el maestro explica:

«P.—¿Cuál es el fin principal de los Filósofos Franc-masones?

»R.—Bajo el emblema de reedificar el templo de Salomón, se proponen y juran reedificar, o regenerar el mundo, reduciendo al hombre al estado fantástico y bestial de pura naturaleza, y de toda independencia de toda ley divina y humana.

»P.—¿Cómo le llaman ellos a este estado bestial, animal o natural?

»R.—"Felicidad, Luz, Gloria"; y a lo contrario: "Esclavitud", ceguedad, opresión, tiranía, fanatismo, superstición.

»P.—¿Qué entienden los Franceses Franc-masones por "Libertad"?

»R.—El poder el hombre hacer, decir, pensar, escribir, imprimir libremente lo que quiera, sin freno de ley ninguna; en una palabra "Libertad de con-

ciencia". El Francés, o Jacobino, que es lo mismo, tiene libertad para dar a Dios el culto que quiera, o como quiera, o no darle ninguno; tiene derecho para ser "deísta", "ateísta", "naturalista". Su ley lo autoriza. Todo Francés puede casarse y descasarse cuando quiera y con quien quiera, aunque sea con hermanas, sobrinas, judías, moras, como hacen los animales; sólo que debe dar cuenta al alcalde o justicia municipal, para que lo anote en sus registros. Tal es la libertad francesa.

»P.—Y la igualdad, ¿en qué consiste?

»R.—En que la ley no hace diferencia de estados, nacimiento, profesión, eclesiásticos, seculares, nobles, plebeyos: todo Francés tiene derecho a elegir y ser elegido, a deponer y ser depuesto de cualquier destino, o empleo secular, o eclesiástico, sin más diferencia que la aptitud, o talento. Todos son iguales en derechos.

»P.—¿No hay jerarquía, graduación, preferencia entre los Franc-masones?

»R.—Nada de eso. La igualdad es la base; todos son hermanos, aunque haya, como hay moros, judíos, cristianos, gentiles, herejes, duques, príncipes, reyes, lacayos, pregoneros, cómicos, ricos, pobres, nobles plebeyos, clérigos, frailes, obispos, canónigos.»

El autor identifica luego a Francia como la inspiración única de esas doctrinas, hasta el punto que ser «francés» equivale a participar de una ideología enemiga de la Patria y de la religión católica.

«—Luego la Francia es enemiga natural de todos los Gobiernos católicos y de todas las Monarquías; por eso ha jurado la extinción de los Borbones.

»P.—¿Luego todos los pueblos salvajes son amigos natos de la Francia?

»R.—Luego todos los libertinos y traidores de los gobiernos legítimos y religiosos, condenados, desterrados, o perseguidos por delitos de esa Majestad Divina, o humana, son por naturaleza franceses.

»Luego los Godoyes, Fuentes, Urquijos, Aranzas, Marquinas, Negretes, Mazarredos, Frías, Izquierdos, Duros, Ofarriles, Espeletas y demás afrancesados, y afilosofados que han de servirse del poder Soberano para llevar adelante su obra, como se ha visto en Francia, Italia, Alemania, España, Portugal, etc.»

En ese aspecto, asegura el padre López, Napoleón es el epítome y vocero de la malvada doctrina.

«P.—¿En el Imperio de Napoleón no se ha mudado el sistema filosófico-masón de la "Libertad, Igualdad y Felicidad"?

»R.—Todo lo contrario; antes se ha realizado con más energía y velocidad. El Emperador no hace más que ejecutar los planes de la Secta, cuyos miembros son todos sus Ministros. ¿Quién gobierna el Imperio? Los apóstatas y los judíos y los hombres más viles y ruines y delincuentes de todas las naciones estados. ¿Quién ha tratado a la Iglesia y su Cabeza, sus Ministros y templos con más vilipendio? ¿Cuándo se ha visto, como en el Imperio de Napoleón, destronar tantos Reyes y Príncipes antiquísimos, nobilísimos y legítimos y colocar en su lugar tantos galopines, bordes, espurios, sin prendas heredadas, ni adquiridas? ¿Cuándo tanta ruindad o irreligión? Todo efecto y consecuencia de la "libertad e igualdad" Jacobina. Entendamos bien su lenguaje. Cuando el Emperador se llama "Católico" quiere decir: "Polysectista", protector de todas las Sectas. Cuando le llaman los franceses "restaurador de la verdadera religión", quieren decir: de la "religión natural o filosófica".»

Contra esas amenazas al *status quo* católico, el autor sólo conoce una medicina:

«P.—¿Qué remedio contra esta canalla?

»R.—Excomunión política, civil y eclesiástica: Inquisición, Inquisición.» (Colección de proclamas, bandos, órdenes, discursos, estados de ejército y relaciones de batallas publicadas por las Juntas de

Gobierno o por algunos particulares en las actuales circunstancias: Cádiz, 1808, cit. por Sabino Delgado, *Guerra de la Independencia*, Madrid, 1976.)

La lucha en la prensa

1811. Un periódico de Valencia da cuenta de la situación de la campaña:

«Hoy han salido los regimientos de Castilla y Guardias españolas y dos trenes de artillería volante. La división de Villacampa ha marchado también de la posicion que tenía. Todo está en movimiento. Presto habrá tempestad pues esta tarde han venido ya los frailes a exhortar a los soldados.» (*Gazeta Extraordinaria de Valencia*, octubre de 1811.)

Y comenta uno de Madrid:

«¡He aquí una ocupación muy propia de los ministros de un Dios de paz!» (*Gazeta de Madrid*, 26-X-1811.)

La primera obligación del periodista en la guerra es leer lo que dice el enemigo para rebatirlo; si se presenta fácil la tarea no importa reproducir sus textos; con ellos conseguimos preparar mejor el golpe polémico. Al periódico afrancesado la *Gazeta de Madrid* dirigido por José Marchena no le importa citar crónicas enemigas para emplear mejor la sátira. «Frailes en las murallas, frailes belicosos; ¡qué cosas se ven en esta España que intentamos civilizar y poner a la altura de Europa!»

La guerra de la independencia española vio nacer al lado de la guerra campal la del papel. Silbaban las balas y silbaban los artículos. Si la misión de las primeras era terminar con el enemigo físicamente, la labor de la segunda era acabar con su espíritu, con su moral.

La forma típica de esa lucha se refleja en el ejemplo que hemos visto más arriba. Se coge un texto enemigo y se analiza utilizando las armas de la iro-

nía, de la burla, pero sobre todo de la lógica. Esto ha ocurrido en todas las guerras y la nuestra civil de 1936 no fue una excepción. Lo curioso de la de la Independencia es el respeto con que se reproducían esos textos contrarios aunque fuera con la intención de contradecirlos.

Con alguna excepción que he registrado al cotejar los textos reproducidos con el original, en general se permite decir al adversario lo que opina para rebatir después sus teorías. Normalmente esas notas de censura aparecen a pie de página tras la llamada respectiva; yo me he permitido intercalarlas en negritas dentro del texto para hacer más fácil la lectura.

Por ejemplo: *El redactor General*, de Cádiz, lee una proclama del mariscal Soult dirigida a los andaluces y extremeños y la publica en su número del 8 de abril de 1812 anotando, una a una, lo que considera falsedades concretas y conducta general odiosa. Resulta así una curiosa discusión entre dos personas separadas por muchos kilómetros y mucha sangre. El sistema generalmente empleado consiste en devolver, de entrada, los adjetivos de los enemigos:

«Españoles de Andalucía y Extremadura: los acontecimientos que se han sucedido en estos últimos años, hasta el día de hoy, deben ya sin duda haber abierto vuestros ojos para conocer la verdadera situación e intereses de vuestro país.»

«Los franceses sólo dominan en España el escaso terreno que pisan; y esto entre mil peligros, zozobras y dificultades, amenazados de un ejército siempre vencedor y del odio implacable de toda una nación generosa, que jamás cejará en el camino comenzado, y que, constituida ya por sus Cortes, empieza la lucha con nuevo esfuerzo, segura de acabar con sus enemigos. Ésta es la verdadera situación de España; y su interés no puede ser otro que guerra y venganza contra sus invasores.»

... contestarán los de Cádiz. Soult hablará luego de los revolucionarios que han destrozado el país. ¿Quién inició la guerra?, responden los otros.

«Ya hoy podéis juzgar si los atolondrados y revolucionarios que soplaron en la bella y pacífica España el fuego de la revolución.»

«Estos atolondrados deben ser los franceses que con su perfidia nos han obligado a tomar las armas para no dejarlas hasta acabar con ellos.»

«¿Cuál es el resultado de su locura? Destruidas las fortalezas, asoladas las provincias, desbaratados, prisioneros o dispersos los ejércitos, la tierra cubierta de sangre... y todavía hoy que la suerte de las armas ha decidido más la disputa, aún os hablan de levantar ejércitos, que no saben formar, ni conducir... ¿para qué? para que sean arrollados en el campo de batalla sin presentar a los veteranos imperiales.»

«Esta locura fue de los franceses; y cierto que bien cara les ha costado: 3 000 de ellos con su sangre y sus cadáveres han servido de estiércol a nuestros campos, pagando de este modo una parte de su inmensa deuda.

»Como en Bailén, Zaragoza, Tamames, San Payo, la Bisbal, El Bruch, Talavera, Albufera...»

El general Soult se empeña en llamar a los españoles a la razón: «Aun muertos vuestros hijos en las batallas, eriales vuestras campiñas y perdidos vuestros bienes, hay no obstante entre ellos quien grita: ¡A las armas! ¡Extraña malicia o estupidez!»

Se irrita el patriota: **«La vuestra, infames esclavos del aventurero corso, pues que nos hacéis cargo de correr a las armas para defendernos de vuestra crueldad y creísteis que nos dejaríamos cobardemente aherrojar como los otros pueblos del continente.»**

El general francés sigue pidiendo el cese de la contienda y acusa a los patriotas como se usaba a menudo en el Madrid josefino, de «forzar a nuevas

víctimas a inmolarse sobre el altar de la anarquía». Para quienes estaban orgullosos de su nueva organización política éste era un insulto: **«Bien sabéis que no hay anarquía entre nosotros y harto os duele nuestra inmortal Constitución. Las víctimas que se inmolan es a la patria y por la libertad; sus manos se saciarán con vuestra sangre.»**

Soult alude luego a los castigos que experimentará una «nación española que olvida y pierde las primeras virtudes y toda idea de moralidad y justicia; el bello carácter que ha manifestado al mundo se borra y no quedaría vestigio si los verdaderos españoles sometidos al gobierno de S. M. C. no lo conservasen con aquella pureza que la historia tan justamente ha consagrado».

La referencia a los afrancesados, gracias a los cuales no habrá «Delenda» para todo el país, indigna al cronista gaditano. Para él esos «buenos españoles» son **«los infames traidores que han abandonado la causa de la nación dignos de tener por apologista al bandido Soult».**

Siguen frases de propaganda: «Por un francés que muere perecen veinte españoles»; ironiza su contrario: **«Muy atrasado de cuentas está el señor Soult»** y cuando terminando su arenga, el militar francés advierta a los andaluces y extremeños que si permanecen tranquilos sin tomar parte en la contienda «el ejército imperial os sostendrá y hará valer vuestros derechos», el cronista patriota no da crédito a sus ojos: **«¿Ultrajando sus derechos pretendéis hacerlos valer? Vos y vuestro amo, ¿no los habéis violado todos entrando en España? Los españoles no han menester de vuestra humillante protección que consiste en apiararles como brutos, desollarlos y comer de su substancia. Han mostrado que no hay poder bastante a insultar impunemente a una gran nación; y está acaso muy cerca el día que llenando la medida de la venganza, den un ejemplo terrible a las ge-**

neraciones venideras.» (Cádiz, miércoles 8 de abril de 1812.)

Invirtamos ahora los términos de la polémica. El texto ha aparecido en *El Redactor General de Cádiz* y quien lo reproduce anotando, criticando, rebatiendo sus ideas, es la *Gazeta de Madrid*. Quien habla primero es ahora el patriota; quien le contesta es el afrancesado.

Esta vez no se trata de un artículo sino de una carta de Córdoba, 3-XII-1809, interceptada al enemigo y que el diario de Marchena comenta a su gusto. El firmante, advierte, no pudo enviar otra carta anterior porque... **«a quien se la confié me la devolvió, no habiéndose atrevido a pasar por miedo de los ejércitos que ocupan la Mancha»**, frase que el redactor de la *Gazeta* aprovecha para mostrar al guerrillero como enemigo de la paz pública:

«¿A quiénes tuvo miedo?, ¿a los españoles o a los franceses? Si era algún pobre trajinero estoy seguro que se volvería por miedo de sus humanos compatriotas. Los franceses no hacen la guerra a los españoles desarmados que buscan su vida sin hacer daño a nadie; pero los españoles, los nuestros [subrayado con sorna] a todos los miran como enemigos; y cuando se trata de robar no distinguen de naciones.»

Sigue el texto patriota y el contratexto afrancesado como un rápido intercambio verbal. A propósito de la batalla de Ocaña:

«Al principio cuando vimos al ejército venir de retirada («Diga vuestra merced huyendo») **nos asustamos bastante y creímos que la cosa no era más de lo que después hemos visto.** («Todavía no lo han visto, Vmds., todo»)... **No se canse Vmd. España está llena de traidores... si los generales han vendido al ejército es regular que lo paguen como merecen.»** («Éste es el recurso ordinario. En Tudela no pudimos resistir a los franceses porque nuestro general era un traidor. En Somosierra cedi-

mos el paso al Emperador por la traición del pícaro S. Juan. Hasta la villa y corte de Madrid se entregó porque hubo traidores. Es cosa por cierto bien regular... nosotros no podemos vernos libres de traidores; y los franceses no han tenido todavía ni uno siquiera y eso que en su ejército hay soldados de diferentes naciones. ¿En qué consistirá eso? ¿Si los franceses que son tan malos, serán en esta parte mejores que nosotros?»)

El corresponsal sigue dando las razones de la derrota y el antagonista sigue ironizando sobre ellas:

«Nos han asegurado que los franceses pasaban de cien mil hombres y así no es extraño que nos hayan vencido.» («No eran tantos ni con mucho pero pronto pasarán. Éste es el efecto ordinario del miedo, aumentar el número de los enemigos. Como esto era en la Mancha, los molinos parecían gigantes y los rebaños ejércitos.»)

La acotación aquí, aparte de una evocación literaria que hace pensar en que la redactó Marchena, está hecha con habilidad política. La alta cifra de combatientes franceses no se acepta porque entonces la victoria hubiera sido de menor mérito, pero tampoco se desmiente del todo porque conviene que se sepa que Francia puede enviar ese número si quiere. De la misma manera aprovechará otra réplica para recordar a los patriotas insurrectos que no sueñen con la ayuda extranjera.

«Ese cobarde del emperador de Austria... va a hacer una paz vergonzosa y a dejarnos en las astas del toro.» («El emperador de Austria ha hecho lo que le dicta la prudencia. Resolverse a perder un brazo por salvar todo el cuerpo.»)

«... El otro de Rusia, con quien contábamos desde un principio, no se ha movido y Dios sabe cuándo se moverá.» («No será tan pronto. Bueno fuera que se metiese en una guerra, sólo por hacer causa común con la junta de Sevilla y los empecinados.»)

No fue tan pronto pero fue y la campaña de Rusia, con su sangría de hombres y material sirvió eficazmente a la causa patriota. Pero eso está todavía a más de dos años vista. Mientras tanto la *Gazeta* tiene a veces buenos golpes de humor aprovechando la exageración enemiga. Como ante este párrafo del cordobés:

«Lo que aquí sentimos son los pobres prisioneros de Ocaña... dicen que esos malvados les quitaron los vestidos para hacerles penetrar en Madrid cubiertos de andrajos y que vmds. creyesen que el ejército anda desnudo.» («¿Dónde habrán comprado los franceses tantos harapos y arrapiezos (*sic*) para vestir en un instante a 30 000 hombres? ¿Si les habrán dado también alguna cosa de brujería para ponerles aquellas caras de hambre y de miseria con que el día siguiente de la acción les vimos entrar en Madrid?»)

Más adelante se plantea un problema que la propaganda de los dos bandos ha discutido muchas veces en ese tiempo. Los franceses y naturalmente los afrancesados sostienen que las guerras deben ser limpias, claras y precisas. Que cuando la batalla termine y se entregue un ejército derrotado, se entregue también el país entero y se firme la paz. Así había ocurrido en Prusia, en Austria, en Italia. Pero en España la idea del patriota respaldada por el gobierno era muy distinta. La invasión había herido a todos y cada uno y contra ella cualquier método era bueno y lícito. Si alguien se rendía lo hacía por su cuenta y riesgo pero el resto de los españoles seguía luchando sin descanso. Las palabras dadas no tenían valor porque el enemigo no merecía ninguna caballerosidad. Así el patriota cordobés quiere que en Madrid ayuden a escapar a los prisioneros de Ocaña aunque su rendición tenga comprometida la palabra.

«Lo que importa sobre todo es que nuestros amigos de Madrid hagan cuanto puedan para

que los prisioneros se escapen y vuelvan al ejército... que juren, no importa; que estos juramentos son palabras que se lleva el viento; y a un traidor, traidor y medio.»

Escándalo del redactor de la *Gazeta*: «Esto ya es cosa muy seria y merece algo más que la rechifla y la ironía. ¿Es ésta la disciplina y los principios del honor que tratan de inspirar a los ejércitos? ¿Es ésta la moral que predican los que dicen que defienden la causa de la religión?... Los que hablan y piensan de este modo no son españoles y nosotros renunciamos para siempre a su hermandad que nos deshonra.»

El último párrafo de la carta cordobesa es típico de un estado psicológico de guerra. Los enemigos, en principio, dicen sólo falsedades y oírlas sólo tiene interés como elemento cómico: **«Digamos vmd. las mentiras que los franceses esparcen en esa parte para que nos riamos; porque aquí ya sabemos a qué atenernos.»** La carta interceptada venía dirigida a don Antonio Martínez Izquierdo, calle Mayor en Madrid y a esa noticia la *Gazeta* le pone un colofón que causa un repeluzno al europeo que ha vivido la experiencia en una ciudad ocupada por alguien cuyas ideas no comparte. La nota sarcástica del periódico de Madrid dice así: «El autor de esta carta no sabía que su amigo había sido enviado a Bayona tres meses hacía por profesar tan santos principios.» (*Gazeta de Madrid*, 7-XI-1810.)

Volvamos al campo contrario. Los periodistas de la *Gazeta de la Regencia* en Cádiz han obtenido otra carta interceptada; esta vez es de un ministro del gobierno de José I y la réplica irá también en este caso tras cada párrafo que despierte la indignación o la hilaridad del redactor. Dice el afrancesado don Pablo Arrivas a su rey:

«Señor: La capital de V. M. está tranquila **(«Ni la capital de V. M. está tranquila ni tampoco está la conciencia de quien lo dice.»)** ... sería me-

jor y muy útil, si el número de tropas... lo permitiese, ocupar ese punto muy importante por su situación y corta distancia de la capital. (**«Aquí viene a confesar que le faltan al rey intruso tropas en Madrid, en la Mancha y en la Alcarria para apoderarse de un punto tan importante; por consiguiente no han entrado en España los grandes refuerzos con que amenazan...»**) El periodista quiere combatir de esta manera el recelo de que aquellas noticias fueran ciertas; al fin y al cabo la figura de Napoleón y su «Grande Armée» estaba presente en todas las conciencias españolas; tras el odio había mucho respeto. Sigue la acusación de todas las guerras; los enemigos matan a los prisioneros: «El general Belliard ha puesto a mi disposición cuatro bandidos que se han cogido en Orozco con sus armas para que los haga juzgar inmediatamente y así será.»

«Bandidos, llama este traidor a los desgraciados hermanos suyos que defienden la causa de la patria y, como fiel ejecutor de las iras de Napoleón, ofrece que los hará ahorcar que esto quiere decir juzgar en el vocabulario del nuevo código de sangre...» También se habla mucho de la resistencia obstinada de Cádiz y «El patriota» precisa con cierta chulería los términos: **«Sí, obstinada será la resistencia de Cádiz cuando haya de tratar en su defensa; hasta ahora y van dos meses, nadie la ha ofendido ni se atreve a ofenderla y así no tiene a quien resistir.»**

Más abajo, las noticias del señor Arrivas permiten al redactor gaditano ahondar en el hecho, totalmente cierto, de la libertad con que se movían por España los generales franceses obedeciendo órdenes directamente del emperador y no las del rey José de quien, en principio, dependían.

«V. M. sabrá dar órdenes del Emperador para que además de entregar al pagador general del ejército el producto de todas las contribuciones ordina-

rias y extraordinarias, se exijan diez millones a la provincia de Burgos. **(«Aquí se descubre que el gran tirano dispone dentro de los estados que cedió a su hermano y sin consentimiento ni noticia de este fantasma coronado, de la suerte y la hacienda de sus pueblos»)** ...debo añadir a V. M. que el general Louisson no contento con haber arruinado a La Rioja, resentido de la orden de V. M., ha escrito al Emperador asegurándole que en aquellas provincias hacía dos años que no se pagaban ni aun las contribuciones ordinarias y que creía que lo mismo sucedía a las demás.» Se lo ponían fácil al redactor gaditano: **«Aquí vemos qué respeto, no digo obediencia, tienen los generales franceses al hermano de su emperador a quien recurren con chismes para que los autorice en sus iniquidades y extorsiones. Bien saben estos generales hasta dónde llega la autoridad de este rey de burla a quien sólo acompañan en comitiva armada cuando lo llevan a paseo por esas provincias, enseñándole como un saltimbanqui que vende felicidad en cédulas y palabras del conjunto filantrópico.»** (*Gazeta de la Regencia*. Cádiz, 17-IV-1810.)

Las últimas frases están pidiendo a gritos el dibujo humorístico con las caras alargadas y las narices gigantes que eran costumbre en la caricatura de la época. La alusión a la cédula ironiza sobre la manía legislativa (en grandísima parte bien intencionada) de José I y la referencia a la filantropía es burla típica del mundo francés del XVIII, de donde provenían los ministros del rey José... y muchos de los que en el mismo Cádiz estaban elaborando la Constitución del reino...

Son reveladores ejemplos de la gran importancia que tuvo en España la propaganda impresa en la Guerra de la Independencia. Como en la campal jugaron en ella por ambos lados la astucia, la estrategia, la táctica, la sorpresa y el golpe inesperado. Su

violencia fue grande y ya que sus autores no podían matar físicamente al enemigo, al menos intentaron acabar con la confianza en la causa respectiva y la fama. Si no se mataba al individuo al menos se intentó asesinar su buen nombre.

DOS CIUDADES OCUPADAS: MADRID Y BARCELONA

En Madrid la población veía que la presencia de *el Intruso* se afirmaba, que los afrancesados se paseaban tranquilamente como dueños por sus calles. Uno de ellos, José Marchena, era el nuevo director de la *Gazeta de Madrid* y desde ella trataba de convencer a sus lectores que su conveniencia era la de aceptar al nuevo monarca, un hombre cargado de buenas intenciones, algo que era cierto pero que nunca sería admitido por unos madrileños que sólo podían expresar sus sentimientos en pasquines colocados en las paredes por la noche y que eran leídos ávidamente antes de que los arrancase la policía josefina. Uno de ellos expresaba el mayor defecto que *el Intruso* tenía, un defecto que compensaba ampliamente las cualidades antes mencionadas. Era el de ser extranjero, francés pasado por Nápoles, e incapaz, por ello, de pronunciar nuestra castiza jota:

En la plaza hay un cartel
que nos dice, en castellano,
que José, rey italiano,
roba a España su dosel;
y al leer este cartel,
dijo una maja a su majo:
—Manolo, pon ahí abajo

que me cago en esa ley,
porque aquí queremos rey
que sepa decir: «Carajo».

Lo quisieran o no tuvieron que aguantarlo durante cuatro largos años.

José I como nuevo rey de España decidió organizar su Corte con gran ceremonia y preciso protocolo. El escudo nacional siguió siendo el anterior pero en su centro aparecía el águila napoleónica en lugar de las flores de lis de los Borbones. La bandera era la bicolor; el rey la llevaba como escaparate en el sombrero y la hacía usar a los franceses de su séquito. Como monarca se consideraba capacitado para dar títulos y condecoraciones que recayeron en los nobles afrancesados que le rodeaban. Así, el conde de Campo Alange pasó a ser duque, como Azanza, y ambos recibieron el preciado Toisón de oro.

Aparte de dispensar generosamente títulos y condecoraciones tradicionales, José I instituyó una nueva Orden Real de España cuyo distintivo tenía que ser así: «Sobre una faz de estrella rubí suspendida por una cinta de color carmesí, que se colgará al botón de la casaca, estará representado el león de España con la inscripción *Virtute et Fide* y, sobre la otra faz, el castillo de Castilla con la inscripción *Joseph Napoleo Hispaniarum et Indianarum rex instituit.*» (20 de octubre de 1808.) La verdad es que *el Intruso* no alcanzó nunca a dominar a todas las Españas porque siempre había una o varias provincias rebeldes a su mando y desde luego perdió, desde el principio, la obediencia de las Indias.

La nueva orden fue acogida, como era de esperar, con sorna por los patriotas quienes aprovecharon el color del distintivo para apellidarla «de la berenjena».

La Casa Real estaba dirigida por un francés, el

conde de Mèlito, que ya había estado al servicio de José I en Nápoles. En cuanto a la vida privada del *Intruso*, estaba enamorado de su mujer Julia a la que había dejado en París pero, aunque él lo deseara, las circunstancias bélicas desaconsejaron, una y otra vez, el traslado de su esposa para reunirse con él en Madrid. Su amor se manifestaba sólo a través de una copiosa correspondencia donde, aparte de su nostalgia, le comunicaba sus problemas con el país y con el mismo emperador; al parecer su esposa actuó, sin demasiado éxito, para limar las asperezas que surgían continuamente entre los dos hermanos.

De la comprensión mutua entre dos esposos obligados a vivir lejos uno del otro da muestra esta carta de José I a Napoleón pidiéndole le releve de sus obligaciones reales y le permita reunirse con su mujer en Morfontaine...

«Madrid, 24 de marzo de 1811.

»Señor: mi salud, deteriorada en diez días, me obliga a dejar este país para procurar mi restablecimiento en el seno de mi familia.

»El aire moderado de Morfontaine y la tranquilidad de espíritu me devolverán, quizá, mi antigua robustez.

»Mi presencia es aquí en el día completamente inútil, en París yo me conformaré con los deseos de V. M., a quien suplico crea que en buena o mala salud, en buena o mala fortuna. V. M. no tendrá jamás persona que le sea más sinceramente afecta. Rey o vasallo, siempre seré el mejor amigo, el más fiel servidor y el más amante hermano de V. M., y sabré en los términos que V. M. quiera amarle en silencio sin importunarle con la expresión de los sentimientos que niega y que quizá desecha.

»De V. M. amigo y hermano. José.»

... petición que fue rechazada como tantas otras sobre el mismo tema. Napoleón le impedía dejar su puesto y, al mismo tiempo, le privaba de los medios necesarios para defenderlo dignamente. De ahí la

queja de José I al mariscal Berthier, ayudante militar de su hermano.

«Madrid, 21 de febrero de 1811.

»El objeto de esta carta no es el de quejarme ni el de denunciar. Pregunto: ¿cómo el emperador quiere que yo viva en el centro de España? ¿Con qué he de pagar al ejército? Hace ocho meses que no se le paga; así es que el desorden ha llegado a su colmo; el país saqueado, los habitantes exasperados, los militares descontentos. Buena prueba la conducta del 22 de los dragones con la muerte del general Marisy.» (Archivo histórico Militar.)

En su desconcierto, *el Intruso* no tenía más refugio que la esposa ausente, única que le comprendía.

«Morfontaine, 22 de setiembre de 1811.

»Mi buen amigo: recibo tu carta del 7 de este mes, en que me dices que hallándote muy contrariado "por la falta de dinero y de tropas" deseas que no me ponga en camino para Madrid.

»Me conformaré, pues, amigo mío, con tu voluntad; pero bien sabes que con mucho sentimiento mío veo retardarse todavía el momento de nuestra reunión.

»Mis hijos gozan de buena salud; tenemos mal tiempo; hace seis días que hace frío y llueve. Adiós, querido amigo, te abrazo; no dudes nunca del muy tierno afecto de tu Julia.»

Nostálgico de la esposa ausente pero solitario en Madrid, José mantuvo relaciones con damas de la aristocracia afrancesada que formaban parte de la Corte.

Las crónicas mencionan a la marquesa de Montehermoso, a la condesa de Echauz y sobre todo a la condesa viuda de Jabuto, nacida en La Habana y según lady Holland «voluptuosa y entregada por completo a la pasión del amor». El rey la visitaba a menudo en su casa de la calle del Clavel y le regalaba continuamente dinero y joyas.

Su vida diaria era la de un monarca del tiempo.

Audiencias, reunión del Consejo de Estado, paseos en coche, juegos de cartas. Le gustaba ser visto en público y permitió a la gente entrar en el Jardín Botánico para estar cerca de él en su primera visita. Pero sus esfuerzos por agradar a la población eran vanos. Cualquier cosa que hiciera, y fueron muchas, por embellecer la ciudad y adecentar su aspecto, era rechazada por el vulgo por el mero hecho de dictarlas un extranjero impuesto por la fuerza. Un político francés de la época comentaba por ejemplo, que la mayoría de madrileños estaba de acuerdo en que había en la ciudad demasiados conventos que asfixiaban sus calles con sus moles. Pero cuando José I ordenó derribar los que habían quedado vacíos por la reforma impuesta por Napoleón, recibió a cambio de sus esfuerzos el irónico título de «rey plazuelas» por las que había abierto al público como pulmones necesarios en el congestionado centro.

También se daban normalmente bailes de Carnaval; aun sabiendo las ventajas que la máscara proporcionaba a un posible enemigo del régimen, el reglamento que los autorizaba era el mismo del tiempo de Carlos III y sólo advertía que quien entrase en los salones con antifaz debe salir con él y al contrario, quien prefiera la cara descubierta no podría taparla después. Esa libertad de agrupaciones, tanto en lo religioso como en lo frívolo, da al historiador la impresión de que la policía franco-española de José I estaba bien organizada y segura de sí misma. La verdad es que durante toda la ocupación y a pesar del sentimiento general contrario, no hubo el menor intento de rebelarse por parte de los patriotas.

En el intento de congraciarse al público madrileño también se celebraron corridas de toros —alguna de ellas gratuita— a las que asistía José I vestido lo más a la española posible y mostrando todo el tiempo un agrado por la fiesta brava que no sabemos cuánto tenía de sincero y cuánto de deseo de halagar al gentío madrileño que acudía a verla.

La antipatía a José I tenía que encontrar causas para insultarle mejor y rebajar su imagen. Los patriotas las encontraron inventándole defectos físicos como el de ser tuerto:

Ya viene por las Ventas
José Primero
con un ojo postizo
y el otro huero.

Esa falsificación de la verdad —el hermano de Napoleón tenía los dos ojos en perfecto estado— parece que tuvo su origen en la costumbre del nuevo rey de llevar monóculo, algo nuevo para los españoles que decidieron que aquel artilugio era otro ojo.

Pero la acusación más repetida fue la de borracho. Esta fama al parecer se originó cuando con motivo de su primera huida de Madrid, tras la derrota de Bailén, sus fuerzas se incautaron en Calahorra de una partida de frascos de vino. Desde entonces José I fue llamado *Pepe Botella* y los cantares alusivos se multiplicaron.

—Pepe Botella
baja al despacho.
—No puedo ahora
que estoy borracho.

Ya se fue por las Ventas
el Rey Pepino,
con un par de botellas
para el camino.

La gente de la calle, quizá por miedo, no le mostraba públicamente su odio pero sí su indiferencia cuando las autoridades afrancesadas organizaban festejos con profusión de alegorías y versos cortesanos. Muestra del sentir popular fue la conocida anécdota que le ocurrió al corregidor de Madrid Dámaso

de la Torre, quien llevó a su hijo de siete años a que saludase al rey, llevando el uniforme de la Guardia Cívica de Caballería, un cuerpo paraestatal. José que le recibió muy cariñoso, le preguntó: «Y ese sable, ¿para qué te sirve?» y el pequeño contestó: «¡para matar franceses!», desafortunada expresión que empeoró su atribulado padre al tratar de excusarle, diciendo: «Perdone V. M. Es lo que oye a los criados», ampliando así el número de desafectos del régimen josefino.

Oficialmente se mantenía el ritmo de una población en la normalidad. Se celebraron procesiones de Semana Santa, había recepciones de gala y bailes en palacio pero el rey sabía que no era querido en el país; se lo había comunicado al emperador por carta y se lo dijo personalmente a Goya cuando el pintor fue a visitarle. «Ya he perdido la esperanza de hacerme grato a la gente.»

Y sin embargo no cejaba en su intento de mejorar la España que le había tocado en suerte. En el capítulo de la educación nombró como profesores de la universidad a personalidades tan destacadas como M. Meléndez Valdés, Leandro Fernández de Moratín, Francisco de Goya, José Marchena y Juan Antonio Llorente, el ex inquisidor, autor después de una *Historia crítica de la Inquisición* que ha sido desde su publicación tan ensalzada por los liberales españoles como atacada por los conservadores del mismo país.

Pero la preocupación josefina por la educación se manifestó más claramente en lo relativo a la enseñanza primaria. En una auténtica revolución pedagógica los maestros madrileños oyeron asombrados de su nuevo director, Nargares de Posada, que «los azotes, los golpes y otros castigos de esta naturaleza están absolutamente prohibidos... los niños que Vd. tiene en su escuela, no por eso han perdido el derecho que tiene todo ciudadano de implorar la protección de las leyes contra los atentados cometidos contra su persona».

Los maestros españoles acostumbrados al principio de que «la letra con sangre entra», no podían dar crédito a sus ojos. Y entonces la disciplina tan necesaria en sus clases, ¿cómo se logra? El pedagogo explicará que bastan las riñas y privación de privilegios como el del recreo.

También se crearon en todo el Reino casas de educación para niñas, hasta entonces poco consideradas en los planes pedagógicos. En esas instituciones «se les enseñará dibujo, música, aritmética, geografía e historia además de a coser y bordar»; sabiendo la fama anticlerical de los franceses, el decreto hace especial énfasis en que uno de los maestros «cuidará muy particularmente de instruir a las niñas en la doctrina cristiana».

Sólo los más fanáticos de los patriotas podían estar en contra de proyectos educativos como éste. Lo malo es que, para subvencionarlos, José I, falto de dinero a causa de la guerra y de la poca generosidad del emperador para con él, tenía que echar mano de los fondos de conventos suprimidos, lo que, para un creyente español, resultaba difícil de aceptar.

Especialmente para personas como Antonio de Capmany que, para empezar, veía en todo el sistema pedagógico importado de Francia, la intención de destruir nuestra idiosincrasia...

«Con esta guerra (la de la Independencia) nos libramos de la molestia y asco de dar oídos a la fastidiosa turba de sabihondos, ideológicos, filósofos, humanistas y politécnicos todos en una pieza que... nos iban introduciendo escuelas centrales, normales, elementales... y todo por formar el espíritu y el corazón a la francesa manera.»

El origen de esas «disparatadas innovaciones» está en el pedagogo Pestalozzi al que Capmany critica ácidamente; métodos modernos con ejercicios físicos y mentales le parecen absurdos al escritor patriota.

«Ya nos habían introducido como misterio de una segunda redención del linaje humano cierta re-

generación mecánica de la niñez a lo *esquízaro pestalozzino*... [los nuevos maestros] querían últimamente humillarnos hasta exigir que los padres y las madres se volviesen bestias y sus hijos negros... pues necesitaban de palotes y barajas para pensar y de reglas y maestros para saltar como cabras montesas o trepar como monos.» (A. Capmany, *Centinela contra franceses*, Sevilla, 1810.)

El rey no dejó de proteger en aquel Madrid el teatro aunque ahí la política aconsejaba la presentación de autores franceses como Molière.

La intención general era dar sensación de normalidad en todos los terrenos pero a la incomodidad de vivir con un régimen no querido, se unían las dificultades diarias de una población numerosa con problemas de aprovisionamiento. El continuo movimiento de guerrilleros en las cercanías retraía a muchos campesinos de acercarse a la capital con sus mercancías y donde no llegaban los «patriotas» lo hacían los rumores esparcidos por la «quinta columna». Así el 31 de enero de 1810 el *Diario de Madrid* publicaba una nota oficial recordando que la libertad de comercio era total para los mercaderes que acudiesen de fuera a vender sus productos y que, en contra de lo que hacían correr los enemigos de José I, el gobierno no se incautaba jamás de esas provisiones ni de las caballerías que las cargaban.

Entre una y otra forma de disuasión el problema de la alimentación de los madrileños fue creciendo y 1812 fue llamado «el año del hambre» por los cronistas. Naturalmente de la escasez se libraron los afrancesados con cargos públicos que recibían raciones militares de parte de la intendencia francesa, lo que aumentaba el odio hacia ellos de los famélicos patriotas.

Quizá por su macabra correspondencia con esos datos de la mortalidad por hambre, criticaban los madrileños las obras emprendidas por mandato de José I: los dos nuevos cementerios, necesarios para

la ciudad en las afueras de la Puerta de San Bernardo y en las de la Puerta de Toledo, respectivamente.

También mejoró la higiene de la capital cubriendo una alcantarilla que exhalaba fetidez en el Prado y otra en la Florida. Limpiaron las aceras de obstáculos que impedían el paso de viandantes, se retiraron cruces de sitios céntricos llevándolas a los templos. La disposición hablaba de una «piedad mal entendida» como razón de esos desplazamientos pero el público veía esos arreglos prácticos como muestra de la bien sabida impiedad de las autoridades afrancesadas.

En el comercio se abrieron nuevos mercados que evitaban la venta callejera sin garantías de higiene; también se levantaron nuevas estatuas decorativas. La verdad es que en el apartado urbano, y a pesar del poco tiempo de que dispuso, las mejoras de José I fueron casi de tanta importancia como las de Carlos III, cuyas huellas de hermoseamiento y limpieza seguía fielmente el nuevo gobierno municipal.

Pero esas mejoras no impedían que los madrileños sintiesen cada vez más odio al ocupante e hicieron todo lo posible para sabotear su causa. La policía de Madrid descubría continuamente conspiraciones para facilitar la huida de la capital y la subsiguiente incorporación a las tropas patriotas de mozos en edad de combatir, empresa en que a menudo ayudaron guerrilleros infiltrados en la ciudad con el disfraz de mercaderes.

Y a propósito de comercio. El problema aparte de la deficiencia de suministros antes señalado, estaba en la moneda que debía emplearse en el trato. Según la ley la pieza francesa tenía el mismo valor legal que la española, pero la poca estabilidad de esa cotización, hacía que muchas escrituras se redactaran especificando que sólo se aceptaría oro y plata en los cobros. La situación política poco clara no impedía que se hicieran negocios inmobiliarios con cara a un porvenir cargado de sombras, y los fran-

ceses instalados en Madrid como el general Belliard, compraba, a bajo precio fincas de gran valor como «El Capricho» de la duquesa de Osuna; el convento de las Trinitarias de Madrid, ya vacío de sus antiguos dueños, fue adquirido por el general José Leopoldo Hugo, padre del luego famoso novelista Víctor...

En su fe en los destinos del Imperio, esos militares no podían siquiera imaginar que aquellos aprovechados tratos mercantiles, tendrían validez sólo mientras se mantuviera en España el ejército napoleónico y que luego serían considerados nulos y sin derecho.

La relación de los residentes de Madrid con los ocupantes variaba lógicamente según el espíritu. Entre dos minorías militantes, la de los afrancesados y los enemigos acérrimos de Napoleón, quedaba la mayoría de vecinos quienes rezaban en su casa por la llegada de Fernando VII pero cumplían exteriormente con las normas dictadas por el nuevo gobierno. Un ejemplo de esta postura ambivalente lo encontré en las actas de la Caja del Monte de Piedad, institución benéfica creada por el padre Piquer a comienzos del siglo XVIII, de gran popularidad entre los madrileños que encontraban en su recinto la forma de resolver sus pequeños problemas económicos empeñando alhajas, prendas de vestir o muebles y pudiendo redimirlas cuando la fortuna les ayudaba sin tener que abonar los cuantiosos intereses de los usureros de antaño.

Una empresa tan importante y de tal solvencia económica tenía que interesar a los nuevos amos de Madrid y tras algunas investigaciones pidiendo informes del funcionamiento de la casa, el ministro del Interior solicita en el plazo de tres días «noticia individual y exacta de todos los empleados de este establecimiento dividida en dos listas. En la primera se expresarán los nombres de todos los que deseen la continuación de sus destinos, acompañando la representación de cada uno en particular; en la se-

gunda, los que no soliciten aquella gracia, remitiendo (entonces) sus títulos o nombramientos originales y especificando en cada uno de ellos si son concedidos por el rey, sus ministros, patronos, etc.».

Obsérvese que la exigencia policial de datos precisos sólo se refiere a los que «no» querían continuar su tarea en el nuevo gobierno, con lo que se declaraban tácitamente enemigos de él y partidarios de Fernando VII. Por ello hay que saber quiénes son a fin de vigilarles mejor como enemigos potenciales del régimen. El problema que se les planteaba a todos los funcionarios era arduo. Con su decisión de seguir o abandonar el puesto, se declaraban abiertamente «patriotas» o afrancesados, lo que, aparte de sus convicciones íntimas, significaba exponerse a una persecución segura en aquellos momentos o más tarde si, como se esperaba, volvía Fernando VII al trono y, con él, los celosos guardianes de la tradición.

Mal que bien los empleados eligieron su suerte pero las intervenciones del gobierno no cesaron. En octubre de 1809 se les impone un interventor y un capellán, evidentemente «colaboracionistas» para que sirvan de observadores, mejor, de espías del poder en las deliberaciones de la Junta. Un año después se exige a la Junta que explique «el objeto de su institución, si tiene su debido efecto y si no, cuál es la causa».

Resulta que el Monte de Piedad había sido fundado en 1702 y los estatutos aprobados en 1718. Desde entonces, casi un siglo, había realizado una labor extraordinaria en apoyo a los habitantes de Madrid. ¿Cómo explicar todo este trabajo a un extranjero en pocas palabras? Lo intentaron y con tal profusión de datos, cifras e informes que el prefecto de la Provincia quedó desconcertado y no volvió a inquirir sobre los fines de aquella extraña fundación de la que no existía paralelo en Francia.

Pero sí intentaron sacarle algún dinero para las necesidades del gobierno. ¿Que esto iba en contra de los reglamentos del Monte? El marqués de Almena-

ra, ministro del Interior de José I, busca otra fórmula. Ordena al administrador general del Monte que entregue doscientos treinta reales mensuales al Colegio de Niños Desamparados. Pero ¡esa institución no figura en el programa de Asistencia del Monte! No importa —contesta el ministro—, dado que la secretaría de la Institución está vacante que apliquen la mitad de su presupuesto anual —500 ducados— a ese menester y se queden los restantes para «los fines del establecimiento».

Se trataba de la única cantidad de que podía disponer libremente la Junta según los Estatutos y ese secreto sólo podía haber sido descubierto por el funcionario Carlos Posadillo, impuesto por el gobierno de *el Intruso*. Así la Junta tenía que aceptar en su seno y asistir a las deliberaciones a un agente del Gobierno; liberado Madrid de los franceses, se pudo dar cumplimiento a las órdenes de la Regencia de cesar a quienes hubieren colaborado con el gobierno de José I. Y aun así se le comunicó el cese con expresiones de agradecimiento por su colaboración. Hasta tal punto el Monte vivía en una altura moral en la que no cabían resentimientos ni pequeñas venganzas personales. (V. F. Díaz-Plaja, *El padre Piquer*.)

La ocupación de Barcelona tuvo desde el principio caracteres distintos de la de Madrid. Mientras la capital de España se consideraba tierra lejana que podía ser dominada pero no anexionada, la ciudad *cap* de Cataluña resultaba para los franceses una zona de influencia desde los tiempos de Carlomagno. Ya en la guerra de 1793 entre los dos países, la propaganda francesa había hecho hincapié en los lazos seculares que unían a la antigua Marca Hispánica con el país vecino, y lo mucho que podían ganar los catalanes bajo el manto protector francés.

En 1808 se intentó la misma aproximación, pero la simbiosis de patria y religión que había servido

para levantar al pueblo contra los invasores, gozaba, allí, de la misma unanimidad: los franceses eran los enemigos de la patria española de todos, y su presencia resultaba insufrible para la inmensa mayoría de catalanes.

La victoria del Bruch, lograda con la «ayuda eficaz» de la Virgen de Montserrat y la resistencia heroica de Gerona, habían contribuido a excitar los ánimos y la presencia de las tropas en la Ciudad Condal era motivo de resentimiento constante. El general Duhesme, jefe militar de la plaza, consiguió dar una apariencia de normalidad a las instituciones, colocando a afrancesados en los cargos de Audiencia y Ayuntamiento que habían sido abandonados por la mayoría de los títulos, pero el disgusto se hizo mayor con esos nombramientos provocando el único intento que, en las ciudades ocupadas por los franceses, se realizó durante toda la guerra para apoderarse del mando desde dentro.

La fecha fue fijada el 12 de mayo de 1805. Se trataba de dar un doble golpe; unos militares italianos, Dottori y Provana, al servicio de los franceses, a cambio de la elevada suma de un millón de duros, abrirían las fortalezas de Montjuïc y Atarazanas a las fuerzas españolas que se mantenían al otro lado del río Llobregat. Al mismo tiempo siete mil barceloneses se echarían a la calle provistos de unas armas que en días anteriores habían sido trasladadas con diversos medios, y a menudo por mujeres, a los puntos señalados.

La organización era perfecta en todos sus detalles; cada uno de los objetivos militares de la ciudad debía ser en el mismo momento atacado por sorpresa. Estaba previsto también liberar y armar a los prisioneros españoles y, algo muy importante, ocupar la catedral y lanzar las campanas al vuelo, lo que serviría, de una parte, para avisar a la flota inglesa fuera del puerto para que abriera fuego contra el fuerte de la Ciudadela, el único que no se podía

sorprender, y de la otra, como llamada a los barceloneses para unirse a la insurrección.

Juan Mercader Riba, el mejor especialista de la historia catalana en la Guerra de la Independencia, destaca en esa conspiración el papel preponderante de la pequeña burguesía y de sus trabajadores artesanos. Como en otras partes de España, el movimiento patriótico estaba mucho más arraigado en el bajo pueblo que en las clases altas, a menudo contagiadas de la cultura francesa, aquí más presente por la vecindad del país y lo parecido del idioma.

Los momentos inmediatos a la señal de la insurrección fueron tensos; como recordaba después uno de los conjurados...

«A las doce de la noche acabábamos de rezar el rosario. Mi madre y mi mujer temblaban azoradas. Mi padre y yo teníamos cogido el fusil con la mano convulsa de emoción escuchando sin resollar... Dieron las doce y cuarto y luego las doce y media y... nada. Reinaba un silencio sepulcral, sólo interrumpido a ratos por el paso de las patrullas francesas. A la una ya no pude contenerme. Salí al terrado, volví los ojos en torno y no vi ningún objeto digno de llamar la atención. Finalmente, mi padre me dijo que el plan se había frustrado y que era preciso de momento esconder las armas.»

Lo que el conspirador esperaba era una señal desde Montjuïc indicando que los españoles habían entrado en la fortaleza pero esto no ocurrió nunca. Dottori había cumplido su palabra y abierto la poterna del castillo tras avisar a las tropas españolas cercanas, pero éstas no se movieron porque su jefe Counpiguy (un apellido francés mandando a españoles) no quiso arriesgar sus fuerzas en una empresa en la que tenía poca confianza.

Ante el fracaso los conspiradores se dispersaron escondiéndose en casas particulares previamente señaladas para esa posibilidad. El plan estaba tan bien elaborado que, al no haberse puesto en práctica, las

autoridades no tenían pruebas contra nadie pero mientras Dottori mantuvo la calma esperando otra ocasión propicia, su cómplice Provana decidió traicionar de nuevo por dinero y se puso de acuerdo con el jefe de policía Casanova, para tender una trampa a los conjurados. Para ello convocó en su casa a Juan Massana y a Salvador Aulet, con el pretexto de arreglar todavía la entrega del cuartel de Atarazanas; les hizo concretar el proyecto y luego dejó entrar a la policía apostada detrás de la puerta que arrestó a los dos patriotas. Tras ellos se siguió el hilo de la madeja y fueron cayendo otros responsables, entre los que había un arriero, un dorador, un carpintero, un herrero, un portero y varios frailes. Oficios y profesiones simbólicas del impulso de pueblo e iglesia unidos en el ansia de liberación.

Esa lista dio motivo a Duhesme para tomar medidas en contra de una religión que era claramente su enemiga. El 29 de mayo se obligaba a iglesias y conventos a cerrar sus puertas a las seis de la tarde; una persona apostada en las cercanías vigilaría que esas órdenes se cumplieran y su sueldo sería abonado por las mismas comunidades religiosas espiadas. Todo seglar encontrado dentro de la iglesia o convento más tarde sería considerado criminal y juzgado sumarísimamente.

Al proceso contra los conjurados se le dio gran eco para que sirviera de advertencia a los barceloneses. Aunque oficialmente se ejercía la justicia en nombre de José I, rey de España, la sentencia se redactó en francés y con el nombre del emperador, muestra típica de la peculiar forma con que se trataban los asuntos catalanes en comparación con los de otras regiones y que se mostraría con mayor claridad al anexionarse la región a Francia tres años después...

Los condenados a muerte fueron ejecutados según los miramientos de una época que, incluso en el fin, distinguía categorías. Massana, Aulet y Navarro fueron ahorcados pero Pou y Gallifa, al ser sacerdo-

tes, murieron en el garrote... al parecer menos humillante.

El intento fallido tuvo todavía un coletazo. Inmediatamente de la ejecución sonó a rebato la campana de la catedral y algunos hombres del pueblo atacaron a soldados franceses aislados. Se registró el templo sin encontrar a nadie, quedó una guardia en él y a los tres días, desfallecidos y sedientos, salieron de debajo de los fuelles del órgano los responsables del toque a rebato. Se llamaban Mas, Portet y Lastortas, artesanos, y también fueron ahorcados días después.

La dura lección bastó para que la población barcelonesa se mantuviera tranquila y resignada durante el resto de la ocupación francesa, aunque, a pocos kilómetros de la ciudad, en una situación que se repite a lo largo y ancho de la geografía española, el campo abierto seguía siendo feudo de las guerrillas españolas. Aquí y concretamente en el llano del Llobregat, los «migueletes» (llamados así, según unos porque su primer jefe se llamaba Miguel y según otros porque se ataviaban a imitación de la imagen del Arcángel típica de la iconografía popular) procuran perjudicar a los ocupantes prohibiendo bajo pena de horca que los campesinos de los alrededores lleven sus productos a Barcelona.

Pacificada la ciudad, el mando francés procurará ganar ahora la batalla de la propaganda controlando el ya entonces veterano (1792) *Diario de Barcelona*. Los editoriales, como en la *Gazeta de Madrid*, que dirigía José Marchena, insistían en destacar, por una parte, la fuerza del ejército napoleónico demostrada tanto en España como en el resto de Europa, y, por otra, en comentar sarcásticamente la prensa «patriota» mostrando lo lejos que estaban sus textos triunfalistas de la realidad. Otro camino era ofrecer al lector la auténtica personalidad de su adorado Fernando VII, relatando la bajeza con que había delatado al falso barón de Kolli, que pretendía liberar-

le de su prisión de Valençay, o la expresión de su deseo de ser nombrado hijo adoptivo de Napoleón el Grande. Ambas cosas eran rigurosamente ciertas pero sólo convencían al afrancesado. El lector patriota no las creía y, en todo caso, de ser verdad, habrían sido debidas a las torturas a que los malvados franceses sometían a su rey, apellidado «el Deseado».

Prosiguiendo en su ofensiva antirreligiosa, Duhesme dicta unas medidas draconianas contra las iglesias de Barcelona que tendrán que desprenderse de parte de objetos sacros valiosos en beneficio del ejército francés.

«Don Guillermo Filiberto Duhesme, General de División, Comandante de la Provincia de Cataluña, etc.:

»En consideración a que los conventos de Barcelona dejan ya de pagar las contribuciones que se les han impuesto para el mantenimiento del Ejército,

»En consideración a que podría resultar de ello un aumento de carga para los moradores de Barcelona, lo que ha de precaver el Gobierno por todos los medios posibles,

»En consideración también a que la mayor parte de las Iglesias de Barcelona no tienen número suficiente de religiosos para servirlas como corresponde y que la plata y otros efectos mobiliarios de los que se hallan en este caso pueden suministrar recursos que permitan no sólo ocurrir al servicio del Ejército, sino tal vez a disminuir las cargas públicas,

»Queriendo por otra parte empezar a llevar a efecto el Decreto de S. M. de 18 de agosto de 1809, decreta:

»Artículo 1.° Las Iglesias de Barcelona serán divididas en tres clases. Las de la primera quedarán intactas y no se tocará de ningún modo su plata ni sus efectos mobiliarios.

»La segunda, comprende las destinadas a recibir a los religiosos de las Iglesias que quedarán suprimidas.

»Artículo 2.° La plata de las Iglesias de segun-

da y tercera clase quedará consignada a la Tesorería del Ejército en calidad de depósito público, para convertirla en moneda a medida que lo exija la necesidad para el curso del servicio del Ejército y para que no falte el numerario en la ciudad.

»Artículo 3.° Los adornos y las ropas de las citadas Iglesias serán también depositados en un almacén que indicará el Intendente de la Provincia. El Gobierno se servirá de ellos para el servicio del Estado.

»Artículo 5.° Las Iglesias de la segunda clase conservarán para el servicio una custodia, dos cálices y dos copones, como también todos sus adornos y ropas de Iglesia.»

Se precisaba cuáles eran de cada clase y luego...

«Artículo 7.° Los conventos de monjas subsistirán en el estado en que se hallan hasta nueva orden, pero su plata y dos copones será depositada.

»Barcelona, 27 de Noviembre de 1809. G. Duhesme. Por el General Comandante de la Provincia, el Secretario, F. M. Guinard.»

Unos meses más tarde se procederá contra los frailes sospechosos de haber ayudado a la rebelión de mayo de 1809.

«D. Guillermo Filiberto Duhesme, Grande Oficial de la Legión de Honor, General de División, etc.

»Atendido el actual estado de las circunstancias y la parte activa que han tomado en la rebelión varios miembros del Clero así secular como regular de esta Provincia,

»Considerando que es muy justo el que se proteja a los clérigos y frailes quienes, fieles a su deber, se han mantenido tranquilos en esta ciudad de Barcelona, dando por su conducta discreta y prudente el ejemplo de moderación y sumisión al Gobierno,

»Considerando además que la justicia y la prudencia exigen que a los clérigos y frailes que han salido de esta ciudad desde la rebelión de la Provincia,

como también a aquellos que antes de dicha época han residido sin cesar en los monasterios o ciudades de afuera, se les impida venir a perturbar el orden y la armonía que reinan en esta ciudad, decreto lo que sigue:

»Artículo 1.° Los frailes que al presente se hallan en esta ciudad de Barcelona quedan bajo la protección del Gobierno y serán en su tiempo secularizados o reunidos en los conventos que quedan conservados, conforme a las disposiciones de mi Decreto del 27 de Noviembre de 1809.

»Artículo 2.° Las misas y demás oficios divinos, siendo para las necesidades y satisfacción de los fieles, se prohíbe expresamente a todo y cualquier religioso de los conventos suprimidos el celebrarlas clandestinamente en la iglesia o convento; tendrá que practicarlos en una de las parroquias o iglesias de los conventos que quedan conservados.

»Artículo 3.° Ningún clérigo ni fraile que se halle actualmente fuera de esta ciudad podrá volver a ella sin que para eso le autorice expresamente el Comisario General de Policía, bajo pena de ser arrestado y deportado a Francia.

»Artículo 4.° Todo y cualquier Prior o Cabeza de casa de Regulares o Seculares que diere refugio o asilo a un clérigo o fraile de la clase arriba expresada y que no lo hubiere denunciado dentro de las veinticuatro horas al Comisario General de Policía será también arrestado y sufrirá la misma pena.

»Artículo 5.° Cualquier Prior, Guardián o Cabeza de Conventos y Casas de Religiosos quedarán obligados a prestar cada ocho días al Comisario General de Policía el estado de los frailes o clérigos que tuviere en su convento o casa.

»Artículo 6.° El Sr. Comisario General de Policía queda encargado del cumplimiento del presente decreto.

»Hecho y decretado en Barcelona el día 11 de

enero de 1810. G. Duhesme.» (*Diario de Barcelona*, 14 de enero de 1810.)

Como en Madrid las autoridades francesas intentaron, desde el mismo momento de la pacificación, dar en Cataluña una sensación de normalidad que abarcaba desde el orden público a las actividades culturales y artísticas. Especialmente ocurre a partir de 1810; cuando los triunfos del ejército francés, en casi toda España, parecían demostrar su capacidad de permanencia en el país, se procura que la vida cultural de Barcelona, Gerona, Lérida y Tarragona se encauce. Las escuelas son autorizadas y aun animadas a reabrirse. En ellas se enseña «el noble arte de leer con toda pureza y escribir por reglas gramaticales, los rudimentos de la aritmética y los preceptos de la Doctrina cristiana». (*Diario de Barcelona*, mayo de 1810.)

Utilizando el camino pedagógico para difundir la cultura ultrapirenaica, un anuncio recordaba que «la educación francesa es la más extendida de todas las creaciones». La enseñanza del idioma galo a que obligaba, aparte del deseo de entenderles la posibilidad de comerciar con los franceses se extiende a varias escuelas oficiales y privadas. Barcelona no tenía universidad desde que Felipe V la trasladara a Cervera para castigarla por su apoyo al archiduque Carlos.

Más reluctante se mostró el ocupante *et pour cause* en autorizar la reapertura de estudios en el Seminario barcelonés y cuando lo hizo advirtió que no podía subvencionarlos; el claustro aceptó iniciar sus cursos con esa condición.

La sensación de normalidad se ratificaba con el permiso de celebrar públicamente las fiestas religiosas como el Corpus y la Semana Santa. Igualmente se autorizaron, como en Madrid, bailes públicos, incluso los de Carnaval a pesar del posible peligro que representaba el uso de máscaras por la calle. Naturalmente las conmemoraciones políticas,

como la festividad de San Napoleón el 15 de agosto en homenaje al emperador, estaban particularmente cuidadas y la masa invitada a sumarse a ellas. Recepciones públicas, función solemne en la catedral, iluminaciones y fiestas callejeras tenían como objetivo impresionar a los catalanes con la importancia del Jefe Supremo y procurar distraerlos de sus problemas personales y familiares.

Un camino de acercar la cultura al pueblo y hacer al mismo tiempo propaganda francesa era el teatro. Los encargados de la propaganda imperial invitaron a compañías de cómicos con la misión de ofrecer al público catalán las mejores muestras del teatro francés. Así se pudieron ver en Barcelona *El avaro* y la *Escuela de las mujeres* de Molière y *El Barbero de Sevilla* de Beaumarchais. Naturalmente al no ser la lengua francesa conocida por el gran público, la audiencia —sentimientos antipatrióticos aparte— fue escasa, con sólo militares de las fuerzas de ocupación y algunos intelectuales afrancesados en las butacas. Para salvar la temporada se acordó entonces alternar las representaciones francesas con otras españolas con lo que volvieron los éxitos populares de siempre. *El mejor alcalde, el Rey* de Lope o *A secreto agravio, secreta venganza* de Calderón, obras que, de acuerdo con la costumbre tradicional, se completaban con tonadillas o sainetes de Ramón de la Cruz, tan apreciados en Barcelona como en Madrid a pesar de su ambiente local. También actuaron cómicos franceses en Gerona alternando con españoles.

En cuanto a los bailes privados, de acuerdo con el investigador Federico Camp, se inició en Barcelona la costumbre francesa del «agarrado» hasta entonces desconocida en España, lo que provocó la indignación de los elementos conservadores de la ciudad que veían, en esa forma de danzar, una muestra más de la corrupción de costumbres que los descreídos invasores habían traído al país. Así se quejaba el padre Ferrer que dejó testimonio de la época en su *Diario*...

«Es infinito el número de los necios que deliran para disfrutar de una diversión contra la cual clamaron tanto nuestros padres. Lo más sensible ha sido no sólo las comilonas y borracheras, sino también un baile público en la torre del ex regidor Antonio Trilla, y no sólo en la pieza superior, sino también en el patio. ¡Tanta era la turba de los locos!»

Y la indignación de sacerdotes y fervorosos católicos fue mucho mayor cuando se enteraron que, en Gerona, fueron utilizados como locales idóneos para bailes parecidos algunos de los conventos que habían quedado vacíos por la expulsión de sus monjes. Uno de ellos duró hasta las cuatro de la mañana con exhibición de los nuevos pasos traídos de la «perversa» Francia.

La economía de toda ciudad sometida a una ocupación extranjera sufre, desde el primer momento, una crisis doble. La recesión que una situación militar provoca por el retraimiento de los compradores y el peso diario de la manutención de las tropas allí situadas. El 28 de noviembre de 1808, Villalba, capitán general de Cataluña, describía la mala situación de Barcelona al general Duhesme. Tras recordar el poco auge que ya tenía antes el comercio de la ciudad, precisa...

«El ingreso de las tropas o las resultas temibles que ha tenido, constituyendo esta plaza en una posición muy singular y en una obstrucción absoluta, acrecentó notablemente las calamidades que sufría y le ha agravado con la manutención de un Ejército al mismo tiempo que privaba a los propietarios de sus rentas en el Principado, suspendidas todas las fábricas, escasísimos y a precios excesivos los primeros víveres, sin recursos el hospital civil y militar para abrigar a los enfermos del país por el gran gasto que han causado en él los franceses, pobladas las calles de mendigos y con la contingencia de una fal-

ta total de subsistencias, y si V. E., que se precia de humano y sensible, pudiese penetrar en el interior de las familias se afligiría a lo sumo con las privaciones y vivir frugal y aun miserable de los más, aunque acostumbrados antes a una cierta decencia en el trato interior.

»Las rentas sobre casas son nulas, por no poder pagar los arriendos los más de los inquilinos ni atreverse a pedirlos los dueños para que no las desocupen y se deterioren quedando vacías, habiendo muchas que lo están ya.

»El número de las tropas no ha aumentado desde la segunda salida de V. E. para Gerona. Sin embargo, el suministro de dinero de 12 500 pesetas en semanas se ha acrecentado a 70 000 al mes en el anterior y en el corriente; menos mal que no vencida la última mensualidad quedan ya pagadas por entero las dos. Así es que en esta parte, lejos de un motivo para menos imposiciones, estima la Junta que lo hay muy atendible en aprecio para el público.»

Para esa economía enferma hay un remedio posible. Utilizar los bienes de los que, al ausentarse, han demostrado su poca simpatía hacia los franceses...

«Con relación a la falta de pagos de los ausentes, cree la Junta que podría ocurrirse al déficit con el producto de los bienes que por disposición de V. E. se les ha confiscado. No intenta con esta insinuación la Junta sugerir confiscación ni secuestro alguno en su respecto; antes bien, declara y expresa que si con otro objeto que el alivio público se han hecho o se hacen algunas confiscaciones de bienes por ausencia, sea la primera aplicación del producto el pago de las contribuciones debidas, no sólo por los mismos individuos de quienes se haya confiscado, lo que sería de rigurosa justicia, pues antes que todo ha de ser el pago de las cargas públicas a que quedaba afecta la casa y obligado su dueño, si no aun de las contribuciones al de otros individuos ausen-

tes en la parte del producto que las confiscaciones respectivas no alcance a cubrirlas.

»Espera la Junta que esta exposición tan sencilla merecerá la aprobación de V. E.»

La ideología del clero español ya puesta de manifiesto en el siglo XVIII mostraba, como ya se ha dicho, una gran diferencia entre las altas jerarquías, arzobispos y obispos y con los párrocos rurales y frailes.

Entre los que urgieron la aceptación de la monarquía de José I está el obispo de Gerona, Ramírez de Arellano, al que quizá los horrores del sitio sufrido le ayudaron a pedir a sus feligreses la obediencia al nuevo régimen. La base principal de su invocación era la seguridad de que la Constitución josefina aseguraba el mayor respeto a la religión católica, algo que la mayoría de españoles se resistía a creer. Empieza recordando los daños sufridos por la ciudad en su resistencia a las tropas napoleónicas...

«Nos, Juan Agapito Ramírez de Arellano, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica, Obispo de Gerona, del Consejo de S. M., etc.

»A los R. R. curas párrocos, vicarios y demás eclesiásticos seculares y regulares de este obispado.

»Después de los horrores de un terrible sitio y bombardeo continuado por más de 7 meses, de la escasez y hambre, enfermedades y mortalidad que hemos sufrido, consiguientes al estrecho sitio en que nos hemos visto cercados, llenos siempre de la mayor inquietud y opresión intolerable de espíritu, destituidos de toda satisfacción, hemos podido por fin respirar y lograr por medio de la capitulación benéfica el sosiego y tranquilidad tan apetecida y que tanto suspirábamos. Demos gracias, pues, al Dios de los Ejércitos por habernos eximido de aumentar el número de víctimas que hemos visto con dolor conducir al sepulcro durante el sitio, y reconozcamos las ventajas que nos podemos prometer bajo el dulce y suave gobierno de nuestro católico monarca, el

Señor D. José I, a quien debemos la más obsequiosa fidelidad y ciega obediencia.»

Pero, ¿no se trataba de una guerra de religión además de patriótica? ¿Una cruzada contra los descreídos franceses? Equivocación total, advierte su ilustrísima:

«Es un error intolerable el creer que la guerra contra los franceses es una guerra de religión, cuando tenemos a la vista un claro conocimiento y demostración en contrario en el primer capítulo de la Constitución (la de Bayona): La Religión Católica, apostólica y romana en España y en las posesiones españolas será la del Rey y de la nación y no se permitirá otra. No son menos infundadas las varias ideas e impresiones que han causado en vosotros las falsas voces de los calumniadores. Por lo mismo, en cumplimiento de nuestro ministerio, nos vemos precisados de amonestaros y exhortaros encarecidamente y con toda la eficacia de nuestro espíritu a mandaros que depongáis las armas inmediatamente y que os restituyáis a vuestras casas y al cumplimiento de vuestro ministerio, exhortando a vuestros feligreses a que depuesto todo falso temor, impresión o preocupación, cumplan y guarden la debida subordinación y obediencia a las legítimas autoridades, previniéndoles, como lo hacemos, que a la mayor posible brevedad os presentéis ante el Caballero Corregidor de esta ciudad y de la villa de Figueras a prestar el debido juramento de fidelidad al rey nuestro Señor D. José Napoleón primero.

»Y como a ninguno corresponde más bien que al obispo, párrocos y demás sacerdotes exhortar la paz, esperamos de vuestro celo que, penetrados de esta verdad, aprovecharéis cuantas ocasiones os proporcione vuestro ministerio para predicarla, como ministros que sois; así lo exhortamos y rogamos en el Señor, y para que lo hagáis con el fruto que esperamos, os damos nuestra fraternal bendición.

»Dado en Gerona a 1 de Enero de 1810. Juan.» (*Diario de Barcelona*, 27 de enero de 1810.)

En el lado opuesto de esta actitud conciliatoria está otro religioso catalán, el presbítero Puigferrat quien, en su optimismo patriota, cree posible anular toda la guarnición francesa de Barcelona ¡sobornándola!, al prometerle en el ejército español igual paga y grado del que disfrutaban en el francés. Quizá el hecho de que dos oficiales napoleónicos como Dottori y Provana se dejaran comprar por patriotas barceloneses, le engañara, sin darse cuenta de que se trataba de dos italianos, cuya fidelidad al emperador era, lógicamente, menos intensa que la de unos franceses que lo adoraban. Ésta es la optimista carta del sacerdote al general Blake, jefe de las tropas españolas en Cataluña:

«Excmo. señor: Por el adjunto parte que original acompaño, verá V. Excelencia que si bien Bonaparte tiene amedrentados y amenazados a los Generales y Oficiales Franceses, con todo lo logramos, quedando ellos asegurados de la lealtad Española y el premio.

»Yo había propuesto dos medios, pues vi venir esta dificultad: una entrevista con Vuestra Excelencia, para cerciorarse mutuamente las dos partes, y el envío de los despachos auténticos para el grado y salario de cada uno. Visto el parte que acompaño, no es el caso de entrevista por ahora, pero sí el envío de los despachos. Por lo que escribo que se me envíe la lista del grado y sueldo de cada uno, y por el pronto D. Agustín de Arnauda que libre los despachos, por las facultades que me dijo tenía de su Majestad, que creo bastan.

»Esto es, vamos a dar a cada uno su grado y sueldo. Si después no se tiene confianza de ellos, que no se les dé empleo ni ejercicio, y esta dificultad queda subsanada. Vamos a perdonar las vidas de los de la Policía; esto no lo pedía yo cuando empecé, mas como el General Coupigni no lo añadió, yo lo insi-

nué, y conozco que se desea. España puede hacer este último sacrificio a favor de las infelices mujeres y familias, que son inocentes en los delitos de aquéllos; pero el primer sacrificio de dar el mismo grado y sueldo, hallo que es una friolera; entre todos juntos discurro si gastarán doscientas mil libras al año; y por último, Duesma y Chebrán son dos viejos que tienen 70 años; no podrán, pues, consumir muchas pensiones.

»En fin, Excelentísimo Señor, avíseme de cuanto me quede que hacer, que yo entre tanto pido la susodicha lista para si quieren esto o cuánto quiere cada uno de regalo y avisaré de todo.

»Dios guarde a Vuestra Excelencia muchos años.

»B. L. M. de V. E. su más humilde servidor e insigno Capellán, Antonio Puigferrat y Soler, Pbro. San Cugat del Vallés, 12 octubre 1809.»

Imaginamos que Blake recibiría este informe con cierto escepticismo; efectivamente esos optimistas proyectos no alcanzaron el menor éxito.

Ya en la campaña de 1796, como dije, los franceses habían intentado atraerse a los catalanes prometiéndoles una libertad mayor y una protección más eficaz de la que hasta entonces habían recibido de Madrid. El mismo espíritu anima la proclama que el duque de Castiglione, Mariscal Augerau, lanza al Principado en marzo de 1810, redactada en un correcto catalán además de en francés. Tras congratularse de estar al mando de «un pueblo esforzado, industrioso y activo» recuerda que haciendo la guerra en el propio país catorce años antes, había admirado los esfuerzos del ingenio y amor al trabajo contra «las trabas de la naturaleza y, aún más, las de la apatía y debilidad de un gobierno lejano». También rememora que su país amparó y protegió a Cataluña en sus problemas desde que Carlomagno la salvó de los sarracenos y, sobre todo, cuando en 1641 (guerra «dels Segadors» contra Fe-

lipe IV) «pedisteis a Francia que os gobernase y permanecisteis varios años bajo su amparo».

Algo lógico —considera— si se piensa en la identidad de ambos pueblos «vuestra industria, actividad y costumbres son tan conformes que, con razón, algunos políticos os llaman los franceses de España».

Y después de achacar las desgracias contemporáneas a la malvada actividad de los ingleses que intentan dividir a los españoles, pide a sus «amados catalanes que entren en el orden, que se agrupa alrededor de él, todos los hombres virtuosos e ilustrados de vuestra patria».

Y entonces...

«Yo me ocuparé incesantemente de corregir todos los desórdenes y os procuraré la prosperidad de que es susceptible vuestra tierra y vuestro ingenio.» (*Diario de Barcelona*, 19 de marzo de 1810. Cit. Mercader.)

Los catalanes así convocados no dieron muestra de sentirse tan identificados con el jefe de las fuerzas de ocupación de su país pero su suerte estaba igualmente echada. Cataluña, por su posición estratégica y su cultura parecida a la francesa, «tenía» que ser parte integral del Imperio y así lo decidió oficialmente el emperador dos años después.

MIENTRAS TANTO EN AMÉRICA...

El desconcierto en la península e islas adyacentes ante la crisis dinástica y nacional fue todavía mayor en las posesiones americanas que, por su lejanía, desconfiaban más ante las noticias asombrosas y a menudo contradictorias que recibían. La primera reacción fue la misma que en la metrópoli: ira y deseos de venganza contra la traición francesa. El virrey del Río de la Plata exhortaba el 27 de agosto de 1808 a los habitantes de aquella zona a enviar socorros económicos a la Madre Patria en peligro, ya que no se tenían los medios navales para trasladar allí a voluntarios. «¿Qué hijo por inhumano que sea —clamaba— no se desprenderá de su sustento para salvar los días de su madre?»

Luego llegaron los pliegos oficiales comunicando los acuerdos de Bayona. El virrey Liniers los acata como legales pero, al igual que en España, la calle empieza a rebelarse contra las imposiciones francesas. Liniers condenará la creación de una «Junta Subversiva» aunque perdone a sus componentes por comprender sus móviles patrióticos.

Pero esos móviles tenían una mayor hondura que la de elegir la fidelidad a uno u otro de los pretendientes a la Corona de España. Los criollos o españoles nacidos en ultramar, llevaban tiempo quejándose del despectivo trato que la metrópoli les

daba, prefiriendo siempre a un peninsular para los cargos importantes. Ahora, en la anarquía que se había apoderado de España, cuando no se sabía quién mandaba en ella, si Napoleón, José I o la Junta Gubernativa, vieron muchos la posibilidad de romper los lazos que les unían a Europa y emprender un nuevo camino. Como inicio y a pesar de la protesta del virrey, los ciudadanos de Buenos Aires se declaran en Cabildo abierto, agrupación de ciudadanos que, como en España, da por terminada la autoridad oficial y afirma la propia. Una Junta Provisional Gubernativa reemplaza al virrey en el mando del Río de la Plata aunque todavía declara que es para mantenerse en la obediencia de Fernando VII; lo que se está abriendo es el camino de una personalidad americana que no volvería a depender de ningún foráneo.

Esa tendencia la vio claramente el virrey del Perú quien recordó en una proclama que, aun ausente Fernando VII, había que obedecer a su legítimo sucesor el Consejo de Regencia y que toda otra actitud rozaba la traición, por lo que declaraba que su virreinato se extendería ahora hasta el Atlántico dejando a Buenos Aires y su entorno incluidos en él.

Pero sólo eran palabras enfáticas que no podía apoyar con un ejército inexistente. La intención de romper los lazos que les unía a un barco a punto de naufragar iba extendiéndose por todo el continente americano, y el 20 de abril de 1810 suena la primera campana anunciadora de los nuevos estados que irán desgajándose del Imperio español. Será Venezuela quien la toque a rebato en una proclama que precisa los puntos más importantes de los independentistas. ¿Qué autoridad sobre nosotros puede tener una Regencia refugiada en Cádiz que ni siquiera cuenta con el voto de los mismos españoles dispersos y atemorizados por los invasores franceses? No. Ya no existe una institución española que nos dicte lo que tenemos que hacer y por eso constituimos

nuestra propia «soberanía provisional en esta capital y los demás pueblos de esta provincia que se le unen...» aunque todavía afirmen lo harán «con su acostumbrada fidelidad al señor don Fernando VII».

Caracas había dado un paso más que Buenos Aires pero la primera vez que se oye en América la palabra independencia es en México y por boca del cura Hidalgo que se autoproclama capitán general y protector de la Nación. Fue derrotado y ejecutado por los españoles.

Estas noticias produjeron alarma en Cádiz y otras ciudades españolas donde vieron claro que los lazos con el gobierno se habían roto y que pronto cesarían a su vez los que los unían al rey. Para evitarlo lanzaron una campaña de prensa para rebatir, una a una, las afirmaciones venezolanas negando que existiera una España acéfala que hubiera perdido el derecho a administrar aquellos territorios, dándoles además lo que hasta ahora se les había negado cicateramente: la igualdad de derechos con los españoles europeos, porque «los dominios españoles en ambos hemisferios forman una misma y sola nación».

Una disposición que hubiera tenido una gran importancia veinte o treinta años antes pero que ahora llegaba tarde, cuando los criollos ya no querían ser iguales y sí distintos. Sobre todo los irritaba que la arrogancia del español peninsular, que siempre había mirado con desdén a los americanos, siguiera manteniéndose cuando se apoyaba, en lugar de la potente España de ayer, en una base tan endeble como la de la pequeña Cádiz. Como dice sarcásticamente el rioplatense Cornelio Saavedra:

«¿Por ventura este inmenso territorio, sus millones de habitantes deben reconocer la soberanía de los comerciantes de Cádiz y de los pescadores de la isla de León? ¿Por ventura habían pasado a Cádiz y a la isla de León, que forman parte de la Andalucía,

los derechos de la Corona de Castilla a la que fueron incorporadas las Américas?»

El antiguo orden ya no existe; vamos a crear otro; por ello...

«Hemos resuelto tomar de nuevo el ejercicio de unos derechos y de salvaguardarnos nosotros mismos.

»Aquel que ha dado a vuestra excelencia autoridad (se dirige al virrey Hidalgo de Cisneros) para mandarnos, ha dejado de existir.»

Saavedra todavía justificaba su actitud rebelde diciendo que no quería ser francés —amo de España en aquel momento— pero el Congreso reunido en Venezuela plantea ahora, de forma tajante, la ruptura con el Estado que les abandonó en los momentos difíciles.

Partiendo como el argentino, de la incongruencia de que un gigante dependa de un pequeño...

«Es contrario al orden, imposible al gobierno de España y funesto a la América, el que teniendo ésta un territorio infinitamente más extenso y una población incomparablemente más numerosa, dependa y esté sujeta al ángulo peninsular del continente europeo.»

Y tras aludir a la conducta «hostil y desnaturalizada» de los gobiernos de España con América, los representantes del pueblo venezolano... «declaramos solemnemente al mundo que sus provincias unidas son y deben ser desde hoy, de hecho y derecho, estados libres, soberanos e independientes y que están absueltos de toda sumisa dependencia de la Corona de España o de los que se dicen y dijeran ser apoderados o representantes».

Esta declaración firmada el 5 de julio de 1811 cayó como una bomba en España y, como siempre, la política quiso sacar ventajas parciales del hecho. Los absolutistas achacaron a las ideas democráticas de los liberales el mal ejemplo que habían dado a los españoles ultramarinos al hablarles más de dere-

chos que de deberes en la Madre Patria. Los liberales contraatacaron diciendo que los criollos se sublevaban por la ceguera absolutista que jamás les trató como ciudadanos libres con los mismos derechos «tantos hombres tantos votos» que en la península.

En relación a esta desigualdad proporcional ya se había levantado, en el seno de las Cortes gaditanas, la propuesta reparadora de la injusticia. Fue el 18 de diciembre de 1810 y decía así:

«En consecuencia del decreto del 15 de octubre de 1809 (ordenando la igualdad de españoles y americanos) la representación de las provincias, ciudades, villas y lugares de la tierra firme de América, sus islas y las Filipinas por respectiva a sus naturales y originarios de ambos hemisferios, así españoles como indios y los hijos de ambas clases, debe ser y será la misma en el orden y forma que, aunque respectiva en el número, tienen hoy y tengan en lo sucesivo las provincias, villas y lugares de la Península e islas de la España europea entre sus legítimos naturales.»

En la defensa de esta proposición, el criollo Guridi recordaba las circunstancias dramáticas en que se encontraba Ultramar en aquellos momentos:

«El fuego que se ha encendido en aquellas vastas regiones y que a la manera de un torrente va abrasando provincias enteras, no puede apagarse sino del modo que se expresa en la proposición. Las Américas van a perderse y éste es el único remedio de atajar el mal... ¿Y cuál es la causa que haya desaparecido en América la tranquilidad? No es otra que las quejas de sus habitantes... Señor, los americanos como hijos de los europeos, mamamos, al nacer, el amor a la Península, desde la niñez nos llamamos y tenemos por hijos de ella..., no sólo somos españoles sino que nos gloriamos de serlo. Pero lo peor de esto, lejos de que se nos tenga en paralelo con los españoles, están sumergidos en la miseria.

Señor, las prohibiciones, las limitaciones embargan mucho a los americanos y su terreno es feroz en las superficies y riquísimo en sus entrañas, mas se les ha prohibido criar muchas plantas y aun se les ha mandado arrancar las cepas muchas veces. Los españoles americanos tienen todas las disposiciones necesarias para fábricas de papel. Ellos tienen la proposición de comerciar con ventajas, como sucedió en el comercio del Perú con sólo los frutos de la tierra; pero se prohibió... Las harinas se les prohibió enviarlas a barlovento y aun ahora se les permite (pero) con contribuciones extraordinarias.»

El profesor americanista Carlos Rama dio ejemplos del monopolio económico que España imponía a Ultramar. El 95% de la plata mexicana era transferida a España mientras faltaban capitales y hasta monedas de ese metal en aquel país. La metrópoli requería continuamente remesas de fondos de allí para sus gastos nacionales y aun europeos, y no se reinvertía jamás en América lo que se sacaba, con lo que la pobreza se intensificaba en aquellos tiempos. Pero Guridi toca luego un punto más doloroso para la sensibilidad americana: el trato despectivo de los peninsulares hacia los criollos. Éstos... «están dotados de talento perspicaz y de ilustración nada vulgar y, con todo, es muy corto el número de americanos que están colocados respecto de los europeos que allá ocupan los puestos superiores, virreinatos, intendencia, grados militares. Pero sobre todo, y esto es lo que les hace más sensibles, es ver el desprecio con que se les trata, quizá hasta dudar si son hombres... no se conoce a los sujetos de mérito y aun cuando son conocidos quedan postergados por no estar junto a la fuente».

A pesar de todo el orador reivindicaba el amor que sentían sus paisanos hacia España y su rey y sólo pedían derechos iguales a los que tenían los nacidos de este lado del Atlántico.

«Sólo se pide acción (por acceso) a la mitad de

los empleos en lo cual y atendida la proposición al número de población, aún quedamos perjudicados.»

Ante estas peticiones las Cortes reaccionaron de manera ambigua queriendo aplazar el votar el asunto hasta votar la Constitución o que se pacificase aquella región, cuando de lo que se trataba era precisamente de contribuir a lograrlo con los decretos apropiados. Argüelles, el mejor orador de las Cortes según muchos, admitía una reclamación basada en «tres siglos de desgracias, tres siglos de despotismo, tres siglos de sistemática opresión», pero veía dificultades técnicas por la distancia y los problemas de allí para que los diputados, nombrados según el cómputo propuesto, pudieran llegar a tiempo de intervenir en la polémica sobre la Constitución que se preparaba en aquellos momentos.

Otro diputado más racista es Villagómez, que sostuvo en su turno que los americanos eran sólo vasallos de la Corona que pagó con las joyas de la reina Isabel los gastos de la conquista por lo que no tenían los mismos derechos que los españoles de este lado del Atlántico. En honor a la verdad esta intervención fue condenada por otro diputado como García Herreros quien recordó que «los americanos tienen el mismo derecho natural y de gentes que los españoles porque son hombres».

Pero aun así la mayoría creía que el tema tendría que esperar a que se aprobase la Constitución y los esfuerzos de los representantes de América y algunos aliados de aquí no consiguieron cambiar esa idea, aunque aceptasen la decisión de las Cortes como simbólica. Guridi dio una lección de democracia al acusar a sus oponentes de ironizar sobre lo que podrían aportar a las discusiones parlamentarias los indígenas americanos. «¿De qué nos servirían los diputados de la clase de los indios?...» «Quizá —comenta Guridi— no ilustrarán a la Península acerca de grandes máximas de Gobierno y alta política pero les dirán verdades, les instruirán en hechos de que

no tienen noticia ni aun idea» y además «aunque aquéllos fuesen los más estúpidos de los hombres, aunque fuesen, además, ciegos, sordos y mudos, al venir aquí traerían sus voluntades y las de sus comitantes y si la América ha de permanecer unida a España no será por la alteza y las fatigas de los entendimientos europeos sino por la concordia y unión de las voluntades, entre europeos y americanos». (*Diario de Sesiones de las Cortes Generales*. Extraordinaria Sesión del 9 de enero de 1811.)

Bellas palabras pero que no bastaron a cambiar la inercia de siglos ni un sentimiento de superioridad colonizadora incluso en las liberales Cortes españolas. De todas maneras la decisión llegaba ya tarde para reconciliar dos mundos que ya estaban enfrentándose en el campo de batalla.

Mientras tanto los afrancesados se apresuraron a denunciar a Inglaterra como la potencia que, por un lado, fingía amor y alianza a los patriotas y por el otro, avivaba la tendencia separatista americana para poder contar con ricos clientes comerciales en el futuro. (La de no poder vender y comprar donde les pluguiera era otra espina en la burguesía criolla sujeta al monopolio español.)

La guerra que asolaba la península se repitió en tierras venezolanas con idéntico carácter de crueldad por ambas partes. El independentista Briceño al preparar una expedición recordaba que «el primer objeto de esta guerra es destruir en Venezuela la raza maldita de españoles europeos en que van inclusos los isleños de Canarias».

Esta precisión se debe a la diferencia que los naturales de esas islas tienen en acento y forma de vida con los peninsulares, lo que les hacía —y les hace aún hoy— más gratos a los venezolanos. Al no distinguirlos, Briceño ratificaba que el odio no admitía matices.

Con frases aún más lapidarias lo confirmará Bolívar: «Españoles y canarios: Contad con la muerte

aun siendo indiferentes; americanos, contad con la vida aunque seáis culpables.»

Seguía Briceño prometiendo ascensos a sus hombres a cambio de cadáveres enemigos. «Será mérito suficiente para recibir premio o grado presentar un número de cabezas de españoles europeos o isleños; el soldado que presentare 20 cabezas será ascendido a alférez, 30 valdrá el grado de capitán, etc.»

Con la misma dureza informaba el general español Francisco Cerveris al virrey Monteverde:

«No hay más que un gobierno militar; pasar todos esos criollos por las armas; yo le aseguro a V. S. que ninguno de los que caiga en mis manos se escapará. No debemos estar ni por Regencia, ni por Cortes, ni por Constitución sino por nuestra seguridad y el exterminio de tanto insurgente y bandido.» (Cit. Gil Fortoul, H., Constitucional de Venezuela, Caracas, 1930.)

Algo curioso en el proceso de la independencia americana fue la actitud pro-española de los indígenas ante la contienda. El general Bobes cuya táctica agresiva retrasó en lo posible el triunfo final de Bolívar, contaba entre lo mejor de sus tropas a llaneros indios a caballo y armados con lanzas. Sentimiento que confirma el general criollo Urdaneta en el parte a su jefe Bolívar:

«Los pueblos se oponen a su bien; el soldado americano es mirado con horror, no hay un hombre que no sea enemigo nuestro... los pueblos, tropas y sus habitantes nos alejan los ganados y toda clase de víveres, el soldado infeliz que se separa de sus camaradas en busca de alimento es sacrificado.»

Bolívar reaccionó ante estas desoladoras noticias con nobleza y generosidad...

«El ejército libertador exterminó las bandas enemigas pero no ha podido ni debido exterminar a unos hombres por cuya dicha ha lidiado en centenares de combates. No es justo destruir a los hombres que no quieren ser libres.» (Bermúdez de Castro: *Bobes*, Madrid, 1934.)

El problema estaba en qué consistió esa famosa libertad para unos indios que, tras ser subyugados por los conquistadores, seguían siendo vejados por unos criollos que aunque políticamente en contra de Europa, se sentían por origen y color de tez tan superiores a los indígenas como los peninsulares respecto a ellos.

Por esta razón al iniciarse la guerra entre dos amos, prefirieron ayudar al lejano y todavía mítico vencedor de Moctezuma y Atahualpa que a quien, en muchos casos, llevaba parte de su sangre por el mestizaje y los miraba por encima del hombro utilizándole como bestia de trabajo.

Empezada después, esta otra guerra de la Independencia proseguirá todavía varios años cuando la española haya terminado con la vuelta al trono de Fernando VII. La paz permitirá a este monarca mandar ejércitos bien pertrechados que intentaron inútilmente apagar los fuegos separatistas que iban brotando en todo el inmenso continente. El acta de independencia de Chile de 1818 tocará un punto delicado de las justas quejas americanas, al recordar que la discriminación que suponía que el sistema electoral «llamados a las Cortes y con representación igual, vemos un diputado por cada treinta mil peninsulares y para nombrarles nosotros apenas basta un millón».

Siguió la campaña militar y la política; cuando la rebelión liberal de Riego se quiso convencer a los sublevados que el nuevo Estado los trataría con mayor equidad que el régimen absolutista anterior si volvían al seno de la Madre Patria, pero sus palabras tuvieron el mismo éxito que las del rey absoluto, es decir, ninguno. El camino de la libertad, empezando por las nuevas naciones americanas, tenía ya una inercia imposible de detener y al final así tuvo que aceptarlo la antigua metrópoli reconociendo a los nuevos estados.

BIBLIOGRAFÍA

De la innumerable serie de libros publicados sobre el tema, recordaré los clásicos, y aún hoy útiles, del conde de Toreno *Historia del levantamiento, Guerra y Revolución de España*, Madrid, 1835-1837, 5 tomos y los catorce de J. Gómez de Arteche *Historia de la Guerra de la Independencia* además de la obra de Rodríguez-Solís *Los guerrilleros de 1808*, Madrid, 1895.

Los aniversarios de la efemérides en 1908 y 1968 dieron lugar a varios volúmenes, algunos de cuyas ponencias resultaron muy interesantes y que se citan en el texto. También la Institución Fernando el Católico editó en Zaragoza en 1964 su *Guerra de la Independencia. Estudios*.

En lo moderno son de consulta obligada *Los afrancesados* de Miguel Artola, José María Iribarren publicó en 1965 *Espoz y Mina, el guerrillero*, mucho más amplio de lo que el título indica. La guerra en Cataluña se refleja en *Barcelona durante la ocupación francesa*, de Juan Mercader, Madrid, 1946. Las numerosas memorias de los políticos y generales franceses sobre su experiencia en aquella época constituyen un testimonio curioso aun dentro de su lógica parcialidad, defecto que, como es natural, se detecta también en los recuerdos españoles.

Importantes son las *Cartas* de La Forest; aún más curiosas, a mi entender, las notas de Massena recogidas por J. B. F. Joch (París, 1814) y las escritas por L. F.

Lejeune, París, 1895. También dejaron constancia de sus vivencias Soult y Suchet, París, 1848 y París, 1851, respectivamente.

De todas ellas hizo un resumen práctico Rafael Farias *Memorias de la Guerra de la Independencia escritas por soldados franceses*, Madrid, 1919. Fuera quedó un curioso volumen de S. Blaze, *Memoires d'un apothicaire sur la guerre d'Espagne*, París, 1828. La intervención británica está bien recogida por Napier *History of the Peninsules war*, Londres, 1828-1848, 6 v., y modernamente por David Gates, *La úlcera española*, Madrid, 1987.

El tomo correspondiente al «Siglo XIX» de mi *Historia de España en sus documentos*, Madrid, 1983, recoge textos de interés para el período estudiado.

Al igual que en obras históricas anteriores he acudido a menudo a una fuente que considero imprescindible: la prensa. Tanto en la zona ocupada como en la libre, los periódicos daban el pulso de unos sentimientos que ninguna censura (extrema o por convencimiento interno) podía ocultar del todo. Hasta unos asépticos anuncios pueden darnos hoy cumplida idea de lo que ocurrió ayer.

Índice onomástico

Abbé, general: 155.
Abrantes, duquesa de: 134, 143, 147.
Ahumada, Pedro Agustín Girón, duque de: 32.
Alcalá Galiano, Antonio: 185.
Almenara, marqués de: 217, 218.
Alvarado, Francisco: 75, 76, 77.
Álvarez de Castro, Mariano: 175, 176, 177, 178.
Amarillas, marqués de: *véase* Ahumada, Pedro Agustín Girón, duque de.
Anson, general: 120.
Aragón, Agustina Saragossa y Doménech, *llamada* Agustina de: 167, 171.
Aranda, conde de: 60, 168.
Areizaga, general: 122.
Arganza: 23.
Arnauda, Agustín de: 232.
Arrivas, Pablo: 202, 203.
Artola, Miguel: 245.
Astorga, marqués de: 44, 45.
Atahualpa: 244.
Augerau, duque de Castiglione: 177, 178, 179, 233.
Aulet, Salvador: 221.
Azanza, Miguel José de: 32, 82, 83.

Barbou, general: 109.
Beaumarchais, Pierre Augustin Caron de: 227.
Belliard, Agustín: 28, 35, 155, 203, 216.
Bellune, duque de: 180.
Beresford, general: 130.
Bermúdez de Castro: 243.
Berthier, mariscal: 209.
Blake: 176, 177, 178, 232, 233.
Blaze (boticario): 110, 111, 138, 139, 140, 149, 246.
Blücher: 112.
Bobes, general: 243.
Bolívar, Julián de: 178.
Bolívar, Simón: 242, 243.
Bonnet, mariscal: 124, 125, 154.
Borbón, Antonio de: 20, 21.
Borbón, Carlos María Isidro de «Carlos V»: 51, 83, 226.
Borbón, Francisco de Paula de: 25.
Borbón, Luis María de: 68, 74, 75, 80.
Borbón, Pedro de: 51.
Borbones, los: 15, 129, 193, 207.
Brandt: 132, 137.
Briceño: 242, 243.
Bugeaud, general: 91.
Bureta, condesa de: 167.

Caballero, José Antonio Caballero, marqués de: 32.
Cabarrús, conde de: 60.
Caffarelli, general: 155.
Calderón de la Barca, Pedro: 227.
Camp, Federico: 227.
Campbell, Colin: 120.
Campo Alange, conde de: 44, 45, 46.
Canga Argüelles, José: 99, 121, 183.
Canning: 183.
Capmany, Antonio de: 84, 85, 213, 214.
Carlomagno: 218, 233.
Carlos II, rey de España: 86.
Carlos III, rey de España: 51, 59, 64, 210, 215.
Carlos IV, rey de España: 13, 16, 17, 19, 22, 23, 31, 36, 37, 59, 85.
Carlos I de Inglaterra: 192.

Casanova (jefe de policía): 221.
Casa-Valencia, conde de: 32, 35.
Castaños y Aragón, Francisco Javier: 108, 110, 111, 113, 115, 158.
Castlereagh, Robert Stewart, vizconde de: 119, 121.
Cerveris, Francisco: 243.
Chebrán: 233.
Cilleiros, capitán: 156.
Ciscar, Francisco: 100.
Ciudad Rodrigo, duque de: 100.
Clary, Julia (esposa de José I Bonaparte): 208, 209.
Clausel, general: 125, 127, 155.
Constantino I el Grande: 71.
Copons y Navia, Francisco: 122.
Cornel, Antonio: 121.
Cortés, Hernán: 56.
Cotton, general: 120.
Counpiguy, general: 220, 232.
Cronwell, Oliver: 192.
Cruz, Ramón de la: 227.
Cuesta, Feliciano de la: 158.
Cuesta, Gregorio García de la: 120, 121.

Daoíz, Luis: 26, 97.
Decaen, mariscal: 127, 155.
Delgado, Sabino: 57, 195.
Delorges, general: 137, 138.
Desboefs: 133.
Dorsenne, general: 154, 156, 157.
Dottori: 219, 220, 221, 232.
Duesma: 233.
Dufour, Guillaume Henri: 110.
Duhesme, Guillermo Filiberto: 219, 221, 223, 224, 226, 228.
Dupont de l'Etang, Pierre-Antoine: 108, 109, 110, 111, 112, 113.
Durán: 159.
Duverne, general: 154.

Echauz, condesa de: 209.
Empecinado, Juan Martín Díaz, *llamado* el: 149, 150, 158, 159, 160, 161, 162.
Enrique II, rey de Castilla: 86.
Enrique IV, rey de Castilla: 43.
Escalante, general: 112.
Escipión: 176.
Escóiquiz, Juan: 13.
Espinchal, D': 147.
Espoz y Mina, Francisco: 163.
Espronceda, José de: 27.
Esquilache, Leopoldo de Gregorio, marqués de: 58.

Farias, Rafael: 246.
Felipe IV, rey de España: 234.
Felipe V, rey de España: 43, 51, 86, 226.
Fernández de Moratín, Leandro: 212.
Fernández de Moratín, Nicolás: 60, 85.
Fernando II de Aragón el Católico: 37.
Fernando VII, rey de España: 12, 13, 15, 16, 17, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 36, 37, 49, 50, 51, 53, 54, 63, 65, 72, 83, 84, 85, 86, 115, 117, 181, 186, 188, 189, 216, 217, 222, 236, 237, 244.
Ferrer, padre: 227.
Ferrer, Melchor: 68.
Ferrey, general: 125.
Filósofo Rancio, el (seud.): Alvarado, Francisco.
Flórez Estrada, Álvaro: 47, 48.
Foy, Maximilien: 124, 126, 148, 155.
Francesqui, general: 140.
Franklin, Benjamín: 70.
Freire de Andrade, Bernardim: 130.
Fresia, general: 109.
Frías, Bernardino Fernández de Velasco, duque de: 45.

Gallifa, Joan: 221.
García Conde, general: 175.
García Gallo, A.: 36.
García Herreros: 241.
Gates, David: 246.
Gates, Horatio: 93, 126, 130.
Geisendorf des Gouttes: 109, 136.
Gil, Francisco: 32.
Gil Fortoul, H.: 243.
Girardin: 137, 138.
Godoy, Manuel: 13, 14, 15, 16, 17, 19, 20, 44, 55, 56, 187, 188.
Gómez de Arteche, J.: 245.
Goya Lucientes, Francisco: 26, 30, 60, 81, 85, 109, 139, 212.
Graham, Thomas: 128, 182.
Granada de Egea, duque de: 32.
Gravina, monseñor: 79.

Grouchy, Emmanuel: 28, 29, 30, 112.
Guillot, coronel: 159.
Guinard, F. M.: 224.
Guridi: 239, 240, 241.

Hèbert, Jacques: 82.
Hernández, Simón: 33.
Heudelet, general: 149.
Hidalgo, Miguel, *llamado* el cura: 237.
Hidalgo de Cisneros, virrey: 238.
Hill, general: 128.
Holland, lady: 209.
Hope, John: 118.
Hugo, José Leopoldo: 216.
Hugo, Víctor: 216.

Indivil: 141.
Iribarren, José María: 163, 245.
Isabel I de Castilla, la Católica: 37, 241.

Jabuto, condesa viuda de: 209.
Jaime I el Conquistador: 50.
Jáuregui: 150.
Jesucristo: 70.
Joch, J. B. F.: 245.
José I Bonaparte: 15, 22, 36, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 50, 60, 63, 69, 73, 81, 82, 84, 85, 88, 98, 102, 103, 104, 105, 111, 115, 116, 118, 119, 121, 122, 127, 128, 136, 143, 144, 154, 155, 166, 173, 174, 183, 184, 202, 204, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 218, 221, 230, 231, 232, 236.
Jourdan, general: 149, 154.
Jovellanos, Gaspar Melchor de: 18, 59, 60, 61, 62, 63, 86.

Kellermann, general: 154.
Kempt, general: 128.
Kolli, barón de: 222.

Lacy: 182.
La Forest: 245.
Laín Entralgo, Pedro: 9.
Lannes, general: 167, 169, 172, 174.
Lapisse, general: 120.
Lastortas: 222.
Lefebvre, François Joseph: 101, 116, 166.
Lefranc, general: 30.
Lejeune, L. F.: 136, 169, 170, 171, 173, 246.
Le Marchant: 125.
Lemière de Corvey: 153.
Leval, general: 120.
Liniers, virrey: 235.
Liverpool, lord: 89.
Llorente, Juan Antonio: 212.
Longa, general: 128, 147.
López, Simón: 191, 192, 194.
Louisson, general: 204.
Luis I, rey de Etruria: 16.
Luis XVI de Francia: 18.
Luzón, Jerónimo: 159.

Macune, general: 124, 125.
Magnien: 134.
Mandonio: 141.
Mangas: 156.
Marat, Jean-Paul: 82.
Marcel: 137.
Marchena, José: 30, 60, 72, 81, 82, 85, 86, 103, 104, 105, 195, 199, 200, 206, 212, 222.
María Antonieta, reina de Francia: 18.
María Luisa de Parma, reina de España: 13, 22, 188.
María Luisa de Borbón, reina de Etruria: 25.
Mariana, Juan de: 36, 37.
Marisy, general: 209.
Marlborough, John Churchill: 126.
Marmont, Auguste Frédéric Louis Viesse de: 124, 154.
Martín, teniente coronel: 155.
Martínez Izquierdo, Antonio: 202.
Martínez Valverde, Carlos: 183.
Mas: 222.
Massana, Juan: 221.
Massena, André: 122, 123, 154, 155, 156, 181, 245.
Meléndez Valdés, Juan Antonio: 85.
Meléndez Valdés, M.: 60, 212.
Mèlito, conde de: 208.
Menéndez y Pelayo, Marcelino: 77.
Mercader Riba, Juan: 220, 234, 245.
Merino, Jerónimo Merino, *llamado* el cura: 146, 150, 155, 163.

Miguel (primer jefe de los «migueletes»): 222.
Milhaud, general: 122.
Mina, Javier: 147, 150, 155, 163.
Moctezuma: 244.
Molière, Jean-Baptiste Poquelin, *llamado*: 78, 214, 227.
Montarco, conde de: 32.
Montehermoso, marquesa de: 209.
Monteverde, virrey: 243.
Moore, John: 117, 118.
Morillo, Pablo: 128.
Muñoz Torrero, Diego: 64.
Murat, Joaquín (gran duque de Berg): 17, 18, 19, 26, 28, 29, 31, 32, 33, 35, 37, 55, 187.

Napier, lord: 152, 246.
Napoleón I Bonaparte: 13, 14, 15, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 29, 31, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 54, 55, 57, 59, 60, 66, 73, 82, 83, 86, 88, 89, 91, 97, 98, 99, 104, 106, 110, 112, 113, 114, 116, 117, 119, 127, 129, 130, 148, 152, 160, 178, 182, 184, 187, 188, 190, 191, 194, 203, 208, 210, 211, 216, 223, 227, 236.
Nargares de Posada: 212.
Navarro: 221.
Nayles: 137, 149.
Nelson, Horatio: 14.

O'Farril, Gonzalo: 32.
Osuna, duquesa de: 216.

Palafox, José Rebolledo de: 51, 83, 101, 165, 166, 169, 171, 172.
Pakenham, general: 124.
Paris, Louis Philippe d'Orleans, conde de: 155.
Parque, duque del: 43.
Pedro I el Cruel, rey de Castilla y León: 86.
Peña, general, La: 109.
Pérez, Julián: 170.
Pérez de Castro, Evaristo: 23.
Pérez Galdós, Benito: 128, 167.
Pestalozzi, Johann Heinrich: 213.
Picton, general: 124.
Piñuelo: 32.
Piquer, padre: 216.
Portet: 222.
Posadillo, Carlos: 218.
Pou: 221.
Proudhon, Pierre-Joseph: 153.
Provana: 219, 221, 232.
Puigferrat y Soler, Antonio: 233.

Ráfols, María: 167.
Rama, Carlos: 240.
Ramírez de Arellano, Juan Agapito: 230, 232.
Recaredo: 70.
Reding, Nazaire: 111.
Reding de Biberegg, Teodoro: 108, 109, 110, 111.
Reiset: 149.
Retgnier, general: 155.
Riego, Rafael de: 244.
Robespierre, Maximilien de: 60, 86.
Rocca: 133.
Rodríguez Solís, E.: 150, 153, 156, 162, 245.
Romana, Pedro Caro y Sureda, marqués de la: 98, 99.
Rosily-Mesros, François Étienne: 106.
Ruffin, general: 119.
Ruiz, Epifanio Ignacio de: 177.
Ruiz de Apodaca, Juan: 26, 97, 183.
Ruiz Padrón, José Antonio: 69, 70, 71, 72.

Saavedra, Cornelio: 237, 238.
Saint Chamans: 136.
Saint Cyr, general: 176, 177.
Salomón: 192.
Sánchez, Julián: 134, 146, 154, 155, 156, 157, 163.
Santiago, apóstol: 48, 49.
Saornil: 155.
Savary, general: 21.
Schépeler, coronel: 155.
Sebastiani, Horacio: 61, 62, 86, 120.
Smith, coronel: 182.
Soto, de: 77.
Soult, mariscal: 117, 122, 129, 130, 144, 154, 155, 181, 196, 197, 198, 246.
Stewart, general: *véase* Castlereagh, vizconde de.
Stuart, coronel: 182.
Suchet, Louis Gabriel: 127, 129, 155, 246.
Sxhumacher, Gaspard: 112.

Tapia, Eugenio de: 40.
Teodoro, emperador: 71.
Thiers, Adolphe: 109.
Thomières, general: 124.
Toreno, José María Queipo de Llano y Ruiz-Sarabia, conde de: 100, 145, 174, 177, 179, 245.
Torre, Dámaso de la: 211, 212.
Torrejón, Andrés: 33.
Trilla, Antonio: 228.
Turnas, brigadier: 178.

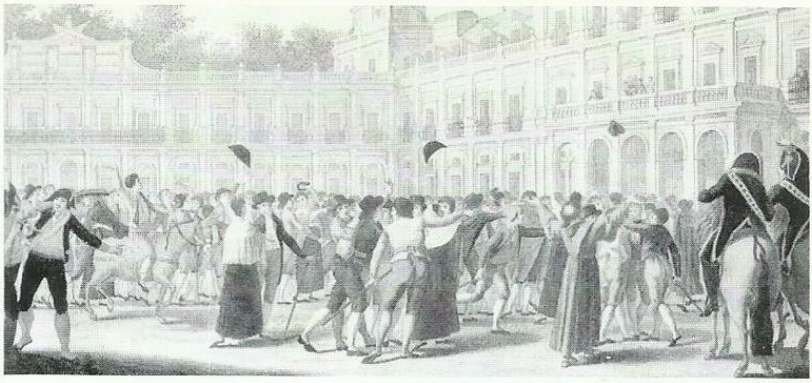
Urdaneta, general: 243.
Utrera (redactor de la *Gazeta*): 104.

Vedel, general: 108, 109, 110, 112, 113.
Vega Carpio, Félix Lope de: 227.
Velarde, Pedro: 26, 97.
Venegas, Francisco Javier: 119, 121.
Verdier, Jean Antoine: 175, 176.
Víctor, Claude Perrin, *llamado*: 118, 119, 122, 180, 181.
Vidal, José: 73.
Vigodet, Gaspar: 122.
Villagómez: 241.
Villalba, general: 228.
Villate, Blas de: 128.
Villeutrois: 112.
Viriato: 141.

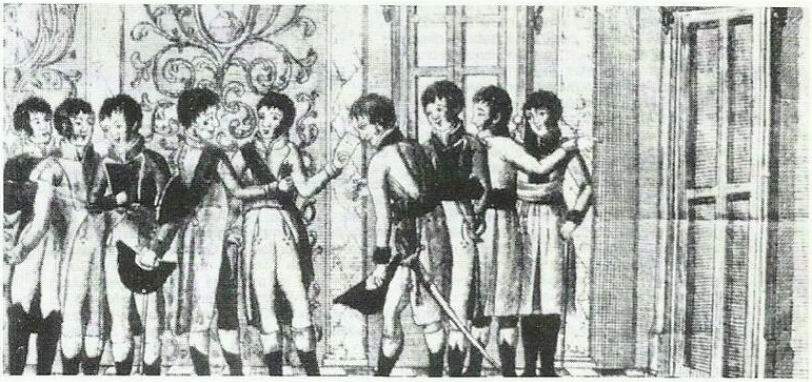
Wellington, Arthur Collet Wellesley, duque de: 89, 99, 118, 119, 120, 122, 123, 124, 125, 126, 127, 128, 129, 130, 152.

Zayas y Chacón, José Pascual de: 122.

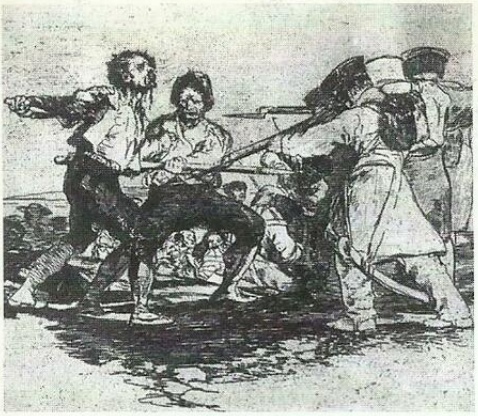
Impreso en Talleres Gráficos
DUPLEX, S. A.
Ciudad de Asunción, 26, int., D
08030 Barcelona



Los acontecimientos de Aranjuez (arriba, grabado que ilustra la abdicación de Carlos IV en su hijo Fernando) **aceleran la entrada de los franceses en España. En Bayona, y mezclando insultos con amenazas** (abajo, en el grabado Fernando VII se inclina ante Napoleón durante la entrevista de Bayona), **Napoleón regalará la corona española a su hermano José, previa «renuncia» propia y las anteriores de Carlos IV y Fernando VII.**

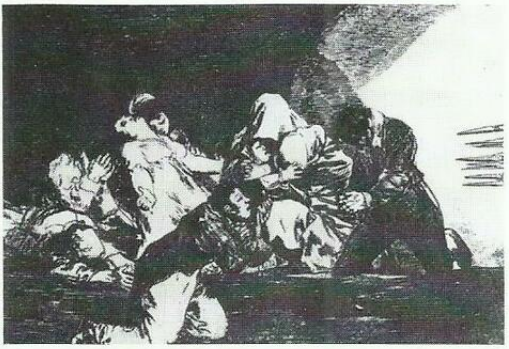


El alcalde del cercano pueblecito de Móstoles será la primera autoridad oficial en llamar a la insurrección. (Pintura de A. Pérez Rubio.)



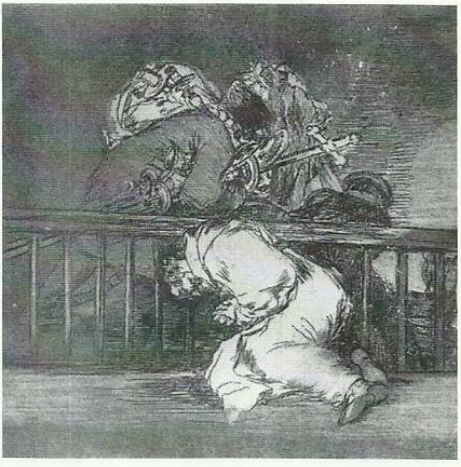
La trágica disparidad de medios ofensivos entre los franceses y los españoles reflejada en el grabado de Goya *Con razón o sin ella.*

No se puede mirar titula Goya su grabado número 26. El pelotón anónimo de los «fusilamientos del 3 de mayo» se reduce aquí a unos cañones apenas asomando contra el grupo estremecido de víctimas.



¿Qué alboroto es éste? En el grabado goyesco lo dice, al parecer, el oficial francés ante la reacción femenina tras hablar con él. ¿Noticia de impuestos debidos al invasor? ¿Confirmación del nombre del ser querido en la lista de muertos? En todo caso una desgracia más de la ocupación.

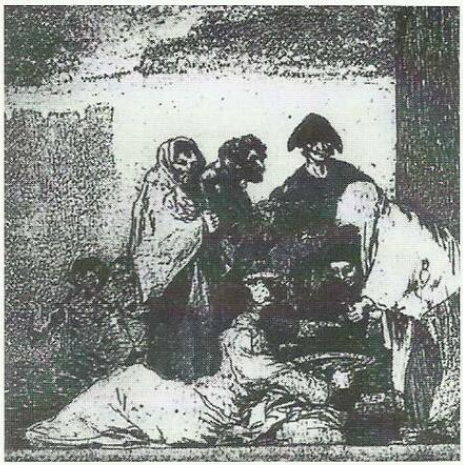
Y son fieras, grabado número 5 de Goya. Las mujeres también combatían al enemigo.



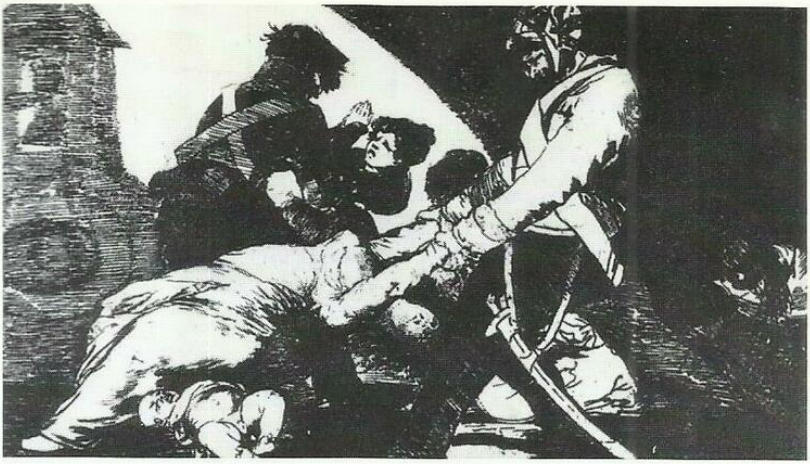
Un fraile moribundo tratando de defender los objetos sacros de su convento, que se llevan los soldados franceses (*Así sucedió*, grabado número 47 de Goya).

Frailes huyendo ¿de la guerra o de los conventos cerrados por José I? (*También esto*, grabado número 43 de Goya).

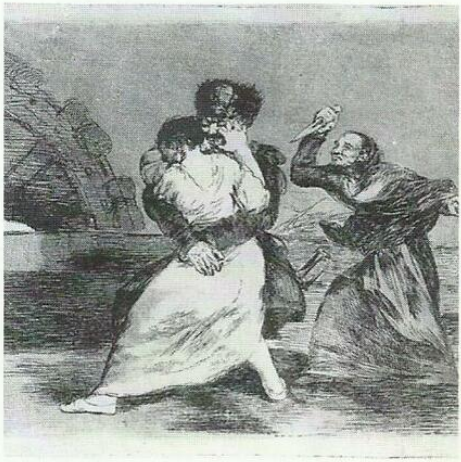
Dos escenas de hambre madrileña de 1811 y 1812 vistas por Goya: *Carretadas al cementerio*, grabado número 64; y *Cruel lástima*, grabado número 48.



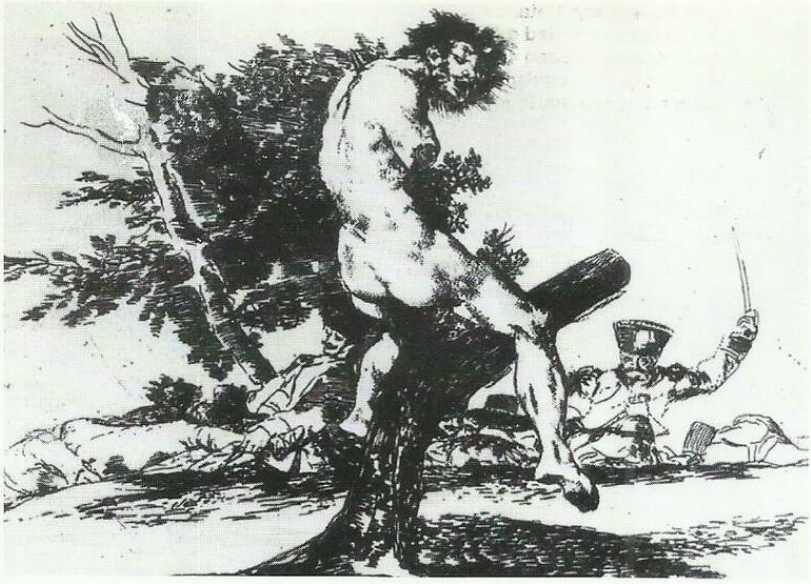
Gracias a la almorta (grabado número 51 de Goya). Con gachas de este producto aliviaron los madrileños el «Año del Hambre».



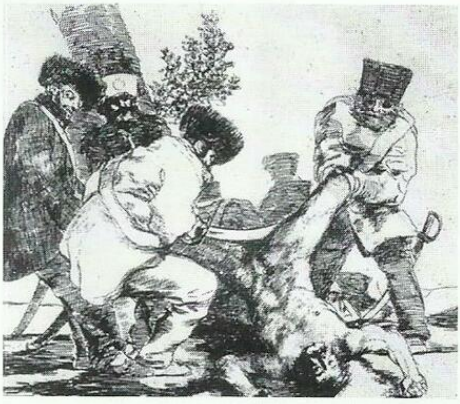
La violación iniciada por soldados franceses (*Ni por ésas*, grabado número 11 de Goya) encuentra en otro grabado la venganza por manos de otra mujer (¿su madre?) (*No quieren*, grabado número 9).



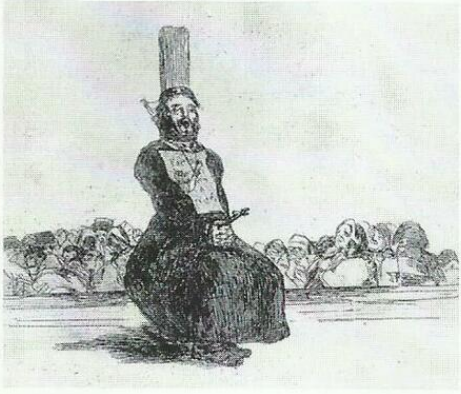
Un clérigo abrazado a su bolsa, un campesino horrorizado, una madre tirando de su hijo. Goya vio así la huida desesperada ante la guerra (*Yo lo vi*, grabado número 44).



El cuerpo de un español es clavado de un árbol pa[illegible]rvir de ejemplo a l[illegible]rilleros (*Esto [illegible]s* grabado nu[illegible]37 de Goya).

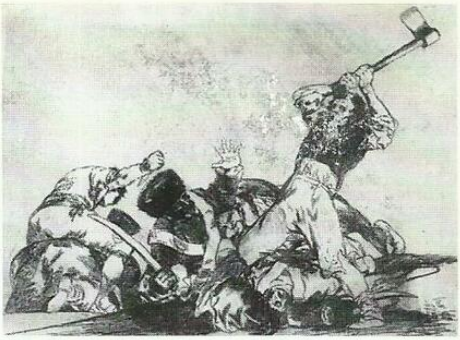


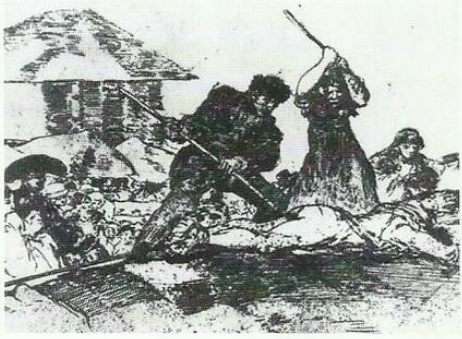
Qué hay que hacer más, grabado número 33 de Goya.



Incluso el afrancesado Marchena se escandalizaba de las represalias francesas por la posesión de cualquier arma en manos españolas. *Por una nabaja* (sic) se titula el grabado número 34 de Goya.

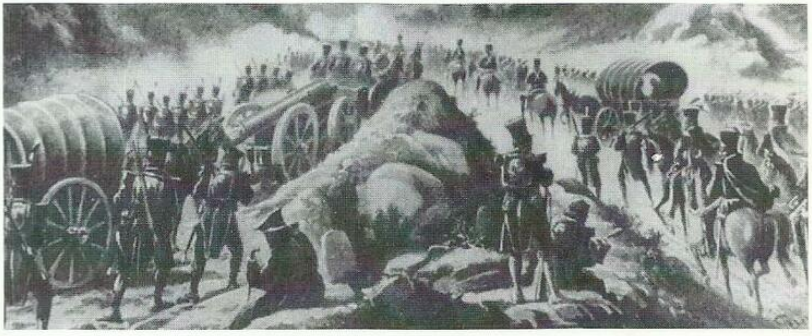
Los franceses son tratados con la misma crueldad que la que ellos empleaban con los españoles (*Lo mismo*, grabado número 3 de Goya).





Populacho, grabado número 28 de Goya.

Los roces entre José I y el ejército de su hermano espoleó al gobierno de Cádiz a cederle el mando supremo a Wellington (a la derecha, al entrar en Cádiz, según una pintura de F. Blanch), **obedecido homogéneamente por españoles, ingleses y portugueses. Los cuatro años de lucha terminaron con la derrota francesa en Vitoria, sus tropas repasando la frontera** (abajo, según una pintura de J. Cuchy).



THEATRE DE GIRONNE

SOUS LA PROTECTION DES AUTORITES CIVILES ET MILITAIRES.

Les Artistes francais Reunis
SOUS LA REGIE DE Mr HENRT,
auront l'honneur de donner
AUJOURD'HUI JEUDI 11. FEVRIER 1813.
Pour la Sixiéme Representation de L'abonnement.

LA FAMILLE DES INNOCENS
OU
COMME L'AMOUR VIENT.

DISTRIBUTION

Martin, L'Innocent, , ,M. M.rs Lawalle } La Mére Michaud, M. M.dme Henry
Innocentin, ses fils, , , , , , , , , , ,Maichens } Louison, , , , , , , , , , , , ,Lawalle
Ignace, , , ses fils, , , , , , ,Manceau } Claudine, ses filles, , ,M.lle Maichens
Baxile, , , , , , , , , , , , , , ,Rouquier } Justine , , , , , , , , , , ,M.dme Depoix

Le Spectacle Commencera par

LES PRETENDUS.

Grand Opera, en un Acte: Musique de *Breton*.

DISTRIBUTION

Le Baron, de la Dandinière, M.M.rs Depoix } *Un Domestique*, , , , , , ,Cochet
Valere, Amant de Julie, , , , , , ,Manceau } *M.dme Orgon*, , ,M. M.dme Henry.
Mondor, Financier, , , , , , , , ,Maichens } *Julie, sa fille*, , , , , , , , ,Lawalle
Orgon, Pére de Julie, , , , , , , , , , ,Henry } *Marton*, , , , , , , , , , , ,Depoix

Samedi Prochain au Bénéfice de M.r Maichens.

Une première Representation de
LA PRISONNIERE, Opera en un Acte,
ET LE POETE CAMPAGNARD
OU
LA FAUSSE AGNES.
Comedie en trois Actes, en Prose; de Détouches.

Dimanche 14. Fevrier 1813
GRAND BAL

LE SPECTACLE COMMENCERA A SEPT HEURES PRECISES

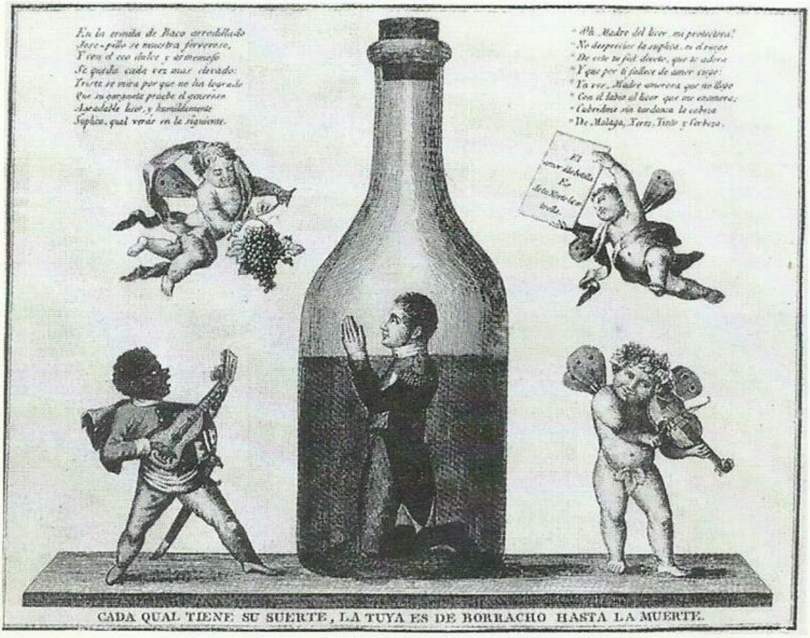
Chez NICOLAU, *Imprimeur. Rue du Caldériers, N.o 198.*

Un anuncio impreso del Teatro francés de Gerona (1813).
(Archivo de la Corona de Aragón.)

El bacín (naturalmente de plata) de José I encontrado en su equipaje tras la batalla de Vitoria. Hoy adorna un club de oficiales británicos en Londres como trofeo de guerra.

La invasión francesa fue también cultural. He aquí el anuncio de un teatro de Gerona (Archivo de la Corona de Aragón).

En el campo propagandístico los patriotas se aplicaron en liquidar al adversario. Y cuando no lo pudieron hacer físicamente, se conformaron con «asesinar» su buen nombre. (Caricatura de José Bonaparte.)



Otras obras del autor
publicadas por Editorial Planeta:

Colección Memoria de la Historia

A LA SOMBRA DE LA GUILLOTINA

CATALINA LA GRANDE, EMPERATRIZ DE TODAS LAS RUSIAS

FERNANDO VII. EL MÁS QUERIDO Y EL MÁS ODIADO DE LOS REYES ESPAÑOLES

LAS ESPAÑAS DE GOYA

Colección Mujeres Apasionadas

EUGENIA DE MONTIJO, EMPERATRIZ DE LOS FRANCESES

MARÍA WALEWSKA. EL GRAN AMOR DE NAPOLEÓN

MADAME DU BARRY. DEL LECHO DE UN REY A LA TABLA DE LA GUILLOTINA

MATA-HARI

Editorial Planeta

MEMORIA de la HISTORIA/96

Episodios

La guerra de la Independencia

A la guerra de la Independencia le pasa en nuestra cultura algo parecido al *Quijote*: todos creen conocerla sin haber leído más que unas descripciones someras y unos versos enfáticos sobre el triunfo de los españoles en aquel trance. La verdad es que, si se investiga, aquella contienda aparece con colores algo distintos a los tradicionales. Por de pronto resulta claro que sin la ayuda del ejército inglés más algunos miles de portugueses, olvidados casi siempre en las crónicas, las tropas españolas de línea no hubieran conseguido apenas victorias. Aparte de Bailén, cuando en Ocaña y otros lugares se enfrentaron solas a los franceses fueron derrotadas, igual que se perdieron ciudades sitiadas como Zaragoza y Gerona a pesar de la resistencia heroica de sus habitantes. Ni en armamento ni en organización ni en disciplina podían vencer solos contra el mejor ejército de Europa en aquellos momentos.

Los que sí se mantienen a la altura de su fama son los guerrilleros. Apoyados en un ambiente donde se movían «como pez en el agua», según la frase de Mao Tse Tung, esos voluntarios lucharon sin desmayar ante los superiores medios de un enemigo al que aguijoneaban una y mil veces. Su actividad no hubiera bastado para expulsar del país al invasor —ninguna guerrilla lo ha logrado en el mundo—, pero convirtieron su estancia en una pesadilla constante como reconocen los generales franceses en sus Memorias.

Como en toda época de crisis surgieron sentimientos encontrados. El patriotismo, la traición, el interés, la crueldad, la generosidad aparecían continuamente y a veces en la misma persona. Los españoles, según su costumbre, se dividieron en banderías y las dos Españas tradicionales llegaron a ser tres.

9 788408 012146
GUERRA DE LA INDEPENDENCIA, LA
DIAZ PLAJA, FERNANDO
19/11/1994
PLA2 04-040
P.V.P. 1800
6-6 01
9 788408 012146